



Hiddensee

GREGORY MAGUTRE

Autor del bestseller *Wicked*. *Memorias de una bruja mala*

EL CUENTO DEL CASCANUECES
QUE FUE Y SERÁ

ALETHÉ

Índice



Dedicatoria
Citas

Primera parte

Un cuento del hogar
Una educación póstuma
Bildungsroman
El jardín tapiado

Segunda parte

Intermezzo

Tercera parte

La historia del Cascanueces y el Rey de los Ratones

Coda

Hiddensee

Agradecimientos
Créditos

*Para Barbara Harrison.
En honor a su amor por Grecia, nuestro hogar.*

Solo con unas pocas palabras quiero llamar la atención del lector sobre cómo los pobres viejos dioses, en la época de la victoria definitiva del cristianismo [...], se encontraron entonces, efectivamente, en la misma triste necesidad en que ya se vieron en otro tiempo y se escondieron entre nosotros, en la Tierra [...]. Más de uno cuyos sagrados bosques habían sido confiscados tuvo que hacer de jornalero leñador entre nosotros, en Alemania.

Heinrich Heine, *Los dioses en el exilio*

Por alguna razón que desconocemos, su infancia... se alojó por completo en él. No podía disiparla. Y, por tanto, cuando se hizo mayor, este impedimento en el centro de su ser, ese duro peso de pura infancia, privó al hombre maduro de alimento... Pero como su infancia permaneció con él siempre, pudo hacer lo que nadie más se atrevió a realizar: podía regresar a ese mundo, recrearlo, para que nosotros pudiéramos volver a ser niños de nuevo.

Virginia Woolf, «Lewis Carroll», en *The Moment and Other Essays*

Gran parte de las tumbas antiguas han desaparecido,
sagradas para Guan Yin
y Artemisa, sagradas para los dioses y las diosas
en cada libro ilustrado que el niño puede leer.

Robert Hass, «El estado del planeta»

¿Sabes lo que es vivir en un lugar que también te ama?

Danez Smith, «Summer, somewhere»

Primera parte

Un cuento del hogar



1

Érase una vez un niño que vivía en una cabaña en las profundidades del bosque con una anciana y un anciano como única compañía.

—Mira y verás de dónde surge la vida —le dijo un día la anciana en el establo de la cabra.

El niño miró hacia donde le señalaba. Con cara de asco y aburrimiento, la gata expulsó una bolsa de entre sus patas traseras. La madre mordió la envoltura plateada y liberó a su cría, que se movió y se quedó tendida como si estuviera agotada tras abrirse paso a nado hasta la costa.

—Cuando llegué yo, ¿estaba tan mojado y era así de peludo? —preguntó el niño. Aún era muy joven.

—Te lo he dicho decenas de veces. Te abandonaron, Dirk. No creciste dentro de mí. Te encontramos en una cesta.

—¿Qué tipo de cesta?

Era la única pregunta que se le ocurría. La mujer hizo caso omiso.

—En esa época no se podía ir al bosque a por setas o bellotas sin que una se topara con un crío abandonado. Menudo fastidio, desde luego.

—No le metas tonterías en la cabeza —dijo el anciano.

El niño regresó para mirar a la madre gata, que lamió el tejido transparente hasta hacerlo pedazos. Otro gatito emergió de ella. Y un tercero. Se estiraron y se pusieron cómodos. Uno de ellos giró la cabeza hacia Dirk. Tenía los ojos cerrados.

—Hola —dijo Dirk—. ¿De dónde has salido?

Aún era lo bastante joven, por aquel entonces, para esperar que le respondiera. El gatito abrió la boca.

—Apártate para que tengan un poco de intimidad —le riñó el anciano—. Es cruel asustarlos tan pronto en la vida.

Así que Dirk nunca averiguó lo que el gatito estuvo a punto de contestarle.

* * *

La anciana. Así era ella: tenía la cara marcada con arrugas de trabajar a la intemperie bajo las inclemencias del tiempo. Llevaba ropas apagadas de colores que habían olvidado lo que significaba ser colorido. No importaba, no tenía gran cosa que celebrar con su aspecto. Los ojos, inquietos, los tenía bulbosos; los labios, secos y con tendencia a fruncirse. Sin embargo, cuando se arremangaba la falda para lavarse las pantorrillas una vez al mes, los tobillos y la parte inferior de sus piernas eran suaves y bonitos. A Dirk siempre le había confundido este hecho.

—Algún día serás demasiado mayor para mirarme mientras me lavo —dijo la anciana—. Toalla.

¿Era cariñosa o severa? Dirk no lo sabía. Un niño que vive en una cabaña en el bosque no puede responder a una pregunta así. Ella era como era, igual que un jabalí es un jabalí, o una mariposa es una mariposa. Rebajaba su cerveza con agua del arroyo. Cocinaba casi lo suficiente para que cenaran cada noche. Su pan se negaba a subir con frecuencia. Su familia se lo comía de todas formas y le daba las gracias, unas gracias tan tristes como breves.

—Si viviéramos más cerca del pueblo, podrías enviarme a por pan ya horneado —le dijo Dirk.

—Eres demasiado pequeño. Cuando seas mayor, Papi te enseñará el camino. Pero hazme caso: si alguna vez sales por tu cuenta, te

perderás. Tendrás que encontrarte tú solo. Nosotros no iremos a buscarte.

«Pero ya me habéis encontrado», quiso responder el niño.

—No se irá —dijo Papi—. No le metas ideas en la cabeza.

—¿En qué cabeza? —respondió la anciana.

Le propinó un cachete a Dirk por encima de la oreja, pero con cariño.

* * *

El siguiente: Papi.

También era viejo. Era un anciano perfecto para su anciana mujer. Su patética barba era marrón como el barro congelado. Dirk no sabía si el viejo había nacido con el hombro encorvado de esa forma o si el achaque procedía de cargar el hacha durante años.

Era leñador. Poseía cuatro puestos de leña a cierta distancia de las profundidades del bosque, uno en cada dirección desde la solitaria *waldhütte* donde vivían. En todos los puestos había una caja de madera clavada en un árbol. Debajo de la caja apilaba troncos y leña. Si un transeúnte quería yesca para su horno o chimenea, podía coger lo que necesitara y, a cambio, debía depositar unas monedas en la caja. A veces cogían más de lo que pagaban. A veces la parte que les tocaba estaba un poco más verde de lo que sería adecuado. La cosa se compensaba.

El anciano era parco en palabras. Solía abrir la boca para contradecir a la mujer. Puede que fuera malhumorado por naturaleza o quizás su hombro abultado le molestara. No le gustaba retorcer el cuello a las gallinas del corral cuando necesitaban una para la cazuela. Obligaba a la anciana a hacerlo. Pero una vez, durante el crudo invierno, un lobo solitario merodeó cerca y él se las ingenió para atraparlo y matarlo con su hacha.

El lobo murió desangrado bajo la luna. Por la mañana, la anciana partió un trozo de sangre congelada. Parecía un plato roto de color

marrón. Lo trajo a casa para espesar el estofado de la noche.

—Papi, saca el cuchillo de trinchar si vamos a tomar carne picada de ese viejo y peludo pecador —dijo.

—Prefiero arrastrar el cuerpo hasta el pueblo y venderlo para comprar algo ya picado y sazonado —respondió.

—Nadie te va a dar un pfennig ni un hueso de jamón por esa criatura roñosa. Sigues siendo un cobarde. Ya trocearé yo al animal si tú no quieres hacerlo.

—Déjame ir contigo al pueblo, Papi —dijo Dirk.

—Nadie va a ir al pueblo —gritó la anciana, la que dictaba las normas—. Aquí nadie sabe dónde está.

Era una mentira habitual para hacer que Dirk se callara. Todos sabían que el anciano iba a por provisiones de vez en cuando.

La vieja colgó al lobo de las patas traseras para que terminara de desangrarse en un cubo. A las gallinas, a la gata de la granja y a la vaca no pareció importarles.

El animal muerto daba vueltas en el armazón y su cabeza invertida a veces se giraba hacia Dirk, que se sentaba en el taburete de ordeñar para observarlo. Los ojos se habían vuelto lechosos y rojos. Algunas de las moscas que pasaban el invierno en el granero treparon por el hocico del lobo, pero los ojos del cadáver no parpadearon. «¿Qué estás viendo tras la tranquila muerte roja?», se preguntó Dirk. «¿Dónde estás ahora que no te molesta el revoloteo de las moscas?».

* * *

Dirk, el anciano y la anciana. Nacimiento y muerte. Nacimiento y muerte y el bosque por doquier. Y preguntas que nunca se respondían, porque no se podían formular con facilidad.

Quizás estéis esperando oír algo del propio Dirk. Pero ¿qué se puede decir de él?

Era un niño bajito, pero todos los años crecía un poco más. Tenía una mano al final de cada brazo y, por encima de la nariz, dos ojos separados de una forma equitativa que no resultaba desagradable. Si estaba al aire libre, el color de su cabello pasaba de ser como trigo sucio durante el mediodía veraniego al rojo dorado de la puesta de sol. En el interior, su pelo era más marrón, como el del boceto de un artista hecho con lápiz conté. Si su sonrisa fortuita lograba aparecer en sus labios, resultaba agradable por ser poco frecuente. Dirk olía a ropa sucia cuando su ropa estaba sucia. En el día del baño, olía a chaval inexperto.

No se parecía a la anciana ni al anciano, no solo porque era un niño abandonado, sino por otra razón obvia: ¿cuándo llega un niño a parecerse de verdad a un adulto antes de ser adulto?

Si es que llega a serlo.

El anciano le enseñó el catecismo y las letras. La anciana le enseñó que toda sopa se empieza con una cebolla. El viejo le mostró cómo se corta una patata y le dijo que algún día podría tener su propio cuchillo para tallar madera, pero hoy no.

En las largas noches de invierno, mientras el anciano daba forma a animales y otras figuras a partir de nudos de madera de pino, la vieja le contaba historias a Dirk, algo que impacientaba al anciano.

—Es pecado contar mentiras —decía.

—Otro pecado es negar la verdad —le replicaba ella.

En las historias aparecían princesas y disfraces, castillos y encantamientos, terceros hijos que buscaban abrirse paso en el mundo, viejas brujas, magos astutos, animales protectores y guías. Casi todas las historias empezaban con la muerte de una madre al dar a luz.

—¿Así fue como murió mi madre? —le preguntó Dirk a la anciana una noche.

El viejo salió de la *waldhütte* dando un portazo, a pesar del viento helado.

—Nadie sabe su propia historia, eso es así, a menos que te la inventes tú mismo —le respondió la anciana al fin—. Y ahora sigamos con la chica de la capa roja. Va a aparecer un lobo, como el que usamos para la carne picada. Escucha lo que va a pasar.

Él escuchó.

Y esto ocurría en 1808, más o menos, en Baviera.

3

Quando Dirk era tan alto como el palo de una escoba, se despertó una noche con el ruido de murmullos que provenían del piso de abajo. Rodó en su camastro de paja en el altillo y puso la oreja sobre una grieta entre los tablones. El anciano se estaba peleando con la mujer. Dirk distinguió unas pocas palabras («necesario», «débil», «escasez»). Los susurros pueden esconder la forma de las sílabas, pero no el tono. Dirk percibió miedo y culpa.

Le recordó a algo. Pero ¿qué más había experimentado aparte de sus vivencias en esa cabaña del oscuro bosque con dos guardianes viejos? Solo la esporádica historia bíblica que Papi leía poco a poco junto al fuego. Elías disfrazado, Isaac y Abraham. O los cuentos que le contaba la anciana, el de la gallina que ponía huevos de oro, el de los doce hermanos que se convertían en cisnes. La madrastra que guisaba a sus hijos y se los servía a su marido para cenar.

Un pobre catálogo que aludía a la caridad y el sufrimiento humanos.

Los lloriqueos de la vieja dejaron paso al fin a un silencio doloroso. No se oían los fuertes ronquidos del anciano, lo que significaba que estaría despierto, desconsolado, mirando la oscuridad.

—Dirk —dijo el viejo por la mañana—, hoy te llevaré al bosque y te enseñaré a talar un árbol. Ya es hora de...

No dijo de qué era hora.

Dirk siempre había querido ir con el viejo y aprender esa habilidad. La anciana siempre lo había prohibido. Pero ese día se giró hacia la olla de hierro en la chimenea y no dijo nada, ni para bendecir el proyecto del día ni para vetarlo.

Antes de que partieran, envolvió pan y queso en una muselina y se la puso a Dirk en las manos.

—Tened cuidado con el camino que sigáis y encontrad el de vuelta —les dijo cuando atravesaban el umbral y la puerta.

¿Le tembló la voz porque su pequeño huérfano estaba creciendo? Dirk se giró a mirarla. No salió a despedirse. La puerta estaba cerrada.

4

Caminaron en silencio lo que pareció la mitad de la mañana.

Durante un rato, las ramas de los pinos, cargadas de humedad, quedaron a poca altura. Era un día de otoño, una de esas jornadas intermedias entre la claridad y la penumbra, aunque hacia qué dirección se encaminaba (hacia dónde se dirigía Dirk, si a la penumbra o a la claridad) resultaba incierto.

Siguió al anciano, con los ojos fijos en la cabeza del hacha que se balanceaba en su hombro.

El chico aún se preguntaba a qué le había recordado la discusión de anoche.

Una vez, según los rumores, el ejército de Napoleón estuvo por los alrededores. Quizás iba de camino a la batalla de Ulm o puede que el emperador francés en persona condujera a sus hombres hacia Rusia. Los dos ancianos no tenían muy claros los detalles, pero se preocupaban por mantenerse bien alejados de la trifulca. Para

desgracia del niño, ningún batallón de infantería extraviado se acercó a su zona. Ni un soldado desertor, ni siquiera un chico de la corneta perdido. Aun así, el viejo y la vieja habían discutido sobre el peligro. Temeroso de que lo reclutaran, el anciano se había atrincherado en la casa. El hacha disfrutaba de unas vacaciones en el cobertizo y le había crecido una barba de telarañas.

O quizás Dirk solo estaba recordando las historias de la anciana. Su repertorio incluía padres muertos de hambre que abandonaban a sus hijos en el bosque con una frecuencia pasmosa.

Dirk no quería que lo vendieran al ejército ni que lo dejaran solo en el bosque. No sabía lo que el viejo pensaría de esas cosas. A lo mejor la discusión de anoche solo fue sobre si Dirk era lo bastante mayor para blandir un hacha. Aún era joven. Pero no tanto como antes.

* * *

Llegaron a un conjunto de árboles sobre una meseta, muy oscura y densa a través del manto de hojas amarillas que coronaba sus cabezas. Unas extremidades fornidas se dividían en codos, antebrazos y dedos a partir de los troncos robustos. No se oía la cháchara de los pájaros ni el chirrido de los insectos, ni siquiera la marea del viento en las hojas.

—Pues aquí estamos —dijo el viejo—. Ahora te enseñaré un golpe buenísimo que tardarás en olvidar. Quédate ahí y no te muevas.

Dirk hizo lo que le ordenó.

El anciano bajó el hacha del hombro y la sostuvo ante sí con las dos manos.

—Tienes que sujetar el hacha de esta forma. Imagínate que el mango se divide en tres partes iguales, como tres salchichas del mismo tamaño. Pon la mano derecha aquí y gírala así. La izquierda hacia el otro lado. ¿Lo ves? Lo bien que sostengas el hacha determinará el movimiento y la fuerza del golpe. Puedes causar mucho daño con un buen impacto.

Dirk intentó comprenderlo.

—Primero quitamos las ramas más bajas —dijo el anciano—. Nos ayudará a ver lo que hay arriba y podremos determinar en qué dirección caerá el árbol. Este de aquí no es demasiado viejo. Un ejemplar joven pero robusto. Empezaremos por él.

Con unos golpes rápidos y ruidosos, el viejo podó las ramas más bajas. Lo único que quedó en la parte inferior al cabo de poco fue el palo del tronco que sangraba savia. Por arriba el peso de las hojas aún enturbiaba el cielo, aunque algunas habían caído durante el ataque.

El anciano se limpió el sudor de la frente. Tenía los ojos de par en par.

—Una verdad cruel: la vida exige muerte —dijo, más para sí que para el chico.

—¿Me enseñarás a hacerlo?

—Se puede crear y se puede matar. Nunca he derribado un árbol, pero sí que he roto alguna ramita para tallar figuras. Matas y creas. ¿Qué voy a hacer contigo?

—Pero ahora es mi turno.

El muchacho dio un paso atrás.

—No puedo —dijo el viejo—. Pero debo hacerlo.

Dio una vuelta completa en círculo, como para que el chico hubiera desaparecido al mirar de nuevo. Dirk esperó.

—Papi, déjame probar.

—¿Qué daño haría? Es ahora o dentro de poco, y viene a ser lo mismo. —Le pasó el hacha a Dirk—. Necesito recuperar el aliento y el valor. Será mejor que la manosees un poco.

Intercambiaron el sitio. Dirk levantó el hacha. Sabía lo que pesaba, porque la había movido por la leñera. Pero como nunca la había izado hasta la altura del pecho, se tambaleó bajo su peso.

—Ni se te ocurra pensar que derribarás el árbol de un solo golpe —le advirtió el hombre—. El primer impacto solo es para dejar una marca. Forma un ángulo desde el hombro hasta la cintura. La gravedad añadirá fuerza cuando asestes el golpe. Agárrala con firmeza

al chocar o perderás el control. Te aparecerán callos en dos minutos, pero bueno, no te molestarán mucho tiempo.

Y allí se quedó el viejo, con una mano en el bolsillo de su chaleco, toqueteando los adornos, y la otra mesándose la barba en un gesto contemplativo.

Dirk intentó componer una postura semejante a la del hombre. Pie izquierdo hacia delante, pierna derecha hacia atrás y firme. El bosque contenía el aliento.

Crear o matar. Menudo tema para debatir.

Golpeó. La cabeza del hacha flaqueó en un medio círculo alrededor de Dirk, pero cogió velocidad. Cuando se estaba acercando para enterrarse en el tronco del árbol (o, lo que era más probable, para rebotar en él) algo se movió entre las raíces. Como si el árbol se estremeciera. Era un ratón con seis ratoncitos a su lado.

La madre alzó la mirada hacia Dirk. Los bebés escondieron las cabezas entre las patas y la barriga de su progenitora. Dirk viró, la cabeza del hacha se tambaleó y toda la herramienta salió volando de entre sus manos para aterrizar en la pierna del viejo justo por debajo de la rodilla.

5

El anciano ahogó una impía aria de llanto y risa. Dirk apenas podía entender sus palabras.

—Maldito imbécil... Y ¿quién puede culparte? —dijo el hombre, o eso le pareció a Dirk—. Ay, aaaay, ¡que te parta un rayo!

El hacha cayó al suelo. Debajo de la pernera desgarrada, un jirón de la peluda espinilla se cubrió de sangre.

—Tu bufanda, chico, antes de que muera desangrado.

Dirk se la dio. El viejo se apretó un torniquete justo por debajo de la rodilla entre temblores y maldiciones.

—¿Querías matarme?

Dirk no podía hablar. La sangre le pareció seductora hasta que se apelmazó en la ropa y adquirió un color sucio.

—Voy a matar a esa hacha —dijo el muchacho al fin.

—Ayúdame a levantarme.

Pero el anciano no podía sostenerse en pie y se desplomó con un grito de dolor.

—Es posible que el hueso esté fracturado. Busca... —profirió un gemido sin palabras—. Busca algo que pueda usar como muleta. Un cayado, Dirk, un bastón.

—Yo te sostendré.

—Te caerás. Busca algo de la altura de mi axila... Algo que te llegue a la barbilla sería del tamaño perfecto.

Dirk se apresuró. Entre la maleza solo encontró palos larguiruchos, demasiado flexibles para apoyarse.

—No hay nada por aquí cerca.

—Si me has tirado a mí, puedes derribar el dichoso árbol. Ya va siendo hora. Coge a tu vieja amiga el hacha. —El viejo empezaba a ponerse lívido por la pérdida de sangre—. Termina con el árbol que he elegido y corta una rama recta.

El anciano cerró los ojos y volvió a abrirlos.

—Apunta al centro del tronco. El primer golpe, directo ahí; el siguiente, de arriba abajo. Deja que las astillas salgan volando. Vas a abrir un hueco en el árbol, así que caerá él solo por su propio peso.

Se le cerraron otra vez los ojos.

Dirk se puso a trabajar con una energía que nacía del horror. Aunque sentía haber herido al hombre, le preocupaba más evitar que lo abandonaran en el bosque.

Confiaba en que la madre y sus bebés estuvieran a salvo en otro lugar.

Al cabo de un rato se giró hacia Papi para preguntarle qué tal iba. El viejo había caído de costado. «Espero que solo se haya desmayado», deseó el chico. «Y no que duerma para siempre».

Quizás lo que le hacía falta no era una muleta, sino un trineo o algo así, para arrastrar al viejo sobre las resbaladizas agujas secas...

Pero Dirk no sabía cómo regresar.

Esa primera vez el hacha impactó en el árbol con rabia. No quería que lo ahorcaran por asesinato.

Golpeó una segunda vez. No sabía dónde acudir en busca de ayuda. No conocía a nadie aparte de la vieja y el viejo.

Volaban las astillas. El tronco del árbol se quejó. Una boca se iba abriendo más y más, comiéndose la hoja del hacha cada vez que esta regresaba a su hogar. La madera viva era pálida, de un blanco incluso fantasmal, del color de la piel de Schneewittchen, la chica que había huido para vivir con siete hombrecitos, según le contó la anciana. Los trozos en forma de cuña que salían volando entre las astillas parecían sonrisas asustadas del árbol que acababan desechadas en el suelo.

Molesto por el alboroto, un pajarillo marrón bajó y aterrizó en el pecho del viejo. Una gran sensación de pavor inundó al chico al ver que Papi no lo apartaba.

Golpeó el árbol. Una vez. Y otra.

El pájaro avanzó dando saltitos sobre el torso del hombre y pio un par de comentarios. Dirk dejó quieta el hacha un momento y escuchó.

—¿Me estás dando consejos? —le preguntó al pájaro.

El animal salió volando. Dirk pensó que el ligero revoloteo de sus alas sonaba como un ejército de pájaros. O un ejército de ángeles, que se llevaban el alma del viejo al cielo. No había ningún ejército, solo el árbol que talaba y parecía no soportarlo más. Se derrumbó sobre el chico, y lo mató.

6

No era que estuviese cayendo (¿lo estaba?), sino más bien que los árboles se alzaban contra él. Las ramas pálidas lo atacaban. Aparecían

puntitos de sangre sobre la superficie de su piel. Se impulsó con los pies, igual que había hecho una vez cuando saltó a un estanque más profundo de lo que había pensado. Sus muslos se encontraron con un torbellino de ramas coníferas con largas agujas. Los árboles parecían dar vueltas sobre sus troncos, amontonados para frenar el descenso del muchacho. Sus pies aterrizaron al fin en alguna parte. El suelo se retorció bajo las hojas caídas y las agujas secas: eran las raíces ofendidas de los árboles.

No entendía que estaba muerto. No quería acabar aplastado. Luchó contra el bosque, arremetiendo a pasitos, y cayó por una cuesta. La savia le escocía en los ojos. Parecía que los árboles se apartaban por los dos lados. Abrían un camino, un único camino. Iba desnudo. Le bullía la piel. Tenía uno de los ojos pegado. Con savia o sangre.

Cuando la cuesta se niveló, aterrizó sobre las rodillas y su cara dio contra el suelo. Los árboles le azotaron las nalgas, la espalda y la nuca. La parte superior de cada golpe era castigo y la vuelta, una disculpa.

—¿Has llegado tan lejos para desmenuzarte como un pastel?

Dirk se restregó los ojos y se enderezó. Por encima de él había un pajarillo marrón posado en una rama. Un pájaro solo puede observar a un niño con un ojo a la vez, y el de la criatura era frío y temperamental. Tenía el pico cerrado.

—Has venido a por una muleta y te la tendrás que ganar — prosiguió la voz, pero no era de pájaro. El niño miró hacia abajo.

En el suelo, un bulto oscuro, apenas más grande que una nuez, se revolvió y se dio la vuelta. En la parte superior se hallaba la cara de un homúnculo. Siderita, roble petrificado, carbonización del caldo primigenio: el chico no tenía ni idea de qué material estaba hecho. La cabeza retorcida se encorbaba sobre unas rodillas encogidas bajo una barbilla peluda. Era una criatura vieja y achaparrada cuyo cráneo se asemejaba a una col de Bruselas.

—¿A qué esperas? ¿Hay un mal momento para proceder?

—No sé qué debo hacer.

Así que aún conservaba la voz. Menudo alivio.

—Agárrame y seremos amigos.

—Piénsatelo bien antes de echarle una mano —le dijo el pájaro al niño con una voz pura y aguda, aunque pastosa, parecida a la dulce miel.

—No escuches a Fräulein Tordo. Menuda entrometida. Siempre va metiendo el pico en los asuntos ajenos. Ya que estás aquí, ayúdame.

El niño se dio la vuelta. El tordo no tenía nada más que decir, pero alzó la cabeza hacia el cielo y soltó una maldición cantarina.

Los árboles empezaron a retirarse. Aunque las ramas seguían agitándose, ya no lo golpeaban. El niño pudo agacharse más y examinar la figura protuberante que descansaba en cuclillas entre hojas y agujas. Si el chico tuviera valor para tocar a ese gnomo tan grande como un ratón, la criatura habría cabido en la palma de su mano.

—Tú me ayudas y yo te ayudo —dijo el gnomo—. Huérfanos unidos. ¿Qué problema hay en un simple intercambio como ese?

La diminuta cara sobresalía un poco de su cuero cabelludo. El niño se preguntó qué le pasaba al autor de la petición. Tenía los brazos fusionados alrededor de las rodillas y su columna no daba de sí. Solo su cara estaba viva, o eso le parecía al muchacho.

—¿A qué esperas?

—Nunca había visto a nadie como tú —dijo el niño.

—Este no es tu día de suerte —trinó el tordo mientras saltaba de rama en rama.

—Soy residente de esta tierra, ¿queda claro? —insistió el gnomo—. No me trates de forma distinta a los demás. Modales, chaval.

—Yo de eso no tengo —explicó el chico—. Vivimos en el bosque en medio de la nada. Cerca no vive nadie con quien podamos practicar los modales.

—Así que querrás partir hacia la gran ciudad —dijo el tordo—. Algunos la llaman el Templo de los Primeros Deseos.

—Es más el Mausoleo de las Desilusiones Sagradas —replicó el gnomo—. No quieras marcharte allí. Pero vayamos al grano. Eres un soldado a la caza de una rama robusta para usar como muleta, ¿es cierto?

—¡Qué soldado ni qué ocho cuartos!

—Un vándalo, ni más ni menos —dijo el tordo—. Has asesinado a nuestra hermana con esa hacha.

—Lo hecho, hecho está —le espetó la cosa con aspecto de gnomo al pájaro—. Aunque resulta inverosímil, otra dama inmortal ha caído. Chico, yo te ayudaré a tallar una rama adecuada para tus propósitos a partir de su cadáver. Lo único que debes hacer es liberarme del suelo donde estoy clavado y prometo ayudarte. Cógeme como si fuera una vela y tira.

La mano del niño se preparó para cerrarse alrededor de la silueta.

—¡Vete! —chilló el tordo—. ¡No lo desentierres! Es un manipulador, no tu amigo. Por su culpa estamos metidos en este aprieto.

Aunque un pájaro parlante podía ser raro, un gnomo lo era bastante más. El niño cerró las dos manos alrededor del ser y empezó a tirar. El tordo se arrojó contra el niño para pegarle y que se alejara. Pero él no cejó, preocupado como estaba por evitar soltar a la criatura. El gnomo gruñó de dolor o de algún esfuerzo por su parte. Al poco, el niño cayó hacia atrás sobre su rabadilla. Le llovían terrones de tierra sobre la cara y el pecho.

—¡Ajá! —gritó el gnomo—. Libre al fin, Fräulein. Ya veremos qué va a pasar ahora.

—No regresaremos jamás. Pasaremos la eternidad sin hogar —se lamentó el tordo.

El niño se limpió la tierra de la boca. Estudió el objeto que había excavado. El gnomo resultó ser el mango de un cuchillo corto y afilado. La achaparrada figura parecía un vegetal duro y hostil, mientras que el cuchillo inferior era como un diente solitario.

—Ya estoy harto de tus quejidos y premoniciones —le dijo el gnomo al tordo, y luego al chico—: Por allá yace Dama Fresno, a quien has asesinado. Debo ayudarte a tallar un bastón o una muleta de lo que queda de ella. Cuando te haya pagado por mi libertad, me dejarás en el suelo y me marcharé.

—¿No has hecho suficiente daño ya? —le preguntó el tordo.

El gnomo le explicó al chico cómo seleccionar una rama y flexionarla para producir la máxima tensión antes de cortarla. A pesar de que la hoja del cuchillo extraído era corta, poseía filo y dureza. Hizo un trabajo rápido, pues el chico notaba que el gnomo empujaba él mismo la hoja para abrirse paso a través de la madera natural.

—Has comenzado la vida eterna con otro acto de maldad —dijo el tordo detrás de él en voz baja y rebosante de sentimiento.

El niño se dio la vuelta. No veía al animal por ninguna parte. Las palabras del pájaro provenían ahora de una mujer de sobria belleza que llevaba una guirnalda de laurel. Unos brazaletes de hiedra adornaban las mangas de su vestido. Tenía una mano alzada hasta la frente, como si quisiera desviar la vista de la rama cortada.

—Lo que has hecho... —dijo.

—No podía hacer nada más —explicó el chico—. El anciano es un leñador. Es todo lo que sé.

—No voy a consolarte. Mataste a nuestra hermana y descuartizaste su cuerpo. No te permitiré el paso a nuestro reino. Largo, fuera —dijo la princesa, la reina, la diosa tordo, quienquiera que fuera. Movi6 las manos, despachando al niño.

—Estamos de acuerdo en una cosa —convino el gnomo—. Dejemos que se vaya. Sí, libre, al fin, podré molestarte como me plazca. He pasado demasiados siglos estancado como para desarrollarme de inmediato, pero así lo haré.

—Canalla. Debo prepararme —contestó la princesa, y añadió mirando al niño—: Aunque es un incordio para mí, te enviaré de vuelta. Exiliado. No te has ganado tu lugar entre nosotros.

—Bájame ahora —le gruñó el gnomo al chico—y nuestra transacción habrá terminado.

El niño se puso el cuchillo entre los dientes y recogió la rama cortada de la dama árbol.

—No me incumbe. —Fue el grito que le dirigió la reina al gnomo—. Eso es lo que se consigue al confiar en una persona ingenua. Son tan malvados como los demás. Sálvate tú solo, si puedes.

Alzó las manos y un coro de cantos de pájaro se elevó a su alrededor. En el aire se produjo una vorágine de hojas verdes y agujas de pino, verdes del verano, y trozos de corteza y ramitas. Con las dos manos en su nueva vara recién tallada, el niño cerró su único ojo útil. Parecía que el bosque se retiraba y, con él, la Reina de los Tordos. En la empuñadura del cuchillo, el gnomo maldecía con ferocidad, pero el niño no abrió la mandíbula.

7

El sonido de voces hablando reanimó al niño. No le sorprendió tanto estar vivo otra vez como que la voz no perteneciera al viejo. La anciana conversaba con un visitante: el primero que recibían.

Dirk intentó levantarse con los codos, sin conseguirlo. No estaba en su altillo, sino tendido sobre la piel de oso en el rincón que la vieja a veces llamaba su «vestidor». La tela que colgaba en la puerta le impedía ver la sala principal.

Le había sorprendido tanto la novedad de tener un invitado en la *waldhütte* que reclinó la cabeza y se dedicó a escuchar.

—Se le da bien narrar cuentos —dijo el visitante. Su tono era afable, de los que invitaba a añadir un comentario—. Le salen de una forma muy natural. ¿Tiene hijos o nietos a quienes contárselos?

—Ni uno —respondió la mujer—. Solo estamos el viejo y yo, como siempre. No me gustaría tener un niño aquí. Tampoco soportaría tal molestia.

—El dominio que tiene de los viejos cuentos populares resulta impresionante, dado que carece usted de jovenzuelos que se sienten alborozados a sus pies. —Dirk contuvo la respiración—. Cuénteme otro.

—Vuelve mañana —repuso la vieja—. Tengo cosas que remendar y grasa de cerdo que derretir y no puedo quedarme sentada las horas de

sol entreteniéndote con cuentos del bosque. ¿Sabrás volver aquí otra vez?

—Las historias me atraen con su propia fuerza —dijo el invitado.

Dirk se imaginó al visitante como un hombre joven o, al menos, más joven que el anciano. El niño se sentía ansioso por ver a un desconocido. Sin embargo, hubo algo en el tono de la vieja que le hizo mantener la boca cerrada.

—Hasta la próxima, ¿Frau...? ¿Fräulein...?

Ella no le facilitó un nombre. La puerta chasqueó al abrirse y traqueteó al cerrarse.

Dirk sentía que el pelo del oso le irritaba la nuca. Quería rodar sobre sí mismo, envolverse por completo con la piel del animal y esconderse en ella. Convertirse en un oso y marcharse con parsimonia. Pero aún no podía moverse. Quizás pudiera hablar si lo intentaba, pero no lo comprobó.

—Por fin se ha ido —dijo el viejo al entrar—. Me he escondido al abrigo del cobertizo hasta que lo he visto marcharse. ¿Qué quería?

—No lo que te piensas —contestó la anciana.

—¿Ha preguntado por Dirk?

—Quería historias. Escribía lo que le decía y luego me lo volvía a leer. Le he contado uno de esos cuentos manidos y viejos. Se moría de ganas por regresar al pueblo y contárselo a su hermano. Mañana vendrá de nuevo.

Y se echó a llorar.

En momentos como ese, Dirk solía sentir cómo su afecto hacia la mujer se acrecentaba, pero en esa ocasión no pudo experimentarlo.

—¿Por qué has traído de nuevo al chico? —consiguió decir al fin la mujer.

—Pensé que sería mejor lanzarlo a la pocilga que dejar el cuerpo en el bosque, donde podrían encontrarlo perros de caza. El cerdo también tiene que comer.

Dirk se planteó que quizás no estaba vivo de verdad, sino solo vivo a medias, por alguna extraña razón.

—¡Y tú con esa herida en la pierna!

—Hasta donde yo sé, antes de que el árbol cayera, el chico me cortó una muleta que me iba bien. Cuando me desperté y vi su silueta boca abajo al lado del árbol... Bueno, ¿qué querías que hiciera? Mejor matarlo aquí que dejar que alguien se encuentre con el cadáver y empiece a hacer preguntas. Somos la única *waldhütte* de la zona. Habrían sospechado de nosotros primero.

—No haces una maldita cosa bien.

La vieja se puso a regañar al anciano con las peores obscenidades que el niño le había oído.

—¿Dónde he estado? —gritó Dirk, más para acallarla que por otra razón.

El silencio en la sala cayó como un pesado fantasma que aprisionara el aire contra las toscas tablas del suelo.

—Y ahora los santos nos han abandonado —siseó la vieja. Lo dijo con un susurro, pero los oídos de Dirk estaban alerta por el pánico—. El chico está vivo. Tendrías que haberlo enterrado allí mismo cuando estaba demasiado lejos como para sufrir. Y ahora, vuelta a empezar. ¿Cómo nos las apañaremos?

—Me talló una muleta —replicó el viejo—. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—¿Dónde he estado y de dónde he vuelto? —gritó Dirk.

La tela en la puerta se hizo a un lado con fuerza.

—A callar, tú y esa boca —dijo la anciana—. Despertarás a los muertos.

—Se ha despertado solo —dijo el viejo con un poco de amabilidad al menos—. ¿Cómo te encuentras?

Se asomó por encima de los codos angulosos de la mujer, apoyándose en una muleta.

—¿Por qué le habéis mentado a ese hombre sobre mí? —preguntó Dirk.

—Te encuentras mal y por eso tu cabeza magullada se está inventando historias —le replicó la mujer—. No lo entiendes.

Dirk se las arregló para incorporarse. Se llevó consigo la piel de oso y la asió a su alrededor como una manta.

—¿Qué me ha pasado? ¿Dónde está la Reina de los Tordos? ¿Y ese fiero hombrecillo del puñal?

—Te ha contado demasiados cuentos —dijo el hombre—, por decirlo en pocas palabras.

—Por lo que me han dicho, estabas muerto —le explicó la vieja—. Sé que ha ocurrido un par de veces antes. Una joven de Arnhelt se desplomó porque le cayó un rayo encima. Luego olía a alquitrán y azufre. No tenía pulso cuando la encontraron. Su cara era del color de las ciruelas tan pasadas que ni sirven para la mermelada. Y entonces, sin saber cómo, regresó.

—¿De dónde? —logró preguntar Dirk.

—De entre los muertos. Pero nunca volvió a ser la misma. Antes era una joven habilidosa, la hija de un comerciante de lanas. Ya habían anunciado su boda. Pero después de que el rayo la alcanzara, no quiso casarse. Cogió la flauta y estuvo tocando... Bueno, hasta el final. Prácticamente no le hablaba a nadie ni sonreía. Tú te has ganado un ojo a la virulé; alégrate por las cosas que no necesitarás ver.

—No asustes al chaval —le recriminó el viejo.

—Con lo que ha presenciado, ya estará asustado. No lo voy a empeorar. —De repente, dio una palmada, pero el niño no se sobresaltó—. ¿Ves a lo que me refiero? Y ahora, ¿qué hacemos? —le preguntó al viejo.

Salieron para hablar en el extremo más alejado del cobertizo y tener privacidad. Estaba anocheciendo, aunque Dirk no sabía si era la noche del mismo día o de otro.

Bajó la mirada. Ya no estaba desnudo, pues iba vestido con la misma ropa, la única que tenía, hecha a partir de retales de las vestimentas del viejo.

Los dos ancianos habían intentado deshacerse de él en el mejor de los casos, o incluso matarlo. Si de verdad había regresado de entre los muertos, estarían aterrados.

Los odiaba. Pero no quería espantarlos más.

No sabía por qué les resultaba una molestia tan grande, pero no pensaba quedarse para averiguarlo.

Hizo un esfuerzo por levantarse. Arrastró la piel del oso con él y le dio la vuelta para que el pelaje negro estuviera por fuera. Cojeó hasta la mesa, en medio de la habitación principal, donde había un cuchillo con una cabeza tallada al lado de una manzana bien roja. Dejó la manzana pero recogió el cuchillo y lo envolvió con un retazo de piel para que estuviera a buen recaudo.

A la vieja no le importaría; no lo quería allí, de todos modos. Pero el anciano podría seguirlo. El chico cogió la muleta para retrasarlo y que reconsiderara ir tras él. Salió luego por la ventana. Abandonaba su vida, pero de una forma más convencional que la anterior. Seguía siendo pequeño, pero ya no era un niño.

Una educación póstuma



8

¶ estas alturas sería falso afirmar que el mundo cantaba alabando la nueva libertad de Dirk. Podría estar cantando, pero no a él, que estaba sordo, indocto ante tales melodías. Andaba con pasos pesados, consciente de sus moretones y dolores, pero ajeno a los rayos dorados del Rin, el canto de los pájaros, las malolientes lechugas de agua y las flores rococó de las enredaderas en las ramas de unos robles centenarios.

Un poco memo sí que era, todo sea dicho.

Cuanto más se alejaba de la *waldhütte*, más borrosa se volvía en su mente, como si nunca hubiera habitado allí. Extraño, sobre todo porque no había vivido en ningún otro lugar.

La luz era racional y las sombras, románticas. Podía sentir un ronroneo de tensión, pero no conocía las palabras ni las referencias para expresarse. Ni a nadie a quien decírselo.

Solo se fijó en el agua. Cada vez que coronaba una cuesta y caminaba o se deslizaba por el otro lado, encontraba un arroyo al fondo.

«No te sorprendas tanto. ¿Por dónde quieres que fluya el agua en una montaña? No se pone erguida en la cima de las colinas y se hurga la nariz», dijo la figura del cuchillo que llevaba en la mano.

«Pues claro que los cuchillos no hablan». Dirk sospechaba que se estaba imaginando cosas por la preocupación. Sin embargo, por educación, le preguntó al cuchillo por dónde debía ir.

«Si lo que quieres es vivir entre los de tu especie, entonces sigue el siguiente arroyo caudaloso», respondió el cuchillo. «Acabará en un lago o en un río. Las personas tienden a juntarse en la orilla. Te resultarán interesantes y puede que te den de cenar. Pero si lo que deseas es vivir sin el estorbo de las miserias humanas, quédate en el bosque. Es cierto que está lleno de tragones a cuatro patas. Podrías servirle de aperitivo a uno con facilidad antes de que te enteraras. Tu manto de oso solo te ocultará un tiempo. Pero serás libre hasta que el bosque te atrape. Y yo lo seré cuando me sueltes. Después de tanto tiempo esperando, supongo que podré controlar mi genio hasta entonces».

Pasaron unas horas y la luz cambió. Todo lo que quedaba cerca tenía el mismo aspecto, pero las profundidades del bosque eran cada vez más oscuras. Cuando Dirk se acercó a un árbol recién caído que atravesaba un río, un pequeño pájaro marrón salió de entre las hojas grises como el papel que seguían colgadas de las ramas. «Tendrás que cruzar tarde o temprano», dijo el pájaro.

«Los pájaros no hablan», repuso Dirk mientras probaba con el pie las raíces embarradas para ver lo estable que podía ser el árbol.

«Claro que no hablamos, no a los humanos», repuso el pájaro con bastante alegría. «Lo único que te pasa es que te sientes triste. Pero vigila por dónde pisas. Sigue el tronco y tómate tu tiempo».

«Oh», añadió el tordo cuando Dirk iba más o menos por la mitad del árbol, «puedes tirar ese cuchillo al río si quieres. No te va a hacer ningún bien y el agua es mano de santo para oxidar objetos briosos».

«Desconfía de un consejo que no hayas pedido», gruñó la cabeza del cuchillo.

«A callar, los dos», les ordenó Dirk. «Debo concentrarme o acabaré con la ropa lavada y conmigo dentro. Aún estoy aprendiendo a manejarme con un solo ojo».

Salir del árbol conllevó una carrera a través de ramas enredadas. Se mojó los pies en la otra orilla, la piel del oso se le cayó en el agua y ahí se quedó. Empapada resultaba demasiado pesada para cargar con ella.

El cuchillo y el tordo se callaron. Cerca de la orilla había un claro. Dirk subió la pendiente para averiguar qué se veía desde ahí. Una valla de madera y una pequeña casa de piedra. Una mujer, encorvada en un banco bajo el sol del ocaso, ovillaba hilo. No estaba mirando ni al sol ni al hilo. Sus ojos parecían posados en algo invisible en el jardín, a medio camino entre su regazo y la puerta.

Era una mujer anciana, pero no la misma que Dirk había abandonado. Quizás fuera más vieja. Dirk carecía de práctica en tales distinciones.

El tordo, que había revoloteado sobre Dirk mientras este caminaba, se escondió en la copa de un roble. Pío una dulce melodía a medida que la luz y las sombras se alargaban. Iba comentando su propia canción mientras la cantaba.

*Desde tierras muy lejanas, el flautín es cual pájaro,
pájaro cual flautín, en tierras alejadas.
Desde tiempos inmemoriales, una alegría jamás imaginada
corta cual cuchillo, en un tiempo lejano.
La niñez fortalecida, mas envejecidos nosotros,
atormenta y se mofa del venerable sabio
hasta que la niñez, de allá donde partió,
regresa y absorbe palabra por palabra, lección por lección,
aquellas palabras que oímos cuando el pájaro era flautín.*

La curtida anciana se estremeció, aunque a Dirk el clima le parecía cálido y la brisa, refrescante. La mujer gritó. Un hombre atravesó la puerta, le colocó una gorra en la cabeza y se la ató debajo de la barbilla. No era tan viejo como la mujer, aunque sí más que Dirk.

—¿Qué te pasa, Mutter?

Agitó la mano, como despidiéndolo, y no lo miró. Él se alejó y regresó con un chal. La anciana se lo echó por encima de los hombros con una especie de codicia airada.

—La puesta de sol puede agriar hasta el higo más dulce.

El hombre se sentó en el umbral y sacó una larga pipa del bolsillo de su chaleco. Agazapado entre las sombras, Dirk estudió esa escena

familiar.

—Un mal día, ¿eh?

—Ay —la mujer escupió en el suelo—. Sangre de Dios en un dedal.

De la vivienda salía el aroma de la abundancia: pan caliente y carne al fuego, quizás la pata de un venado, y zanahorias con miel. La boca de Dirk se humedeció tanto que también quiso escupir, pero se la limpió con la muñeca para permanecer en silencio y observar a los otros mientras conversaban. Oyó sillas que se arrastraban sobre tablones de madera; supo que había alguien más dentro, cocinando la cena.

Y entonces, desde el interior, una mujer cantó algo sin sentido y un niño se rio. Las palabras eran ininteligibles, pero la exótica interpretación desplazó la canción del tordo en la mente de Dirk. Tanta alegría sonaba peligrosa, además de demente.

El hombre prendió un fósforo en la piedra y encendió la pipa.

—¿Hoy sabes quién soy?

—San Jerónimo el erudito —respondió al cabo de un tiempo la anciana. Fue un esfuerzo por hacerse la entendida.

—¡Ni por asomo! Siempre me decías que tenía la sesera llena de sopa de fideos.

La mujer se persignó, quizás a modo de disculpa por su error.

—Vuelve a intentarlo —la animó el hombre—. Regresa a casa, Mutter. ¿Quién soy?

La mujer daba vueltas a la madeja de hilo en su regazo, pero sin mirarla. A lo mejor había perdido la vista.

—Eres el rey que tiene una hija virgen a la que desposar.

—Esa es buena. Te has colado en una de esas historias que solías contarme cuando era un chaval. En serio, no soy el rey de nada, Mutter, y no tengo una hija virgen, sino un hijo virgen con una salchicha que aún no ocupa del todo su envoltura. Venga, ¿de verdad que no sabes quién soy?

—Uno que ha venido a fastidiarme con sus sandeces.

Hecha una furia, intentó asestarle un pescozón, con lo que casi se cae del banco. Él no le prestó atención.

—¿Y quién eres tú? ¿Te acuerdas de eso?

—Dímelo tú, ya que sabes tanto —le espetó la anciana.

—Eres la vieja dama Mitzelhaupf. Agathe Mitzelhaupf. Toda tu vida has vivido en esta parroquia. Tu marido era Gustav. ¿Te acuerdas de Gustav? Te trataba bien y construyó esta casa para ti. Aquí fue donde me criaste, a mí y a mis hermanas, hasta que ellas se casaron.

—A buenas horas —dijo, y añadió—: Pero yo no he tenido ninguna hija. Demasiado caras.

—Y ahora vives aquí con tu hijo, Hans. Ese soy yo. Y mi mujer, Berthe. Y nuestro hijo, tu querido Torsten.

—Ah, Torsten. —Se enderezó, como si fuera la única parte de su vida que pudiera identificar—. ¿Dónde está?

—Ayudando a su madre a poner la mesa. Pero ahora le toca traer a la vaca del pasto. ¡Torsten! —llamó Hans—. Ven de inmediato.

Apareció entonces un chiquillo más pequeño que Dirk.

—Aquí está Torsten —anunció Hans. Era el primer niño que veía Dirk—. Torsten, tu abuela está un poco despistada. Dale un beso.

—Ven, niño.

Con un gesto imperioso, le señaló su mejilla arrugada. El pequeño Torsten le plantó un beso ahí y se alejó.

—Y ahora a la faena. La vaca está por allá, en el pasto, esperando a volver a casa. Ve a abrir la puerta —le indicó Hans.

Dirk giró la cabeza. Sí que había una vaca presenciando la escena doméstica y mascando la tragedia.

Torsten echó a correr por el camino que conducía al prado y Dirk aprovechó para refugiarse en el bosque y seguirlo. Torsten en la luz, Dirk en las sombras.

Hans había sido curiosamente gracioso. La abuela parecía majestuosa y complicada. Pero Torsten solo era un niño con *lederhosen*, rodillas rosadas y regordetas y un cabello sedoso y lacio. A Dirk le resultó fácil seguirlo.

Mientras Torsten se peleaba con la cuerda atada a la verja, Dirk se arrodilló entre los helechos. Encontró una piedra lisa del tamaño de un huevo de petirrojo y se la lanzó al niño para llamar su atención.

Al recibir el impacto, Torsten se giró a toda prisa. A Dirk le pareció que lo estaba mirando directamente.

—¿Quién anda ahí? —gritó.

Otra piedra para hablar. Dirk la tiró.

El niño huyó, dejando la puerta abierta. La vaca lo siguió sin protestar.

Dirk volvió a pasearse junto al niño, aunque resguardado dentro del bosque para no ser visto. El chiquillo lloraba cuando se abalanzó a los brazos de su padre. La sangre quedaba hermosa en su mejilla.

—¿Te has caído? —le preguntó su padre.

—¿Qué le pasa al niño? —dijo la anciana.

—¡Hay algo en el bosque! —gritó Torsten—. ¡Me han golpeado cinco veces con piedras! Me giré para mirar...

—¿Y qué había? —lo interrogó su abuela—. ¿Qué has visto?

—¡He visto a un gnomo, un pequeño *schwarzkopf* que me miraba con una sonrisa malvada!

—Tonterías —repuso su padre—. No hay duendes por estos bosques, Torsten.

—No estés tan seguro —le contradijo la anciana—. Torsten bien lo sabe.

—Era una criatura abominable, bastante pequeña, pero feroz y fea, con una joroba en la espalda y un saco para meterme dentro.

—Mantente alejado de los gorros negros, mantente alejado del bosque —advirtió Agathe Mitzelhaupf.

—No le metas estupideces en la cabeza —soltó Hans, enojado.

—Yo sé lo que sé —dijo Agatha—. He oído a ese gnomo llamarme de vez en cuando, pero mis rodillas son como queso fresco y no puedo ir a darle el porrazo que se merece.

—La cena está en la mesa —les gritó una mujer desde dentro. Berthe, seguramente.

—Nunca has oído a un duende con el gorro negro, Mutter. —Hans levantó a su madre hasta que estuvo de pie—. Es retorcido que mezcles tus viejos cuentos con la verdad. Lo único que puedes oír proveniente del bosque es el canto de los pájaros por la tarde. Torsten, lávate la

cara y las manos. Mutter, vigila por dónde vas o te irás con el diablo antes de que esté listo para recibirte.

—Los ángeles me llevarán al Paraíso, donde pienso causar muchos problemas.

Pero ahora se estaba riendo un poco. Ya había superado la crisis.

Dirk se plantó y miró de cerca la puerta. El aroma de la cena se colaba por la ventana abierta.

El tordo permanecía en silencio. De hecho, no se lo veía por ninguna parte. Dirk miró el mango tallado del cuchillo. La retorcida figura, de cuclillas, le sonrió con unos ojos protuberantes. En su cabeza bulbosa tenía un gorro tejido y ceñido con tanto esmero como el capuchón sobre la semilla de una bellota.

9

Por la noche, Dirk extendió unos retales de arpillera sobre un montón de heno al lado de la vaca para acostarse. No hacía demasiado frío, pero no tenía nada para usar como manta. No debería haber prescindido de la piel de oso mojada. En un cajón forrado de hojalata encontró un saco de harina, cosido y cerrado. Lo arrastró, no sin esfuerzo, hasta el heno. Se tumbó junto al saco como si se tratara de una persona que fuera a proporcionarle calor y lo cubrió también con la arpillera. Se puso a pensar en el niño, Torsten. Le habría gustado tener un amigo o un hermano pequeño, aunque solo fuera en sus sueños. Pero no estaba acostumbrado a soñar.

Un ratón, muchos, de hecho, treparon la loma del saco mientras Dirk dormía. Casi sin poder creerse su buena suerte, los ratones royeron los hilos. Cenaron mejor que el muchacho.

Se despertó antes del amanecer. Con los zapatos en una mano y el bastón en la otra, se escabulló por la puerta lateral del granero. Pretendía ir de puntillas por la hierba, desaparecer sin ser visto, hasta que un sonido procedente de la casa lo hizo detenerse.

El padre, ese tal Hans, estaba de pie ante la puerta abierta de la cocina. Llevaba una larga camisa grasienta y las piernas y los pies descubiertos. Con la mano sujetaba la pipa, a punto de golpearla contra el marco para limpiarla y disfrutar de una calada de tabaco de cereza antes de comenzar la jornada de trabajo.

Dirk y Hans se observaban sin hablar.

Todo habría ido bien si Hans hubiera abrazado a Dirk de la misma forma que abrazó al pequeño Torsten. Dirk era, al fin y al cabo, más joven en mente y espíritu que quizás en edad, pues había crecido aislado.

El padre cambió el peso de un pie a otro y se concentró en la pipa. Tenía los ojos fijos en un Dirk tan quieto como un conejo a punto de salir corriendo.

—Nuestro pequeño Torsten dijo que había un enano oscuro con un gorro negro —murmuró Hans lo bastante alto como para que lo escuchará Dirk—. ¿Eres tú? ¿Te oscureces a medida que pasa el día? ¿O eres lo contrario al enano y repartes bendiciones? Aquí eres bienvenido si prometes no causar ningún daño.

Se habla a veces de la *heure bleue*, una parte de la tarde en la que el sol desciende por debajo del horizonte, pero el mundo vegetal sigue siendo visible. Se intensifica a medida que un reconfortante púrpura asciende desde cada hoja en duelo. El momento previo a la madrugada es su opuesto. Una especie de luz moldea el propio mundo antes de que el sol comience a trabajar. Es beis y amarilla, o ámbar como la cerveza.

Dirk estaba en la *heure bronze*, esperando. Le temblaba el corazón, pero ni un parpadeo alteraba sus ojos.

Hans se inclinó para depositar la pipa en el umbral. Cuando se levantó para consolar el llanto, el niño se había ido. Sin hacer ruido.

Dirk avanzaba por un mundo recién nacido; su ropa exhalaba nubes de harina refinada que le hacían más sólido, restándole esa apariencia de niño fantasma que había lucido en el corral.

11

Dirk siguió río abajo. El mundo respiraba y echaba humo. Unas cortinas de fuegos fatuos se disolvían en amplias columnas allá donde el pequeño río reducía su velocidad para ensancharse y adquirir poca profundidad.

«Si quieres que te haga compañía, regresa al bosque», le aconsejó el gnomo-cuchillo. «¿Ves esas rocas allá delante, donde el río se estrecha y se convierte en unos rápidos? Puedes cruzar por ahí para volver al bosque. No puedo ir contigo al mundo de los humanos».

«El niño pertenece a los suyos, no a los nuestros», dijo el tordo. «Un río caudaloso indica que hay un molino. Un molino indica que hay un asentamiento. A nosotros no nos sirve para nada. Deja que siga su destino».

«Y a mí déjame seguir el mío. Tú aquí no mandas, Fräulein. El niño no será nuestra salvación, pero ¿para qué vas a enviar un cabeza de *kugel* como él a los lobos humanos? El mundo lo hará picadillo. Y prefiero hacer yo los honores».

—A callar —los interrumpió Dirk.

El pardo tordo pasó volando a toda velocidad como si quisiera obligarlo a avanzar. Dirk siguió adelante, pero no por el pájaro. Sabía un poco más sobre las personas ahora que había podido añadir a Torsten, Hans y Großmutter Agatha a su colección. Ansiaba aprender más. Era demasiado joven para convertirse en un ermitaño.

El bosque neblinoso estaba rodeado por pendientes. Al poco tiempo, unas cataratas descendían en un recodo, domadas por un molino.

Alrededor de un pozo se situaban almacenes y otras estructuras de madera. Allí, una joven hacía rodar una manivela para bajar un cubo. Era su sexta persona nueva, sin contar al visitante de la *waldhütte*, a quien no había podido ver.

El tordo voló hacia el tejado del pozo sin comentar nada.

El niño se preguntó si ese sería el poblado que siempre le habían prohibido visitar. Aunque seguramente habría más de un poblado en el mundo.

Para resguardarse del frío, las puertas y las contraventanas estaban cerradas. Los gallos marcaban la hora y las vacas mugían para que las ordeñaran, pero el pueblo seguía durmiendo, a excepción de la mujer del delantal, concentrada en su tarea.

Dirk mantuvo las distancias, a la espera de que la otra levantara la mirada. Tenía una barriga llena, atiborrada, y el pelo rojizo enmarañado por detrás.

—¡Ah, me has asustado! —dijo al girarse para verter un cubo de agua en uno de los dos cántaros de peltre—. ¿De dónde has salido, ricitos? —Él se encogió de hombros—. ¿Un niño cambiado? ¿Eras un cerdito, te fuiste a dormir y te despertaste como un niño? Son muy parecidos, lo sé por experiencia. He conocido cerdos que se acicalan mejor que tú.

Siguió trabajando mientras hablaba. Su actitud no resultaba antipática. «Es joven», pensó el niño. Más joven que el anciano y la anciana. Aunque lo suficiente para ser adulta.

Se acordó del visitante de la *waldhütte*, el hombre que cazaba historias. La vieja había dicho que ese tipo tan curioso y su hermano se quedaban en el pueblo.

—¿Tiene invitados esta noche, dos hombres? —le preguntó a la doncella.

Ella se dio unas palmaditas en su creciente cintura.

—¿Dos hombres? Qué cruel y pecaminoso por tu parte sugerir algo así. ¿Acaso no tuve suficiente con el que me hizo parecer un barril?

Le guiñó un ojo, un gesto que él no entendió. Intentó devolvérselo, sin éxito.

—Guiñame ese ojo tan feo que tienes, ¿quieres? Eres demasiado joven y ya hay un viajero en mi umbral, como puedes observar. Pero debo volver dentro antes de que se despierten los demás. El párroco dice que es indecoroso que una mujer de mi condición esté fuera, porque alborotaría la moralidad de los jóvenes. Por eso madrugo para hacer mis tareas y escondo mi vergüenza de la luz del día y los vecinos. Déjame pasar.

—Quería decir invitados en el pueblo, esta noche —dijo Dirk—. Dos hombres, ¿viajeros?

—Eres el único viajero que ha pasado por aquí desde Cuaresma.

Alzó con esfuerzo las dos jofainas y las puso en equilibrio sobre sus hombros. Pequeñas lenguas de agua la salpicaron al levantarse.

—No me sigas —dijo al cabo de un rato—. Los tontos dicen que llevo el pecado dentro. Creerán que eres un diablo que ha venido a castigarme. O que yo te llevaré por mal camino.

Llegó a una casa con un conjunto de escalones en el lateral. Los subió y, cuando llegó arriba, dejó los cántaros en el rellano para manipular el cerrojo. Dirk se quedó abajo.

—Creía que te había dicho que te fueras. ¿Qué quieres, restos de comida? ¿Acaso soy una buena samaritana?

El niño pensó que quería darle algo. Se acercó unos pocos metros, hasta el pie de la escalera. La mujer alzó un cántaro de agua y lo derramó sobre Dirk, que intentó retroceder, gritando, aunque no fue lo bastante rápido.

—Por eso cojo dos, uno para mí y otro para compartir —gritó a carcajadas—. Si lo que buscas es caridad, vete a carcomer la puerta del sacerdote como un ratón de iglesia. A ver si es más comprensivo contigo que conmigo.

Y cerró con un portazo.

Se quedó temblando unos minutos. Su mente era un cuenco de sangre fría. Pero, al cabo de un momento, se dio cuenta de que, si iba a ver al párroco, quizás sería conveniente asearse antes. Se lavó en la fuente lo mejor que pudo.

Una mujer con el pelo blanco pasó cojeando a su lado. Iba escogiendo rollitos mohosos de una cesta a rebosar. A Dirk no le ofreció ninguno, pero le señaló dónde quedaba la capilla. Si estaba cerrada o no, no lo sabía. El horario del párroco no era asunto suyo.

El pequeño edificio quedaba enfrente del pozo del pueblo. La fachada, cuidada en extremo, era de yeso gris. La puerta estaba abierta, por lo que Dirk subió las escaleras y escudriñó el interior.

Sus ojos se acostumbraron a la penumbra, pero el esfuerzo casi no valió la pena. Las ventanas no eran visiones de la Vida de Cristo en colores, las que solía describir con pasión el viejo de la *waldhütte*, sino cristales de un vidrio acuoso, ligeramente enverdecidas y salpicadas de imperfecciones. Entre parteluces blancos, el encapotado cielo bávaro se dividía en rectángulos del mismo tamaño. Dirk buscó, en vano, estatuas de la Virgen con el Niño, algo que el viejo había descrito con una intensidad que casi parecía ira. No había estatuas. Ni pinturas de San Pablo en el suelo tras ser golpeado por un rayo, ni San Jorge con el dragón, ni Santa Úrsula y su séquito de once mil vírgenes.

Gólgota. Dirk quería ver cómo era el Gólgota. Y Belén y el castillo de Poncio Pilatos. Y la tumba de Lázaro. Y Cristo caminando sobre las

aguas.

Y el jardín de Edén. Serpientes y manzanas. La madurez de la posibilidad. Toda esa austeridad fue un duro golpe.

—Si buscas la salvación, has venido al lugar adecuado.

Un hombre salió del armario de las escobas, debajo de un púlpito. Debía de ser el párroco. Tenía la frente ancha y una barbilla que se le fundía con el cuello. El marco bajo de la puerta le había revuelto el pelo hacia un lado; parecía la cabeza de una cebolleta arrancada de raíz.

—¿Dónde guarda el cristal tintado? —preguntó Dirk—. He oído que se puede contemplar a los apóstoles y a los mártires y al gallo que canta mientras San Pedro llora.

El párroco se limpió las manos en la sotana.

—Ay, ¿buscas la propaganda de Roma? No la encontrarás aquí, hijo. Esas imágenes las hacen hombres bárbaros e ilusos. El Espíritu Santo nos llena los corazones de una paz completa sin necesidad de esa imaginería blasfema.

—El mío no. —Dirk no pretendía discutir, pero se moría de hambre.

—Eres tonto y vago. Además, los jóvenes se dejan engañar. Me acuerdo bien. ¿He de suponer que tienes hambre, además de estar sucio? Las normas de la misericordia se aplican a todos, al margen de sus creencias. Acércate. De la cena de ayer sobró una bandeja de pastelitos.

Eso sonaba bien, así que Dirk siguió al párroco a través de un pasadizo hasta un conjunto de habitaciones en la parte de atrás. El niño apretó el cuchillo en su bolsillo por si acaso, pero el comportamiento del párroco era intachable. Le puso delante un platito azul y un vaso de leche ligeramente agria. Sirvió después rollitos de mantequilla, pastas con mermelada de grosella, dos rodajas de una salchicha rojiza y otra de un queso fresco amarillo.

—Primero le pedimos a Dios que bendiga la comida y luego comemos —le explicó al niño.

—No soy tonto, sé cómo se bendice la mesa.

Mientras Dirk engullía el desayuno, el párroco le habló sobre la fe y le advirtió de las visiones del diablo. Le dijo a Dirk que desconfiara de los iconos y las estatuas. Esas tentaciones, todas esas pinturas católicas con mártires desnudos dispuestos a ser perforados, amenazaban a los inocentes. El párroco tenía mucho que decir al respecto y estuvo hablando durante toda la comida.

—¿Está practicando? —dijo Dirk cuando las dos rodajas de salchicha, tres rollitos, algunos pastelitos, la leche y la mayor parte del queso desaparecieron en su estómago.

—¿Practicando?

—Un sermón. Nunca he oído uno.

—¿A qué congregación perteneces, hijo?

—No lo sé.

—Menos mal que te voy a alejar de pecados que la cohorte romana acrecenta con sus costumbres paganas. Antros de Babilonia.

—¿Dónde puedo ver esos santos, imágenes y demás?

—Pero ¿no te acabo de alertar contra la idolatría?

—Lo mejor sería que las viera antes para saber qué debo evitar.

—Parece que ya has perdido un ojo —suspiró el sacerdote—. No maltrates el otro. Hablemos ahora de la muleta que llevas sobre el hombro como una lanza. No es del tamaño adecuado para ti. Y, aun así, cargas con ella. ¿Por qué? ¿Es un arma?

A Dirk le costó un rato pensar algo que decir.

—Puede que se la lleve a alguien que la necesite.

—Escúchame, muchacho. No necesitas historias de santos ni los paisajes de esos italianos o de Rembrandt. Son como una muleta. Una distracción. Desecha esas ilustraciones. Desecha esa lanza. No precisas de ella y no se adapta bien a ti. Yo no te haré daño.

—Son los restos de la vida de otra persona, pero quizá crezca lo bastante como para necesitarla.

El hombre se rio al escucharlo.

—Soy el Pfarrer Johannes. Puedes quedarte aquí y comer mis viandas hasta que estés seguro de que no vayas a necesitar esa muleta.

Si quieres. Mientras tanto, voy a coserte un parche para ese ojo. A saber cómo te lo habrás ganado.

Así fue cómo Dirk se convirtió en el ayudante del Pfarrer Johannes y cómo se fue a vivir con él, y cada mañana barría los excrementos de ratón en la vieja capilla. El tordo nunca apareció por ningún alféizar. La cabeza del mango se había quedado sin habla ante tanta santidad; Dirk ni se acordaba de que le había hablado.

Un día, le preguntó al Pfarrer Johannes sobre la joven con la barriga enorme, un detalle que ahora Dirk sabía que significaba «embarazada». No había vuelto a ver a la mujer.

—Se fue a un lugar mejor —dijo el Pfarrer Johannes tras muchos reparos.

—¿Con el niño?

—Gemelos. No. Quiero decir que murió.

—Oh. ¿Los gemelos murieron?

—No, me temo que no. Ahora son huérfanos, más o menos.

«Oh», pensó Dirk.

—Pero ¿y el padre? —preguntó—. ¿No puede cuidarlos?

—No tienen padre. Criaturitas —explicó el Pfarrer Johannes con una mueca.

—Entonces son como Jesucristo.

—No exactamente. ¿No estás aprendiendo nada de tu estancia aquí?

—Migajas —dijo Dirk. Estaba creciendo.

En los años que Dirk pasó con el Pfarrer Johannes Albrecht en la iglesia del pueblo de Achberg, la vieja y el viejo con los que Dirk vivió una vez nunca fueron a buscarlo. Ni fueron al pueblo por ninguna otra razón. Dirk preguntó al sacerdote si conocía a esos dos ancianos que

vivían en las profundidades del bosque, no muy lejos de allí. Cuando el párroco le preguntó por sus nombres, Dirk se quedó perplejo. El anciano se dirigía a la mujer como «tú, vieja Fräulein» y se refería a ella como «la vieja Fräulein». Ella solo lo llamaba «Papi», y así lo llamó Dirk también. Aunque Papi no era el padre de Dirk, claro, salvo por accidente.

Como Dirk no supo responder al Pfarrer Johannes la cuestión de los nombres cristianos, dejaron el tema.

Dirk barría el suelo, limpiaba los claros ventanales hasta hacerlos resplandecer, llevaba la colada del párroco a la lavandera y volvía para recogerla. No le obligaban a asistir a misa, pero merodeaba por el vestíbulo con un vaso de agua en la mano por si el Pfarrer Johannes necesitaba aclararse la garganta entre la primera y la segunda hora del sermón. Y el niño escuchaba un poco. Su mente se dedicaba a vagar sobre todo, aunque no tenía ningún lugar en especial al que ir.

Al parecer, era costumbre del Pfarrer Johannes adoptar niños abandonados de vez en cuando, por lo que nadie pareció sorprenderse al ver a Dirk responder a la puerta para recibir cestas con una hogaza de pan, una jarra de vino y tiras de salchichas. Regalos para el párroco. Nadie le preguntó a Dirk cómo se llamaba, nadie sugirió que debería ir a la escuela. Seguramente pensarían que el bueno del sacerdote lo estaría adoctrinando.

Puede que lo estuviera haciendo sin él saberlo.

—¿Por qué me permite quedarme? —le preguntó una vez al cura.

El hombre se quitó los anteojos y se puso a limpiarlos.

—¿Reconoces la amabilidad? ¿Sabes lo que es?

—Conozco la palabra.

—Bueno, no importa. Ninguno de los dos puede ver el bendito aire, pero no por eso dejamos de respirar.

—Pero ¿por qué me permite quedarme?

—Para practicar mis sermones, ¿tú qué crees?

La cara del Pfarrer Johannes resplandecía con alegre socarronería. Dirk lo dejó pasar y siguió con sus tareas.

Guardaba las distancias. De los otros niños (porque había niños en el pueblo, claro que los había) sabía poco, a excepción del sonido de sus voces cuando jugaban durante el crepúsculo en los largos días de verano. Le gustaban sus risas, pero solo por la cadencia musical que contenían. Aparte de eso, sus gritos y chillidos durante los juegos parecían, francamente, estúpidos.

Cuando sus piernas se sentían con ánimos de correr y unirse a su algarabía, él no quería. Cuando él quería, sus piernas se mantenían quietas.

15

Llegó un día, quizá durante séptimo año del aprendizaje de Dirk en la capilla, en el que una *troupe* de músicos irrumpió en el pueblo cerca del atardecer. Iban de camino a cantar una misa solemne en el palacio del margrave local, pero durante el mediodía una tormenta veraniega había empantanado el camino. Dos caballos se habían roto varias patas al resbalar en un barranco. Mientras llegaban los de repuesto, los músicos pidieron hospedaje para la noche.

Para entonces, la situación eclesiástica ya le había quedado clara a Dirk. La congregación del Pfarrer Johannes, pequeña y devota, se sentía asediada por todas partes. El pueblo proporcionaba asilo a ese reducto de calvinismo influenciado por Suiza. Los fieles, sin embargo, desconfiaban y se encerraban en sí mismos al verse sobrepasados por la vasta población católica del reino de Baviera.

Esa noche, en la taberna, se dieron ciertas discrepancias sobre las escrituras entre los miembros visitantes del coro católico y los granjeros protestantes de la zona. La discusión atañía el alma cristiana de los animales. El pío carnicero perdió tres dientes. El *kapellmeister* viajero fue condenado al quinto nivel del Infierno. Lo peor de todo fue

que, en medio de la noche, los granujas visitantes se las apañaron para forzar las puertas cerradas de la austera capilla del Pfarrer Johannes.

Dirk descubrió el desastre la mañana siguiente, cuando abrió la puerta lateral. Un oso merodeaba por allí, angustiado. Había tumbado candelabros y se había cagado encima de los azulejos. Alguien, al amparo de la noche, podía haber atraído a la criatura salvaje dentro de la capilla. O quizá, cuando rompieron las puertas, el oso de los bosques sintió la necesidad de arrepentirse y acudió en busca de salvación. Nadie lo sabía. La maltrecha puerta se había cerrado, inexplicablemente, con el animal dentro. El oso había pasado una angustiada y oscura noche del alma.

En cuanto recuperó el aplomo, Dirk dio la vuelta hasta la parte delantera del edificio y abrió las puertas dobles. El oso salió con pasos pesados sobre sus cuatro patas. Dio inicio así a una vida de penitencia y caridad, o puede que tuviera intención de proclamar el evangelio protestante por el bosque.

Aún contaba con el pelaje sobre sus hombros, que ya era algo.

Asediados por dolores de cabeza, los miembros del coro dejaron el pueblo a mediodía, seguidos por una congregación de lugareños igual de aturridos. Nadie entonó el *mea culpa*. Dirk fue el encargado de limpiar el desastre.

—Esto es intolerable —dijo el Pfarrer Johannes mientras cargaba un cubo de agua tras otro—. Alimañas inmundas.

—Creo que el oso no pudo evitarlo.

—No hablaba del oso.

Dirk contempló la ventana rota. Había trozos de cristal por el suelo, por lo que la habrían roto desde fuera. Unas manchas de sangre indicaban que el oso se había cortado la zarpa al dar vueltas alrededor de los bancos mientras buscaba una salida.

—Mostramos demasiada poca tolerancia hacia aquellos que no son como nosotros —dijo el cura.

—¿Cree que los osos tienen alma? —preguntó Dirk. Esta era, probablemente, su primera pregunta abstracta.

—No se trata de lo que yo crea. —El Pfarrer Johannes sonaba melindroso y cansado—. Sino de lo que Dios crea.

El Pfarrer Johannes solía sentirse cómodo siendo el portavoz de Dios, pero como hoy parecía taciturno, Dirk dejó el tema y se concentró en su tarea, en el cielo a través de los parteluces rotos, los himnarios desgarrados, las propiedades del aroma a oso incluso cuando el oso llevaba ausente varias horas. Todo ello auspiciaba otra pregunta, aunque Dirk no estaba seguro de si tenía que ver con osos o no. ¿Se podía bautizar a un oso? Si un oso moría y perdía la piel, ¿podía regresar y reclamarla, para que sus primos en el cielo pudieran reconocerlo cuando llegara?

Después de la cena, el Pfarrer Johannes fue de casa en casa para hablar con su rebaño. Regresó más tarde para encerrarse en su estudio y no salió hasta la mañana siguiente. En el sendero del cementerio, interceptó a Dirk, que estaba aireando los trapos de la limpieza del día anterior sobre las lápidas.

—Dirk —dijo el Pfarrer Johannes—. Necesito consejo eclesiástico en este asunto. Llevarás mi queja a la residencia del obispo católico en Meersburg. Incluiré una carta de presentación para ti. ¿Cómo te apellidas?

Era la primera vez que el sacerdote se lo preguntaba tras todos esos años. Dirk solo podía responder una cosa.

—Soy huérfano.

El cura hizo girar el paquete con la correspondencia en sus manos.

—No puedo llamarte Dirk Huérfano —dijo.

Su voz reveló una ternura inusual. Puede que se arrepintiera de su falta de curiosidad hasta la fecha.

—Podría bautizarme con un nuevo nombre —sugirió el muchacho.

El Pfarrer Johannes no era de los que bromeaban sobre asuntos de fe y caridad. Se quedó de pie, a la sombra de una tuya. En el patio de un colegio cercano, unos niños gritaban de placer, torturando a algún pobre imbécil más pequeño que ellos. El reloj del campanario

del pueblo marcó la hora. Un pájaro marrón se subió al borde de una urna de piedra y pio.

—Dirk Drosselmeier —dijo el Pfarrer Johannes Albrecht.

Dirk no sabía si eso se podía considerar un bautizo o no, pero no tenía motivos para discutir. Un hombre necesitaba dos nombres: uno para el afecto y el otro para el deber cívico.

—Recoge tus cosas, joven Herr Drosselmeier.

—¿Voy a volver? —preguntó.

—Solo Dios conoce la respuesta a esa pregunta.

Dirk tenía otra camisa en su rincón. La empacó en una bolsa de cuero que el cura le había dado. También puso un trozo de pan, algo de jamón y una tajada de queso. Se acordó de su cuchillo con un gnomo por empuñadura justo a tiempo, para poder cortar la corteza del queso.

—¿Cómo voy a encontrar Meersburg? —preguntó.

—Ven. Te acompañaré hasta el camino correcto y te indicaré la dirección. —El sacerdote suspiró—. Si ves al oso de los bosques, explícale que no le guardo rencor.

Dirk no tenía nada que decir al respecto. Sabía que el Pfarrer Johannes era amable, pero no identificaba sus bromas.

—Veo, Drosselmeier —continuó el sacerdote—, que aún conservas tu bastón.

—Sí.

—Recuerdo lo que comentamos cuando llegaste. Te dije que rechazaras tus rocambolescas historias y tu necesidad de pinturas e imágenes coloridas de la vida de Jesucristo y del camino de la fe. Te pregunté si el cayado era tuyo, y respondiste que aún no podías contármelo. ¿Has aprendido algo durante tu estancia aquí? ¿Has dejado atrás todo lo pueril, Drosselmeier? ¿Te estás convirtiendo en un hombre? ¿Puedes tirar tu bastón?

—Ahora se ajusta bien a mí —dijo Dirk—. Ya no es demasiado grande.

—Todo a su debido tiempo, pues. ¿Te das cuenta de que te echaré de menos?

—No demasiado —respondió Dirk.

El sacerdote sacudió la cabeza con cariño y esperó a que Dirk comentara algo más, pero el muchacho no tenía nada más que añadir. El Pfarrer Johannes le dio un beso y le hizo emprender la marcha.

Bildungsroman



16

El respetable sacerdote había señalado el único camino que conducía a Meersburg. Tras una pequeña caminata, Dirk dejaría el reino de Baviera para adentrarse en el Gran Ducado de Baden. Tardaría varios días, según lo afortunado que fuera en encontrar un medio de transporte. Y en recibir indicaciones precisas.

—¿Afortunado? —había preguntado Dirk.

—Bendecido —se había corregido el Pfarrer Johannes.

Suerte y gracia divina: un par de botas desparejadas con las que recorrer un largo y polvoroso camino.

El día, de principios de verano, era agradable. Dirk iba a buen paso. Durante un trecho, el camino transcurrió entre praderas y campos dorados, con graneros y granjas acurrucados entre ellos, repletos de prosperidad. El mundo trabajaba. En una ladera se llevaba a cabo una cosecha de heno temprana; los trabajadores contratados se tomaban un descanso a mediodía para compartir pan y cerveza. Una familia se ocupaba de un huerto vallado de guisantes y judías. Dirk no pidió una ración. Esperaba con alegría disfrutar de su pan y su queso.

El camino no tardó en dejar atrás el terreno cultivable. El muchacho se vio rodeado por un vasto bosque de álamos y alerces. Debía seguir el camino hasta Lindau y luego pedir indicaciones para llegar a Meersburg.

Mientras coronaba la cima de una cresta, Dirk vio los tres arcos de un puente de piedra que cruzaba un arroyo caudaloso. Ante él, el

camino se bifurcaba. La vía principal atravesaba el puente hasta la otra ribera. El otro sendero seguía por el mismo lado que viajaba Dirk. Descendía hasta pasar por debajo el arco más cercano, en la oscuridad, y llegaba al otro lado. A las profundidades del bosque.

Sabía qué camino debía escoger, pero no por cuál iría. Se detuvo para considerarlo.

Un ave marrón bajó de una rama y aterrizó en el pasamano rústico del puente. Se quedó allí sentada, casi como alentando al muchacho a que pensara como un poeta. «Ven, ven por aquí, un mundo lleno de vida te espera», parecía querer decir en breves estallidos de canto.

«Y, aun así, lo que se esconde entre las sombras de abajo podría acabar aceptándote con el tiempo», gruñó una voz desde el interior de su bolsillo. «Este es el tercer y último aviso por mi parte. Puedes dejar el camino por completo, lo sabes, ¿no? Recoge la piel de oso».

«Cuánto he crecido», pensó Dirk para sí mismo. «Ahora puedo albergar en la cabeza dos pensamientos opuestos».

Todos los caminos llevan al mismo lugar, y ese lugar es lo que sea que venga después.

«A este ritmo, pronto estaré listo para asistir a la universidad».

Intentó silbar como respuesta al canto del pájaro en un tono afín, pero agachó la cabeza y eligió el camino de abajo. Sonrió al pensar en trols de los puentes o en cabras Gruff resoplando y pateando mientras aguardaban para asestarle una coz.

Pasaron otros dos o tres días, o cuatro. Noches en cobertizos y, una vez, en la bodega de una taberna, entre barriles de cerveza cuyos vapores lo emborracharon. A lo largo del río Wolfsbach hacia Lindau, y luego hasta un gran lago, la parte Obersee del Bodensee (o lago de

Constanza, como también lo había oído nombrar). Siguió la costa en dirección noroeste, hasta la bonita Friedrichshafen, llena de arrugas y pliegues debido a las sombras alargadas a la luz del amanecer. Ahora que el bosque volvía a dejar paso a los espacios abiertos, Dirk comprendía mejor la altura desde la que había descendido. Aunque habían desaparecido de su vista, las montañas se elevaban en su mente como frisos planos de nieve y piedra. No desvelaban nada de las vidas que se desarrollaban entre sus peñascos y grietas. Los peces silenciosos y los pájaros ignorados. El lobo renegado, el solitario venado rey, el parlamento de osos.

Dirk se acercó al borde de tierra para ver cómo se perdía en el agua. Allí, quiso la suerte o la gracia divina que le ofrecieran un pasaje en un barco de vapor si ayudaba a una dama anciana y a su hijo lisiado a cargar con su equipaje. Y así puso rumbo a Meersburg con bastante comodidad.

18

Meersburg, vista desde el agua. Una pequeña ciudad amurallada dividida en dos partes: una inferior, cercana al lago, y otra superior que bullía con una majestuosidad municipal. Un malecón de piedra les salió al paso mientras se aproximaban desde el este. Una especie de rompeolas, donde había niños pescando y hombres reparando redes. Y, al otro lado, el muelle y un entarimado para comerciar y actuar.

—Vigila tu cartera entre la multitud —le advirtió la vieja dama al marcharse. Pero Dirk no tenía una cartera por la que preocuparse.

O no lo había oído bien, o ni el Pfarrer Johannes lo sabía. Según los estibadores del muelle, el palacio del obispo en la ciudad había sido apropiado para uso civil hacía una década, más o menos. Ciertamente, el obispo católico, cuya cátedra se había trasladado a Constanza, al otro lado del lago, había sido visto en Meersburg al inicio de la temporada.

Ahora, sin embargo, pasaba unas semanas como invitado de una familia adinerada que se instalaba cada año en su *schloss* del lago, a un trecho al oeste de las murallas de la ciudad.

Un granjero risueño se ofreció para llevar a Dirk en su carro atestado de estiércol. Al caer la tarde, Dirk había conseguido escapar de la nube de moscas y había llegado hasta un par de puertas. Detrás de la greca de hierro, la casa se asemejaba a una generosa rebanada de cremoso pan de huevo colocado sobre el mantel azul del lago centelleante. Para Dirk, las florituras del hierro parecían el alfabeto de una escritura desconocida. Su mensaje, no obstante, estaba claro: manténgase alejado.

—Ah, pero yo tengo un trabajo que hacer —le dijo a la puerta, y tiró de la campanilla.

Hacía tiempo que Dirk se había dado cuenta de que hablaba para sí mismo en situaciones así, por lo que no le sorprendió que la puerta no respondiera.

Un subordinado se afanó en abrir el pestillo. Condujeron a Dirk a una puerta lateral, donde lo interrogó una especie de capataz.

—El buen obispo está en la residencia, sí —le dijo—, pero Su Excelencia atiende sus oblacones en este momento. Te dirigirás a las cocinas, donde comerás y esperarás una respuesta. Si el obispo requiere tiempo para aclarar sus pensamientos, dormirás en el cuarto de los sirvientes.

Su primera cama de verdad, gracias a Dios.

La cocina resultó ser un infierno impoluto de carne asándose. El abundante personal de la propiedad parecía estar acostumbrado a los visitantes, pues nadie miró ni habló con Dirk. Una joven doncella rolliza con las mejillas sonrosadas y los brazos desnudos llenos de pecas anaranjadas arrojó ante él un plato de estofado de ternera con bolitas de patata. Comió con entusiasmo. Un joven con el delantal manchado de sangre llegó corriendo de los establos con la noticia de que el hijo del barón y su séquito universitario acababan de llegar de improviso y con intención de sentarse en la mesa esa noche. Ocho bocas más.

—Ay —se quejó el jefe de cocina—. Voy a preparar verduras y patatas con... ¿Qué? ¿Con los dedos de mis pies mientras mis manos terminan el *strudel*?

—Yo puedo pelar patatas —dijo Dirk.

Sacó su cuchillo con un gnomo por empuñadura y apartó su plato para terminárselo más adelante.

Como el obispo había dado aviso de que no habría una respuesta inmediata para la compensación por los daños que pedía el Pfarrer Johannes Albrecht, Dirk Drosselmeier podría haber dejado el *schloss* Von Koenig aquella noche. Pero ver a la joven ayudante de cocina estrujando los trapos en la puerta para sacar la harina del pan hizo que Dirk se detuviera demasiado tiempo. Como se demoró, lo pusieron a trabajar de nuevo y, sin ningún arreglo formal, se convirtió en un miembro del personal de verano.

Dirk se enamoró, en primer lugar, de la idea de tener su propia cama, situada en una fila de cinco en uno de los dormitorios masculinos sobre la cocina. Venía con su propia almohada y su propio colchón de paja debajo de un cutí a rayas. Al cabo de un tiempo, Dirk quedó seducido, en segundo lugar, por la idea de compartir su cama con alguien. La ayudante de cocina de color bermellón rosado, Hannelore, se interponía tan a menudo en su camino, con el ceño fruncido y oliendo deliciosamente a cebolla y ruiponce, que Dirk se preguntó si ella podría ser la primera. Se sentía inseguro respecto a por dónde comenzar.

19

Situada sobre una colina y con vistas al lago, bastante apartada del *schloss*, una capilla católica se ocupaba de sus propios asuntos bajo unos tupidos abetos rojos. La dinastía Von Koenig debió de adherirse a Roma en algún momento, aunque a juzgar por su aspecto decadente,

no quedaba ningún devoto en la actualidad. Al menos, no durante el verano.

Dirk carecía de vocabulario para la arquitectura. El edificio era pequeño y su campanario estaba coronado por una cúpula de madera con forma de nabo, aunque, por dejadez, habían conseguido que se inclinara como uno. En las paredes de madera había estrechas ventanas ojivales de cristales coloreados, pero desde fuera parecían casi ocres. Como las puertas permanecían cerradas, Dirk no corroboró ni perdió su incierta fe al no poder contemplar desde dentro y por primera vez unas vidrieras de colores iluminadas por el sol.

Una tarde de pleno verano, cuando los perros yacen babeando sobre sus sombras, Dirk se tomó un descanso de la despensa. Estaba pendiente de Hannelore, ya que a veces paseaba por el embarcadero con una cara que insinuaba un aburrimiento encantador. Dirk pasaba junto a la capilla invadida por las enredaderas cuando se detuvo en seco. La puerta estaba abierta. Una voz singular brotaba de entre las sombras. Era un sonido plañidero, persuasivo, pero ¿qué era? Inolvidable; de hecho, Dirk nunca lo olvidó en toda su vida. Pese a que le habían advertido con severidad que no se acercara ni se dirigiera a la familia Von Koenig o a sus invitados, Dirk se vio atraído irremediabilmente. Se quedó allí de pie, mirando con su ojo, aunque prestaba más atención con las orejas.

Una figura con el cabello ondulado se encorvaba sobre un instrumento de cuerda de tamaño insólito. En cuestiones musicales, Dirk solo había conocido el agudo resuello que profería el armonio del Pfarrer Johannes, cuyas válvulas tendían a escacharrarse y dejaban a la parroquia cromáticamente empobrecida al destrozarse con belicosa la decencia de los himnos.

Ese sonido se movía. La melodía de cuerdas parecía adquirir la misma longitud que un verso cantado por un humano, pues se interrumpía allá donde la voz de una persona se quebraría para respirar. Cuando su ojo se adaptó a la penumbra, Dirk vio al músico, un joven con una camisa blanca de cuello alto y mangas anchas enrolladas hasta los codos, que acariciaba con un arco el esternón

expuesto del instrumento. Bien podría haber estado concediendo su atento afecto a una figura arrodillada. El polvo en la sala casi vacía remolineaba a su alrededor; la luz coloreada de una ventana con la Anunciación lo pintaba de carmesí y la de una Transfiguración, de cardenillo.

Aquel ser de color escarlata y verde cobre concluyó, al fin, y se giró hacia Dirk.

—No quería interrumpir —dijo el muchacho.

—No me he detenido hasta terminar —respondió el hombre. Tenía una voz refinada y una mirada audaz—. Parece que hayas visto un *doppelgänger*.

—Debería irme.

—Tocaré otra enseguida. Estoy descansando las yemas de los dedos. Falta de práctica.

—¿Qué es?

—Bach.

—No, me refería a...

—Un violonchelo. ¿Nunca has visto uno? —Dirk negó con la cabeza—. Ven a mirarlo de cerca.

—¿Cómo lo hace? ¿Cómo lo haces tú?

—Bach es el genio y el chelo, su voz. Yo solo soy la cerradura que lo deja pasar. Intento, sobre todo, mantenerme al margen para que el mensaje fluya a través de mí.

Eso escapaba al entendimiento de Dirk.

—Pero suena a... —No encontraba las palabras para describirlo. Un recuerdo de... algo que susurraba o hablaba sin palabras. Agitando los brazos, intentó explicarse—. Bach es un músico cristiano.

—Sí, Bach es cristiano, pero las piezas para chelo son discusiones euclidianas.

—No sé a qué te refieres. ¿Sobre qué discuten las piezas?

—No lo sé, ipero son muy convincentes! ¿No te parece?

Ese alegato era un disparate. ¿Cómo podía convencer algo sin palabras? Aun así, Dirk se calló y asintió con la cabeza.

El hombre se puso a tensar las clavijas de la cabeza del chelo, afinando el instrumento.

—Soy Felix —dijo entre repeticiones de casi la misma nota—. Voy a Wittenberg con el hijo del barón. Soy invitado de la familia.

—Yo no soy nadie —dijo Dirk.

—Un amante de la música, al menos. ¿Quieres oír otra? La de mi bemol mayor.

Sin esperar una respuesta, levantó la barbilla y el arco y sacó a relucir su disquisición angustiada. Dirk se sentó en un banco lateral y cerró el ojo. Unos dibujos coloridos y luminosos jugueteaban en su párpado más eficaz mientras, en el exterior, las nubes cubrían y descubrían la luz que atravesaba una Revelación u otra.

20

—**V**engo aquí de vez en cuando para practicar porque el sonido reverbera en la piedra —dijo Felix antes de salir de la iglesia.

—Oh —murmuró Dirk.

—Me pidieron que dejara la llave aquí —le explicó Felix mientras le enseñaba dónde estaba escondida—. Ven a verme en otra ocasión. Me gustaría tocar más para ti.

—No sé si podré soportar más —dijo Dirk, aunque quizá pareció un tanto maleducado.

—Puedes soportar más —dijo Felix—. Te lo demostraré.

* * *

Esa tarde, el obispo partió hacia Meersburg y, desde allí, según decían, cruzaría el lago hasta Constanza. El tema de la respuesta para el Pfarrer Johannes no había vuelto a salir a colación. Eso convertía a

Dirk en un muchacho independiente, ya que el Pfarrer nunca iría a buscarlo más de lo que habían hecho los ancianos del bosque.

Dirk vagó por la orilla del lago, con la esperanza de que apareciera Hannelore. Sobre un horizonte afilado como la hoja de un cuchillo, la luna se elevaba en un cielo azul violáceo que convertía el agua de Obersee en una oscura inquietud.

El mundo era una serie de alternancias, resistencia y persistencia, escritas en el lago y en las distantes cimas alpinas del este de Suiza. De hecho, el mundo no era más fácil de entender que Bach.

El mundo no era más maravilloso que Bach.

Tampoco era menos maravilloso.

Una impasibilidad espléndida, de una precisión perfecta, de uno a otro.

¿Qué quería decir eso de Bach y del mundo?

21

Se acostó con música en su mente, pero sin concebir muchos pensamientos sobre ella. Si existían palabras para reflexionar sobre la música, Dirk no las conocía. Pensó en Felix, inclinado sobre un violonchelo del que manaba una suprema añoranza. O quizá no había significado alguno en esas cuerdas, ni aspiración ni emociones humanas. Quizás las *suites* solo eran variaciones de ciertas notas modeladas por claves y modalidades distintas. Y nada más.

Pero ¿cómo podía la nada hacerse pasar por añoranza?

Dirk sabía poco acerca de la añoranza. Cuatro camas más allá, un hombre daba lecciones sobre apetito carnal y la mujer que acudía a su cama le respondía, como otro instrumento. Era una costurera de Meersburg que aparecía cada cuatro o cinco noches. A pesar de que había otros hombres en el dormitorio que, al igual que Dirk, daban la espalda a la pareja del lecho más alejado, el joven labriego y la

costurera se ponían manos a la obra sin apostillas sentimentales, pero muy comprometidos con la causa. Ella desaparecía antes del alba. Nadie mencionó su existencia al jornalero, pero cuando la acompañaba hasta la puerta trasera de la finca, los demás puntuaban la sesión y hacían comentarios jocosos.

Así supo Dirk que, si Hannelore mostraba alguna vez interés, no podía traerla a su propia cama.

Esa semana lo habían enviado a afianzar las tejas sueltas de las cuadras antes de que las tiraran los vientos del invierno. No había muchas tejas que requirieran su atención. Cuando terminó la tarea, no acudió al despacho del capataz para comunicárselo, sino que merodeó hasta el patio de la cocina. Esperaba encontrar a Hannelore trabajando y allí estaba, pelando alubias.

—El idiota de las montañas —comentó— ¿Qué quieres?

Quería que se bajara la parte de arriba del vestido y se lo levantara por encima de las rodillas para que solo quedara un almohadón de tela alrededor de su cintura; quería mirarla por delante y por detrás y por todas partes y acariciarla de arriba a abajo.

—Nada —dijo.

—Bien, porque nada es lo que te vas a llevar. —Siguió a lo suyo, aunque Dirk se percató de que había bajado el ritmo un poco—. ¿Dónde irás cuando esto se acabe?

—¿Cuando se acabe el qué?

—La familia no vive en Überlingen el resto del año. El viento del lago es demasiado frío. Tienen aposentos en Meersburg, pero se instalan sobre todo en Múnich. ¿Te llevarán con ellos?

—No se me ha ocurrido preguntar.

—Pues no lo hagas. ¿Por qué me miras así, bizco?

—Es agradable mirarte.

Hannelore frunció el ceño con más fiereza que nunca.

—Tengo los dos ojos puestos en el hijo del molinero. No te hagas ideas. Me pareces un pendenciero y un impertinente.

—¿Darías un paseo conmigo?

—¿Y dejar que las alubias se pelen solas?

—Te ayudaré y así irás más deprisa. Luego damos ese paseo.

—No quiero pasear, pero estoy hasta el moño de estas alubias. Y es mi última tarea antes del descanso.

Se hizo a un lado en el banco y Dirk lo interpretó como una invitación. Aprendió deprisa. Trabajaron a la par como un autómata de cuatro brazos. Hannelore olía a sudor y fresas tardías, tan dulce que hasta picaba.

Tras entregar las alubias peladas en la cocina y deshacerse de su delantal, Hannelore se encogió de hombros, se rascó la cadera y le señaló con el pulgar la puerta que daba al patio. Salieron y caminaron juntos bajo el calor soporífero de media tarde. Todos los invitados y la familia estaban durmiendo la siesta o, al menos, estaban tranquilos. Unos pocos niños corrían por la hierba con un perrito, pero no les prestaron atención a los sirvientes. Dirk y Hannelore les devolvieron el favor.

Dirk intentó agarrarle la mano, pero la muchacha no lo toleró.

—Aquí, en medio del camino, tenemos demasiado público y alguien podría contárselo al hijo del molinero —bramó.

—Espera —dijo Dirk cuando llegaron a la capilla abandonada.

Buscó la llave en su escondrijo y abrió la puerta. La cerró detrás de él, pero no pasó el cerrojo, ya que no quería que Hannelore se sintiera encerrada en contra de su voluntad.

—Esto nos dará bastante intimidad —dijo.

—Nadie viene aquí. —Hannelore aspiró por la nariz ante la madera podrida, el moho y quizá la decoración—. ¿Quién querría entrar?

—Me llamo Dirk —dijo, poniendo las manos sobre los hombros de la muchacha.

—Eso ya lo sé, lo he preguntado. Herr Dirk Simplón, si lo sé yo.

—No soy retrasado.

—Pues muy avisado tampoco eres —respondió ella.

Cogió una de las manos que Dirk tenía sobre sus hombros y la situó sobre su pecho. Él se maravilló ante el tamaño de su seno y la sensación de sentir la ropa rozando la piel de esa masa firme pero

delicada. Hannelore suspiró y se desató los dos lazos de la parte superior su vestido.

—La mano debe estar dentro de la ropa. Ya veo que no tienes experiencia.

—Llevo un mes observándote.

—¿Y no te has dado cuenta de que tengo una de estas en el otro lado? Una lástima lo de ese ojo tan horrible. Esto es como enseñar a un niño a ponerse calcetines.

Hannelore guio su otra mano. Dirk no estaba seguro de si debía ser tierno o duro, pero le gustaba muchísimo sentir sus palmas sobre los senos: tenían el tamaño perfecto para la mano de un hombre. Hannelore se llevó las suyas a la cintura y silbó mientras Dirk cerraba el ojo y dejaba las palmas flotar como las alas de un cisne sobre el agua. Con el borde de los pulgares le rozó los pezones, que se pusieron duros. No estaba muy seguro de si le resultaba agradable, así que retiró las manos.

—¿Te preocupan las consecuencias? Ya he ido al huerto antes, ¿sabes? Estoy lista. —Su voz seguía sonando severa, pero sus palabras parecían surgir de la amabilidad. Dirk creía saber a lo que se refería—. ¿Vas a besarme?

La besó debajo de la oreja, en el borde de la barbilla; le besó la nariz, los nudillos de sus manos apretadas y prácticamente enclavadas en sus codos. Hannelore parecía abierta y cerrada al mismo tiempo. Dirk estaba confundido, pero esperaba que fuera así como debía ocurrir.

—Bobo, bésame en la boca —dijo Hannelore.

Pero él no quería acercarse a esa boca amarga. Se lanzó hacia su cuello y le rodeó la cintura con las manos, pero eso no parecía conducir a ningún sitio en concreto.

—Sientes vergüenza por el espacio abierto ante ese viejo altar —dijo ella al fin—. Supongo que puedo entenderlo. Ven, subiremos donde cantaba el coro. Allí podremos desvestirnos y acostarnos.

Hannelore encontró la puerta que daba a la galería del coro y guio de la mano a Dirk, cuyo corazón iba a mil por hora. La escalinata

estaba oscura y había excrementos de ratón esparcidos por los peldaños. El polvo espeso hizo estornudar a Dirk.

En la galería, Hannelore extendió sobre un banco unas vestiduras carcomidas por las polillas y se sentó. Se bajó la blusa tal y como Dirk había esperado que hiciera. Se quitó los zapatos de madera; sus pies desnudos y callosos parecían colinabos. La cara de Hannelore casi resplandecía.

—Venga, ven —dijo en la oscuridad—. No tengo mucho tiempo.

Y se tumbó en el banco con un brazo sobre sus ojos.

Dirk nunca había tenido la descortesía (o el valor) de echar un vistazo al acto sexual que transcurría en el dormitorio de los hombres: cómo debía un hombre yacer con una mujer. Para ser un chaval de campo, poseía un conocimiento bastante vago de la mecánica del sexo. La anciana y el anciano solo conservaban un cerdo, una vaca y algunas gallinas y, a pesar de tantos años sobre el púlpito, el Pfarrer Johannes Albrecht nunca le había sermoneado sobre los métodos del coito humano. Dirk era consciente de que debía yacer con Hannelore, aunque apenas había espacio en el banco. Si se acostaba justo encima de ella, podría aplastar esos senos tan bellos que ahora rebosaban hacia los lados como si prefirieran quedarse en el suelo junto a los zapatos y esperar a que el tema concluyera.

—Ven de una vez. ¿Tengo que enseñarte para qué sirve tu candela? —le preguntó la chica.

Con cautela para no dejar caer todo su peso sobre ella, Dirk se quedó colgando como una tabla. Usó las manos para levantarle el torso, pero Hannelore arqueó las caderas y le dio unos golpecitos en el estómago para llamar su atención.

—¿Estás puesto del todo? —le preguntó mientras le desabrochaba los botones.

—Ay, Dios —dijo Dirk.

No se había parado a pensar en su propia desnudez; creía que la única que importaba era la de ella. Hannelore se las apañó para levantarle la camisa hasta los hombros y exponer gran parte de su pecho, que a él le parecía soso, liso y aburrido comparado con el

diseño femenino, más barroco. La muchacha le acarició el pelo y sintió un hormigueo por el cuero cabelludo. Fue recorriendo ligeramente sus antebrazos hasta llegar a los bíceps y, cuando sus dedos se acercaron a las axilas, las cosquillas se apoderaron de Dirk, que empezó a reírse y acabó cayendo encima de Hannelore.

—Pues sí que eres un novato —dijo, con cierta decepción, o eso pensó él.

Se estaba preguntando qué podría hacer para fingir lo contrario cuando la puerta de abajo se abrió. La luz reflejada en la hierba inundó la capilla. Chirridos, una silla arrastrada, golpes, suspiros expresivos.

Al oír la primera manifestación, Dirk se dio cuenta de que Felix había huido de sus otros divertimientos para ensayar de nuevo las obras para violonchelo de Bach.

—Mierda —susurró Hannelore, aunque su expresión era malvada y maliciosa.

Dirk se había echado para atrás, aunque Felix no se hallaba en la parte delantera del pasillo. No podría verlos ni aunque levantara la vista.

Se puso la camisa más o menos del derecho y se sentó con mucho cuidado.

—Cobarde.

Hannelore no habló en voz alta, pero Dirk adivinó la palabra que su boca había formado. Ella también se sentó despacio. A medida que la pieza para chelo intensificaba su volumen, se levantó y con un gesto le indicó a Dirk que la siguiera. Dejó la blusa y los zapatos donde habían caído y, de puntillas, regresó a la escalinata. Dirk no se había fijado en que los peldaños subían más allá de la galería. Subieron para abandonar la penumbra y adentrarse en un campanario de piedra abierto a los vientos por los cuatro costados.

—¡Nos va a ver alguien! —protestó.

—Nadie viene por aquí a esta hora. Además, ¿quién va a mirar para arriba a ver si alguien se ha colado en el campanario de una capilla abandonada?

Hannelore se soltó la falda y avanzó sobre los excrementos de paloma y rollos de cuerda podridos. Estaba completamente desnuda, ataviada solo con una máscara de intensidad y bondad en su rostro. Dirk se quedó paralizado cuando le quitó la camisa y luego los calzones.

—¿Quieres hacerlo, sí o no? —dijo—. No estoy convencida. Convénceme.

—Sí —respondió el muchacho—. Pero no sé cómo hacerlo.

—¿Es eso? Nunca lo habría adivinado. Pensaba que eras el primo de Casanova.

El viento proveniente del lago jugueteaba con afecto sobre la piel del torso, nalgas, piernas y antebrazos; su atención resultaba distinta a la que le dedicaba Hannelore. Los efectos se contradecían: la muchacha se comportaba con rudeza y el viento, con ternura, incitándole. Dirk no sabía descifrar qué humor pertenecía a quién, ni qué necesidades e insinuaciones le exigían. La música, aunque lejana, se intensificó hasta convertirse en un estímulo acuciante.

—¿Es porque estamos en una vieja iglesia? ¿Es por eso? —preguntó Hannelore con voz ronca. Lo manejaba con prisa, como si se tratara de los ingredientes de una cena improvisada—. ¿Tienes miedo a alguna amenaza ancestral por blasfemar, por copular en un templo sagrado?

Dirk no podía hablar. Sentía por dentro una intensa picazón que casi dolía, y no sabía cómo mitigarla. Hannelore era amable y molesta. Abajo, Felix hacía el amor con el violonchelo con la seguridad de un maestro. Dirk se odiaba a sí mismo y deseó estar en cualquier otra parte.

—¿No crees en Jesucristo? —le preguntó Hannelore.

Se puso en cuclillas y comenzó a asentarse sobre su polla. La muchacha era dulce y devastadora, una maravilla húmeda que ofrecía un nuevo misterio. La sorpresa que sintió Dirk era tanto de júbilo como de terror. El mundo podía volverse del revés, atravesarse a sí mismo como un hilo en una aguja.

Dirk nunca respondió a su pregunta y Hannelore se alejó de él, o él de ella; no sabía qué músculos pertenecían a quién.

—No voy a molestarte —dijo Hannelore al fin—. El hijo del molinero no me pegará si lo descubre, ya que tu apetito y tu tenedor no están sobre la mesa.

Lo dejó allí, no sin antes besarlo. Hannelore le enseñó a besar en la boca. Quizá si hubiera empezado por ahí, las cosas habrían sido distintas. Dirk esperó, desnudo en el campanario; a medida que se iba enfriando, su pene se encorvaba. Observó a Hannelore cruzar apresurada la hierba, con la blusa y la falda colocadas bastante bien y los zapatos en una mano. No se giró para ver si él la estaba mirando. No volvió a hablarle.

* * *

Esa noche, Dirk se preguntó si debía sentirse obligado a buscar al hijo del molinero y matarlo. ¿Era así como se hacía? Pero era complicado plantearse el concepto de honor cuando no había recibido clases sobre ello, y Dirk no estaba seguro de qué honor había sido mancillado. Quizás fuera el suyo.

22

El verano había comenzado con un oso destrozando una capilla vinculada con un culto protestante poco conocido y alcanzó su apoteosis con una tormenta que sacudía las ventanas en sus bisagras y bramaba entre las vigas del tejado del *schloss*.

Los relámpagos se repetían tanto que, en su catre, Dirk pensó en apoyarse sobre un codo para mirar más allá de las siluetas tensas de los tres labriegos inquietos. En la última cama, bien iluminados por unos brillos electrostáticos que parecían causados por unas cerillas

gigantes endemoniadas, el jornalero y la costurera estaban en plena faena, acuciados por el dramatismo de la atmósfera.

«Vaya, así que esto es hacer el amor», pensó Dirk, sonrojándose con toda probabilidad.

Los relámpagos eran cada vez más frecuentes y los truenos parecían retumbar justo encima de la casa. Acostumbrado a las tormentas de verano, Dirk tenía la sensación de que esta se hallaba demasiado cerca, casi como burlándose. A pesar de la actividad al otro lado del dormitorio, acabó sentándose en la cama, buscó su ropa, se ajustó el parche del ojo y salió.

Bajó una escalera y se sintió más seguro. Bajó otra y llegó a las cocinas. Había una luz encendida. Entró de todas formas.

El violonchelista se había apropiado de pan, mostaza y un trozo de salchicha. Dirk nunca había visto a un miembro de la familia o a uno de sus invitados en la cocina, pero Felix, en camión y con las pantorrillas desnudas, permanecía impertérrito ante la situación.

—¿Vienes por hambre o por nervios? —le preguntó con una mano llena de pan y un pedazo de embutido en la otra.

Dirk se encogió de hombros. Aceptó un cacho de pan y la punta de la salchicha. Se sentaron juntos a la mesa.

—Los últimos días de verano siempre nos traen las tormentas más fuertes por la noche —dijo Felix.

Al pensar en la enérgica cópula bajo los aleros, Dirk asintió.

—¿Regresarás a Múnich con la familia? Si es así, quizás nos veamos cuando vuelva de Wittenberg con Kurt. Nos vamos mañana y eso.

—¿Kurt?

—El barón en espera... El hijo del barón. ¿No conoces a Kurt?

—No conozco a la familia —masculló Dirk—. Yo hago lo que me mandan y el capataz es el único que me presta atención. No sé si me llevarán a Meersburg o a Múnich. O quizás me envíen de vuelta al poblado de donde vine a principios de verano.

—Veré si puedo encontrarte trabajo como criado de Kurt —dijo Felix—. Wittenberg te gustaría.

—¿Por qué?

—Está lleno de música. Y a ti te gusta la música.

—No sé si me gusta. No sé si albergo sentimientos hacia la música. Solo me interesa por lo que... por... —se quedó en silencio.

—¿Por lo que significa?

—Por lo que... sugiere.

Felix sonrió y se acercó un poco más.

—¿Y qué te sugiere? ¿Eres sugestionable?

—No lo sé. Parece indicar... —Hizo un gesto con la mano y una gota de mostaza aterrizó en la rodilla de Felix—. Lo otro. No sé explicarme. Lo otro, una separación... Lo que conocemos, pero transformado de alguna forma.

Felix volvió a recostarse en su silla. Parecían dos viejos amigos.

—Bueno, fíate de mí. Te encantará Wittenberg. Me reuniré allí contigo. Diría que nos llevamos *simpatico*, tú y yo.

—Tampoco sé lo que significa eso.

Felix le sonrió al pan antes de responder:

—El mundo se está liberando de la oscura superstición de la Iglesia Romana y de la rectitud cristalina de los luteranos. El auge de los racionalistas franceses también desapareció con Napoleón. Ahora se presta atención a cómo son las cosas y lo que sienten. ¿Has leído a Goethe? ¿*Las penas del joven Werther*? Los profesores universitarios de mi generación lo han recuperado. Propone centrarse en la pasión de la vida, no en la indecisión. Centrarse en el compromiso, no en la separación. Debemos vivir la vida, no solo observarla. La satisfacción plena de estar vivo. A menos que te suicides, claro, como hace Werther. Pero no lo hagas, por favor. Debemos ser valientes e intentar encontrar nuestro camino. Y puede que no sea de la forma que se nos presentase en el pasado. ¿Qué opinas?

Eso era lo que Dirk pretendía hacer en el campanario de la capilla católica abandonada. Sus esfuerzos no habían auspiciado la satisfacción plena de estar vivo.

Felix cogió la mano de Dirk entre las suyas. El muchacho se puso tieso.

—*Simpatico* es una palabra italiana que significa «afines». Dos corazones latiendo al mismo ritmo. Eso es lo que provoca la música, ¿sabes? En dos personas. En más. Instruye a los corazones para que tomen la misma dirección. Con afinidad.

Dirk se alejó. Un relámpago iluminó en blanco y negro el rostro franco de Felix, con el cabello despeinado por la cama y el bamboleo de su nuez de Adán cuando engulló la corteza de pan. La piel de su cuello hasta el segundo botón, ya que el primero estaba desabrochado, se asemejaba al papel y estaba ligeramente húmeda por el ambiente de la cocina en verano.

—Bueno, búscame si vienes a Wittenberg, o supongo que ya te veré en la casa de Múnich, o en los salones de Meersburg. Llevo muchos años acoplándome a esta familia. Tratan bien a sus invitados —dijo Felix, zanjando el tema—. Hay cerveza en la alacena con hielo, creo. Pon dos vasos.

Dirk sacó dos jarras de cerveza y las puso delante de Felix. Dio media vuelta para subir los peldaños en la oscuridad. Los relámpagos nocturnos habían cesado y los truenos se alejaban. Podía oír el latido de su corazón. No sabía decir si con afinidad o sin ella.

23

No volvió a hablar con Hannelore de nuevo, cierto, aunque la muchacha sí que influyó en su vida. Hacia finales de verano, en Meersburg se propagó un secreto a voces sobre una criada soltera de las cocinas que podía estar embarazada. Aún era pronto para que se le notara, pero ya lo había contado. El hijo del molinero, al parecer, no había participado en los escauceos románticos de la temporada y, por tanto, no iba a reconocer la paternidad. Hannelore guardaba silencio sobre la identidad del padre. Cuando el barón Von Koenig insistió, el capataz interrogó a todo el personal.

No tardaron en averiguar que alguien había visto a Hannelore saliendo de la extinta capilla junto al lago, con los zapatos en la mano y aspecto desaliñado.

Además, según muchos cocineros y caballerizos, el joven Dirk Drosselmeier había estado observando y rondando a la chica de vez en cuando.

Pero el interrogatorio también reveló que Felix, el amigo del alma de Kurt von Koenig, vástago de la familia, se había pasado todo el verano practicando con su instrumento en la capilla.

Un criado de confianza de la familia fue enviado a toda prisa a Wittenberg para resolver el dilema. El mensajero regresó unos días después con una declaración. Felix había admitido que el niño era suyo y que pagaría una suma a la madre soltera. Eran cosas que solían pasar, al parecer.

Dirk reflexionaba sobre todo esto mientras recogía sus pertenencias (ahora tenía tres camisas, un abotonador y un cuchillo viejo y feo que necesitaba un buen afilado). Se acordó del bastón que había pertenecido al viejo de los bosques, el leñador. Le sería de más utilidad ahora que ya no era un chiquillo escuchimizado, sino un jovencuelo listo para vivir la vida de un hombre. Eso esperaba, al menos.

Por primera y última vez, el barón mandó llamar a Dirk para interrogarlo.

—Es tu última oportunidad —dijo el barón Von Koenig— para asumir la responsabilidad y reclamar el hijo como tuyo.

—Tengo entendido que su invitado, Felix, ya lo había admitido.

—Stahlbaum es un personaje quijotesco. Sus motivaciones y comportamientos no son de fiar. Quizás pretendía encubrirte a ti, ya que observó que no estás en condiciones de encargarte de una familia. Según la moza, él te trataba con bastante amabilidad.

—Hannelore no ha dicho que yo sea el padre —respondió Dirk. Había aprendido algo sobre la dignidad—. No soy padre. Ni de ese niño ni de ningún otro.

—Tú sigue así y te irá mucho mejor —refunfuñó el barón.

Dirk pensó que no parecía un mal tipo, pero seguramente estaría cansado de tener que lidiar con los embarazos que el verano en el lago traía con demasiada regularidad.

—¿Voy a seguir como criado en otoño?

—Había pensado que siguieras, pero ahora ya no. Merecida o no, una sombra pende sobre tu reputación. Procuramos ser una familia católica estricta, al menos en la ciudad. ¿No te parece mejor regresar a tu parroquia en Baviera?

—¿Con un escándalo? Dishonraría al Pfarrer Johannes. Y no he recibido un mensaje conveniente que pueda entregarle. Así que no, no creo que deba regresar.

—Ya lo suponía. Bueno, da la casualidad de que fui a ver a un comerciante de papel en Meersburg para encargarle un pedido de unos tomos de descubrimientos científicos de unos amigos míos. Aventuras en la atmósfera. El comerciante mencionó que necesitaba un ayudante. Te enviaré allí con una carta de entusiasmo contenido. Puede que le parezcas adecuado. Si no, que Dios te acompañe en tu camino, si Él puede encontrarte.

El jardín tapiado



24

Dirk se sorprendió del profundo resentimiento que lo inundó al verse obligado a abandonar el séquito que servía a los Von Koenig. Con solo una carta de presentación en la mano y el salario atrasado en su bolsillo, se presentó en la polvorienta carretera de Meersburg. No sería un viaje largo, pero le resultó irritante contemplar cómo la comitiva de la familia pasaba ante él sin un saludo siquiera. A la porra con todos.

Un viejo granjero que llevaba montones de heno húmedo por la lluvia recogió a Dirk al cabo de un rato.

—Aprovecha, que pararé cerca de Meersburg. La compañía es bienvenida, si te apetece hablar —dijo el hombre.

Pero poco pareció importarle si Dirk hablaba. Lo que el hombre quería más bien era un público para su soliloquio. Así que Dirk le fue dando alguna sílaba interrogativa ocasional, como la yesca que alimenta un horno, y fracasó más o menos en eso de escuchar lo que decía el granjero.

Pasaron junto a un edificio religioso importante situado cerca del lago, una enorme estructura de basílica pintada de rosa claro.

—Si lo que quieres son pinturas religiosas y cosas así —comentó el granjero—, ese es tu sitio. La asamblea del cielo al completo está pintada flotando sobre nubes en el techo de la nave, justo por encima de tu cabeza. Cualquiera podría pensar que los vientos de allá arriba habrían agitado al menos unas cuantas túnicas ondeantes y así

podríamos echar un buen vistazo a las partes de los ángeles, pero la misteriosa brisa de Dios ampara el pudor de todos ellos.

—Puede dejarme aquí, me gustaría visitarlo —dijo Dirk.

—Ni te molestes. Los peregrinos dejaron de venir hace unos años, cuando comenzó la persecución de los cistercienses. El sitio está tapiado. El dosel celestial seguirá en lo alto, pero no puedes cruzar la puerta para verlo.

Lo que podía ser visto contra lo que solo podía imaginarse. Dirk tenía la sensación de que aún no comprendía lo que separaba ambos ejércitos. ¿Era un acto de la revelación de Dios o una capacidad individual de observación? Lo invisible seguía estando presente, ¿verdad? Quizá los pájaros podrían verlo. O los *schwarzkopfs* retorcidos que se escondían maliciosamente entre la maleza podrían espiar la verdad pura y transparente. Incluso puede que ciertas granjeras ancianas poseyeran clarividencia. Pero Dirk no podía ver lo invisible, aún no. Ni siquiera podía ver las cosas a la vieja usanza.

—Y aquí nos separamos. Me dirijo a la carretera que va hacia Daisendorf y debo llegar allí antes de que el anochecer dé paso a la noche. Meersburg comienza al otro lado de esos campos. ¿Podrás llegar?

—Hasta ahí, sí.

—Me ha complacido la compañía, joven —dijo el granjero mordiéndose el bigote.

—No ha sido una molestia.

Dirk se bajó. Oyó que el granjero se reía y murmuraba para sí mismo algo que sonó a «¡No ha sido una molestia! Bueno, me quedo tranquilo».

Los viñedos dieron paso a una puerta medieval. Meersburg, elevado sobre la orilla del lago, estaba compuesto de calles y callejones empinados. Destacaban unos edificios con entramados de madera que se cernían altos y con aire de entrometidos... O eso pensó Dirk, pues comenzaba a prestar atención a cómo parecían las cosas. Los ciudadanos estaban poco dispuestos a dar indicaciones, pero al fin dio con una callejuela cerca del lago procedente de una calle sin salida, en

el extremo más alejado de la ciudad. Casi era demasiado tarde para llamar, pero no tenía otro sitio donde alojarse, así que llamó.

El burgués respondió a su propia puerta. Agarró la nota que le ofrecía y la leyó bajo la luz menguante.

—No dirijo un asilo para pobres ni un correccional para holgazanes, pero entra —refunfuñó.

Llevaba las vestiduras aflojadas, pues acababa de levantarse de la mesa. Casi se podía ver el aire cargado con el aroma a *sauerbraten* y a perro mojado que impregnaba agradablemente el pasillo. Más allá de su fachada seria, la casa parecía bastante cómoda. *Bourgeoiserie* centroeuropea. El burgués condujo a Dirk a través de las despensas hasta la cocina, vacía a excepción de unos gatos que rondaban por allí. Un ave desecada de una comida previa descansaba en una cazuela tapada.

—Me siento en la mesa con estos señoritos —dijo Herr Pfeiffer—. La Frau está indispuesta y recluida en sus aposentos. Sírvete tú mismo algo de cena y busca una manta en el arcón. Por la mañana habrá tiempo suficiente para aclarar los detalles.

Dirk comió y luego se tendió entre las sombras y unas cazuelas secándose que alguna cocinera ya habría atendido. «¿Cuántas veces en mi vida me tumbaré en una oscuridad cuya naturaleza no puedo discernir, para ver qué nuevas circunstancias revelará la luz del día?», pensó Dirk. «¿O pasaré así el resto de mis días?».

Hizo una lista de lo que podía percibir del inmueble a partir de su posición en el suelo de piedra. Olía a quemado y a betún aceitoso, quizá para la piel o la colada. Percibía el sonido distante de unos niños riéndose y dando golpes en el piso de arriba. Una sensación de cautela, por los cerrojos echados en la puerta de la cocina y de la calle. Pero la parte superior de la ventana permanecía abierta y la luna trazaba tres cruces inclinadas sobre el suelo de pizarra.

Por la mañana su vida podría volver a cambiar. Siempre habría algo nuevo que aprender si se sentía fuera de lugar, atrasado, distraído; era como andar con una piedra invisible en el zapato o hablar con una roca en la boca que confundía con su lengua.

Conoció a los niños por la mañana. Resultaron ser un par de larguiruchos. Ah, Franz y Moritz, demasiado queridos, bastante descontrolados, ruidosos como gitanillos, que se entretenían lanzando proyectiles de oscura mermelada de cereza a los gatos. Dirk temía que lo hubieran dejado entrar en la casa para que fuera su tutor. Un grave error de ser así, ya que él no tenía nada que enseñarles.

—¿Qué es esto? —preguntó Moritz el Visigodo tras escudriñar el pequeño morral de Dirk y descubrir su cuchillo.

—Dámelo —dijo Franz, la Horda Mongola.

Tenía ocho años y era el hermano mayor. Su cabeza alargada ostentaba un hervor de rizos perfectos que crecían hacia arriba, pero sin diseminarse. Se asemejaba a los primeros centímetros de una jarra de cerveza llena de espuma. Intentó arrebatárselo a Moritz.

—Mío —dijo Dirk, abalanzándose sobre los dos—. Dejad mis cosas.

—Tiene cara. Parece la cabeza de un feo diablillo. ¿Qué tendrá entre las piernas? ¿Eh? —preguntó Franz mientras lo examinaba.

—Más de lo que tienes tú —replicó Moritz, de solo cinco años.

—Os rebanará el cuello por voluntad propia si lo miráis —dijo Dirk—. Ponlo aquí.

Y lo guardó de nuevo en su envoltorio de piel.

—¿Eres el nuevo chico de los recados de papá? —preguntó Franz—. Tendrás que cargar con cosas como jamones de Pascua por estas calles empinadas. Nadie dura más de unos pocos meses. Podemos enseñarte dónde guarda papá la llave de la bodega.

—Esta es ahora mi habitación —dijo Dirk—. Es mía mientras me quede aquí y no podéis pasar. Fuera.

—Es nuestra casa y podemos ir donde queramos.

Moritz escaló por el alféizar de la ventana y Dirk lo apartó por si caía tres pisos.

—Hoy podemos acompañarte a recoger el decolorante si quieres compañía —dijo Franz—. Yo puedo mostrarte el camino. Moritz solo te enseñará a perderte.

Moritz estaba hurgando con el pie lo que quedaba del morral vacío de Dirk.

—Hacemos el mejor papel fuera de Múnich, y eso incluye también a Múnich —dijo Moritz.

—Si por entonces no te han despedido, puedes venir al Oktoberfest con nosotros y comer buñuelos de pan —añadió Franz—. Nuestra madre no irá. Dice que es un festival para los campesinos. Así que papá tampoco irá, porque no puede. Dice que Mutter es lo primero y que el mundo ya irá detrás si se atreve. Eso es lo que dice.

—Lo dice cuando ella no está escuchando. Cuando está, dice: «¡Querida Mutti!».

—La quiere, zopenco. ¿Qué tiene de malo que un marido quiera a su esposa? —El hermano mayor silbó con aire burlón—. Venga, ¿por qué no dejamos salir a los conejos de las jaulas para ver si los halcones se dan cuenta?

Salieron embalados. Dirk ordenó sus cosas y fue a recibir instrucciones sobre su cometido. Herr Pfeiffer lo estaba esperando en una pequeña oficina del piso de abajo.

26

—**B**ienes con una recomendación poco entusiasta del barón, pero a falta de pan, buenas son tortas, y ya he agotado todas las existencias disponibles por los alrededores —dijo Gerwig Pfeiffer.

El hombre era bastante risueño, aunque atribulado. Quizás su negocio acarreaba más trabajo del que él podía manejar. Se restregaba

el cuero cabelludo hasta hacer que su pelo pareciera las hojas de un cardo y se limpiaba las sienes sudorosas con un paño que remojava en un cuenco de agua.

—Todo el mundo quiere leer hoy en día, Dirk, y no puedo seguir el ritmo —explicó—. Hay un exceso de periódicos. A nosotros, los mercaderes de papel, nos mantiene las manos ocupadas y hace que escaseen las vacaciones.

—¿Cómo es que conoce a la familia Von Koenig?

—¿Quieres decir que cómo es que un mercader se codea con un noble? Le vendo papel al barón para que publique los libros de sus compañeros científicos. Los ricos tienen unas aficiones peculiares. Así es el comercio.

Pfeiffer comenzó a exponer a Dirk los pormenores de la industria. El joven se preparó para ganarse el sustento con tareas como recoger, empapar, cribar, prensar y decolorar trapos para convertirlos en papel que luego debía ser medido, cortado, empaquetado, transportado y entregado. Al menos hasta que surgiera algo mejor.

Pfeiffer abordó el tema de la economía general: en qué consistía un beneficio y por qué debían reinvertirse en el negocio. Quién llevaba las cuentas (el propio Pfeiffer) y las llaves del almacén (Pfeiffer también) y la recaudación a la contaduría (adivina).

Justo cuando Pfeiffer se disponía a analizar el calendario de otoño, la puerta que había detrás de Dirk se abrió. Sentado en el taburete, Dirk se dio la vuelta para levantarse por si se trataba de la señora de la casa. Se oyó el frufú de una falda al rozar el marco de la puerta. Sorprendida quizá por encontrarse un visitante, decidió no entrar. La puerta se cerró con suavidad.

—Ah. Ya has visto a mi esposa —dijo Pfeiffer—. La encantadora Frau Pfeiffer. Le gusta ser tímida. ¿Tienes experiencia en contabilidad?

—No se me dan bien los niños.

—Eso no es lo que te he preguntado.

—Puedo aprender contabilidad, supongo.

—Los números te respetan. Es lo único que tiene sentido por aquí.

Su timidez sobrepasaba el concepto de timidez: era clandestinidad. Dirk pasó casi una semana en la casa Pfeiffer antes de que vislumbrara bien a Frau Pfeiffer. Bueno, tenía toda la casa y su *ménage* por conocer.

Los niños arrastraron a Dirk por toda la casa, de arriba a abajo. Una cocinera se movía con pesadez mientras horneaba y asaba cosas para dejarlas en la mesa a mediodía. Una chica se pasaba al anochecer para asear a los niños, lavar los platos y guardar lo que se quedaba sin comer. Aunque Dirk oía de vez en cuando pasos en el piso de arriba o en el pasillo, detrás de puertas cerradas, Frau Pfeiffer no se dignó a aparecer.

No sabía si la vivienda era típica de la zona, pues tenía muy poca experiencia con casas. El *schloss* de los Von Koenig a las afueras de Überlingen era más bien un intento de palacio, mientras que las menudas habitaciones del Pfarrer carecían de comodidades.

La propiedad, aunque desvencijada, era lo bastante espléndida como para tener no uno, sino dos edificios apiñados, uno detrás de otro y con un espacio en medio. La casa y sus secciones, altas y de madera, daban a la calle mediante un suntuoso jardín tapiado que le confería un prestigio destartado, ya que estaba invadido por las malas hierbas y la puerta principal necesitaba una mano de pintura. En el patio vacío trasero, por el contrario, picoteaban unas aguerridas gallinas y había hierbas colgadas para que se secaran y unos aparatos siempre deteriorados.

Al otro lado de ese eficaz patio enclaustrado se hallaba la estructura gemela, de unas dimensiones similares a las de la casa. La terraza abierta de la entrada daba a una grada oxidada, una mantequera y montones de leña. Otra familia lo había usado como un granero normal, pero Pfeiffer, al parecer, aprovechaba algunas de las

estancias superiores para almacenar suministros. Dirk no estaba seguro, porque nunca lo enviaron allí.

Parecía que gran parte de las casas de Meersburg habían ocupado por completo los límites de su propiedad. En esta edificación extraña y alejada del centro de la ciudad, el jardín amurallado y su puerta constituían una anomalía: no servían ni para huerto ni para que pasara un carruaje. Los niños le contaron a Dirk que su madre a veces pasaba todo el día en el jardín. Ninguna de las ventanas de la casa daba a ese espacio y el muro era lo bastante alto como para conferir cierta intimidad, salvo por la puerta, claro.

Al sexto día, un lunes, llegó una muchacha a hacer la colada. Tenía la piel pálida y el cabello metido con tanta firmeza debajo de la cofia que Dirk no averiguó de qué color era. La lavandera le gritó para que quitara de en medio a los niños, ya que se dedicaban a chapotear en un agua que costaba muchísimo de traer y calentar, ¿o es que no lo sabía?

Dirk se los llevó fuera. Pasearon por las calles de la parte alta de la ciudad y luego vagaron hasta el agua. El gran barco de vapor que había transportado a Dirk a principios de verano se hallaba cerca del embarcadero; era un mero contorno delante de los alejados Alpes suizos, grises como el hielo. Dirk y los niños escalaron unas rocas y disfrutaron de la espuma y la luz del mediodía. Más tarde recorrieron las calles que habían surgido a las afueras de la muralla medieval. Para cuando los niños estuvieron agotados y regresaron a la casa, la lavandera ya había terminado con la colada y la había tendido en las cuerdas que unían la casa y el granero. Se sentó con Dirk, los niños y el padre para dar cuenta de una comida tardía compuesta de queso de cerdo, mostaza y pan moreno.

—Llévalos al cuarto de los niños y leed o algo —dijo Pfeiffer cuando acabaron de comer—. Tengo que ir a ver a alguien por un cargamento sin pagar.

—Diría que no soy una institutriz —replicó Dirk.

—Yo tampoco lo diría, pero inténtalo —contestó su jefe.

El cuarto de los niños, que doblaba el tamaño de cualquier aula elegida al azar, daba al patio entre la casa y el granero. Acomodó a los niños con grafito y papel (siempre había montones de papel en esa casa) y se dio la vuelta cuando unos destellos de luz formaron arcos en las paredes. En el calor veraniego que persistía a principios de ese otoño, las relucientes sábanas blancas ya se habían secado, al parecer. Con amplios movimientos, la lavandera estaba recogiendo la ropa de cama y los tapetes secos.

—Tillie —la llamó Moritz—, ¡a ver si puedo pegarte con esta bola a través de la sábana!

—Si ensucias la colada... —comenzó la muchacha, Tilda, pero no terminó de expresar la amenaza.

—Siéntate y pinta —dijo Dirk—, o te enseñaré algo sobre golpes.

Se quedó de pie ante el alféizar, observando. Las sábanas parecían trozos de papel. Paños brillantes. Se percató de que sobre la cuerda había cuatro manos que desataban nudos y plegaban la ropa de cama. Frau Pfeiffer estaba ayudando.

Podría vislumbrarla si la colada bajaba en el orden correcto. Observó mientras, detrás de los paños restantes, las dos mujeres trabajaban juntas, plegando grandes telas en una especie de escena de baile de sombras chinas.

Y llegaron a la última. Dirk iba a ver cómo era Frau Pfeiffer. Tal vez tenía un aspecto espantoso y se recluía como muestra de cortesía hacia los demás.

Aún no... Lo que salió a la vista no fue Frau Pfeiffer, sino otro paño que se asemejaba más a una bandera que a ropa de cama. Es decir, era una sábana sobre la que se había pintado algo. Dirk profirió un ruido como «tchhh» y los niños alzaron la mirada.

—¡Buen trabajo, Mutti! —gritó uno de los dos.

—¿Qué es eso? —preguntó Dirk.

Manos finas, más refinadas que las de la lavandera, desataron el banderín de la cuerda. Con un movimiento veloz, la sábana descendió de súbito como un céfiro, y Frau Pfeiffer desapareció a través de la

puerta del granero antes de que Dirk pudiera descubrir algo de ella más allá de que se movía con rapidez.

—Ese es el dibujo de Mutti, y este es el mío —dijo Franz.

Moritz no tardó en colocarse delante de su hermano para enseñar su obra de arte.

—Pero ¿qué había pintado? —preguntó Dirk—. No he podido verlo.

—Ah, algo —contestó Franz—, u otra cosa.

28

Barias mañanas después, Dirk se acercó al saloncito desde el que Herr Pfeiffer supervisaba los asuntos de la casa y su negocio. La puerta estaba medio abierta. Dirk se detuvo, no para curiosear sino para esperar el momento adecuado de entrar.

—Por lo que he oído, has acogido otro patito feo.

Una voz de mujer llamó la atención de Dirk porque no sonaba como nada que hubiese oído antes. Le recordó a la primera vez que percibió la melodía del violonchelo. Pero la voz de la mujer parecía un instrumento nacarado impregnado de cotidianidad. Alemán con algo más aterciopelado, gutural. Lo que decía, cómo lo decía: énfasis, *diminuendos* súbitos.

—Lo he visto, ¿sabes? Lleva la marca del bosque.

—Se las apañará bien aquí. Confía en mí. No es un chico de la zona.

—Me he dado cuenta. ¿Está preparado por completo?

—Es un buen chaval, y sin familia conocida. No armes un escándalo.

—Bueno. —Guardaron silencio y se oyó el tamborileo de unos dedos sobre la mesa—. Quería preguntarte qué vas a hacer con el chico.

—Ah, Nastaran. Se encargará de las obligaciones del muchacho que tuvo que irse para cuidar de su abuelo en Turgovia.

—Pero ¿por qué se queda a dormir en nuestra casa? ¿Es apropiado? ¿Quieres que nuestros asuntos pasen a ser de interés público?

—Los otros ayudantes eran todos de por aquí, como bien sabes. Gozaban de bastante libertad para chismorreos furtivos, si hubieran querido hacerlo. Pero no quisieron y este tampoco querrá, te lo digo yo. Bueno, ¿has venido a pedir más material? —La voz del marido sonaba cansada y tranquilizadora—. Te traeré lo que necesites.

—No puedes darme lo que necesito. —Oh, el violonchelo en esa frase—. Pero puedes traer un bote de azul la próxima vez que vayas a Múnich. Me animará.

—¿De qué tono?

El silencio se alargó tanto que Dirk comenzó a retirarse poco a poco.

—Quiero el cielo, Gerwig —dijo ella entonces—. O sabes de qué color es, o no lo sabes.

—Cuenta con que no lo sé, mi amor. Dame una muestra de tela o en un papel y veré si puedo hacer que coincida. No hay duda de que será el equivocado, pero quizá no tanto como para ofenderte.

Ella se levantó y cruzó la puerta con tanta rapidez que habría tropezado con Dirk si el muchacho no hubiera retrocedido. Lo único que vio fue el material de un vestido que desaparecía en el peldaño inferior antes de que su ojo pudiera ajustarse. La mujer pareció desvanecerse en una corriente de aire. Dirk esperó un momento y luego se acercó a la sala y llamó con suavidad.

—Vaya, te acabas de perder a la Frau. Está deseando conocerte —dijo Pfeiffer con bastante calma.

—Me sorprende no haber tenido el placer aún.

—Oh, bueno, placer. —El marido estaba meditabundo, rebuscando en unos papeles—. Es una persona reservada, Frau Pfeiffer. Te aseguro se presentará pronto. No está acostumbrada a

tener a alguien más viviendo en la casa. Nuestros antiguos ayudantes siempre eran de los alrededores y se iban por la noche.

—No entro en el granero, pero no me ha indicado qué habitaciones de la casa debería evitar, por si no le interesa la compañía.

—Ella te evitará, no temas. —Pero entonces suavizó el tono—. Proviene de una tradición distinta. No tiene nada contra ti, pero como no estás vinculado a nadie que conozcamos en persona, tardará un tiempo en adaptarse. En su sociedad, ella no habría conocido a nadie como tú. —Y, tras un suspiro, añadió como para sí mismo—: Ni como yo.

—No estoy seguro de...

—Se recluye en el jardín y en su propio dormitorio, enfrente del mío. —Debajo de unas cejas tupidas, sus ojos se centraron en él—. Ya habrás deducido que nos ajustamos a Frau Pfeiffer. Estoy seguro de que a tu edad ya sabrás cómo son las relaciones entre un hombre y una mujer.

—Oh, no estoy preguntando... Y no, no me hallo en situación de... Herr Pfeiffer soltó una carcajada.

—Bueno, ahora puede que no, pero lo harás pronto. La paz se mantiene gracias a que la Frau y yo nos retiramos a habitaciones separadas para dormir. Pero no te preocupes por nuestro afecto. Le soy fiel, y siempre lo seré.

—No soy quién para...

Gerwig Pfeiffer dejó de murmurar.

—Tienes razón. Dedicemos la lección de hoy al pegamento del que disponemos, ¿quieres? Usamos tres tipos, según la humedad de la atmósfera y la calidad de los trapos que hayamos hervido. Mira aquí.

Se inclinaron sobre su trabajo. En el piso de arriba, alguien dio un portazo, una vez, y luego dos más, como si estuviera practicando la indignación.

Ala mañana siguiente, Herr Pfeiffer salió para recibir un barco de vapor que llevaba un cargamento de trapos. Era un día lluvioso, por lo que los niños estaban enfadados por tener que quedarse dentro. Dirk rebuscó en su cuarto algo con lo que entretenerlos. Descubrió una pila de xilografías que habían sido descartadas para algún trabajo de imprenta, seguramente por estar desalineadas, ya que todas se torcían en el mismo ángulo. Los niños habían usado carboncillo en unas cuantas. Dirk eligió la imagen de un hombre apaleando a un burro. Cortó la página en catorce o quince trozos y los mezcló.

—Ahora debéis ponerlos en el orden correcto —les dijo.

—Me pregunto si el burro habrá escapado —comentó Moritz.

—¿Cómo iba a hacerlo? —preguntó Franz.

—Las tijeras de Dirk han cortado el arnés.

Los niños no se entretuvieron demasiado con el rompecabezas, pero se divirtieron y pelearon por él. Los trozos de papel se volvieron pegajosos en sus dedos. Fue un pequeño desastre.

Escucharon entonces una voz desde el patio: Frau Pfeiffer solicitaba ayuda con un tono tranquilo. Moritz se levantó para ir, pero Franz era más grande y lo derribó para pasar. El hermano mayor subió corriendo las escaleras de inmediato. En la tercera planta, un puentecito cubierto se extendía sobre el patio para que quienes estuvieran arriba en uno de los dos edificios no bajaran y subieran tantas escaleras.

Moritz estaba de morros cuando Franz regresó con una pequeña redoma de arcilla de cuello ancho.

—Mutter quiere que le abras esto si puedes.

Dirk la cogió. Dentro había algo pesado y líquido. Habían cubierto la abertura de la jarra con un rectángulo de estopilla y cera derretida por encima para cerrar la vasija y, quizás, evitar que el líquido de dentro se derramara, se secara o se estropeará.

—¿Qué es? ¿Lo sabes?

—Pintura, creo. Pero no sé de qué color.

Dirk se peleó con la cera, pero estaba tan dura como la piedra. Sacó de su bolsillo el pliegue de cuero y desenvolvió el cuchillo con la cabeza de gnomo. Se puso a quitar trozos de cera del borde.

—Déjame a mí —dijo Moritz—. Franz ha traído la pintura. Ahora me toca a mí.

—Yo soy más grande —replicó Franz—. Tú solo conseguirás apuñalarte.

Dirk no quería oír hablar de ello.

—Aunque no tiene mucho filo, sí que está lo bastante afilado. Se os podría resbalar. ¿Para qué usa vuestra madre la pintura?

—Para pintar —dijo Franz.

—A ver, piénsalo. Lo que quería decir era: ¿qué pinta?

Se le fue la mano y una pequeña línea carmesí apareció en la yema de su dedo pulgar.

—Pues es pintura roja —dijo Franz sin comprenderlo.

—Es la pintura roja que todos llevamos dentro.

Dirk se acercó a la ventana para enjuagarse la mano en la lluvia que seguía cayendo.

—¡Para! —gritó Franz.

—Solo es sangre —dijo Dirk, pero se tambaleó al volcar una silla.

Moritz se había apropiado del cuchillo tiznado de negro y perseguía a su hermano con él.

—¡Nunca me dejas hacer nada, mierdecilla apestosa y podrida!

—*¡Got in Himmel!* ¡Dame eso! —bramó Dirk, uniéndose a la persecución.

Los niños eran demasiado rápidos. Salieron disparados de la habitación y llegaron gritando hasta la mitad de las escaleras.

Con Dirk a unos pasos por detrás, los niños corrieron por el tramo salpicado por la lluvia hasta el portal del tercer piso del granero, donde frenaron ante la aparición de Frau Pfeiffer. Dirk recuperó el cuchillo con una mano y con la otra inmovilizó el puño de Moritz para evitar un accidente. Pero todo permaneció inmóvil durante un instante, como un cuadro cuyo dramatismo se intensificase por el sonido de la lluvia.

Quizás solo fuera por su atuendo, pues no era la ropa entallada, hecha a medida y con puntadas de más que llevaban el resto de señoras de Meersburg, sino un vestido suelto raro y sinuoso y unos pantalones holgados. Tal vez fuera algún tipo de camisa de hombre que Dirk no había visto nunca. Llevaba el oscuro cabello recogido, aunque un poco suelto y ladeado, de forma que su cuello, de color roble pálido, quedaba al descubierto.

—¿Qué me estáis haciendo? —le preguntó a sus hijos con un tono de voz que Dirk no pudo definir. Como humo ribeteado. Carecía de conocimiento musical y no podía pensar en otra cosa.

Los niños agacharon la cabeza y se quedaron en silencio.

—Quería matarme —se atrevió a decir Franz.

—Matar no, solo hacerle daño —puntualizó Moritz—. Pero ha sido cosa del cuchillo, no mía.

—¿Habéis abierto la jarra?

—Dirk está en ello.

—Traédmela cuando esté abierta. Y, por favor, no gritéis. Lo que sea menos gritar. Si queréis mataros entre vosotros, que sea en silencio. Así es más efectivo.

Los velos o pañuelos que llevaba ondearon y Frau Pfeiffer desapareció. La puerta se cerró sin que se escuchara el sonido del pestillo. Ni siquiera había hablado o mirado a Dirk.

30

B entonces, como si hubiera decidido que ya estaba bien, Frau Pfeiffer llamó por la mañana a la puerta del despacho y entró antes de que a su marido le diera tiempo a levantar los ojos de la página.

La mujer se quedó de pie con la mirada gacha y las manos juntas, una encima de la otra, como dos palomas acurrucadas.

—Perdona mi intromisión —le dijo al suelo.

Dirk oyó en sus palabras lo que había echado en falta antes. Acento alemán. Era de otro lugar.

A esas alturas Dirk ya había visto unas esculturas policromadas de la Virgen y el Niño en iglesias católicas. Un ejemplar espléndido de treinta y cinco centímetros ocupaba un rincón de la capilla en el *schloss* de los Von Koenig. La madera veía lo que la piedra no podía. Los ojos de mármol eran ciegos, pero los que se hacían con madera solo permanecían cubiertos. Los ojos de Frau Pfeiffer eran castaño pulido y conservaban un profundo destello a floresta. Maleables.

—No interrumpes nunca —dijo su marido con serenidad.

Frau Pfeiffer se había arreglado como una grande de España en una *troupe* ambulante de teatro. Era, a la vez, una maharaní y un ama de casa, una buhonera y una *djinee*. Dirk nunca había visto nada igual. ¿Musulmana, otomana, una esposa de la *opera buffa*? ¿Reina del harén y camarera los viernes noche?

Llevaba un apropiado vestido Brunswick de color gris oscuro y un chaleco de estilo moderno que le flanqueaba las caderas. Por debajo de las mangas abiertas, sin embargo, brotaba una voluminosa blusa de seda con un estampado que parecía un jardín descuidado: rosas, zarzas enmarañadas, lirios, narcisos. Varios brazaletes de latón o plata u oro blanco caían hacia su codo. Llevaba un pañuelo suelto sobre su boca; daba la sensación de que pretendía esconder sus palabras y su rostro tras una cortina.

Su toca era sencilla, casi casera, pero en su cuello se arremolinaba un pañuelo del color de los juncos y el albaricoque.

—Considero que debo ser presentada ahora —dijo.

—¿Eh? ¿Por qué ahora? —le preguntó su marido torciendo de forma irónica el lado de su boca donde solía aposentar una pipa.

—Me ha ayudado con el color.

Herr Pfeiffer se giró hacia un Dirk que empezaba a sonrojarse.

—Franz me trajo una vasija de pintura para que la abriera.

—Bien está, eso ya es bastante personal. Mi querida esposa, contempla a Dirk Drosselmeier. Dirk, Frau Pfeiffer. Ver para creer.

—Estoy en deuda contigo —le dijo a Dirk—. No es fácil abrir los colores.

Lo miró, al fin. Bajo la serena luz que caía desde las altas ventanas de la oficina al amanecer de un día de trabajo, Dirk sintió que se fijaban en él.

31

Serwig Pfeiffer enviaba a menudo a Dirk a hacer recados. El joven empezó a trazar el mapa de Meersburg en su mente mientras cruzaba de Unterstadt a Oberstadt, por la Steigstraße o los escalones de piedra. Al girar una esquina o desde una ventana, las sempiternas aguas de color turquesa o gris aceitoso del erizado Bodensee (lago Constanza) acechaban con un leve aire a amenaza. Dirk se percató de que Meersburg negociaba de una punta a otra del lago como si se tratara de la plaza de un mercado. Aunque a él no le gustaba demasiado el lago.

A veces se llevaba a los chiquillos con él, cogidos de la mano. No le interesaban demasiado los niños, pero se fijaba en ellos. Moritz, pese a ser el pequeño, era el más entusiasta, como un anarquista melancólico. A Franz, pálido e impasible, quizás le intimidara más la vida. Cuando reía, si acaso se atrevía, lo hacía con los labios cerrados.

Mientras saltaban y brincaban junto a Dirk, los niños recitaban versos de *Des Knaben Wunderhorn*. «Camino con gozo por un verde bosque». «Ich ging mit Lust durch einen grünen Wald». No se lo sabían todo. Más allá de Meersburg, los viñedos y huertos parecían flanquearles igual que un par de alas angelicales. Era la antítesis del lago arrasador, cuyo color no perduraba demasiado, pues cambiaba constantemente de disfraz, como escondiendo su naturaleza elemental.

Dirk observaba la línea que formaban los tejados y deseaba poder espiar las colinas empinadas de Baviera, su hogar. Pero ¿qué era el hogar para él? Allí, los únicos Alpes eran los de Suiza occidental, amenazadores. Cuando la bruma no los ocultaba, parecían un clamoroso ejército que avanzaba con aire glacial. O una almena que obstaculizaba el paso y dejaba encerrados a los moradores del lago.

32

Dirk no comía con la familia. No comía con el servicio. Por alguna razón, no encajaba con ellos tampoco. Parecía ser algo normal en su vida y no le importaba.

La familia Pfeiffer vivía con austeridad. La casa era grande, herencia de algún ancestro, pero requería atención. Un sarpullido verde recorría las paredes, que no se habían encalado desde el cambio de siglo. Las ventanas con cristales rotos se cubrían con tabloncillos de cedro. Dirk sospechaba que una esquina de la casa estaba hundida, ya que los balones y las tapas que los niños dejaban caer tendían a rodar hacia esa parte.

Solo en el primer mes, las patas de dos sillas distintas se rompieron y depositaron a amigos o familiares en el suelo.

A pesar del agradable jaleo y la decadencia diaria, Herr Pfeiffer se las apañaba para dirigir un negocio. Trabajaba desde casa muchos días y enviaba a Dirk a entregar facturas o recoger un envío de suministros. A veces el padre de familia supervisaba los procesos que se llevaban a cabo en las bañeras de trapos, ubicadas en un viejo cobertizo pesquero cercano al muelle. Esos días, Frau Pfeiffer se recluía en las salas superiores. Leía novelas ligeras y a menudo se la escuchaba llorando por ellas. La doncella ponía los ojos en blanco y los niños la ignoraban y molestaban a Dirk.

—¿No deberían ir pronto al *kindergarten*? —le preguntó Dirk a Herr Pfeiffer.

Ese día, una fea tormenta de otoño pareció llegar de sopetón desde el lago: una perturbación alpina que se dirigía al norte. La amenaza recluyó a todo el mundo en casa.

—Oh, no. Mutter no lo permitiría —dijo.

—¿Nunca?

—Nunca hasta ahora. Moritz no es apto.

—Entonces, ¿tendrán un tutor?

Con esa pregunta Dirk estaba arriesgando su propio empleo, pues no se consideraba capacitado para la labor.

Frau Pfeiffer eligió ese momento para aparecer en lo alto de las escaleras. Se detuvo, sorprendida por alguna consternación privada. Una *non sequitur* serviría, predijo Dirk, y así ocurrió.

—Anoche la luna recorrió todas las laderas de Turgovia.

—¿De verdad? —dijo su marido—. Sí que te quedarías despierta hasta tarde para fijarte.

—¿Está poniendo en duda la educación de los niños?

—No lo digo a malas —dijo Dirk dirigiéndose a ella por primera vez.

Frau Pfeiffer seguía mirando a su marido.

—Cuando te mueves un centímetro hacia una dirección, todo el mundo cambia un centímetro en dirección contraria.

—Me temo que se acerca esa época del año —dijo él mientras revolvía unos papeles—. No pasará nada esa semana. Dirk estará aquí.

—Dirk—dijo Frau Pfeiffer. Se volvió para mirarlo y bajó hasta el último peldaño—. ¿Es diligente, Gerwig? Dirk, ¿eres diligente?

—Soy concienzudo —contestó Dirk, esperando que esa fuera la respuesta correcta.

—Lo hará bien —suspiró su marido—. Solo será una semana, Nastaran.

Se movió con un suave frufú de pañuelos y salió por la puerta del jardín tapiado, enmarcada por la puerta abierta. Caía una lluvia finísima y el viento agitaba las hojas del olivo de Bohemia, creando así

un fondo de galones irregulares, plateados y sedosos. Frau Pfeiffer abrió las manos como si fuera a recoger las perlas que se licuaban del cielo.

—Nunca había oído el nombre «Nastaran» antes —dijo Dirk.

—Persa —respondió Herr Pfeiffer—. Según tengo entendido, en su lengua natal significa «rosa silvestre».

—Silvestre.

—Rosa —insistió el marido, y luego le contó a Dirk por qué lo había contratado.

33

No podía quedarse sola por la noche, de eso se trataba. Era sonámbula. Dirk no sabía lo que significaba.

—Camina mientras duermo.

—Es no es posible, desde luego.

—Es una enfermedad poco común, pero una de verdad. Mientras sueña, se levanta y se mueve. Debemos mantener las ventanas siempre cerradas en los pisos superiores y atrancar la puerta que va del puente al granero. Solo nos faltaría que a su mente vacía le diera por sentarse en un alféizar o barandilla para intentar pisar la brisa.

—¿Va con los ojos abiertos? —preguntó Dirk.

—Los tiene abiertos, pero no ven.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Quiero decir —dijo el comerciante de papel— que mientras esté de viaje, alguien debe quedarse cerca de ella para guiarla de vuelta a casa si sale por la puerta.

—¿En plena noche?

—Sí, ya ha ocurrido.

—Pero mantenerse atento es trabajo de... del marido o... de una institutriz... o de algún tipo de dama de compañía...

—No soportaría a ninguna institutriz —dijo Pfeiffer con tristeza—. Sufre por si me pierde por otra mujer más capacitada. Sé lo que estás pensando: ¿y por qué no una vieja chismosa, alguna señora ojituerta que necesite una renta personal? Pero mi mujer no lo aceptaría. Reconoce que es un tanto... particular. Además, podría ser necesaria cierta cantidad de fuerza física durante una crisis.

—¿Es una situación habitual?

—Anual. Empeora en esta época del año, pero durante lo más crudo del invierno su cuerpo parece sentir el frío, incluso aunque su mente no lo haga, y hay pocas posibilidades de que ande descalza por la nieve. Es durante el otoño cuando necesito ayuda. Su comentario acerca de la luna sugiere que nota que la estación está cambiando. También es el periodo en el que me voy a la universidad de Heidelberg y a Múnich para recoger mis pedidos de primavera, que me mantendrán ocupado todo el invierno. Si quieres convertirte en un aprendiz de verdad, algún día asumirás la tarea de viajar. Por ahora, necesito que te quedes aquí y estés... ¿qué palabra has usado? Atento.

—¿Dónde va cuando camina en sueños?

—No consiente que le haga esa pregunta —suspiró Pfeiffer—. Solo me cree en parte cuando le cuento lo que ha hecho sonámbula. No recuerda sus sueños, ¿sabes? Si está soñando con algo, no sabrá lo que es. Tú aléjala del peligro —dijo, inclinándose hacia delante—. Aún no conoces a Nastaran de verdad, pero debes quererla lo suficiente como para mantenerla a salvo.

—Lo haré.

34

Sherr Pfeiffer se había despedido de su esposa en el piso de arriba, en privado al parecer, ya que cuando los niños se arremolinaron

alrededor de sus caderas para los abrazos finales y Dirk se alejó intentando mostrarse responsable, Frau Pfeiffer no apareció.

—Ya has recibido instrucciones —dijo Herr Pfeiffer—. No habrá ningún problema.

—¿Y si lo hay? —preguntó Dirk.

—Trata a los niños de la misma forma que te trataron a ti cuando eras pequeño. —Ante la mirada inexpresiva de Dirk, el hombre prosiguió—: Eres un buen chico, así que tus padres habrán hecho un buen trabajo.

«No soy bueno, solo tranquilo», pensó Dirk, pero no era sensato decirlo en voz alta.

—Pero ¿y Frau Pfeiffer? ¿Y si está... indispuesta? ¿Y si necesita algo y no puedo ayudarla? ¿Hay alguna amiga a la que pueda llamar?

—No tiene amigas —dijo el marido mientras arrojaba su bolsa de viaje de cuero sobre el banco del carruaje—. Los comerciantes de Meersburg y sus esposas han resultado ser menos abiertos hacia los forasteros de lo que yo esperaba. Pero ella ya está acostumbrada.

—¿Algún sacerdote de su confianza?

—No está bautizada. La cocinera podrá aconsejarte si surge algún asunto femenino. Pero no te preocupes. Me voy de viaje cada otoño. Forma parte de la rutina. Cuida de los niños y atiende a la Frau como te he enseñado. Volveré antes de que os deis cuenta de que me he ido.

Y se marchó tirando de las riendas y silbando.

Los niños no iban a la escuela. Su madre no lo permitía. Creía que Moritz era demasiado intenso y que Franz necesitaba quedarse en casa para mantenerse ocupado.

Los niños se dedicaban a merodear por la casa y los jardines. Durante el día, Dirk tenía un ojo puesto en ellos. No era un trabajo duro, pero tampoco le interesaba.

Durante la noche, y según lo acordado, Dirk montaba un catre para sí mismo en el pasillo, delante de la puerta del dormitorio de Nastaran.

La tercera noche que Herr Pfeiffer llevaba ausente, Dirk se despertó al oír el ruido de un mueble arrastrándose por el suelo. Sabía

que Herr Pfeiffer había cerrado con clavos las ventanas de su mujer, a excepción de un pequeño recuadro de cristal que se podía abrir para que corriera el aire gracias a unas bisagras laterales. El hueco era tan pequeño que no cabía ni una mano.

Así pues, la única forma que Nastaran Pfeiffer tenía de dejar su habitación era pasando por encima de Dirk.

Se quedó tan quieto, tumbado en la oscuridad, que podría haber estado intentando escuchar la caída de una sombra. Pero cuanto más contenía la respiración, más oía cómo el latido de su propia sangre se intensificaba en sus orejas, como una sucesión de olas. Una vez creyó oír el golpeteo del viento, igual que cuando un pájaro se lanza sobre la brisa y bate con celeridad sus propias alas estupefactas.

También podría haber oído otro sonido, el de una silla arrastrada aquí o allá, seguido del murmullo del dosel o las sábanas de la cama.

«Es ella, que tiene un amante», pensó. «Y de alguna forma se las ha ingeniado para entrar por la ventana».

Herr Pfeiffer querría saberlo. O quizás no. Dirk no se decidía.

Tras despertarse más tarde en medio de la noche, se aseguró de que la puerta no se había abierto en ningún momento. No podría haber pasado por encima de Dirk en sueños sin que él se percatara. Frau Pfeiffer habría tropezado.

Por la mañana, la señora bajó más tranquila de lo que él la había visto hasta el momento. No llevaba toca, pero sobre su frente, como una diadema, descansaba un galón de oro tieso y enrollado del que pendía una tela de color azafrán claro con un estampado oriental. Llevaba descubiertas la boca, las mejillas y la barbilla. Al andar, el velo de la cabeza aleteaba con suavidad detrás de sus hombros. Como dos alas abiertas. O un halcón al acecho.

Los niños se lanzaron sobre ella para recibir sus caricias. Frau Pfeiffer se sentó mientras desayunaban pan mojado en leche templada.

—Confío en que haya dormido bien —dijo Dirk con educación sin quitar ojo de las salpicaduras y las migas de los niños.

—¿Cómo voy a saberlo? —contestó. Era la frase más directa que le había lanzado nunca—. Solo un esposo podría informar de si el otro ha dormido bien. —Al no obtener respuesta de Dirk, le preguntó—: Y tú, ¿has dormido bien?

Como era de esperar, no pudo responder con soltura. Mintió, quizás por primera vez.

—Eso creo. Puede que soñara...

—Los sueños solo son fantasías. Pero suerte la tuya, que puedes fantasear. Si te parece apropiado, puedes relatarle a mi familia de qué trataba tu sueño.

—He soñado que los muebles andaban por su habitación y que usted se había convertido en un pájaro. Abandonó el dormitorio en medio de la noche y solo regresó cuando el sol empezó a salir.

—¿De verdad has soñado eso?

Se dio la vuelta para examinarlo con escrutinio casi médico. En su mirada no había sobresalto ni recelo. Su cara parecía ser el centro de una espiral, como ocurre al escudriñar el cáliz de una peonía o una rosa y el estambre dorado estabiliza la vista e intensifica el acto de mirar. Pronunció su siguiente frase con una fuerza contenida.

—¿Y sabes acaso dónde me dirigía?

—No. —Y añadió con osadía—: Pero quizá usted sí.

Ante esto, Frau Pfeiffer se levantó de la mesa y se alejó flotando. Cuando se alzó el dobladillo para despejar sus pasos por el pasillo, Dirk observó que no llevaba los típicos zapatos de cuero, sino pantuflas de baile de seda color melón.

35

Como no había recibido instrucciones en relación a los entretenimientos necesarios, Dirk era consciente de que les estaba fallando a los niños un poco. Se habían vuelto más traviosos. Vasijas

rotas, lenguaje vulgar. Fue un alivio oír a la lavandera comentar que el festival de la cosecha estaba a punto de comenzar. Dirk se planteó llevar a Franz y Moritz.

—Papá cuenta —dijo Franz con altanería— que nuestro festival no es tan regio como fueron las celebraciones en Múnich por el casamiento del príncipe heredero Luis con Teresa de Sajonia-Hildburghausen. Fue el primer Oktoberfest. Papá fue y se emborrachó por segunda vez en su vida.

—¿Cuándo fue la primera vez?

—No quiere decirlo.

—El día que conoció a Mutti —masculló Moritz.

—¿Podemos ir a la feria? —preguntó Franz sentándose como un caniche amaestrado.

—Voy a preguntar.

Nastaran estaba en la cocina, discutiendo con la cocinera. Al parecer, quería una granada, o unas cuantas.

—El mercado de la cosecha no es hasta mañana y, de todas formas, las granadas no son autóctonas por aquí —le replicó la cocinera. Parecía que habían mantenido la misma conversación muchas veces.

—Granadas —insistió Nastaran— y nueces. Mi hambre es sagrada. Las necesito.

—Lo que usted necesita —murmuró la cocinera para sí misma— es algo que no puedo proporcionarle con facilidad. Oh, bendita suerte, mire quién está aquí —y le dijo a Dirk—: Préstame a esos chavales como protección contra la insensatez de Doña Especialita. Chicos, os voy a poner a pelar patatas, ¿qué os parece?

Distraídos por un momento, los niños se pusieron manos a la obra y Dirk se volvió para tener cierta privacidad con la madre, que ya se había escabullido. En el silencio de la escalera resonó el tintineo de sus brazaletes y el roce de los pañuelos.

—Quiero hablar con usted sobre el Oktoberfest —gritó.

Una puerta se cerró en el piso de arriba.

—¡Dirk! Necesito el cuchillo que tiene ese enano espantoso para tallar un monstruo en la patata —dijo Moritz.

—Esta patata tiene más ojos que Dirk —musitó Franz.

36

Frau Pfeiffer siempre estaba desapareciendo. Resultaba encantador y atractivo, y a Dirk lo sacaba de quicio. Desaparecía por el portón cerrado del jardín seco y endeble; por la puerta baja del patio de piedra donde abrevarían los caballos si hubiera caballos; por detrás de las cortinas de tela. Dirk no sabía si estaba siendo seductora intencionadamente. Aunque él no sabía mucho sobre intenciones. Ni sobre seducción.

37

Esa noche, mientras se instalaba en el jergón, Dirk creyó oír los sonidos que los niños llevaban todo el día esperando: ruedas pesadas sobre adoquines, maldiciones, retazos de canciones y escandalosas carcajadas.

Dirk se recostó sobre el abrigo que había doblado a modo de almohada. Con el ojo cerrado, fue imaginando el desfile en su mente. Una dama vestida de verde, tan poco piadosa como sería, acompañada de una bandada de pájaros bruñidos por las antorchas. Una congregación de sacerdotes en formación, que al parecer se sentían como en casa en medio de esa juerga noctámbula. Un productor teatral con piernas de cabra. Un oso con mala uva que caminaba tanto

a cuatro patas como erguido. Prisioneros encadenados que cantaban. El mundo fingiendo que podía tolerar a esta gente tan variopinta.

Dirk buscaba a Nastaran, pues debía estar allí. Acudiría en cualquier momento.

Alguien lo despertó de su vigilia con una sacudida. Creyó que Nastaran había venido a por él a medianoche, por fin. Pero era Franz.

—Moritz —dijo. Franz mantenía la voz baja para no asustar a su madre. Estaba llorando—. Moritz ha oído los carrromatos por la calle y creo que se ha ido tras ellos, para mirar.

Dirk se levantó de inmediato. Se escabulleron por la puerta trasera, agarrados de la mano. No echó el cerrojo para poder volver sin despertar a Nastaran.

—¿Por qué no me has avisado antes? —le reprochó al niño.

—Creía que estaba soñando —sollozó Franz. Dirk no podía culparlo por eso.

Por suerte, no fue complicado seguir el avance de la caravana, pues el alboroto no había remitido. De hecho, Dirk y Franz no eran los únicos peatones a medianoche. Más de un ciudadano curioso de Meersburg se había asomado en camisón y gorro de dormir por una ventana a oscuras, o bien se había ataviado con un gabán y había salido arrastrando los pies para ver la procesión.

Dirk no entendía por qué alguien, excepto un niño, iba a levantarse en medio de la noche para caminar de puntillas sobre adoquines a la luz de la luna.

«Dormimos agotados», pensó Dirk. «Hacemos esto cada noche, ¿verdad? Y nos levantamos tan cansados...».

Bajo la luz estrecha de las antorchas, entre granjeros aficionados a la cerveza que empezaban a posicionar sus carrromatos de forma favorable por la *platz*, Dirk divisó a Moritz. Tenía un aire a abandono y frío. Franz llegó hasta él primero y a Dirk le pareció que al principio Moritz apenas reconoció a su hermano. Pero el momento pasó y el niño se puso alerta, casi enfadado por que lo encontraran.

—Ay, seguro que me cae una tunda —dijo, cogiendo de la mano a Dirk—. Lo siento.

—¿Por qué has salido? —le preguntó con calma.

—Esperamos hasta la noche —respondió el niño encogiéndose de hombros—. No podía esperar hasta la mañana.

«Lo que no llega por el día, llegará por la noche, si es que ha de llegar», pensó Dirk.

—No hay mucho que ver.

Los cantantes ya se habían callado, el rumor de ruedas ya había cesado y el grupo comenzaba a extender sus mantas debajo de los carromatos. La otredad disminuía. A Dirk le pareció que habían conducido al dragón de la compañía hasta el cementerio de la iglesia, donde los ángeles se elevarían para descansar, invisibles, en el tejado de la sacristía. Fantasmas disfrazados de luz de luna, basiliscos en las sombras azules de las piedras.

Atravesaron las calles vacías. La ciudad permanecía ahora en silencio, casi serena. Una lechuza, una brisa, hojas secas dispersándose por el camino, el ladrido de un perro. Y entonces, Nastaran junto a la fuente. Recorría el borde con los dedos. El oso de piedra agazapado, emblema de Meersburg, sujetaba el escudo de armas de la ciudad y miraba con ojos ciegos más allá de Nastaran. Iba descalza, vestida con gasas; a la luz de la luna, su figura femenina se entreveía a través de su indumentaria. Llevaba la frente cubierta con un manto que le otorgaba la apariencia de una heroína bíblica. Sus ojos, abiertos, no se posaban en la fuente, ni en sus niños, ni en Dirk cuando se acercó a ella despacio, de la misma forma que alguien se aproximaría a un potro asustadizo. Un nuevo diseño de nubes había llegado: el cielo parecía pavimentado con ladrillos de un luminoso azul claro.

—Nastaran—dijo Dirk con mucha ternura.

Estiró la mano hacia ella. Sintió que podría arder allí mismo, en el hueco de su palma.

La mujer avanzó hacia él. Esquivó la palanca y la base del surtidor, pero no podía ver a Dirk. Su hombro y brazo derechos chocaron contra él, su pecho desabrochado le rozó el antebrazo. Y entonces retrocedió, con el dorso de la mano sobre la boca por el

miedo y los ojos moviéndose sin parar para situarse en el entorno extraño.

—¡Mutti! —gritó Franz corriendo hacia ella. Soportó que la saludaran, pero no abrazó al niño—. ¿Dónde ibas? ¿Nos estabas buscando?

—No —respondió cuando pudo hablar—. No os estaba buscando.

—¿Y dónde ibas?

—Seguís aquí —dijo—. Ya.

—No entiendo.

Al oír las observaciones proféticas de su madre, Moritz alzó la vista con el ceño fruncido y escupió casi en voz baja un comentario extraordinariamente vulgar y adulto.

Nastaran agarró a Dirk del brazo y dejó que la condujeran hacia la casa. Se detuvo a medio camino para abrocharse un cinturón de seda que mantuvo cerradas las partes de su camión. Más adelante, lo soltó y se alejó un metro de él, aunque mantuvo el ritmo. Tras llegar a la casa, atrancar la puerta y acostar a los niños, Dirk le sirvió a Nastaran un poco de Kirschwasser. Tomó un sorbo y luego se levantó para regresar a su dormitorio sin ningún comentario. Dirk la siguió, demasiado cansado para preocuparse por sus modales.

—Pero ¿dónde ibas? —le preguntó cuando se disponía a cerrar la puerta. Puso el pie en el resquicio para mantenerla abierta—. Nastaran —dijo con ansia—. ¿Qué estás buscando?

Solo un par de centímetros separaban sus rostros. Nastaran levantó la mirada hacia él y lo miró profunda y abiertamente. Sus ojos estaban demasiado húmedos, su cara parecía alterada.

—No lo sé —le dijo—. Si pudiera averiguarlo...

Nastaran se encerró en la habitación y no acudió a la puerta cuando Dirk llamó. Los niños se levantaron al fin, enfadados y apagados, pero devoraron el desayuno y se vistieron para salir a la inauguración de la feria.

Quizá toda la ciudad se había despertado por el alboroto nocturno causado por la llegada de mercaderes y juguistas. Cuando Dirk fue al pozo por la mañana, Meersburg parecía más cerrada contra él de lo normal, con las calles vacías. «Qué es una ciudad sino un conjunto de habitaciones cerradas y secretas», pensó. «El bosque te da la bienvenida con más alegría».

En la científica luz del día, la sensación nocturna de presencias misteriosas se había evaporado. Muchos de los puestos rebosaban con una cosecha ordinaria.

Unas cuantas mesas, sin embargo, ofrecían figuras talladas, marionetas y elementos similares, pintadas de forma llamativa. Una población de juguetes mudos y descarados. Meras fantasías del exótico bestiario que había aparecido a medianoche en la ciudad. Caricaturas, en realidad.

Dirk observó cómo los hermanos Pfeiffer se detenían ante los juguetes. El anciano del bosque... ¿Solía tallar figuritas? Aunque no como esas. Caballeros robustos de madera de roble con jarras de cerveza, una en cada mano. Un caballo con dos simios en su grupa. Una muñeca que se sostenía sola y miraba de forma catatónica desde su cabeza de porcelana tan ovoide como una uva. Su falda de tela auténtica tenía arrugas de verdad. Unas cuantas marionetas de soldados con crestas en los cascos. Los niños fueron amables, incluso reverenciales, con las figuras militares. Pero Dirk no tenía dinero con el que comprar regalos, por lo que los vendedores los ahuyentaron a los tres.

Enojados con Dirk ante su aparente tacañería, los niños salieron corriendo. Él se lo permitió. Nada malo podía pasarles. Por muy ocupados que estuvieran los habitantes de Meersburg, nunca dejarían

que nada lastimara a un niño, ni siquiera a uno con una mirada forastera en los ojos y una pátina aceitunada en la piel.

Dirk seguía meditando sobre Nastaran y sus preocupaciones cuando sintió que alguien le palmeaba el hombro. Le costó hallar el nombre en sus labios.

—Felix —le facilitó el joven violonchelista—. Felix Stahlbaum.

Dirk se acordó de golpe, aunque no mucho, de la historia de Hannelore y su embarazo. Ya no le importaba lo más mínimo. Ni Felix. No le ofreció la mano ni lo saludó de ninguna forma.

—He venido por el festival —dijo Felix—. Desde la universidad. El barón Von Koenig preside alguna ceremonia municipal, no me acuerdo de si recibía una condecoración o la otorgaba él. También va a reunir una manada de esos colegas suyos que se interesan en vano por los experimentos atmosféricos. Mandó llamar a Kurt y yo lo he acompañado. Pensé en buscarte, por si aún seguías en la ciudad.

Lo inspeccionó con alegría, como si Dirk fuera un espécimen de un caracol exótico o un helecho con un diseño insólito.

—Te invito a una cerveza. Mira, esa taberna de ahí tiene bancos fuera. La luz es buena. Ven conmigo.

—Estoy buscando a unos muchachos...

—Ya me lo imaginaba. Quédate quieto. Quienquiera que busques acabará pasando por aquí.

Felix había malinterpretado a Dirk, pero tenía razón. Franz y Moritz no estarían muy lejos. Desde el banco, Dirk podía tener un ojo puesto en lo que ocurría. Se acomodó con cautela bajo la luz deslucida del sol. No tardó en divisar a Franz, que observaba a unos jóvenes gamberros de la ciudad mientras jugaban a los bolos; Moritz estaba inclinado también sobre el terreno de juego. Felix Stahlbaum buscó lo que estaba mirando Dirk.

—¿Quién será el ganador? —dijo, riéndose para sí mismo, aunque Dirk no le siguió el juego.

—Alguien le sugirió al barón que yo... estaba con Hannelore —dijo.

—*Vive la différence* —dijo Felix con un encogimiento de hombros y un brindis en honor a Dirk—. Sí que estabas liado con ella, ¿no?

—Pero reconociste que fue cosa tuya.

—¿Quién sabe de verdad por qué decimos lo que decimos y hacemos lo que hacemos? Pensé que era preferible eso a arruinarle la vida a alguien —respondió Felix tras una pausa.

—Por culpa de ese rumor, perdí la oportunidad de quedarme con la familia Von Koenig —replicó, aunque así no lo habrían enviado a ver al fabricante de papel ni habría conocido a Frau Nastaran Pfeiffer—. No importa. Lo hecho, hecho está. No sabía que te habías percatado de mi presencia en la capilla aquel día. Eso es todo.

—La puerta estaba abierta. ¿Quién más sabía dónde estaba escondida la llave? Bueno, intenté tocar con energía para ti, si no recuerdo mal —dijo Felix, y bostezó—. Lo siento... La noche ha sido larga.

—Para todos —coincidió Dirk—. ¿Sigues tocando?

—Mi *Lehrmeister* me ha puesto a trabajar en varios tríos para cuerda de Beethoven. Y le he echado el guante a una encantadora obra de Saint-Colombe. Aunque me temo que los ensayos se interponen en mis estudios teológicos.

—¿Vas a ser sacerdote? ¿Después de engendrar a un hijo ilegítimo?

—Mi intención es aprender lo básico sobre teología —rio Felix— para descubrir cómo pecar con mayor eficacia y obrar, por tanto, con una penitencia más profunda. Cuanto más oscuro es el pecado, mayor riqueza adquiere la recuperación espiritual. —Hablaba con un matiz que a Dirk le resultaba incomprensible: gracioso, insincero, cariñoso—. No, espero mejorar como artista, ser digno de la música que estoy aprendiendo. Si conocer la música puede aliviarme, si puede... hacer que traspase el límite... ¿cómo decirlo? Si puede liberarme, quizás, y así componer mi propia música para que otros se sientan tan conmovidos como yo... ¿Qué otra ambición hay? La teología y el arte van en la misma dirección.

Dirk no tenía nada que comentar al respecto, así que sorbió ruidosamente su cerveza.

—¿Qué te propones tú, jovencito? —dijo Felix.

—No tengo ningún talento —respondió—. Solo el de observar y escuchar.

—Veo que tienes el don del encanto, vaya que sí.

—No puedo ver... lo que has dicho... eso de traspasar límites. Nunca he sido capaz de verlo. Pero sé de una persona que puede, creo, pero está atrapada... No se atreve a avanzar.

—La música suele ayudar —dijo Felix, pero pareció percatarse de que era un comentario fácil y recapacitó—. Dime, ¿a qué te refieres?

Sin mencionar a Nastaran, Dirk le habló a Felix sobre una mujer de algún lugar de Oriente Medio, una mujer poseedora de alguna clase de *dybbuk*, hostigada por un íncubo que la hacía andar por la noche mientras dormía. No podía mentar su destino, por lo que se veía angustiada y atrapada en ese síndrome. Si la liberaban, dijo Dirk, ¿dónde iría?

—¿A un campanario contigo? —preguntó Felix y, con la punta de su bota, le dio una patada a Dirk en la pantorrilla.

—¡Franz! ¿Moritz? —gritó Dirk, levantándose.

—Espera —le pidió Felix—. Tengo una idea. He oído hablar de alguien que podría sernos de ayuda. No conozco al hombre y ya es un anciano, pero me contaron que vive aquí, en Meersburg. ¿Quieres que vaya a ver si puedo conseguir una cita para tu misteriosa sonámbula?

—¿Cuánto debo pagarte por tu ayuda? —preguntó Dirk.

—Ya pensaré en algo —se bebió de un trago lo que le quedaba de cerveza y tiró unos cuantos pfennigs sobre la mesa—. Aunque la familia Von Koenig solo viene por aquí de vez en cuando, el barón conoce a todo Meersburg. El barón Von Koenig me abrirá todas las puertas que le pida. Estoy seguro de que la puerta a la residencia de Herr Mesmer no es una excepción.

Felix tomó nota de la dirección de la casa Pfeiffer y se marchó con brusquedad, sin despedirse. El hedor a canela de la putrefacción que

acompaña a la cosecha comenzaba a incrementarse por el calor del sol matutino.

39

El médico vivía en un conjunto de habitaciones sobre el hospital Heilig-Geist en Vorburggasse. Dirk y Felix hallaron al hombre acomodado en un sillón de madera sobre una pila de cojines descoloridos. Tendría unos setenta años o quizá se acercaba a los ochenta.

—Soy el Doktor Mesmer —dijo—. Me han dicho... —Volvió a mirar la carta abierta de presentación que tenía en su regazo— que debo estar a su servicio, joven Stahlbaum.

Se estremeció incluso cuando levantó la mano derecha para estrechársela a Felix.

—Es una visita preliminar. —Felix miró a Dirk, situado tras él entre las sombras—. Me gustaría que le explicara a mi amigo si puede ayudar a la señora de su patrón. Sufre de una extraña enfermedad.

—Es posible que no pueda hacer nada por ayudarla. ¿Basta con esa explicación?

—No entiende sus teorías y prácticas, y yo no soy capaz de ilustrarlo.

—Ni yo mismo lo entiendo por completo —dijo el anciano—. ¿Eso que trae no será por casualidad una botella de *schnapps*? ¿Es un regalo para mí? Buena parte de las terapias comienzan y acaban con un trago de *schnapps*, creo. Mi sobrino, director de este hotel para ancianos, dispuso que mis habitaciones estuvieran justo encima de la prensa de vino, cuyo arriendo le permite sufragar todo este tinglado. Pero poco vino se prensa en mi dirección. La proximidad de la posibilidad constituye una dura prueba para mí. Muy a lo Tántalo, muy como Esopo.

Felix descorchó la botella y vertió una ración en un vaso pegajoso cuyo borde dorado estaba astillado. Era el único vaso. El Doktor Mesmer se fortaleció.

—Me han desacreditado en Viena y me han desacreditado en París —declaró—. Lavoisier fue mordaz, el muy desgraciado, pero al menos ese charlatán forastero, Herr Benjamin Franklin, se las apañó para soltar un par de ocurrencias cuando desestimó mis demandas. Estoy alardeando de conocidos famosos, por si no se han dado cuenta. Qué chabacano por mi parte. ¿Me veré obligado a humillarme más a estas alturas de la vida?

—No nos quedaremos mucho tiempo. Pero usted podría sernos de ayuda. Le estaría muy agradecido —dijo Felix al fin, insinuando una levísima amenaza, una forma de ejercer presión sobre un hombre que no podía levantarse de la silla sin la ayuda de un bastón. Prosiguió—: ¿Por dónde empiezo? Su trabajo se relaciona con la teoría de la afinidad entre animales al conocerse y corresponderse los unos con los otros. ¿Es correcto decirlo así? ¿Una hidráulica afin de vapores y fluidos, una depresión en las flemas, una ascensión de energías invisibles? Anoche ensayé estas definiciones para comprenderlas bien.

—Ya veo que le gusta esa parte. A los jóvenes siempre les gusta —dijo el Doktor Mesmer—. Mi teoría se suele llamar a menudo «magnetismo animal». ¿Tienen un canario, quizá, con un malestar crónico? ¿No canta? Podemos lograr grandes cosas si comprendemos la psique del canario. Escuchen a su canario. ¿Sabían que *psyche* es «alma» en griego antiguo? Pues claro que lo saben.

Se estaba burlando de ellos y de sí mismo.

—Háblenos de la parte conocida como «mesmerismo» —le pidió Felix.

—Enfermedades. —Parecía que el Doktor le hablaba al *schnapps*—. Anormalidades físicas. ¿Qué son? ¿Un bloqueo en la circulación de los licores vitales? Puede ser. Si es así, una *crise* inducida, un estado de trance, puede ayudar a restituir el vigor. Acelera la recuperación y, durante un tiempo, también me permitió pagar mis deudas. Pero, Herr Stahlbaum, no voy a tratar a su joven amigo. —Su mirada pasó

por encima del hombro de Felix y se posó en Dirk—. Veo que es un caso perdido. Aquellos que nacen apagados permanecen apagados. No quiero que me demanden por incompetencia. No accederé a tal humillación.

—Se lo he dicho, no es él —explicó Felix—. Y si no le pagamos por sus servicios, no podemos demandarlo si no nos complace. ¿No es cierto?

El anciano caballero (si era un charlatán o un vidente, Dirk no tenía forma de saberlo) suspiró. Le temblaron las manos, una alrededor del pie del vaso, otra sobre la carta en su regazo.

—Cuando Herr Benjamin Franklin vino —dijo, más para sí mismo que para los jóvenes— y vi su prodigiosa inteligencia y su sombrero de piel de castor, me pregunté si la afinidad optativa que sentía era hacia un genio o hacia un castor muerto. ¿Pueden confiar en cualquier cosa que diga?

—Miente sobre esa pequeña escena. —Felix se acomodó el sombrero en la cabeza—. Yo también tengo conocidos. ¿Podría ver a la persona en cuestión mañana por la mañana a esta misma hora? Es una *hausfrau* respetable.

—Supongo que, a menos que me arranque los ojos con un utensilio de cocina, no tengo elección —dijo el Doktor Mesmer—. Repasaré mis viejos métodos. Imagino que dejarán la botella como tributo.

Y se sirvió una segunda copa.

Dirk bajó a toda prisa la escalera, ansioso por alejarse. Ya en el exterior, Felix empezó a dar saltos tras él, entre risas ahogadas. Puso las manos sobre los hombros de Dirk y se alzó en el aire, como un niño botando una cerca, y soltó una carcajada.

—Tengo poderes de persuasión —se jactó—. Ahora ve y haz tu trabajo. Convince a tu Frau Pfeiffer de que se reúna aquí con nosotros mañana.

Lo que ocurrió mientras Dirk estaba fuera con Felix esa mañana fue que llegó una carta de Herr Pfeiffer. Había caído enfermo por una dolencia intestinal y guardaba reposo, incapaz de comenzar el arduo viaje de vuelta en carruaje hasta que sus órganos vitales se sosegaran. Nastaran debía perdonarlo y Dirk Drosselmeier debía proseguir con el mantenimiento de la casa como le había indicado.

Frau Pfeiffer estaba convencida de que su marido pensaba que su mujer era incontrolable y deficiente y, por tanto, había terminado en la cama con la hija de un mozo de cuadra o una cortesana. En estas circunstancias, Nastaran perdió su habitual determinación y reticencia y cedió ante las súplicas de Dirk. Se presentó a la hora acordada vestida como una esposa decente, con su cabello salvaje peinado sobre la cabeza y escondido bajo una toca aburrída y firme, sin diademas de hierbas ni velos de seda pintados. Sus zapatos eran de cuero marrón, robustos como berenjenas barnizadas. Llevaba la boca y la barbilla valientemente descubiertas, a la manera local.

—Nosotros también queremos ir —dijo Moritz.

Franz se quedó rezagado en el pasillo que daba a la cocina, vigilando el pan de jengibre que la cocinera extendía con el rodillo.

—Quedaos. Hacedme una figurita de pan de jengibre —dijo Nastaran.

—¿Un hombre o una mujer? —preguntó Moritz.

—Elige tú.

—Haré un cascanueces de pan de jengibre —dijo el niño.

—Y también nueces y granadas de pan de jengibre —le dijo su madre.

No quiso coger la mano que le ofrecía Dirk para bajar las escaleras o subir al carruaje, y le indicó que se subiera con el cochero.

—No está lejos, podríamos ir andando tranquilamente —dijo Dirk, un poco dolido.

—Yo no ando por Meersburg —contestó, como si creyera que la ciudad amurallada estuviera plagada de gatos monteses y lobos.

* * *

Para sorpresa de Dirk, cuando llegaron a la residencia del Doktor Mesmer, Nastaran se negó a ver al estudioso sin que la acompañara.

—Mi marido se enteraría —le contó a Mesmer, aunque era tan viejo que no podría ni amenazar a un *strudel*.

Oyeron a Felix, que llegó tarde, dando bandazos en la antecámara mientras Mesmer acomodaba a Frau Pfeiffer en un sofá recubierto de cuero. Dirk se aposentó en un taburete de madera en un rincón.

La mujer le contó al Doktor poco más sobre su vida de lo que le había revelado a Dirk. El viejo permaneció tranquilo ante su reticencia.

—Si lo que andamos buscando es abrir los canales bloqueados —dijo—, quizás uno de los que esté bloqueado sea la memoria. Quiero que haga lo siguiente.

Le pidió que se mantuviera en una posición sentada y no supina, ya que no se dormiría ni, desde luego, soñaría. Le explicó que iba a caer en trance.

—No es un estado que comprenda —respondió ella.

—Muchos dicen que no es un estado que yo comprenda —respondió el Doktor.

Hizo una mueca: abrió los ojos de par en par y sacó el labio inferior para conseguir un efecto cómico. Nastaran no reaccionó y el Doktor relajó el rostro.

—No vamos a hurgar en la ciencia, ya que la ciencia es oscura y ha sido tanto cuestionada como criticada. ¿Lo puedo comparar con otra cosa? Un trance, en épocas pasadas, podría haber sido llamado «encantamiento», una ensoñación, sucumbir a un hechizo. Asclepio, el sanador de la Grecia clásica, recibía almas dañadas en su clínica de Epidauro y los inducía en una tranquilidad sanativa. Se dice que las

visiones de Juan, las llamadas del Apocalipsis, fueron recibidas durante un estado de trance.

—No he recibido el don de tener visiones —dijo la mujer—. Padezco de su ausencia.

—Quizás la ausencia de visiones también sea un don. No lo sé. Pero usted duerme por la noche sin soñar y camina sin recordar. Se pone en peligro y asusta a su familia y, al despertar, no conserva ningún recuerdo de la caminata ni de lo que estaba buscando. ¿Qué daño le hará intentar descubrirlo? ¿Y cuánto bien le podría hacer si sabe lo que busca?

Nastaran guardó silencio durante unos minutos.

—Estoy lista —dijo simplemente—, porque no me gusta vivir con pánico y con un anhelo indescriptible.

En ese momento, Dirk casi no pudo refrenar el impulso de correr hacia ella y enterrarse en su pecho. Ya tenía bastante con que pareciera una diosa persa disfrazada de esposa de un comerciante viajero, envuelta con la austeridad propia de la rectitud de Baden. Pero, al confesar su anhelo indescriptible (tras todos los comentarios sin relación que había hecho, las miradas misteriosas y las opiniones casi reprimidas), el contraste del efecto lo desconcertó. Solo pudo observarla mientras Herr Doktor daba un trago reparador de algo humeante y aromático.

El anciano bajó la cortina del gancho y la habitación se sumió en una oscuridad acuosa y sucia. El resonar distante de los barriles de cerveza sobre los adoquines, las quejas de las pescaderas y la multitud en el festival en Schlossplatz comenzaron a amortiguarse. Sobre la mesa, un platito Meissen con el reborde de oro y varias ciruelas de azul Copenhague aparecieron ante su vista. La luz elige por sí misma lo que quiere favorecer.

Mesmer cruzó la habitación con paso inseguro y abrió las puertas de cristal de un enorme reloj de pie. Pese a que habían quitado las manillas de la esfera, Mesmer tiró de los pesos cincelados. Las cadenas traquetearon en las ruedas y discos. Empujó el péndulo y cuando comenzó a marcar un tiempo inexistente, Mesmer introdujo varias

tejas de madera pálida. Se incrementó el tictac. «No es muy diferente», pensó Dirk, «de cómo las tablas talladas de un violonchelo amplifican la música por la vibración de las cuerdas».

Mesmer debía estar golpeando algún cilindro con un martillo... Dirk no podía verlo, pero escuchaba una nota repitiéndose como una campana de cristal. Una vela se consumía en alguna parte. Una fragancia a lavanda y a hojas rotas de geranio, un olor terroso y ofensivo. Un aleteo junto a los rosetones que flanqueaban el techo de yeso, como si un pajarillo se hubiera colado en la habitación. Y luego la sensación (un aroma apenas, alguna inquietud, puede que una cierta presión) de una estocada de rosas autóctonas entre un emparrado silvestre y la caída silenciosa de un pétalo sobre la superficie del bosque, y otro. Cayendo sobre agujas mustias y capuchones de bellota en la ladera de un bosque. Obstruidas por la pierna tallada y el rostro enojado de una figura chepuda, de procedencia desconocida.

41

No podía avanzar con suficiente destreza como para comprender las palabras que le decían a la mujer en penumbra.

—Y ahora, Frau Pfeiffer, pretendo repetirle lo que me ha contado. ¿Quiere que su chaperón se retire? —preguntó el anciano Doktor.

Con un dedo torcido, detuvo el péndulo y abrió la cortina solo un par de centímetros, quizá para que, poco a poco, Nastaran regresara al tiempo presente. Las ciruelas azuladas se retiraron de su lugar prominente, dando paso al aire general de desaliño polvoriento, como si la habitación (las paredes, la alfombra, los muebles y sus ocupantes) estuvieran tejidos en brocados deteriorados. Una franja de la fachada rosa del *Neues schloss* apareció en el extremo izquierdo del cristal.

Nastaran movió la mano en señal de rechazo: Dirk debía quedarse.

El Doktor habló despacio. Parecía que se acabara de percatar de que el alemán no era la lengua materna de Frau Pfeiffer.

—Solo usted puede determinar —dijo— si la he ayudado a aliviar alguna constricción interna que haga que sus fluidos (o humores, si lo prefiere) se ajusten mejor por sí mismos.

—¿Qué ha descubierto? —preguntó fría como una corriente de hielo, analítica como una lupa.

—Si la he entendido bien, me ha contado que cuando avanza dormida, lo que pretende es retroceder.

—No le entiendo —dijo Frau Pfeiffer, con humildad, desolada incluso.

—Retroceder hasta algún momento del pasado, a algún remoto lugar. Un jardín. Un jardín tapiado de un sitio que se llamaba, creo, algo así como «Bandar».

—Bandar-e Bushehr —murmuró.

Con las yemas de ocho dedos y las uñas de sus pulgares, Nastaran se agarró los labios, con la intención, quizá, de evitar que se le escapara otra palabra.

—Dejó una niña allí, entre rosas o fuentes, entre pavos reales escandalosos y otros pájaros brillantes. Camina por la noche porque quiere regresar a recoger a la niña. A rescatarla. No quería abandonarla cuando se marchó, según creo, con unos mercaderes de los Países Bajos, ¿de Holanda? ¿Ámsterdam? ¿Por un asunto familiar? Y allí conoció a su marido actual. —Su voz era neutral, sin desprecio ni culpa—. Veía el Golfo Pérsico, olía la sal en el aire. Había una cúpula con mosaicos de algún edificio religioso, una mezquita o un templo, que se elevaba hacia el este, como el pecho lleno de venas azules de una madre dormida. Podía divisarlo desde lo alto del muro de piedra. Había un granado y un nogal. Alguien le solía decir que encontraría la llave de su vida en una nuez. Usted recogía las nueces nada más caer, pero no tenía fuerza para abrirlas con las manos y no había ningún ladrillo o mazo o piedra para romperlas. No sé quién le decía eso. No sé mucho más, ni si lo que he dicho es exacto. Estoy un tanto desentrenado.

Nastaran estaba llorando, con la frente casi tocando la falda que le cubría las rodillas. Para darle cierta intimidad más que otra cosa, el Doktor Mesmer se volvió hacia Dirk.

—Por favor —le dijo—, llévesela a casa cuando esté lista. Y luego vuelva aquí de inmediato. Debo contarle una cosa y preguntarle otra.

42

Nastaran no le dejó regresar con Herr Doktor, no enseguida. Se pasó el día en una salita cuyas ventanas en forma de aros y enmarcadas con plomo daban a las montañas de Suiza oriental, al otro lado del lago. Llamó a Dirk por la noche para que abriera la puerta, pero lo retuvo allí, sin añadir ni una palabra más.

—¿Qué puedo hacer por usted? —le preguntó al fin, ansioso por oír una respuesta, cualquiera, que la sacara de su hechizo.

—¿Qué es esa llave de la que habló el Doktor? —le respondió al cabo—. ¿La llave en una cáscara de nuez?

—Es su llave.

Su respuesta fue deliberadamente imprecisa. Con cautela. No tenía ni idea de lo que significaba, pero si la idea de una llave provenía de ella, el secreto de la llave también debía poseerlo Nastaran. Escondido en su memoria, en su corazón.

—Alguien debe encontrarla por mí. No puedo encontrarla yo sola.

¿Alguien? ¿Alguien? ¿Por qué no «Dirk, encuéntrala por mí»? Le recorrió una ráfaga de irritación. Cruzó el umbral de la salita y avanzó hasta la silla de respaldo recto que había junto a la pared, donde Nastaran se sentaba como si de un trono se tratase, con las manos posadas sobre la celosía de los brazos. Alzó la mirada hacia él y se mordió el labio inferior. Dirk se arrodilló como un Sigfrido o un Roldán y bajó la cabeza. Iba descalza. Se acercó uno de sus pies a los labios.

La dejó en silencio, en la oscuridad casi total. Ella no pareció darse cuenta.

Dirk se tumbó junto a su puerta una vez más, pero si durmió, fue solo detrás del parche de su ojo.

43

No se dio cuenta de que era el día de la colada hasta que la muchacha lo abordó en el hueco de la escalera.

—¿No va a venir a ayudarme a colgar las sábanas? —preguntó, alzando una ceja hacia la puerta cerrada de Frau Pfeiffer—. No puedo hacerlo sola y la cocinera está de mal humor por un trozo de ternera lleno de gusanos.

—Se ha puesto a llover —respondió Dirk—. ¿Cómo vas a colgar las sábanas para que se sequen si llueve?

—Ven arriba y te lo enseñaré.

Los niños, que habían estado jugando en el jardín hasta el chaparrón, entraron armando un alboroto. Acompañaron a Dirk y a la muchacha en su excursión hacia lo más alto del granero.

La joven lavandera abrió las altas puertas de madera de la pared trasera. Las vistas daban al callejón y a los tejados, en dirección norte, hacia Múnich, que quedaba por alguna parte. Una viga expuesta y una polea para alzar fardos resolvieron la cuestión: en alguna ocasión, aquello había sido un henal. A pesar de la lluvia, soplaba una fuerte brisa que atravesaba un torrente de luz verde y granulada.

El espacio bajo los aleros inclinados, a modo de carpa, estaba lleno de cuerdas para la ropa y las sábanas goteantes en días como ese y, seguramente, también en invierno.

Tendidas en la parte más próxima a las puertas abiertas, ondeaban unas sábanas pintadas. Mientras Dirk ayudaba a la

muchacha a arreglar y cubrir la colada mojada sobre las cuerdas, sus ojos buscaban las obras de Nastaran Pfeiffer.

Las sábanas estaban pintadas en dos estilos bastante diferentes.

Algunas estaban hechas con trazos negros, como los grabados de madera de los cartógrafos medievales o los geógrafos de la corte. Nastaran tendría modelos con los que trabajar. Varios, quizá todos, eran de Meersburg vista desde el agua, como Dirk la vio por primera vez desde el barco de vapor. La parte baja de la ciudad, los grandes edificios administrativos, planos y amplios, al borde del acantilado. Los ángulos arcaicos de la torre del viejo castillo. Los festones llenos de detalles de los tejados, las colinas al fondo. Prados y viñas esculpidos. Líneas paralelas unidas para señalar sombras, dimensiones, progresiones hacia un horizonte oscuro. Como lo haría un cincelador de hierro.

Podrían ser copias de una colección de viajes: *Ciudades de Bodensee*. Rezumaban una precisión clínica.

Las otras pinturas contenían colores imprecisos y chillones. Cuanto más miraba Dirk, más se organizaban las formas hasta adquirir coherencia. Secuencias de un paisaje desorientador. Árboles en flor y colinas esculpidas aparecían en medio de una uniformidad plana, artificial, desde el dobladillo inferior hasta la parte de arriba. No se mostraba el cielo ni el horizonte, y cada secuencia de árboles, que al parecer se alineaban detrás del primero, se articulaba con el mismo grado de precisión. Nada se atenuaba o se difuminaba por la distancia.

Los niños correataron entre ellos hasta que la lavandera les habló con aspereza.

—Me va a caer una buena si esos garabatos y pintarrajos caen y se ensucian —dijo sin rodeos, aunque quedó claro que pensaba que Dirk debía encargarse de aplacar a los niños—. Venga, ayúdame con el último montón y saquemos a estos bárbaros de aquí. Me pregunto por qué los quehaceres domésticos siempre parecen campañas militares.

Puede que esperara una respuesta por parte de Dirk, pero no la hubo. Tras estirar la última sábana (la muchacha manejaba ella sola la

ropa, pues si formaba parte del ajuar femenino, él no debía tocarlo), Dirk agarró a los niños.

—Hagamos algo pringoso... Demos un paseo bajo la lluvia —les dijo.

—¿Y podremos saltar en los charcos? —preguntó Franz.

—En los más grandes que encontremos.

—El más grande es el lago —gritó Moritz con alborozo.

Y allá que fueron, resbalando por las calles empinadas y evitando dar pasos largos, en dirección al Seepromenade, al borde del lago revuelto.

Los niños lo adelantaron corriendo, cogidos de la mano. Dirk relajó los hombros. Ya se había librado del olor a cerrado de las habitaciones del Doktor Mesmer y del goteo errático de la colada en el altillo, pero no del recuerdo de la suave planta de Nastaran entre sus dedos. ¿Qué lo había impulsado a tocarla y con qué clase de invisibilidad cargaba para que ella no respondiera? Había actuado con una audacia intolerable, incluso inmoral, pero a quién le importaba... si nadie se había percatado.

Al final de la Seepromenade se extendía el muelle. Los niños querían escabullirse ellos solos por las rocas hasta llegar a la punta, pero allí el agua era profunda. Podían resbalarse en las escurridizas piedras, caer y ahogarse. Y entonces, les contó Dirk, tendría que pescar sus cadáveres y colgarlos para que se secaran en el ático con el resto de la colada. Los niños gritaron de alborozo ante la idea, como si Dirk fuera la persona más graciosa del mundo.

En raras ocasiones había hecho reír a alguien. La sensación parecía falsa.

Se cogieron de la mano los tres y siguieron casi hasta el final. No había ningún barco de vapor a la vista, ni veleros o buques pesqueros. Aunque seguía lloviendo, las nubes eran altas. Más allá del lago agitado, Dirk observaba las montañas más altas que había visto nunca. Los Alpes suizos alzaban sus protuberantes hombros, como un muro entre Meersburg y algún jardín de la lejana Persia.

El Doktor Mesmer alzó la mirada cuando anunciaron a Dirk. El anciano había abandonado el desayuno y estaba armando un alboroto en el rincón de la chimenea con una especie de instrumento musical equipado con un huso en el costado.

—Mi armónica de cristal —dijo mientras se alejaba cojeando. Los ruidos agudos se apagaron.

—Me pidió que volviera —le recordó Dirk.

—No se lo pedí —dijo el Doktor—. Aunque, sinceramente, no creía que viniera por voluntad propia. Pensé que su amigo le traería agarrado del cuello.

—¿Hay algo más de lo que dijo Nastaran que no quiso compartir con ella? Me gustaría saberlo, aunque no soy su compañero. No soy su marido, solo su criado.

El Doktor cambió de sitio algunos cojines flácidos, que parecían haber renunciado a toda ambición de proporcionar comodidad, y se sentó sobre ellos. Dobló un dedo para que Dirk acercara un taburete. No quería alzar la voz. El joven lo complació.

—El otoño y el invierno son estaciones oscuras para ella —dijo el Doktor—. Puede que se sienta dolida cuando su marido se marcha. Creo que esa desolación de espíritu no es ocasional, sino sistémica... crónica, como dirían los griegos. Crónica, por el tiempo.

—Mi señora está muy afligida. Habla de una llave. ¿Es la del jardín que describió? Me ha pedido que la encuentre por ella.

—Es posible. Pero me temo que no lo hará. Es la llave a un jardín que ya no existe. Es el jardín de su infancia. Y nadie puede regresar a ese jardín.

—Su trabajo... su terapia, si así lo desea, ¿no ha aflojado el cierre?

—Lo único que puedo hacer es trazarle el mapa lo mejor que pueda. Pero ella debe hallar el jardín, la llave y hacerla girar. O deberá acostumbrarse a vivir sin ella.

Dirk se esforzó por ordenar las palabras antes de pronunciarlas.

—Aprendí muchísimo escuchándolo ayer por la mañana. Creo que la razón por la que Nastaran no es una buena madre para sus hijos es que abandonó a su hija cuando zarpó de Persia. La pena la distrae. Seguro que podemos hacer algo al respecto.

—La niña está muerta.

—¿Cómo lo sabe?

El Doktor suspiró y se palmeó el corazón como si el menú del desayuno hubiera incluido pepinos.

—¿No lo ve? La niña del jardín es la misma Nastaran. Es Frau Pfeiffer de niña. ¿Quién puede darle a un adulto la llave de su jardín perdido? La niña de ese jardín ya no existe. No se la puede rescatar, no podrán encontrarla.

Dirk se desplomó en el taburete.

—¿No hay esperanza para Frau Pfeiffer?

—Yo no he dicho eso. No lo sé. Solo puedo masajear los conductos de la memoria y el anhelo. Una vez despiertos, quizá puedan renovar la salud de mutuo acuerdo. Al fin y al cabo, cada uno posee sus propios paisajes. Al imaginarlos, llegamos a creer en ellos; es la física de la mente. O la psique, en el sentido que los griegos entendían el alma.

—No soy un estudioso universitario. No le entiendo.

—Permítame que use símbolos de lo que quiero decir mediante sistemas separados de metáforas. Si le pregunto: ¿qué hace la música sino sacarnos de nosotros mismos y llevarnos a una zona prohibida sin palabras, un territorio sin fronteras? ¿He mencionado que me relacionaba bastante con la notoria familia de los Mozart? El joven Wolfgang dirigió su *Bastien und Bastienne* en mi propio jardín. La música desvela los misterios, amigo mío.

Mientras el Doktor hablaba, a Dirk le pareció que el eco de la armónica de cristal regresaba vagamente. Tal vez solo fuera el recuerdo del eco... y tal vez lo que Mesmer intentaba proponer resultara de utilidad: el recuerdo de un eco. Mejor eso que nada. Mejor eso que el recuerdo de nada.

—Me pidió que encontrara la llave —dijo Dirk tras tragar saliva.

—Todos tenemos nuestro alfabeto secreto. Códigos privados de gestos y símbolos. Quizás había un nogal de verdad en el jardín de su juventud. Quién sabe. Todos los niños quieren conocer el significado secreto del mundo, hasta que crecen y se resignan a que permanezca oculto. Cada nuez cerrada que caía a sus pies en ese preciado pasado contenía, tal vez, más posibilidades que todo lo que haya ocurrido desde entonces. No lo sé. En cualquier caso, ahora preferiría hablar con usted sobre la visión que tuvo.

—¿Mi visión? —resopló Dirk—. ¿Como el halagüeño pasado de Nastaran? No tuve ninguna visión. Apenas si tengo pasado.

—Quisiera preguntarle algo personal. Por pura curiosidad. He oído hablar de situaciones como la suya varias veces, pero nunca había conocido a nadie que haya... —Tuvo dificultades para encontrar las palabras correctas—. A nadie que haya muerto y luego resucitado.

—Me temo que está confundido esta mañana, Herr Doktor.

—Siéntase otra vez. No he terminado. Y no se enfade. Usted también habló ayer por la mañana. ¿No se acuerda? No me sorprende. Quiero preguntarle sobre el cuchillo y el pájaro y el bosque perdido. Sobre cómo murió y lo que presenció y cómo resucitó. Tome, pensé que le vendría bien esto. Los franceses lo llaman *eau-de-vie*. Pedí que me lo trajeran a hurtadillas. Soy partidario de tomarlo por las mañanas, pero, en su caso, se lo ofrezco de forma medicinal. ¿Necesita tumbarse? Tómese su tiempo. Puedo esperar —y añadió—: Y ahora dígame lo que ha recordado. Cuéntemelo todo.

45

—Érase una vez... —se oyó decir Dirk—. Érase una vez un niño que vivía en una cabaña en las profundidades del bosque con una anciana y un anciano como única compañía.

»Era un huérfano, un niño de procedencia desconocida, y la anciana y el anciano lo cuidaron con cariño hasta el día en que decidieron matarlo. Por orden de la vieja, el hombre volvió su hacha de leñador contra el niño.

—¿Y entonces? —preguntó Mesmer.

—Es una historia y no sé más —dijo Dirk de malos modos.

—Pero el anciano vivió.

—Supongo.

—Y usted también.

—¿Quién, yo? —Dirk se sorprendió a sí mismo por su tono burlón—. Solo le estaba contando una historia. Yo soy de otro sitio.

—¿De dónde?

—No importa. De todas formas, no administro bien mis recuerdos. ¿Cree que estoy herido como Nastaran y su atroz pasado de nueces cerradas? Yo soy más como una araña o una bardana; me agarro con cuerdas y ganchos cada día que pasa. Llevo poco o nada conmigo allá donde voy.

—La palabra en latín para equipaje —dijo el viejo médico— es *impedimenta*. Pero todos cargamos con algo, lo sepamos o no. Creo que usted carga con su propia muerte incompleta. O revocada de forma temporal. Diría... Por favor, no se estremezca así, me da la sensación de que no he atendido mis abluciones matinales como es debido... Diría que es usted una de las pocas personas que han muerto y resucitado.

—Ya veo que la *eau-de-vie* le ha sentado bien.

—Intenta cortarme, hacerme daño. El sarcasmo es habitual entre los jóvenes y los estúpidos. Paciencia, por favor. Y escúcheme. La literatura humana siempre ha hablado de ciertos... pasos. Transiciones. Traslados. Homero describe a Ulises bajando al Hades para hablar con Aquiles y, sin ánimo de blasfemar, ¿debo recordarle que Cristo descendió al Infierno? Dante contempló el abismo ardiente en su espléndido poema. Pero todo eso son leyendas y tradición oral; fe y ficciones. No todos somos personajes de una historia. Herr... ¿Cómo ha dicho que se apellidaba?

—Drosselmeier.

—Poseo un círculo amplio de colegas médicos. Cierto, algunos ya no responden mis peticiones de préstamos... Eso es otro tema. En aras de la verdad, es preferible que nos llamen doctor Slop, charlatanes, «médicos auténticos y perfectos», tal como Chaucer caracterizó al Médico de sus cuentos. No me importa lo que digan de mí. Mozart era espantoso. ¿De qué estaba hablando?

Dirk sospechaba que al Doktor, en el fondo, sí que le importaba lo que decían sobre él. El anciano recuperó el hilo de sus pensamientos y se apresuró a seguir.

—¿Qué falta en las historias llenas de imaginación de los antiguos y, asimismo, de los venerables credos? Cuénteme.

—No lo sé. ¿Razón, quizá?

—Error. Lo que falta en la literatura de nuestra especie son las historias de los campesinos. Los sucios analfabetos. Aquellos sin una dirección fija ni apellido. Nadie a quien impresionar, nada que perder. Pero los pobres cuentan historias también. Por lo general, solo las mujeres sabias que saben de hierbas o los confesores o los médicos... Solo nosotros escuchamos esas historias. ¡Y menudas historias! Sí que es posible, al parecer, que alguien muera, visite el otro mundo y luego regrese a la vida.

»Cuando ayudé a Nastaran a liberar los canales apresados de su memoria, usted estaba aquí también. Y cuando ella se calló, usted habló. Me contó que había muerto y que había ido a otro lugar, donde le había ocurrido algo. Y luego resucitó. Pero ya no era el mismo.

—¿También le conté dónde escondí el caldero lleno del dichoso oro que quería ir a buscar? Por favor, recuérdemelo.

—Pretende avergonzarme. Soy demasiado descarado para que me avergüencen y demasiado viejo para molestarme si usted no coopera. Taló un árbol, lo mató. Era un árbol sagrado en un bosque cercenado y, al morir, usted acabó en el bosque perdido.

—No entiendo sus palabras. ¿Un bosque cercenado?

El anciano juntó las yemas de unos dedos como espinas de pescado y dio cinco golpecitos con los pulgares.

—Al morir, perdió algo, creo, pero también ganó algo más. Posee una cosa de la que carezco. Yo tengo curiosidad. Y usted, conocimiento.

—Lo que tengo es dolor de cabeza.

—¿Ha de ser cabezota? Pues claro que sí: es por su juventud. Gran parte de las personas que han vivido estas experiencias han sido mucho mayores, incluso al final de sus vidas. Cuando resucitaban (oh, a través de un túnel, decían algunos, o desde una elevada altura porque habían estado flotando sobre sus cadáveres, o por una luz blanca cegadora, llena de paz y rechazo a la vez), a veces se enfurecían por haber revivido. Y llegaban a ser personas terriblemente distintas a lo que habían sido antes. Pero nunca oí que le pasara a un niño.

—¿Qué provoca... esa separación? —preguntó Dirk. Poco convencido, buscaba una forma de socavar las afirmaciones del loco Doktor.

—Una vez conocí a un hombre al que le cayó un rayo. Los que corrieron a socorrerlo contaron que le falló el corazón. Estuvo parado durante los diez minutos que tardaron en cargar con su cuerpo a través de la cebada. En el borde del prado, asustados por un jabalí salvaje que huía de un barranco, lo dejaron caer y el corazón del cadáver comenzó a latir de nuevo. El hombre se recuperó y desvarió sobre su viaje al otro lado. Pero nunca volvió a ser el mismo. No miraba ni se dirigía a su esposa y el consuelo del púlpito y la congregación eran como carbones ardientes en sus orejas y su corazón. Se sentaba en la puerta como alguien que le doblase la edad, incapaz de arar los campos. Murió otra vez varios años después. Se le enredó la mano en la barba, ya que su rostro permaneció sin afeitar desde el día del rayo hasta la noche de su tumba definitiva.

—Deduzco que debo acordarme de afeitarme, pase lo que pase.

Pero la voz de Dirk era menos estridente.

—¿Debo relatarle otro caso? Este solo es un rumor, pero de un observador de confianza, un hombre de probidad.

El chico no asintió ni negó con la cabeza para impedirlo.

—La mujer no estaba dotada de noesis. —Ante la indiferencia de Dirk, el Doktor Mesmer explicó—: Noesis. Conocimiento y astucia. Lo que intento decir es que tenía la perspicacia de... de un arbusto. Un cubo. Un cacho de cordero. Me contaron que hablaba con lentitud y apenas podía terminar las frases. No servía para nada, excepto para cargar los trapos para el trapero. Una nómada sin un hogar de verdad.

—Los del asilo para pobres tendrían que haberla acogido.

—Pues bien, esta mujer de mediana edad tenía una espantosa hinchazón en la frente, como un hueso de melocotón pelado. La gente la evitaba. Decían que esa contusión era el muñón de un cuerno de demonio y, aunque se habría roto la punta, la raíz permanecía allí, envenenándola. Mi colega, un compañero de Viena, se ofreció a cortársela. Le prometió que le daría bastante alcohol para que se desmayara, y eso le resultó atrayente. Quizá esperara morir por obra de su cuchillo, y morir borracha sería mejor que vivir. O puede que fuera demasiado tonta como para rechazar su propuesta. En todo caso, llevaron a cabo la operación, para beneficio de la mujer y para satisfacer la curiosidad médica del otro.

—¿Se despertó con un cuchillo clavado en la piel?

Y aquí Dirk se acordó del hacha en la pierna del viejo y sus terribles gritos.

—Admito que mi colega corrió un tupido velo sobre esos detalles indecorosos. Creo que hubo cuerdas de por medio. Pero lo más importante es que la monstruosa raíz del demonio sí que se podía quitar y, con la cabeza vendada, la mujer abandonó este valle de lágrimas y se quedó quieta y flácida sobre la mesa. Estaba fría como el lecho del río en marzo. Y luego, según me contaron, tras una hora o así muerta, resucitó, bastante de improviso. Sobrevivió a una increíble pérdida de sangre, durmió siete días enteros y cuando se levantó...

—Levantarse, eso está bien.

—Habló en un idioma que nunca antes se había oído en la faz de la tierra. Nadie pudo entenderla durante el resto de su vida. Pero hablaba... con verborrea. Como una catarata, día y noche, incluso mientras dormía. Resultaba perturbador estar con ella, ya que miraba

a su alrededor con ojos de loca, totalmente incapaz de revelar lo que había presenciado mientras estuvo muerta.

—¿Qué le pasó?

—Al final intentaron encerrarla en la habitación de una torre. Creo que resbaló y cayó desde una ventana elevada.

—Aún no comprendo qué tiene que ver esto conmigo.

El anciano se limpió la frente con un trapo lleno de manchas.

—Dijo cosas mientras... Ah, por qué debería fingir modestia... Mientras estuvo mesmerizado, como lo llama alguna gente, con o sin admiración, usted dijo cosas que me llevaron a pensar que había vivido una experiencia similar. Pero usted es joven. Era un niño. Fue a otro lugar y regresó. ¿Le importaría si le hago algunas preguntas?

—No debería quedarme mucho rato.

—Puede volver en otro momento. Tomé notas. Puedo esperar.

—Que sea rápido. Mi vida da muchas vueltas. Es posible que, de camino a casa, me caiga encima una mujer que se ha tirado de una alta torre. No nos volveríamos a ver.

—Mató un árbol y luego el árbol lo mató a usted.

Dirk esperó. Motas de polvo revoloteaban a la luz de la lámpara. Las cortinas corridas formaban un hueco en la parte superior, dejando entrever una hebra del cielo embotado.

—Eso no es una pregunta.

—Fue a un bosque. No era un bosque del mundo mortal.

—Los sueños no pertenecen al mundo mortal, Herr Doktor.

—¿Y si no fuera un sueño? ¿Adónde fue?

—No tengo una respuesta, debió de ser un sueño.

—¿Habló con alguien? ¿Un espíritu de alguna clase, quizá un espíritu del bosque? ¿Lo que los griegos llamaban «dríade»? ¿O se llamaba Pitia?

—¿Qué preguntas son esas?

—¿Habló con una ninfa de los bosques? —Y prosiguió—: Si no quiere decirlo, respóndame: ¿habló con algo más?

—Se está mofando de mí. Es usted horrible.

—Joven, sé lo que se siente al ser ridiculizado. No usaría contra nadie las mismas armas que se han alzado contra mí.

Pero Dirk no podía creerlo a él ni a nada de lo que decía. Se levantó y abandonó la sala sin responder y sin un gesto de despedida. Bajó a toda velocidad los peldaños del sórdido hospital Heilig-Geist, pasó de largo las viejas almas sufrientes con sus gimoteos o catatonias y se lanzó por la puerta abierta hacia ese mundo más seguro y menos teórico.

46

Las cortinas cerradas de las habitaciones de Herr Doktor le habían ocultado a Dirk un cambio en el tiempo. Resbaló de improviso en el umbral y se deslizó unos pasos por una calle que la nieve había vuelto fantasmal.

¡En esa época del año! El temporal habría llegado desde el otro lado del lago. Unos cuervos oscuros se lanzaron en picado desde lo alto de un ático y cruzaron la calle de punta a punta, como espías en una misión. Por lo demás, el vecindario estaba desierto.

Dirk se alejó trastabillando en una dirección al azar y atravesó dando círculos Schlossplatz y los arcos que daban a Marktplatz. Por un momento, el sol se convirtió en una huella blanca sobre un cristal blanco azulado helado. Y, de repente, un rumor de nieve se alzó y cayó de nuevo, hasta que los bordillos, los postes e incluso los dinteles de madera de las ventanas y los postes de luz de acero desaparecieron en un *impasto* aniquilador.

Sintió que la plaza se expandía, sin saber cómo, quizás por una peculiaridad del eco, u otra cosa. Aunque eso de cruzar en diagonal para encontrar la calle correcta que lo llevara de vuelta hasta Nastaran y sus hijos... Era imposible, y así seguiría siendo hasta que la tormenta amainara. Debía detenerse y resistir, o apoyarse en un edificio. Un

sorprendido cielo azul destellaría en lo alto en cualquier momento y los ciudadanos empezarían a salir y a reírse por la arremetida.

Se movió de lado con el brazo izquierdo alzado para encontrar la pared más cercana y, desde ahí, hallar el camino hasta una puerta o un portal donde pudiera acurrucarse un rato. Pero ninguna pared se levantó con la rapidez suficiente para poder estabilizarlo. Intentó recordar si había escalones para salir de la plaza. El casco antiguo tenía sus subidas y bajadas, y él no quería perder pie. No se acordaba. Esa no era su ciudad. Nunca la conocería tanto como para sentirse seguro.

Por un instante pareció que el sol había crecido y se había acercado, intentando localizar a Dirk a través de la tormenta. Un disco de oro blanco trastabilló por encima de él, cerniéndose inseguro. Un matiz de melocotón pálido, un círculo de una llama disuelta... Era complicado concentrarse en él. No pudo determinar qué era a medida que se precipitaba, casi encima de su cabeza, con un ruido ajeno al del viento.

Y entonces una especie de carruaje lo derribó de costado; era un trineo sin caballos ni nada similar. Impulsado por una mano arcana e invisible, daba sacudidas, arañaba e incluso rebotaba por los adoquines cubiertos de nieve a una velocidad inusual en una plaza. Dirk cayó pesadamente contra una puerta... y captó el aroma de un bálsamo y de un extraño incienso, un opiáceo vegetal. Sintió que se elevaba y luego que iba a la deriva, como si fuera una brisa del viento. Lo absorbió la blancura de la inconsciencia.

La nieve se apartó, retirándose y alzándose como las filas de cortinas en un teatro. No dejó de caer, pero se arremolinaba y cegaba en menor medida. Ante él apareció un bosque, sigiloso. En un claro, a pocos

centímetros sobre la superficie blanca del suelo, planeaba un cesto de mimbre y zarzas entretajadas, tan grande que habrían cabido Nastaran, su marido y sus hijos, aunque sin Dirk.

Se acercó al carruaje. No tenía alas, zancos ni pies, ni cuerdas o poleas... Solo era una caja rústica en el aire, una cesta con costados elevados, que planeaba y se deslizaba hacia un lado.

O su ojo se acostumbró a la luz, o las figuras acababan de aparecer como sombras de colores estampadas sobre el paisaje desconocido. Dentro del vehículo una mujer con el cabello de un cobre encendido posaba las manos sobre el borde del cesto. Junto a ella, agazapado sobre la barandilla, una forma jorobada y arrugada fruncía el entrecejo. La mujer vestía de verde, el color atrevido e irresponsable de los helechos frescos. La otra criatura parecía ennegrecida por el humo.

Dirk se quedó quieto, sin aproximarse, pero el cesto se situó más cerca.

—¿Cuánto tardarás? —le dijo la mujer a Dirk.

—¿En qué? ¿En morir? —preguntó.

—En vivir, en darnos vida. —Su enfado era intenso.

—No es el adecuado, no tiene lo que hace falta ni para vivir ni para morir —murmuró la achaparrada criatura.

—Hay una chispa dentro de ti —dijo la mujer—. Apágala o libérala, o lo uno o lo otro. ¿Para qué sirve tu vida? Elegiste vivir, ¡elegiste este mundo! ¿Para qué sirve esta media vida? Incluso un ratón tiene más voluntad.

—Ten piedad del humano —la interrumpió su avinagrado compañero—. No nos mandó llamar ni solicitó nuestras exigencias. Déjalo tranquilo, déjalo en paz. Estamos jodidos.

—No sé qué queréis de mí. No sé quiénes sois —respondió Dirk.

—Tienes los medios para averiguarlo. —La mujer se cruzó de brazos—. No lo intentas.

—Abre el corazón, abre la mente. Abre la boca —dijo lo que parecía un gnomo—. Abre los pantalones. Abre los oídos. Abre el ojo.

—Cogiste el cuchillo —dijo la que quizás se llamara Pitia—. Nos lo arrebataste. ¿Para qué sirve un cuchillo si no es para abrir?

—Un cuchillo se puede usar para matar, para cortar —añadió el jorobado, levantándose—. O para abrir la cáscara de una nuez y hallar el fruto. Alguien ha de hacerlo.

Completamente de pie en la barandilla, la criatura solo era un poco más alta que la dríade o la diosa. Alzó la cabeza con un crujido de cuello. Tenía los costados recubiertos de un pelaje andrajoso. Entre su cabello enmarañado sobresalían dos cuernos curvos.

—¿No te avergüenza estar tan perdido? Nosotros tenemos nuestra triste excusa, pero ¿y tú?

—Morí hace mucho tiempo —dijo Dirk—. El viejo intentó matarme, pero morí antes de que me alcanzara.

—Escúchame —exclamó con frialdad la mujer—. Todos estamos cercenados: nosotros, el bosque, tú. Es la esencia del mundo. Algunos pueden recuperarse. Por ellos, por nosotros, por otros. ¿A qué esperas tú?

—Perdido no es una dirección, no te da permiso para fracasar, no es una excusa. —Con un vigor sorprendente, como un joven guerrero, la criatura saltó al suelo y se acercó sobre sus pezuñas hendidas—. Es una razón para leer el mundo. —El aliento le olía a carne y su desnudez era innegable—. Pánico —dijo, ya fuera una predicción o una directriz—. Pánico.

Dirk trastabilló al intentar retroceder para que el hombre-cabra no pudiera agarrarlo por el cuello.

—Libera el pánico, libera el pasado, libera algo —gruñó la criatura.

Dirk se sobresaltó por la mano que lo sacudía de las solapas. El bosque había desaparecido. Su intensidad, su panorama invertido (un paisaje de colinas y naturaleza salvaje vista tan de cerca como si fuera su ropa)... Todo había desaparecido por completo.

Se sentía hundido y vacío... No se había ido por cuenta propia, sino que lo habían echado a patadas de... de algo. Del bosque. De la vida. Una enfermedad demasiado familiar.

Una mano en su solapa lo agarraba y lo sacudía; la otra se posó en su cara, tocándolo.

—Una casualidad que maravillaría a Von Kleist, o a ese estadounidense, Washington Irving. ¡Aquellos que se oponen a las coincidencias que encauzan las novelas se lo deberían pensar dos veces! —dijo Stahlbaum.

Estaba a gatas sobre la nieve, intentando devolver la sangre a las mejillas de Dirk. Riendo. Ahora no se dirigía al muchacho, sino que hablaba por encima de su hombro a otra persona, gritándole algo. Volvió a girarse.

—¿Estás vivo? —dijo Stahlbaum. Stahlbaum... Oh, Felix. Sí. Felix.

—¿Qué ha pasado? —musitó Dirk.

—La caída de Ícaro, derribado no por el sol, sino por el viento y la nieve. Es un milagro que no nos hayamos matado. Y tú igual, pues nos hemos precipitado sin miramientos sobre ti. ¡Menuda coincidencia!

Felix agitó una mano detrás de sí. La nieve era ahora fina y los nubarrones de tormenta se apresuraban hacia el este. Una luz macilenta se abrió paso entre las pálidas nubes altas. En un lado de la plaza yacían los restos de una barquilla de mimbre y lo que parecía ser una vela que ardía despacio, hundiéndose poco a poco en las alcantarillas nevadas.

—Íbamos en un globo aerostático, Kurt y yo. Zarpamos desde la casa Von Koenig, a las afueras de Überlingen, con la esperanza de cruzar hasta Suiza, pero aún no habíamos alcanzado la altura de las vigas de los graneros, cuando una tormenta bárbara llegó desde Untersee. Sacudió el valle y nos pilló de lado, arrastrándonos hasta

Meersburg... Justo donde no queríamos ir. Y luego no sé, quizás se pinchó en un chapitel. ¡No podíamos ver nada! ¡Dábamos vueltas como esos chiflados vieneses que solo bailan vals! Chocamos contra cornisas, nos deslizamos por tejados y acabamos por accidente en la plaza. Uno de los costados de nuestro carro fugitivo derribado te alcanzó por el camino. ¡A ti! Podría haber sido cualquier otra persona de la ciudad, podría no haber sido nadie. Por lo que sé, tú frenaste nuestra velocidad y fue muy amable por tu parte que te llevaras todos los golpes. Y bueno, ¿qué te parece? ¿Destino o accidente?

Dirk se había sentado y se restregaba los ojos. Las rasgaduras irregulares del tejido de nubes mostraban franjas de un azul burlón. Avistó al joven Von Koenig, el compañero de universidad, dando patadas contra los adoquines y tirándose del pelo. La gente empezaba a abrir las puertas, entre risas y gestos. Un collie blanco corrió hacia la hoguera improvisada, moviendo la cola de regocijo y saltando como una bruja en la noche de Walpurgis.

—Creía que... —dijo Dirk, pero se calló.

—¿Qué creías?

Felix lo miraba con la misma cara que el perro dedicaba al fuego, llena de encanto y adorabilidad.

—Creía que ibas en el cesto.

—Pues sí. Hasta que me tiró sobre mis *hinterbacken*. Oye, ¿estás bien? Me temo que te hemos golpeado bastante fuerte. Te derrumbaste como un árbol destinado a convertirse en el mástil de un barco. Pareces conmocionado.

Dirk negó con la cabeza.

—¡Y yo que quería coincidir contigo...! Aunque no hoy. Recibí una nota del Doktor, que te buscaba para hablar contigo. Iba a avisarte.

—Ya he ido a verle... Decía cosas...

—¿Eh? Me asombras. El Doktor se refirió a un par de sorpresas y quería que regresaras, pero no sabía dónde vivías. No creía que volvieras por cuenta propia, ya que te marchaste enseguida con Nastaran.

—Ayúdame a levantarme. Llévame contigo.

—Demasiado tarde. No me voy a ningún lado. El gas caliente se ha escapado. Oye, a Kurt le está dando algo. Debería ayudarlo.

—¿Has oído hablar de alguien... llamado... la Pitia?

—Tienes cara de haber visto un fantasma.

—¿Dónde está el bosque?

Felix se meció sobre sus talones e hizo un gesto con los labios.

—Quizá deberías ir a ver a un médico. ¿O prefieres un trago de coñac?

—Lo mejor sería que volviera con Mesmer. —Dirk se echó a llorar —. Me marché hecho una furia.

—Estás asustado, no pasa nada, tranquilo, levántate, amigo.

Con las piernas temblorosas, Dirk se levantó y Felix se apresuró a ayudarlo.

—Te ayudaré a volver. Es lo menos que puedo hacer después de chocar contigo. De todas formas, siento curiosidad. Puede que Mesmer sea el Doktor Charlatán, pero siempre acaba teniendo un par de ideas geniales, a su pesar. Espera aquí, apóyate en la pared mientras le digo a Kurt dónde voy. Puede apañárselas solo. Contratará a alguien para limpiar el destrozo. ¡Qué no hará ese muchacho por diversión! El barón le dará una paliza con el bastón. Su padre quería montar el globo aerostático para reunir a unos científicos este fin de semana, creo. Y fue difícil de conseguir, y caro. Lo enviaron desde París. Lo cogimos para dar una vuelta de prueba. Sin permiso.

Dirk observó a Felix mientras se alejaba. El joven violonchelista también cojeaba ligeramente: ocultaba sus magulladuras a fin de cuidar de Dirk. Las lágrimas empezaron a caer de nuevo y Dirk escondía dos o tres cada vez en su cuello. Tenía las mejillas secas para cuando Felix regresó, ofreciéndole su brazo.

—¿Quiere volver a intentarlo? —preguntó Mesmer—. Si consigue tranquilizarse y distanciarse del fuerte golpe que le han dado en la calle, podría entrevistarlo.

—Quisiera quedarme —dijo Felix, pero Dirk negó con la cabeza.

—Pero no te alejes. Vuelve a entrar cuando yo te diga.

Felix salió de la habitación y del hospital Heilig-Geist en busca de un café y un periódico; prometió que regresaría al cabo de una hora. Mesmer volvió a bajar las cortinas y, con unas bolas de cristal, produjo un sonido trémulo, parecido a unos prismas redondos, si existieran. Con gran curiosidad y pavor, Dirk cerró el ojo.

Cuando lo abrió, Felix había regresado y el Doktor alzaba de nuevo las cortinas con una mano atrofiada.

—¿Quiere contarnos lo que ha visto?

—No tengo palabras para describirlo —dijo Dirk, negando con la cabeza.

—Pues sí que las tenía hace media hora, pero no sé lo que significaban. Juraría que ha mencionado a la Pitia.

—No sé quién es.

Mesmer le lanzó una mirada a Felix, que lo complació.

—El Oráculo de Delfos —dijo—. La conocida vidente de la antigua Grecia...

—No conozco a esa criatura...

—Predecía los destinos de reyes y hombres —se apresuró a explicar Felix—, y hablaba con acertijos o en un lenguaje claro, según se lo permitían sus visiones. ¿Por qué te ha hablado a ti? De verdad, me duele en el alma.

—Detente, joven —dijo Mesmer—. Debemos proceder con diligencia. Reticencia. Lo que significa que dejemos que él nos lo cuente.

—No estoy seguro de saber lo que es un oráculo —confesó Dirk con una mueca.

—¿Y Pan? —preguntó Mesmer.

—¿Pan?

—Una especie de sátiro, según lo ha descrito: mitad cabra, mitad hombre joven.

—¡No era joven! Era viejo como un enano de la Selva Negra.

Estas fueron las palabras que brotaron de la boca de Dirk. Era lo más claro que había dicho nunca en voz alta. Abrió el ojo de par en par al oírlas.

—Ya los había visto antes —dijo Mesmer—. Cuando murió de niño.

—Eso es un disparate.

—Le arrebató algo a Pan. Su cuchillo.

—Pensé... que él era el cuchillo.

—Es fácil confundir el objeto con su esencia. La filosofía resolverá ese embrollo con el tiempo. ¿Sabe por qué acuden a usted?

—¡Está poseído! —se le escapó a Felix—. Dirk oye voces...

—Cállese —le interrumpió Mesmer—. Tiene visiones. No es lo mismo. Ni es lo mismo que los recuerdos, creo. No es lo mismo que la visión de Nastaran de su jardín de la infancia. Quizás comienza con un recuerdo, pero la transacción que se da es de otro tipo. ¿Sabe por qué acuden a usted en su bosque?

—Su bosque —dijo Dirk—. ¿Por qué es... cómo es?

—¿Quiere que le cuente lo que creo que me ha dicho mientras estaba... de la otra forma? Bueno, ¿mesmerizado?

Dirk miró a Felix, cuya cara resplandecía de... celos, orgullo, curiosidad. Se encogió de hombros, suspiró y asintió.

Así que Mesmer se lo contó a los dos.

* * *

—**Q**ue Pitia, el Oráculo de Delfos, vivía tan tranquilamente como podía, dado que era la mujer más famosa de la antigüedad. Para verla, las tripulaciones remaban en los trirremes de sus reyes por el estrecho de Corinto para echar el ancla en Delfos. Los esclavos acarreaban los tributos hasta la colina de los templos de Apolo y Poseidón, entre

otros. Los reyes visitantes ayunaban, se purificaban, pagaban limosnas. A veces perdonaban deudas. Unos cuantos acudían a las prostitutas en la falda de la colina, pero la mayoría ni siquiera iba a buscarlas. Y entonces, acongojados por una cuestión sobre una misión política o militar o alguna preocupación concerniente a la casa real, como líneas de sucesión o propuestas de alianzas militares, el jefe de estado subía solo hasta el templo de la Pitia.

»Tras pasar la noche anterior en una arboleda sagrada, la sacerdotisa también se aproximaba a la casa de las profecías y se acomodaba ante un agujero de humo sagrado proveniente de una fisura en la tierra. La Pitia caía en trance. Hablaba según le indicasen los dioses que hablara. A veces, cuando se levantaba no podía recordar qué había vaticinado, y cuando se lo relataban, en raras ocasiones se esforzaba en descifrarlo.

—¿Le he dicho todo eso? —preguntó Dirk.

—No —dijo Mesmer—. Eso es lo que saben los estudiosos de la antigüedad. Se lo estoy resumiendo para descifrar el significado de su experiencia.

—Chist —le soltó Felix a Dirk—. Deja que siga.

—Un día —prosiguió Mesmer—, durante la época dorada de Ática, no sé cuánto hará de eso, el lúdico demiurgo Pan viajó desde Arcadia, al sur de Delfos, y le pidió algo a la Pitia. No estoy seguro de qué fue, pero ¿acaso importa? ¿Quién sabe lo que en realidad pedimos al mundo? Pan podría haber ido buscando favores sexuales o unas palabras sobre las posibilidades que tuviera con algún rey guapo o con alguna doncella ágil que hubiera captado el interés de Pan, indecoroso o no. Pan es el dios de las alturas rurales y siente predilección hacia los pastores y sus ovejas, pero su ojo se desvía hacia las doncellas mortales y, asimismo, hacia las náyades y dríades. Con sus patas de cabra, rara es la vez que goza de éxito en lo romántico, ni siquiera entre las ovejas, que no son tan tontas como parecen. Espero no ofender a nadie. Mejor prosigo.

»La Pitia rechazó la petición de Pan por razones que solo le concernían a ella. Quizá se le insinuara. Esa parte no queda clara. Pero

Pan pataleó con sus pezuñas y desató el pánico. *Panikos*, ya saben: por las travesuras de Pan. Ese temblor que dispersa las ovejas del prado, que estremece los corazones humanos, que hace que caigan los cálices de oro de entre los dedos, que causa las convulsiones de Gea. Gea, la mismísima tierra, con todas sus variaciones y misterios. Los estudiosos de la actualidad creen que el Oráculo de Delfos era una sierva de la antigua diosa Gea, a quien Zeus y sus tristes cohortes endogámicas y ególatras ignoraban. Es posible que Gea se ofendiera por el insulto hacia su sacerdotisa, la Pitia. Pánico: el hecho de sentirse en manos de... algo increíble... Unas veces es terrible y otras resulta de una dulzura abrumadora y zozobrante.

—Sé lo que es el pánico —afirmó Dirk con toda la tranquilidad que pudo.

—Y lo que le estoy diciendo es que esto se ha convertido en su historia, pues es lo que me ha contado. ¿Me oye? La Pitia cogió a Pan y lo tiró con tanta fuerza que se quedó clavado en el suelo. Como un cuchillo. Cuando Pan golpeó la tierra, Gea movió y crujió sus caderas y senos, que provocaron un terremoto tan espantoso como aquel de Lisboa hace sesenta o setenta años. Así de malo. La mismísima empalizada de la colina de Delfos se partió. El suelo de las alturas se separó de sus amarres. Toda una ladera de bosque se deslizó como una porción de tierra, repleta de muchos tipos de árboles. Cercenada de la cima de la colina, se precipitó sobre el templo que albergaba a la Pitia. Los griegos siempre han sabido que los árboles están llenos de almas, las dríades, pero cuando esa porción de bosque se derrumbó sobre los portentosos vapores que Gea enviaba para inspirar a la Pitia, para que predijera el futuro y avisara a los ciegos humanos sobre sus ciegos comportamientos, el bosque cercenado fue liberado de su encarcelamiento, atado por raíces y recuerdos. Aunque adquirió una naturaleza noble, también se volvió emigrante por los gases instigadores de Gea. Libre, pero en el exilio, no podía reaperar su hogar...

—Nadie puede volver a su infancia —murmuró Felix—, ni Nastaran, ni tú, ni yo...

—¡Cállese o le doy un tortazo! Estoy intentando contárselo al joven Drosselmeier mientras sigue fresco en mi mente. Se liberó un bosque, pero no tenía hogar. Era... es... libre, y está abandonado. Una arboleda sagrada que, extrañamente, carece de cimientos. Y busca... No lo sé. Un lugar donde establecerse.

—El Bosquecillo Perdido —dijo Felix—. Suena a uno de los cuentos del hogar que publican esos hermanos lexicógrafos. Un *märchen*, una creencia popular, un cuento de hadas.

—¿Cómo he podido decir todo eso? —preguntó Dirk—. Está loco.

—Me lo ha contado usted —dijo Mesmer—. Aquel día en el bosque, cuando murió siendo un niño pequeño, fue a esa arboleda sagrada. El Bosquecillo Perdido, como lo ha llamado su amigo. Se llevó algo de esa tierra inalcanzable y juraría que aún lo conserva.

—Y yo juraría —dijo Dirk— que le ha estado dando al *schnapps* por otras razones que no son medicinales. Se está mofando de mí. Vamos, Felix. No puedo ser partícipe de este disparate.

—Qué mentecatos son los mortales —dijo Mesmer con cierta tristeza.

—Pero espera. —Felix cogió su capa y agarró a Dirk de la muñeca para evitar que huyera y lo giró de nuevo hacia Mesmer—. ¿Por qué liberaron a Dirk de la muerte? ¿Era un regalo que le dieron o un reto que le impusieron?

—La vida ya es de por sí un gran reto —estalló Dirk—. Vamos...

—Ha acertado al preguntar —dijo Mesmer—. Aunque no venga de nuevo a verme, joven, escúcheme de todos modos. Los bosques mágicos... el impenitente Pan, la Pitia, implacable e inmortalizada... Si es que son ellos... Los demiurgos, macho y hembra. Los progenitores. La pálida Eva y el moreno Adán, si lo prefieren. No pueden regresar. Ninguno puede... Ni las criaturas ni los árboles del bosque sagrado. ¡Una asamblea de árboles llenos de vida! Llevan miles de años migrando, asombrándose por la velocidad a la que crecen los glaciares en los miserables Balcanes, vadeando los Cárpatos, avanzando por ríos y arrollando valles treinta o sesenta centímetros cada década durante todos estos cientos de años. Ahora han alcanzado una época y un

mundo desconocidos, con molinos y fábricas. El auge de la industria. Europa está demasiado poblada para ellos. La madera viviente y errante quiere que colonice un lugar para ella. El mundo sigue necesitando un bosque sagrado, por muy secular que sea. Usted lo vio. Le han dado su vida a cambio de una misión.

Dirk dio un portazo al salir. Tras él, Felix se reía en las escaleras.

—Bueno, esto requiere un coñac de media mañana: una catástrofe en globo y una tragedia griega, iy todo antes del almuerzo! A este ritmo, iremos de ronda por las cervecerías y pasaremos una tarde obscena de música y jolgorio y... Espera, ¿adónde vas? ¡Espérame, Dirk!

50

Felix alcanzó a Dirk, pero este se lo quitó de encima.

—Me has convertido en un hazmerreír... Tú... privilegiado... Te burlarás y te reirás con tus compañeros de universidad de mi naturaleza ignorante y simple. Simplón, esa es la palabra. No voy a ser tu juguete.

—No quiero que lo seas —dijo Felix—. Vamos, no es ninguna treta. Solo pretendía ayudar a tu *hausfrau* persa. ¿Cómo iba a saber que un viejo senil desacreditado destaparía una experiencia pasada tuya? ¿Cómo, no crees en lo que ha dicho Mesmer? «En el cielo y en la tierra hay más cosas, Horacio...». En cierto modo, diría que lo crees, o no estarías tan enfadado.

—Déjame en paz.

Felix agarró a Dirk por el hombro con tanta fuerza que tuvo que detenerse, girar sobre sí mismo y enfrentarse al músico.

—Si me dices que no había nada —dijo Felix— en lo que Mesmer nos ha contado, dejaré el tema y no volveré a mencionarlo. Lo único que te pido es que me cuentes la verdad.

Dirk tardó en contestar. La nieve prematura ya se estaba fundiendo. El mundo, blanco y etéreo cuando estaba cubierto por nieve y tormenta, se había convertido en una madriguera de oscuras calles barnizadas, un *kuriositätenkabinett* del tamaño de un ogro construido de piedra y estuco en el que Dirk solo era un mero ratón escurridizo.

—¿Y bien? —preguntó Felix.

—Creo que ha contado una parte de un sueño que tuve hace mucho tiempo —dijo Dirk—. Preferiría dejarlo así. Hace una década, o más, que no pienso en ello.

—¿Qué vas a hacer?

—¿A ti qué te importa? ¿No será mejor que vayas a buscar al amigo que has abandonado? ¿A Von Koenig?

—Voy a buscar mi violonchelo para tocar algo intenso. —Felix miró a Dirk con una frialdad repentina, como si fuera un espécimen de otra especie—. Me sentiría agradecido de tener visiones. Yo he de crearlas por mí mismo con la música. Sabía que me caías bien por algún motivo. Yo carezco de algo que tú posees.

—Ve a por tu chelo, ve —dijo Dirk.

Se dio la vuelta para marcharse, aunque nada le apetecía más que tumbarse en el suelo bajo el vientre del violonchelo y dejar que la música lo lavara, purgara, bañara.

51

Dirk recorría las calles dando puntapiés y observando cómo fluía la nieve derretida por los desagües del suelo. En Meersburg, un papel tirado constituía un insulto para los vecinos. Un limpiabarros sucio junto a la entrada era una razón para llamar al alguacil. Para una puerta mal pintada el veredicto era de antipatriotismo o, incluso, traición.

Dirk conocía y acataba los preceptos, aunque el bosque vivía de una forma totalmente distinta.

Se sorprendió, por tanto, cuando al girar la calle que desembocaba en la casa Pfeiffer, vio que los árboles que se alzaban sobre el muro del jardín tapiado habían perdido todas las hojas a la vez. A sus pies, yacían amarillentas unas hojas resbaladizas, tan descuidadas como el suelo de un bosque. Dirk las pateó. Le ponía enfermo presenciar la instantaneidad de la muerte.

Una sensación de alarma se apoderó de él de repente e hizo el resto del camino corriendo por la calle, junto al muro del jardín.

Los niños se balanceaban en la puerta.

—¿Va todo bien? —preguntó Dirk.

—Pues claro —dijo Moritz—. Mamá está en el jardín cosiendo las hojas de los árboles. Esta noche vamos a cenar *sauerbraten*. ¿No lo hueles?

Dirk se abrió paso para ver a Nastaran de pie sobre una silla que había sacado al jardín. Levantaba los brazos formando una perfecta y expresiva O.

—Los niños dicen que está cosiendo las hojas de los árboles.

La mujer aceptó su mano y descendió.

—Es por la brutalidad de este mundo alemán. El viento decide cuándo termina una estación, en una sola mañana, y anexiona mi jardín sin permiso. No pienso permitirlo. —Dirk pudo ver entonces que llevaba una cuerda atada alrededor de una muñeca; en el suelo había una cesta de frutos dorados, ¿qué eran? Nastaran se fijó en lo que estaba mirando—. El año pasado Herr Pfeiffer vio unas bolas de Lauscha en un mercado de Múnich. Me las compró para que las colgara en un abeto durante la Navidad. Pero eran delicadas; se rompían cuando soplaba el viento. Prefiero crear las mías.

Se agachó y levantó una para que Dirk la examinara. Era una nuez con una pátina dorada.

—Ha asustado a los niños. Pensaban que estaba volviendo a colgar las hojas en el árbol.

—Lo he intentado. No duran.

Era probable que Nastaran se estuviera riendo de él. Una sonrisa franca, al fin. Todo el mundo tiene una sonrisa así para ofrecérsela al mundo, al menos una vez; eso creía Dirk.

—¿Cuándo las ha hecho?

—Los días que no puedo salir fuera.

—¿Por qué no puede salir?

Muy atrevido por su parte preguntarlo. Nastaran tardó un poco en responder.

—Pocas cosas hay aquí que me hagan salir al exterior. Pero esto ayuda, ¿verdad? Mira, el viento las hace girar, el sol baila en ellas. Es un jardín mágico.

Y ahora lo veía. Los árboles recortados se ataviaban con sedas invisibles insinuadas por la formalidad de las líneas de cuerda y por las nueces doradas que colgaban a distintas alturas. «¿Quién osa superar a la Dama Naturaleza en belleza?», se preguntó Dirk. «Solo alguien enfermo».

—Ese Herr Doktor —intervino Dirk— dijo que la llave a su infelicidad se oculta dentro de una nuez.

Pero Dirk se equivocó al mencionar la infelicidad en ese extraño momento. La expresión de Nastaran adquirió una mirada meditabunda.

—Esa es la forma de hablar de un médico —respondió—. Quiere decir algo distinto a lo que dice. ¿Por qué debería haber una llave en una nuez? Y, de todas formas, ¿cómo voy a sacarla? Si rompes la nuez con un martillo, aplastas lo que hay dentro.

—¿Qué hay dentro de una cáscara de nuez?

Dirk quería saberlo, pero no estaba seguro de que esa fuera la pregunta.

—¿La nuez? Cuando la mezclas con granada, es la dulce salsa granulada del *fesenjan*, un estofado que se sirve con pollo. La nuez se hornea con pistachos y miel para hacer unos pasteles apropiados para ofrecérselos al Shah o al mismísimo mulá Nasruddin. Se coloca en unos cuantos pequeños sobre la alfombra al final de la comida. Está dulce, fermentado con avellanas. Mi padre se los sirve a sus hermanos

mientras mi madre retira los platos. —Hizo un esfuerzo para controlar el temblor de su voz—. Tu amigo, Herr Doktor, ha soltado demasiado en mí. El pasado es una tentación. —Dirk vio que se esforzaba por proseguir con normalidad—. Cuesta demasiado soportar el pasado. Seguro que en tu vida también hay una nuez, algo que guarda la llave de tu comodidad y seguridad pasadas.

—He tenido poca comodidad y seguridad he tenido en mi vida.

—¿Ni siquiera el consuelo de platos conocidos te evoca a tu preciada inocencia? ¿Lo que tu madre cocinaba para ti? Para mis hijos será el rojizo *sauerbraten*. Para mí es *fesenjan* y *baklava*. ¿Y para ti?

La pregunta equivocada para él.

—No teníamos para comer. No hay nada de allí que me llame. No había un jardín, solo el bosque, oscuro, fiero, peligroso, donde morí.

Nastaran se sentó en la silla que había sacado de la casa y, con un gesto, señaló su obra.

—Es burdo y trivial, pero es lo único que sé hacer. No me da nada. Se burla de mí y es muestra de su futilidad.

—Ha sido un error decir lo que he dicho. Perdóneme —contestó Dirk en voz baja.

—No hay una respuesta adecuada —dijo ella, intentando controlar la rabia—. Mi padre era mercader en la ciudad portuaria persa de Bandar-e Bushehr. En un último intento por mejorar sus finanzas, viajó a Europa. Me contó que esperaba encontrar otros mercaderes que le pudieran ofrecer unos términos más favorables. Ahora creo que me llevó al extranjero para que no llegara a verlo empobrecido y puede que hasta asesinado por no poder pagar sus deudas. Herr Pfeiffer y yo nos conocimos en Ámsterdam, de una forma tan accidental como nos conocimos tú y yo. Sus atenciones me distrajeron de la nostalgia durante un mes, y para cuando me quise dar cuenta, ya estábamos casados. Lo único que traje de casa, además de un baúl lleno de ropa, es un *dotar* hecho con madera de nogal, y carezco de talento para tocarlo.

—¿Herr Pfeiffer esperaba que aprendiera a tocar el... el *dotar*?

—Esto es una distracción. Debería arrancarlo.

Su brazo salió disparado como una cimitarra y cogió la nuez más cercana. La arrojó con fuerza contra la gravilla del sendero. Pero, al ser una nuez, no se rompió, sino que yació allí como un botón dorado del chaleco de un ogro.

—Deténgase —dijo Dirk—. Puede que signifique menos de lo que usted quiera, pero para ellos tiene importancia.

Por el rabillo del ojo veía a Franz y a Moritz. Habían dejado de balancearse y regresaron al jardín. Corrían por todo el perímetro, saltando entre las nueces doradas como un par de corderos ignorantes que aún no saben controlar sus extremidades.

52

Dirk no había oído tantas sandeces juntas en su vida como la ficción perpetrada por el Doktor Mesmer. Pero qué curioso... Aunque Mesmer hubiera obtenido algunos pensamientos de Dirk (desvinculados, eso sí, de la realidad: isátiros-cabra y oráculos y arboledas sagradas vagabundas!), el viejo charlatán debía haber escogido un par de imágenes para plantar ese falso *capriccio* en la mente indocta de Dirk. Y ahora... ahora había cierta verdad en ellas, aunque solo fuera la verdad de una historia que, una vez oída, se convierte en Historia. Se puede olvidar una historia, pero nunca se podrá desoirla.

Y por eso mismo se puede olvidar un acontecimiento, pero uno nunca vivirá como vivía antes de que se le aplicara su influencia oculta.

Pan y la Pitia. El bosque perdido. ¡Menuda sarta de majaderías!

Aun así, cuando Nastaran contrajo unas fiebres unos días después y se recluyó en su habitación, donde solo podía entrar la cocinera con vasos de limonada hervida y miel, Dirk distraía a los inquietos niños con esa historia.

—Háblanos otra vez del Bosquecillo Perdido —le pedían. Dirk se percató de que el bosque actuaba para ellos como el personaje de un

libro de cuentos: ejerciendo su voluntad y sus deseos—. Dinos dónde está ahora.

Dirk, con su limitado conocimiento de la geografía europea, les contó que el bosque subió las laderas del monte Olimpo y bajó por el otro lado. Lo convirtió en un silencioso compañero de alguna guerra por los Balcanes entre los Clanes del Bien y del Mal. La noche siguiente, Dirk expuso que el bosque sin hogar presenció la coronación de Carlomagno y lo salvó, porque cuando el emperador creía que estaba soñando con un bosque sagrado a medianoche, en realidad estaba en el Bosquecillo Perdido, escondiéndose de sus enemigos, los malvados (¿malvados qué? ¿Sicilianos? ¿Lombardos? ¿Sarracenos? Ah, los ingleses, ¡los malvados ingleses!)... Los malvados enemigos ingleses que querían encontrarlo para cortarle la cabeza y robarle la corona.

Dirk estuvo todo el tiempo deseando que su voz llegara hasta Nastaran, que oyera cuán alegre ayudante era y la consolara de alguna forma. Era lo único que podía ofrecerle desde una distancia tan dolorosa.

Sacó el viejo cuchillo de su cartera de cuero. ¿De dónde había salido ese objeto tan extraño en realidad? Lo había cogido de la cabaña en el bosque donde pasó sus primeros años, érase una vez, con un anciano y una anciana. El hombre viejo había sido un leñador y ese cuchillo le pertenecía. Dirk lo había robado para huir con valentía. No podía recordar el porqué.

Conformaba una bonita historia, el comienzo de una historia. Sin embargo, Dirk no sabía cómo continuaba, y por eso no se molestó en contársela a los niños. Usaba el cuchillo para tallarles unas pocas figuras toscas de soldados. Le pareció que la hoja no se embotaba con el tiempo, incluso parecía más afilada. Un truco de su constitución metálica.

Otra carta de Pfeiffer. Se demoraba más. Su enfermedad se había convertido en espasmos pulmonares. No podía sentarse sin que lo atacara una tos agotadora. Dejar la cama era impensable.

Nastaran plegó la carta en su regazo. Estaban sentados en el huerto.

—Me pregunto quién más no podrá salir de su cama —murmuró con voz constreñida.

Era lo más amargo y también lo más sano que Dirk le había oído decir. Puso a los niños a jugar con unos pocos soldados de madera que regresaban a casa tras las guerras napoleónicas. Dirk los había tallado toscamente: no eran más que estacas donde se podía reconocer una nariz. Aun así, los niños los habían personalizado con comportamientos brutos y consistentes, distintos para cada uno. Dirk se había inventado una historia en la que debían cruzar un río. «¿Veis? Por la rama rota que atraviesa esta bufanda, que será el río, ¿entendido? ¡No debe caer nadie o los otros tendrán que salvarlo!». Dirk se retiró luego a un banco bajo la helada luz del sol.

—Lo está convirtiendo en una amenaza, pero no tiene por qué serlo —dijo Dirk—. Nastaran... —Nunca antes se había atrevido a usar su nombre sin un título honorífico—. Nadie adora más a una esposa de lo que Herr Pfeiffer te adora a ti. Si no, no se habría molestado tanto en traerme a su casa para que pueda serte de ayuda.

—Soy una desdicha para él, con mis maneras y mis ensoñaciones y... y... las veces que me ofendo. Si fuera él, me dejaría. Me dejaría a mí misma si pudiera.

—¿Tu experiencia con Herr Doktor te ha supuesto algún alivio?

—Todos somos emigrantes —gruñó—. Exiliados del lugar donde el significado tenía sentido.

Dirk esperó, rascándose los callos que tenía al lado de las uñas.

—Mira.

Y, a modo de explicación, giró la mano hacia sus hijos. Al otro lado del jardín, los dos niños estaban agachados junto a los muñecos

de madera, moviéndolos de un lado a otro mientras llevaban a cabo negociaciones en voz baja con la mayor seriedad.

—¿Te das cuenta de que viven en un lugar distinto a nosotros?

Dirk sintió que casi podía comprender lo que ella quería decir...

—Los niños y nosotros... Parece que solo compartamos una vida aquí. Los jóvenes están completamente separados. Ahora mismo, se hallan en un lugar distinto. No forman parte de nuestras vidas, la verdad, solo cuando crecen. Y, para ese entonces, ¿en quién se convertirán? En alguien a quien no conozco. Y puede que yo ni siquiera esté aquí cuando eso ocurra.

—¿Dónde estarás?

Nastaran no respondió, pero fue un silencio normal, no uno preocupado. Tal vez los peculiares métodos de Herr Doktor Mesmer sí que habían puesto en funcionamiento de nuevo algún proceso paralizado en ella. Dirk estiró el brazo para cubrir la mano que Nastaran tenía apoyada en el regazo. No se crispó, pero tampoco le devolvió el gesto.

—«Aquellos que se sientan en la casa del dolor algún día se sentarán en el jardín» —dijo Nastaran.

—¿En este jardín?

—Recitaba un *ghazal* del *Divan* de Hafez. «El alma magullada encontrará miel».

Y añadió unos cuantos versos más en persa.

—Tenemos mucho en común, ¿sabes? —dijo Dirk—. Los dos fuimos exiliados de algún sitio hace mucho tiempo.

—Puede que sí que murieras —respondió Nastaran—. Cuando sea mi turno, no volveré como lo hiciste tú.

Los niños gritaron. Un soldado se había caído en el torrente embravecido y, uno a uno, los otros saltaron también. Dirk no pudo discernir si era para rescatar a su colega que se ahogaba o por la grata idea de ser solidarios en un suicidio colectivo.

No podía tallar una llave mágica para el jardín secreto de Nastaran ni abrir ninguna nuez dorada que pudiera albergar esa llave. Aunque sí que podría hacer una figura que abriera una nuez normal.

Lo importante era la posibilidad de que hubiera esperanza, bien lo sabía él.

Quitó la mano del regazo de Nastaran y se la metió en el bolsillo. Sintió el cuchillo con la criatura agazapada en el montículo romo de su mango. Imaginó que hablaba, pero en una lengua... Un tanto oscura, una *lingua hellenica* o puede que una *lingua magicis*... ¿Cómo podría entenderlo?

54

Nastaran lo condujo al pequeño despacho con las cortinas polvorientas y los libros de contabilidad de Pfeiffer. Abrió un cajón cerrado y sacó un buen puñado de monedas de una descuidada bolsa de piel gris. Separó unos cuantos *gulden* y un puñado de florines. Los envolvió en un paño y le entregó el paquete a Dirk, quien se preguntó si le estaría pidiendo que buscara otro trabajo.

—Tienes que llevar a los niños a visitar a su tío en Oberteuringen —le ordenó Nastaran.

—Herr Pfeiffer no me dijo nada sobre eso —contestó.

—Su padre suele llevarlos allí en esta época del año, pero... —Miró a su alrededor con una teatralidad estudiada que Dirk nunca había visto en ella, como sugiriendo que justo acababa de darse cuenta—. No está aquí. —Y se encogió de hombros—. Si esperamos hasta que se tome la molestia de recuperarse y volver, podría llegar la nieve y la oportunidad desaparecería. Su tío está esperando a sus sobrinos; ya le he escrito para decirle que llegarás con ellos dentro de una semana.

No habían declarado a Dirk jefe de familia *in absentia*. No gozaba de ninguna autoridad para protestar. Sin embargo, presentó las pocas objeciones que se le ocurrieron.

—Herr Pfeiffer quería que me quedara y vigilara...

Pero no sabía cómo terminar la frase de forma respetuosa.

—La casa —respondió Nastaran por él—. Pero con los niños fuera, no sufrirán ningún daño aquí.

—Caminas mientras duermes —le dijo con franqueza—. Tú podrías sufrir algún daño.

—Su padre iba y volvía el mismo día si emprendían el viaje temprano. No está lejos, aunque solía pasar la noche con su hermano. En cualquier caso, le puedo pedir a la lavandera que duerma aquí.

—Pero... —protestó, sonrojándose—. Me dijeron que no querías que ninguna otra mujer pasara la noche...

—No mientras Gerwig está en casa, claro. Es indecoroso. Pero si no queda ningún hombre, esa cautela se suprime. No te contratamos para que me desafiaras, Dirk.

Un intento más.

—No podría encontrar el sitio solo. Te olvidas de que no soy de por aquí.

Nastaran se levantó y cerró el cajón con la cadera. Fue un gesto violento.

—Ya le he pedido a tu amigo, aquel hombre que nos llevó a ver al médico de los sueños, si tenía tiempo para acompañarte. Al parecer se ha tomado el trimestre libre de estudios. Me hizo saber que está más que deseoso de viajar contigo.

—¿Cuándo lo has visto? —Dirk se sentía enojado.

—Le envié una nota a ese Doktor, que debió de enviarla a Gasthof zum Bären, donde se aloja el joven estudiante. Está en Marktplatz. Ayer vino a visitarme a petición mía, cuando tú estabas fuera con los niños.

Dirk apenas podía pensar en qué responder. Nastaran no le había dirigido la palabra durante los diez primeros días que Dirk estuvo en esa casa, ¿y ahora invitaba a Felix Stahlbaum en ausencia de su marido y cuando su familia estaba ocupada? Era una novedad; de hecho, resultaba alarmante.

—Nos reunimos en el jardín —dijo la mujer, como si leyera sus pensamientos—. Solo durante unos minutos. No me costó

convencerlo. Entre los dos seguro que poseéis suficiente vocabulario para pedir indicaciones. No queda lejos.

Dirk no sabía qué pensar.

—Nunca he tenido a niños bajo mi cuidado. ¿Me los confías?

—¿Mi marido se ha equivocado al confiar en ti hasta ahora?

—Bueno... La suerte ha estado de mi parte.

—Te adoran —dijo Nastaran—. ¿No te has dado cuenta?

—Los entretengo.

—Cuando están con sus juegos, como el otro día en el jardín... Me gustaría estar allí con ellos. De vuelta a mi infancia, o eso dice el médico. Pero incluso si pudiera alcanzarla, si, de algún modo, pudiera reducir mi edad y mi estatura, seguiría sin poder encontrarlos en su infancia. Porque, cuando juegan, ni siquiera están en su propia infancia, sino... en otra. En otro lugar. En el juego que tú has dispuesto: el puente, el río, aquel sitio que inventaste para ellos. Si quisiera jugar con ellos, debería ser del tamaño de un ratón para convertirme en uno de sus juguetes, pues viven a su escala. Nos los han quitado dos veces, ¿entiendes? El contacto es imposible. Pero tú te has ganado su confianza.

Un último intento.

—No creo que Felix quiera alejarse tanto tiempo de sus estudios para acompañarme en un viaje así. Apenas nos conocemos y se ha comprometido a aprender...

—Te sorprenderías, Herr Drosselmeier. —Usar su apellido resultaba un asalto—. Tu amigo universitario es complaciente y generoso. Y está dispuesto a emprender una aventura. Dijo que preguntaras por él en Gasthof zum Bären. Te espera.

Dirk se sentía enfadado, excluido. Nastaran se alejó de él. ¿Qué más podría añadir sobre sentirse desplazado? No pertenecía a ese sitio, para empezar. Bien que lo sabía.

El ama de la *gasthof* envió a Dirk a una cafetería en una calle cercana. Felix alzó la mirada de su mesa en la esquina cuando Dirk entró. Sentado bajo un haz de motas de polvo, se había apropiado del único sitio en la sala donde llegaba la luz del día a esa hora. Su codo se apoyaba sobre un periódico doblado, como si hubiera estado esperando a Dirk en ese preciso instante. Un pastel al estilo vienés yacía a medio comer en un plato. Felix levantó un tenedor hacia Dirk cuando este reclamó la silla de enfrente.

—Debemos madrugar, según tengo entendido —dijo Felix.

—Tus estudios se resentirán.

—Ya he escrito a mis profesores y benefactores para que no me esperen lo que queda de este trimestre. Asuntos familiares, es lo que les he dicho.

—¿Pero tu familia necesita tus atenciones?

—No tengo ni la más remota idea. No mantenemos contacto en general. —Agitó una mano para pedir otro café a la empleada—. La verdad es que no estoy seguro de hacia dónde dirigir mi vitalidad. La música y las becas son gratificantes pero, de algún modo, insatisfactorias, me temo. Prefiero descubrir qué no se ha trazado aún en las líneas horizontales de las páginas manuscritas de la música o en las venerables quejas de los sabios. Por mí mismo.

—¿Y pretendes aprender algo original acompañando a dos niños a visitar a su tío en las montañas?

—¿No es en la siguiente montaña donde la aventura parece comenzar? Siempre queda a un trecho. Mejor eso que, pongamos, empezar con dos amigos sentados en una cafetería esperando a que la bonita doncella llegue... Ah, aquí estás, Fräulein. Dime cómo te llamas cuando no estás trabajando.

—Comprometida —contestó con bastante descaro.

—Bueno, doña Comprometida, ¿puedo llamarte Engelbertine, un nombre casi tan bonito como tú, mi radiante ángel?

—¿Puedo ofrecerles alguna otra cosa más?

Colocó las manos en su delantal, liso sobre la curva de su barriga. Era una postura protectora de decoro que tuvo el efecto, involuntario o no, de tensar la tela de la parte superior del delantal contra su pecho.

—¿Dirk? —Felix blandió una cuchara en un círculo despreocupado por el aire—. Pide.

Casi cualquier cosa podía provocar que Dirk se ruborizada.

—Con este café será suficiente, Fräulein —musitó Dirk sobre el vapor del mismo.

La joven se apresuró a atender a una muchedumbre ruidosa de burgueses que permanecía en la puerta dando pisotones y frotándose los codos para entrar en calor.

—¿Cómo te involucró Nastaran en esta locura? —preguntó Dirk—. La has visto, ¿qué? ¿Dos veces? No le debes nada. Además, yo soy un repollo comparado con tus amigos altisonantes, como Kurt von Koenig y tus perspicaces compañeros de la universidad.

—Es fácil persuadirme para ser amable si creo que puedo conseguir algo a cambio. Como casi todo el mundo en Europa.

—No tengo nada que ofrecerte.

—No te has mirado, ¿verdad? —Por una vez, la voz de Felix había perdido su tono jugueteón. Se reclinó sobre la mesa y observó con firmeza a Dirk—. Parece que solo ves en ti mismo lo que no tienes. ¿No te enseñó nada ese ejercicio con Mesmer, algo que yo vi enseguida, la primera vez que mis ojos se posaron en ti? Posees algo en abundancia.

—¿Ignorancia?

—Capacidad, quizá. No sé cómo llamarlo. Para los escoceses sería glamur.

—¡Glamur! —Dirk sintió que su sonrojo regresaba. Felix soltó una carcajada.

—¡No he dicho belleza! Aunque puede que haya una poca. Glamur en el sentido de... encanto. Alteridad. Atracción. Puede que solo sea el parche del ojo.

—Todo es mera ingenuidad. Soy un buen cristiano con el alma limpia, sin ningún hechizo folclórico. Ignora lo que has escuchado.

—Mesmer puso en palabras algo que yo había visto en ti desde el principio. Un... compromiso... O... sensibilidad. ¿Un don para... para acceder, quizás? No tengo palabras para describirlo. Supongo que eso es lo que me atrae de ti. Si puedo aprenderlo, podría ser beneficioso para mi música y puede que también para mi mente.

—Hablas un idioma que no comprendo.

Pero, pese a sus intenciones de advertir a Felix sobre el viaje y, por consiguiente, cancelarlo, Dirk cogió el tenedor y pinchó el pastel. Se comió uno de los bordes. Frambuesa, crema agria, masa crujiente. El pastelito y el dulce succulento. Para cuando hubo ordenado sus pensamientos sobre los planes de Felix, listo para presentar una queja, Engelbertine o como quiera que se llamara había regresado sin el delantal. Dejó la otra mesa, ahora que los clientes estaban servidos, y se sentó en una silla entre ellos. Comprometida o no, la joven parecía ilusionada por hablar con Felix. Dirk no pudo reclamar su atención de nuevo. Al cabo de un rato se levantó y los dejó charlando. Parecía que no le quedaba otra: emprendería ese absurdo viaje hacia Oberteuringen y listo. Quería regresar junto a Nastaran lo más rápido posible.

56

U la mañana siguiente, después de que la cocinera lo aprovisionara con un almuerzo considerable envuelto en estopilla, Dirk reunió a Franz y Moritz delante de la casa Pfeiffer.

—Firmes, soldados.

Alzaron las cabezas y entrechocaron los pies como habían visto que hacían los soldados.

Nastaran salió a la puerta de la calle, una maniobra que Dirk nunca había presenciado en el hogar Pfeiffer, pues la familia y los sirvientes solían usar la puerta del jardín. La mujer se había envuelto

en un chal negro que le otorgaba una apariencia mortuoria. Debajo del chal, Dirk entrevió unos pantalones bombachos sueltos y vaporosos. Llevaba desnuda la parte inferior de sus pantorrillas, que no eran rosadas, sino cetrinas hasta los tobillos. Sus pies, descalzos, estaban pintados con un estampado de hojas erizadas.

Dirk ansió, justo en ese momento, arrodillarse delante de todo el mundo para cogerle el pie otra vez y acercárselo a los labios. Cómo se parece la necesidad humana a una cuchara con un filo cortante.

Antes de que pudiera hablar, oyó el traqueteo de un carruaje por la calle. Felix había contratado un vehículo para que los llevara durante el primer tramo de viaje, por las cuestas de la ciudad y los prados más escarpados de la meseta. A partir de ahí y según lo planeado, el camino proseguía con menos pendiente, por lo que el viaje a pie sería más sencillo.

Los niños gritaron cuando Felix saltó a la calle, ataviado con una capa escarlata escandalosamente alegre que le azotaba los hombros.

—¡Osados viajeros, preparaos para la aventura! —declamó—. Pero despedíos antes de vuestra madre, no seáis viles malandrines. Venga, id.

Corrieron hacia Nastaran y alzaron sus mejillas para recibir un beso. Su madre puso una mano sobre el hombro izquierdo de Moritz y otra sobre el derecho de Franz. Llevaba las manos decoradas como los pies. Les habló en lo que Dirk supuso que era persa. Los niños asintieron con solemnidad, intentando no estirarse para mirar los dos caballos agitados, pero su entusiasmo era irrefrenable y su madre los dejó marchar.

—*Madame*, los protegeremos con nuestras vidas.

Felix hizo una reverencia y una floritura con su absurdo sombrero de plumas. Para dirigirse a Nastaran usó una voz teatral. La mujer no frunció el ceño ni alteró su talante de ningún modo, solo le devolvió el gesto con amabilidad, a una distancia prudente.

—Se va a congelar los pies ahí fuera, señora —dijo la lavandera con una voz casi inaudible.

Se frotaba los codos mientras, de pie en la puerta del jardín, observaba el jaleo. Había llegado para pasar la noche y vigilarlo todo por si acaso Dirk no regresaba a tiempo. Pero estaba resuelto a llegar a la casa por la noche si estaba en su mano. No había mencionado la necesidad de atender el sonambulismo de Nastaran; no parecía el sitio más adecuado para hacerlo.

—Cuídate —le dijo a Nastaran con voz baja y acercándose más para tener un poco de intimidad.

—Eso es lo que debes esperar de mí —respondió, girando al fin su rostro hacia él. Sus ojos, tanto párpados como pestañas, estaban untados con lo que había aprendido a reconocer como *kohl*. La decoración hacía que sus ojos parecieran más grandes, pero mucho más alejados—. Tú cuídalos a ellos. Es lo único que puedes hacer.

Era una despedida y un reto a la vez. Dirk alzó la mano hacia ella cuando se ciñó con fuerza el chal negro a toda prisa.

Dirk abrió la mano y le dio lo que tenía para ella. No era gran cosa.

—No tendrá una llave dorada dentro —dijo—, pero cuando la abras, olerá a Persia.

—No puedo abrir el pasado de ninguna forma —respondió Nastaran, haciendo rodar la nuez en su mano.

—El olor te hará regresar —le dijo—. Te la abriré cuando vuelva, te lo prometo. Mantenla a salvo hasta entonces.

Los caballos relincharon y se movieron inquietos. Felix hizo un solo de trompeta con los labios e imitó unos pedos melodiosos. Los niños gritaron de alegría. La última brisa cálida que Dirk sentiría en mucho tiempo llegó desde la calle con un aroma a pan horneándose y cerdo con manzanas cociéndose a fuego lento. Nastaran dejó caer la nuez en el cuello de su blusa, entre los pechos, al parecer. Dirk apenas pudo subirse al carruaje por el temblor de sus piernas. Tuvo que apoyarse en el viejo bastón que aún acarreaba consigo. Pensó que podría venirle bien en la excursión por el camino, pero ya le había sido de utilidad.

Felix gritó una orden. Prendados de sus payasadas, los niños no se giraron para despedirse de su madre.

57

Pero en los límites de Meersburg, cuando el paisaje empezó a dejar paso a campos llenos de rastrojos de lúpulo y pastos para los bueyes, Felix hizo un gesto con la mano para indicarle al conductor que continuara.

—Entre los dos no tenemos suficiente dinero para contratar un carruaje hasta Oberteuringen —dijo Dirk.

—He recibido mi asignación para la temporada. Calma esos nervios —respondió Felix. Le palmeó la rodilla a Dirk y subió la manta hasta sus cinturas—. Ya te conozco, Dirk. No quieres pasar una noche en el camino preocupándote por su bienestar mientras tú no estás. Haremos este viaje lo más rápido que podamos. Con suerte regresaremos hoy mismo.

Los niños se habían cansado de estar arrodillados ante la ventana de moscovita observando cómo el camino se invertía y de asomarse para escupir a los perros guardianes.

—Cuéntanos más cosas sobre el Bosquecillo Perdido, Dirk —pidió Franz.

Moritz se puso el dedo en la boca y asintió.

Resultaba más fácil complacerlos que hablar con Felix, pues este siempre parecía contener diversas identidades a la vez, a juzgar por las emociones contradictorias que mostraban su sonrisa, sus ojos y sus manos. La inteligencia de Felix era una cosa; su naturaleza de bribón, otra y su cariño no solicitado, la tercera. Demasiado para Dirk. Se inclinó hacia delante para agarrar las manos de los niños que se espatarraban en el asiento de enfrente. Felix se acomodó con un brazo

a modo de almohada tras su cabeza. Una sonrisa rayana a la satisfacción apareció en su labio superior.

—Se me ha olvidado lo que dije.

Se esforzaba por recordar. ¿Qué les gustaba, qué surtía efecto en ellos? Dirk nunca había sido un niño, ahora se daba cuenta. ¿Qué sabía sobre lo que querían oír los niños?

—El Bosquecillo Perdido estaba perdido —dijo Franz.

—En el bosque —añadió Moritz.

—Venía de algún sitio, Roma o Grecia, no me acuerdo, uno de esos...

—¿Más allá de las montañas? —les facilitó Felix.

—Chist —le ordenó Dirk, y le propinó sin girarse un golpe con el dorso de la mano en la rodilla—. El bosque estaba... estaba cercenado, huérfano. Era un lugar sin casa. ¿Eso tiene sentido?

Moritz negó con la cabeza, Franz asintió. Felix encendió una pipa, con presunción.

—Iba... migrando. Vagabundeaba lentamente hacia el norte por Europa. En el bosque había dos espíritus que venían de una época remota y que fueron llevados...

—Como nosotros —dijo Moritz con un gesto hacia el carruaje.

—Pero ellos no eran jóvenes. Ni felices.

—Nosotros no somos felices —replicó Franz con bastante alegría—. Ahora debe pasar algo en la historia. Se ha atascado.

—No recuerdo de dónde eran los espíritus —dijo Moritz.

—Yo tampoco —añadió Felix, atizando un codazo a las costillas de Dirk.

—Deberíamos ponerles nombre —dijo Dirk para ganar un poco de tiempo—. Uno es una especie de sátiro...

—Seguro que sí —murmuró Felix.

—¿Quieres dejarme en paz? Es un viejo conocido de los pastores montañeses. Le gusta correr por los prados y espantar a las cabras para que corran, como un lobo invisible en los márgenes, pero no pretende cazarlas, solo divertirse. Se llama Pan.

—¿Las cabras también están perdidas? —preguntó Moritz.

—No, siguen pastando la hierba alrededor de los templos antiguos. Se portan bien ahora que Pan ha dejado de asustarlas.

—No es divertido para las cabras —dijo Moritz.

—Le gusta causar problemas, es cierto —aclaró Dirk.

—¿Quién es el otro? —preguntó Franz—. ¿Es un chico?

—No. Es una joven mujer preciosa, quizá la fantasma de un árbol que alguien derribó.

—Una dríade —intervino Felix.

—Se llama Cara de Perro —sugirió Moritz.

—No, es Pitia —dijo Felix. Al ver el ceño fruncido de Dirk, alzó las manos—. Lo siento. Tu cuento. Me callo.

—Pan y Pitia —dijo Franz—. Pitia y Pan. ¿Están casados?

—No, se odian demasiado. Pero están aislados juntos en el Bosquecillo Perdido mientras este se desliza hacia el norte. Iba por Baviera no hace mucho, creo, y quizás ahora esté en Baden.

—¿Podemos ver a Pitia? —preguntó Moritz—. ¿Nos dará miedo?

—Su belleza no tiene parangón —dijo Dirk—. Es como vuestra madre.

—Ah, ella. Bueno, ¿y Pan? ¿A él lo podemos ver?

—Es astuto. Aquí, mirad, es algo así.

Dirk rebuscó en el bolsillo de su abrigo y sacó el viejo cuchillo con la figura tallada y agazapada en el mango. Qué cabeza más grande, qué ojos más bulbosos, qué mirada más lasciva.

—¿Por qué tiene ese aspecto?

—Es... es... —Dirk estaba confuso—. Es antiguo, pero no es viejo. Solo quiere hacer travesuras.

—No es el único —intervino Felix. Dirk le lanzó una mirada, pero él prosiguió—: Quiero decir, ¿no es Pan la mascota de cualquier chico universitario desde la escuela de Sócrates? ¿Por qué crees que Pitia y él no se llevan bien? ¿Es solo porque ella es sagrada y él, profano? Ella es como los árboles junto al arroyo del valle y él, como el viento en las montañas. ¿Vienen de clanes distintos, como los *Montaguesi* y los *Capuletti*? —Ante la mirada perpleja de Dirk, Felix explicó—: ¿Julietta y Romeo de Verona, de familias con intereses y lealtades diferentes?

—Pitia quiere... constancia —dijo Dirk despacio.

—Orden cívico. Civilización —entonó Felix—. Y Pan quiere anarquía y caos.

—¿Quién gana? —preguntó uno de los niños.

—¿Y cómo luchan? ¿Tienen espadas y cañones? —preguntó el otro.

—No luchan. Solo se tienen el uno al otro, tanto si les gusta como si no. Y su casa movediza.

—Oh, no —dijo Moritz—. Espero que no se enamoren.

—¡Sí! —exclamó Felix palmeándose la rodilla—. Pan usa su cuchillo para abrir la nuez dorada de Pitia, ¿eh, Dirk?

Alzó una ceja y se chupó los labios.

—¿Por qué acabas reduciéndolo todo a lo mismo? —estalló Dirk.

—Porque soy joven y macho y estoy vivo. Es obvio. ¿Tú no?

En realidad, Dirk no podía responder a esa pregunta. Los niños, eso sí, se sentían aliviados porque el amor no era *sine qua non* del cuento.

—Lo que quieren los dos, a su pesar, es lo mismo —dijo Dirk—. Quieren un sitio para que el Bosquecillo Perdido crezca lo suficiente y así los dos puedan vivir allí sin estar peleándose constantemente. Quieren un lugar que sea suyo. Que no esté perdido.

—El bosque sí que da miedo —dijo Moritz—. Lobos.

—Los lobeznos son monos —arguyó Felix.

—Pero sus madres... —respondió Franz.

—También pueden ser monas.

Felix sonrió con satisfacción y Franz y Moritz intercambiaron una mirada.

—Espero que no haya ningún lobo —concluyó Moritz.

—No lo hay —dijo Dirk un poco a la desesperada—. Solo hay un ratón, pero es el rey de los ratones, ¿lo sabíais?

A pesar de todo, los niños empezaron a parecer más interesados. Un ratón tenía el tamaño adecuado. Felix cerró los ojos y fingió un sonoro ronquido que no tardó en dejar de ser una farsa.

Eras zamparse la comida y hacer una parada para orinar junto al camino (le pidieron a Dirk que saliera con ellos y no se alejara por si había lobos), los niños no tardaron en dormirse amontonados. Felix se terminó la corteza de una hogaza y estiró las piernas para descansar las pantorrillas sobre el regazo de Dirk, pero este se las quitó de encima.

—No era una gran historia —dijo Felix—. ¿Eso es todo lo que descubriste sobre la Pitia a partir de las estrategias del venerable Mesmer?

—Tú antes eras simpático. ¿Por qué estás tan desdenoso?

—Quiero que sea fecunda a rabiar. Con mala fama, licenciosa, la versión femenina de Zeus, tomando a quien le dé la gana. Pan no sería suficiente para ella, por muy sátiro que sea. Necesita un dios.

—¿Te enseñan textos paganos en la universidad? —gruñó Dirk—. Imagina que las supersticiones ostentaran un lugar de honor aquí. ¿Tus profesores y sacerdotes están tan desconcertados por el pensamiento cristiano que se deleitan con leyendas populares de la infancia del mundo?

—Las historias antiguas siempre nos han acompañado, Dirkie. Clavaron la cruz en la entrada de la antigüedad para dar comienzo a la fe moderna, pero las viejas creencias mascullan desde el suelo. Aquellos que interrumpen sus incesantes plegarias pueden oír cómo las historias se narran a sí mismas en voz alta. De hecho, creo que así es como tú... Ese es tu don.

—¡Don! —Dirk sintió ascender el calor desde su cuello—. Todos esos disparates eran para distraer a los niños. O para hacer que duerman como troncos, como ha pasado.

—No te crezcas tanto, tú —le dijo Felix, propinándole una patada llena de camaradería—. Esas historias pertenecen a Europa y al mundo. Como Ulises y su viaje mágico de diez años, entre cíclopes,

sirenas, la bruja Circe... Ulises regresando junto a Penélope, la esposa fiel. Una historia universal. ¿La conoces?

—No quiero que me la cuentes. Mi curiosidad se centra en por qué te importa a ti siquiera. ¿Por qué les importa a los profesores de la universidad? Grecia está muy lejos en espacio y tiempo.

—¡Ay, no solo le prestan atención al estado alemán y al prusiano! Inglaterra padece un estado avanzado de tumescencia helénica, ya me entiendes. Concupiscencia. Bien que lo sé, he estado allí. Mi tío me llevó a la casa de un gran arquitecto en Londres que colecciona artefactos del pasado remoto: torsos espectaculares y rostros inteligentes de mármol, festones de los tejados, pilares y cosas así. Cuerpos casi demasiado hermosos para ser humanos. Son más bien ideas sobre el ser humano que los retratos de individuos que nos ofrecen los holandeses y los venecianos. Todo el edificio es un mausoleo de la fe antigua... O quizá no sea fe, sino confianza en la capacidad humana. No estoy seguro.

—Pero ¿cómo es que el furor por las exquisiteces crudas de Grecia se contagia a Múnich y Berlín en la actualidad?

—Y a Londres y a París y allende los mares también, según me han dicho. Es una buena pregunta, Dirk. Puede que tengas madera de universitario en el fondo. Quizá todo se remonte a la rebelión luterana contra Roma.

—¿Cómo podría ser eso...?

—Cuando Gutenberg y su cachivache de impresión pudieron crear evangelios que estuvieran a disposición de todo el mundo, no para solo obispos y monjes, sino también para el hombre corriente devoto y pecador, los curiosos entre el *hoi polloi* quisieron saber más. Lutero en persona trabajó en una traducción del Libro Santo del latín al alemán, ¿lo sabías? Así que es lógico que los locos por las escrituras, devotos del Nuevo Testamento, necesitaran remontarse a las fuentes originales para garantizar la buena teología. Y, en las prisas para aprender griego ático, los alemanes descubrieron más cosas que las bases de la fe cristiana. Los clásicos helénicos están plagados de pensamientos

fundamentales, oh, sobre gobierno, filosofía, estética, arquitectura y hasta teatro. E historias para niños también.

—Hummm —musitó Dirk con inquietud.

—Te burlas, pero en serio, ¿conoces la *Odisea*? Atenea le pide al dios Zeus que le dé permiso para intervenir en nombre de Ulises, ya que el gran guerrero tiene problemas para llegar a casa tras las guerras troyanas. Y cuando Zeus accede, ¿cómo se las apaña ella para entrometerse?

Felix esperaba que Dirk respondiera, pero solo se encogió de hombros.

—Atenea se disfraza de anciana y lo ayuda con intervenciones mágicas. Luego lo transforma a él dándole un disfraz tan completo que ni siquiera su hijo ni su mujer pueden reconocerlo. Solo su perro. ¿A qué te recuerda a ti esta Atenea? —Al no responder Dirk, Felix prosiguió—: ¿Quién te crees que es en realidad la madrina en los cuentos de los hermanos Grimm, esos *märchen* del hogar que publican con tanto éxito, sino la mismísima Atenea? Seguro que conoces a Aschenputtel, la chica cubierta de ceniza junto a la chimenea. Perrault escribió la versión francesa... La Cenicienta, ni más ni menos, donde la chica se enaltece por manipulación divina, tan glorificada y disfrazada que su familia no puede reconocerla. Igual que Ulises, escondido a plena vista. El hada madrina es la Atenea de nuestros tiempos. ¿Quién sino Atenea se pondría de parte de la chica para ayudarla con un carruaje encantado a partir de una calabaza del huerto, con ratones por caballos y una rata por cochero?

Dirk puso los ojos en blanco hacia el cochero que fustigaba a los caballos, pero Felix siguió con su cháchara.

—Los antiguos dioses entran en secreto en nuestra época. Igual que está haciendo tu Bosquecillo Perdido, con su Pitia y su Pan. Lo que me interesa... ¿Quieres saberlo?

—No, la verdad es que no.

—Lo que me interesa, Dirk... —Cambió el culo de posición en el asiento y observó al muchacho con tanta atención que Dirk no podía apartar la vista por mucho que quisiera. Felix se quitó los guantes

grises de piel y agarró a Dirk por el rostro, acercándolo a escasos centímetros de su nariz—. Quiero saber por qué Pitia y Pan se muestran ante ti, que ni conoces su procedencia ni te importa lo más mínimo.

—Me importa —dijo Dirk. Apenas podía respirar—. Me importa. De verdad.

59

El tío era, sin duda alguna, un familiar muy querido. Alzó a los dos niños, uno debajo de cada brazo, como si fueran lechones chillones, y correteó con ellos alegremente por el corral. Su esposa, una Frau robusta y cordial con una alegre bizquera, se reía ante el reencuentro. Con los puños apoyados en la cintura, su pecho y su vientre se sacudieron como acostumbrados ya a esa actividad.

—¿Pasaréis la noche aquí? —preguntó el Onkel Peer a Dirk y a Felix.

—Deberíais quedaros, se avecina un temporal —dijo Tantchen Isabelle. Miró hacia el cielo, aunque resultaba imposible saber desde qué dirección creía que llegaría el mal tiempo. Parecía vigilar el este y el oeste, el pasado y el futuro, todo a la vez—. Prepararé un colchón.

Felix insistió en que el cochero podría llevarlos de vuelta a Meersburg antes del anochecer.

—Tengo un compromiso esta noche y no debo faltar —dijo.

«Vaya», pensó Dirk. «¿Y con quién? ¿Con el viejo Mesmer, para rebuscar más secretos en la vida de otras personas?».

—Si llego a tiempo —intervino Felix como si le leyera la mente a Dirk—, la familia Von Koenig me espera para cenar y asistir a un concierto, Dirk. Puedes venir también.

—No me recibirían bien y, aunque lo hicieran, yo tampoco aceptaría.

Pero antes de que pudieran discutir el asunto, el cochero declaró que no tenía intención de forzar a los caballos con mal tiempo. Si los jóvenes pretendían regresar a Meersburg al anochecer, llegarían a pie si partían de inmediato. Si no se entretenían, llegarían para la puesta de sol. El cochero se acomodaría en el establo de Onkel Peer y regresaría a Meersburg por la mañana.

Como a Dirk no le entusiasmaba la idea de dejar a Nastaran a solas ni una noche si podía evitarlo, se despidió con rapidez de los jóvenes Pfeiffer, pero estaban demasiado ocupados brincando con su tío para responder. Tantchen Isabelle renovó el fardo de comida con lonchas de jamón, unas manzanas y pan moreno con semillas. Y partieron a pie, Felix y Dirk. Las risas de los niños los persiguieron por las tierras de cultivo hasta que el camino dio un recodo en la falda de la colina.

Andaban con energía. La primera media hora pasó en un silencio sociable, pero luego disminuyeron el ritmo. Dirk le preguntó a Felix sobre su interés por la música y cómo se había decidido por el violonchelo como instrumento. A Felix le gustaba hablar de sí mismo, por lo que Dirk acabó sabiendo más cosas sobre el estudiante universitario que sobre cualquier otra persona. Estaba el tío en Londres, un abuelo que sobrevivía por alguna parte de la costa hanseática y los padres de Felix, que vivían solos en un pueblo al noroeste de Múnich. Su humilde hogar daba a Dachauer Moos, unas tierras baldías pantanosas que desprendían un fragante hedor. Felix lo detestaba, pues le resultaba profundamente desalentadora. Sus padres no tenían más hijos y parecían sorprenderse siempre de haber engendrado a Felix, como si solo pretendieran servir al Señor y no la cena. Vater Stahlbaum era sacristán en la iglesia de Saint Jakob en Dachau, donde había un picaporte con forma de pez. En una ocasión azotó al joven Felix porque le gustaba tanto sentir el tacto del pez con la mano cerrada a su alrededor que se quedó fuera acariciándolo sin parar en vez de entrar a comulgar.

—Hay muchas formas de alcanzar la santa verdad —concluyó Felix—. Te toca.

«Seguro que soy capaz de decir algo», pensó Dirk. «Seguro que sé algo sobre el mundo en el que llevo viviendo tanto tiempo. La amistad se basa en compartir historias íntimas. Uno debe comenzar por alguna parte».

—Nací, no sé dónde. Ni de quién. Fui un huérfano abandonado en una cesta. Crecí en un bosque con un anciano y una anciana hasta que, no recuerdo el motivo, escapé.

—¿Se llamaban Pan y Pitia? Parecen los mismos. Viejos, enfadados y llenos de misterio.

—¿No son así los padres de todo el mundo?

Felix bufó de sorpresa, como si Dirk hubiese hecho un análisis divertido sobre la Grecia clásica. Pero solo se trataba de alivio, adivinó Dirk... Alivio, pues Dirk era capaz de expresar una opinión real.

Pero por mucho que instigó y fisionó Felix, Dirk no pudo revelarle mucho más sobre sus orígenes. El anciano y la anciana eran autosuficientes. De hecho, era posible que padecieran algún tipo de miedo a la sociedad, ya que vivían como ermitaños, nunca iban juntos al pueblo y evitaban de todas las maneras posibles a los viajeros que atravesaban el bosque.

—La única vez que recuerdo claramente a alguien en la *waldhütte* —admitió Dirk— fue el día anterior a mi partida. Un hombre vagaba por allí buscando a alguien que compartiera las historias típicas de la zona y se encontró con la anciana. Estuvo escuchando atentamente los cuentos que le contaba. Se le daba bien narrarlos, todo sea dicho.

—Como esos filólogos, los hermanos de Steinau, que publicaron sus *Cuentos del hogar*. Die Gebrüder Grimm. Me pregunto si se trataba de alguien que seguía sus pasos. O puede que fuera uno de los hermanos en persona. Deberías preguntárselo a tu Mutter.

—No sé dónde están los ancianos. O incluso si siguen vivos. Ya eran viejos cuando era niño.

—Como mis padres, y siguen vivos. Más o menos. Deberíamos encontrarlos. Podríamos ir de caza. ¿Dónde viven?

—Están tan perdidos como el Bosquecillo Perdido —insistió Dirk, y no quiso revelar nada más sobre ellos.

Por suerte, la capa escarlata de Felix empezó a azotarle los hombros, produciendo tanto ruido al ondear y chasquear que resultaba imposible hablar. El tema quedó abandonado mientras los viajeros volvían sus caras hacia un viento considerablemente más frío y fuerte.

Al cabo de otra media hora pensaron que quizás Tantchen Isabelle estaba en lo cierto al sugerir que pospusieran su regreso a Meersburg. Comenzó a caer una cortina de agua.

—No llegaremos a Meersburg y yo me perderé el concierto —dijo Felix—. Al ritmo que cae, si se convierte en nieve antes de que alcancemos el camino principal, nos perderemos.

Cuando eso ocurrió, llamaron a la puerta de una granja en cuyas ventanas brillaba una acogedora luz. Nadie respondió a la llamada y Dirk quiso regresar, pero Felix se opuso.

—Pereceremos en una sima nevada, apretándonos el uno contra el otro para entrar en calor hasta morir, y eso no le haría ningún bien a Nastaran, ¿eh?

Su argumento tenía sentido, pero Dirk dejó que fuera Felix el que manejara el picaporte de la puerta, que se abrió con bastante facilidad.

—Hola. Somos unos desconocidos inofensivos en medio de esta repentina tormenta —gritó Felix.

La casa parecía estar ocupada por cómo olía: comida en la cocina delante de ellos, servida y a medio comer; un fuego en el horno y una tetera de metal con agua hirviendo. Un gato que jugaba con un ratón medio muerto alzó la mirada hacia ellos con desdén y el ratón ganó unos momentos más de vida hasta que el gato regresara a jugar.

—*Hail*, ¿hay alguien en casa? —volvió a gritar Felix.

Se oyó un paso en la escalera y un fornido granjero con las manos sangrientas entró dando traspiés en la sala.

—¿La partera ha enviado a dos *bekloppts* en su lugar? ¿Dónde está?

—No lo sé, pero no somos sus ayudantes —dijo Felix—. Si viene de camino, esta tempestad de nieve tan repentina la habrá puesto en

peligro. Hemos venido a pedir un techo sobre nuestras cabezas hasta la mañana.

—¿Sabéis algo de partos?

Felix negó con la cabeza con terror fingido.

—Una vez vi a una gata dar a luz a gatitos —dijo Dirk—. Es todo lo que sé.

—No podéis quedaros aquí. Mi mujer está nerviosa y la casa es demasiado pequeña... Subid el agua al dormitorio y dejad que os agarre la mano si quiere...

—Ya tienes bastantes problemas, nos arriesgaremos con la tormenta —dijo Felix, decidido y agarrando a Dirk de la mano.

Pero antes de que pudieran retroceder, la puerta se abrió a sus espaldas y una mujer de piernas huesudas entró resollando. Llevaba las faldas metidas en la cintura, como señal de que había tenido que montar en burro o escoba, lo que más a mano le quedara.

—¿Su Frau no podría haber mantenido las piernas cerradas otras veinticuatro horas más, ya fuera hace nueve meses o esta noche? No me extraña. Las mujeres de campo son de lo más inoportunas —exclamó—. ¿Qué estáis mirando con la boca abierta? Id a atender a mi yegua antes de que se desate y salga corriendo.

—Mi esposa está en mal estado y usted llega tarde. —El angustiado marido levantó sus manos enrojecidas—. He hecho lo que he podido.

—¿Acaso no hizo ya bastante? Deme un cuarto de hora para evaluar la situación y gritaré cuando esté lista para el cuchillo.

La partera alcanzó la escalera tambaleándose. El hombre empalideció y se desplomó en una silla, que se hundió en el suelo. Dirk y Felix lo ayudaron a ponerse en pie. El músico encendió su pipa y la introdujo en la boca del granjero.

—Haced lo que os ha dicho y meted al caballo en el establo—les dijo—. Hay sábanas en el altillo. Os podéis quedar ahí. No querréis acercaros a esta casa. Si oís gritos, no les prestéis atención. He enviado a los otros niños con su abuela. Coged comida al salir y no volváis hasta por la mañana a menos que os llame. La partera dormirá en el

suelo de la cocina si dormir entra en su futuro inmediato. Aunque lo dudo.

Parecía que la noche había caído. Un caballo sarnoso con cara de antipático les permitió que lo condujeran hasta la esquina de la casa, donde un conjunto de cobertizos y graneros, recubiertos ya por un manto blanco, se difuminaban entre torbellinos de nieve. Dentro había otros animales: dos vacas, dos caballos y algunas ovejas. Tal y como aprendió el verano anterior, Dirk ordeñó una de las vacas y luego una segunda; Felix y él pudieron compartir leche tibia en una taza de latón. Luego se desprendieron de sus gélidas vestiduras empapadas y las colgaron de unos ganchos para que se secaran junto a las herramientas de la granja. Subieron la escalera de mano hasta un altillo donde, en el heno, encontraron varias mantas e incluso un par de sábanas andrajosas que, una vez desprendidas de los excrementos de ratón, resultaron bastante cómodas. Felix se había desnudado por completo, pero Dirk conservó su camisa, por modestia, que le caía hasta la mitad del muslo; era algo, al menos.

60

Dirk se llevó al altillo lo que quedaba del bastón, así como el cuchillo con el mango de gnomo. La muleta era prácticamente inservible, pues la punta más estrecha que tocaba la tierra amenazaba con astillarse. Por el contrario, la parte más gruesa, el tronco que encajaba con naturalidad debajo del brazo, seguía sólido y en buen estado. Dirk rompió el bastón con la rodilla desnuda y usó el legendario cuchillo de su infancia para raspar la dura protuberancia.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Felix, envolviéndose en una manta marrón y tumbándose de lado, con la sien apoyada en su puño—. ¿Es otro de tus talentos ocultos?

—¿Otro?

—Además de hablar con espíritus en una arboleda sagrada.

—Me ridiculizas y juegas conmigo —dijo Dirk, acalorado de repente—. Ya, sí, soy un *dummkopf* supersticioso, pero ¿por qué te burlas de mí?

—Eres cualquier cosa menos eso. ¿Cómo te lo tengo que decir? Eres una rareza entre los jóvenes, Dirkie. Tus pensamientos ya están tejidos en tu sesera, mientras que otros aún no saben que una observación superficial es el preámbulo de un pensamiento. Te admiro. Estoy aquí tumbado deseando tener mi chelo para tocar algo desde el alma, pero no puedo. Y tú estás solo, ¿no? Has buscado un cuchillo y un trozo de madera y te has puesto a hacer algo a partir de cero. Si eso no es magia, no sé lo que es. ¿No ves que te envidio una barbaridad? Me destrozas.

Dirk siguió con su labor. La madera se convertía bajo sus manos temblorosas. Una figura vivía ahí dentro, un secreto que él quería descubrir.

Felix gimió, se dio la vuelta y puso el brazo encima de sus ojos.

La puerta del establo se abrió y el granjero entró.

—Me ha enviado para que os encienda el fuego —les gritó—. Aunque sobre todo quiere apartarme de en medio durante un rato. ¿Ni siquiera habéis encontrado la estufa? Durante la peor parte del invierno la dejo encendida para cuando vienen los que recogen hielo a trabajar en el lago.

Felix abrió los ojos. Toda su ropa estaba abajo, colgada en ganchos. No iba a bajar desnudo a ayudar. Dirk suspiró, apartó la talla y el cuchillo y, con los faldones ondeando, bajó a la planta baja.

—Funciona como una estufa normal: mantened esta rejilla abierta para que entre el aire y echad la leña por aquí. El viento encontrará miles de grietas en el tejado, creedme. La parienta me ha enviado más de una noche aquí fuera para reflexionar, así que sé de lo que me quejo. Con la estufa en marcha os irá bien.

—¿Qué tal está?

—La partera no dirá ni una palabra hasta que haya algo bueno que decir. Así trabajan. Presumir puede atraer un maleficio a la refriega y

darle la vuelta al asunto. Ya está. ¿Qué os parece?

Un pequeño resplandor rojizo de calor prendió en medio del frío. Con eso bastaría.

—Si mi capa está seca, súbemela, Dirk —gritó Felix.

—Uno es el señor y el otro, el lacayo; siempre ha sido así —dijo el granjero al abrir la puerta al viento—. No os enfriéis, muchachos.

Dirk se envolvió el brazo con la capa, agarró un punzón de un banco y subió otra vez al altillo. Arrojó la capa a la cabeza de Felix con algo parecido a la rabia, aunque no sabía por qué.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Felix, emergiendo desde detrás de la tela roja.

—Un cascanueces.

—¿Para mí?

—¿Para ti? No. Para Nastaran.

—Oh.

Felix cambió la áspera manta marrón por su capa roja de lana que, según se fijó Dirk, tenía un forro de seda. Tenía gustos de ricos para ser un muchacho con un padre sacerdote. Sería muy suave al tacto, sin duda.

Dirk volvió a posar la mirada en su labor. La figura era más o menos cilíndrica. Esbozó unas volutas en los costados para señalar dónde irían los brazos en una posición rígida y marcial. La pieza más sencilla para la cabeza sería un sombrero cónico napoleónico o algún tipo de fez que indicara la añoranza que sentía Nastaran hacia el misterioso este. O un casco de lancero. La identidad no era importante; de hecho, Dirk pretendía no ser específico. La figura podía ser un guardia de una brigada privada que iba a rescatarla.

—De entre todo lo que hay, ¿por qué un cascanueces?

—Para abrir la consabida nuez dorada, claro.

—Ay, pues claro. Qué tonto. Veo que la mandíbula se abrirá al levantar el faldón de la chaqueta. Muy inteligente. Pero, mira, cuando no está funcionando, la cavidad para que descienda la boca quedará expuesta. Es una caja abierta. Sin corazón. El corazón ha huido.

—Tiene el corazón en la garganta —respondió Dirk en voz baja al rato.

—Eso ya lo veremos.

Dirk modeló la túnica de forma que se ajustara a la cintura. Hizo una marca en diagonal sobre el pecho para señalar algún tipo de bandolera o una faja para exponer las medallas. ¿En qué campañas podría participar un ejército de una persona? En el rescate de una mujer afligida, pues no hay nada más vital que eso. Los pies calzados con botas no tardaron en verse pisando un disco que ayudaría a la criatura a ponerse firme si Dirk trabajaba con maña. El cuchillo daba golpes y capirotazos. Dirk sacudió las virutas de la manta. La estufa de metal crujía al calentarse. Apartó la manta hasta sus pies desnudos, enderezándose mientras Felix dormitaba arropado por el calor y el lujo de su capullo de seda.

Para cuando Dirk centró su atención en la cara del cascanueces, el viento había comenzado a aullar alrededor del granero a modo de protesta. Luego se transformó en una nota aguda. Felix, que se había girado de espaldas a Dirk, se dio la vuelta de nuevo.

—Esa es ella, ¿sabes?

—¿Ella? —Solo había una «ella» en la mente de Dirk, pero entonces se dio cuenta de que Felix se refería a la granjera de parto—. Por Cristo misericordioso —musitó.

Soltó el cuchillo un instante para agarrar la mano de Felix. La lámpara de aceite se estaba consumiendo. Dirk no quería arriesgarse a estropear el cascanueces por trabajar con poca luz, así que apartó la criatura, que ya podía sostenerse sobre su base, y clavó el cuchillo en la grieta de un tablón, con la hoja hacia abajo. La criatura retorcida de siderita que conformaba el mango estaba inclinada de forma que parecía vigilar amenazadoramente a los viajeros. Dirk se tumbó junto a Felix. Bajó la intensidad de la lámpara, pero no quería apagarla por completo. Frente al sonido de los gritos, que iba y volvía por el viento, se sentía indefenso y solo.

—Esto se ha calentado —murmuró Felix.

Como respuesta, Dirk murmuró un «buenas noches» y le indicó a su ojo que se cerrara.

—¿Estás bastante cómodo? —preguntó Felix unos minutos después en voz baja.

Dirk no respondió, pero ralentizó su respiración. Si fingía estar durmiendo acabaría por dormirse. Hoy no tenía nada más de qué hablar. Centró su mente en el cascanueces, lo que haría por Nastaran. Solo sería un símbolo de la adoración de Dirk, por supuesto, pero podría tenerlo junto a la cama. Si a Nastaran le preocupaba levantarse y andar de noche en busca de su infancia, el cascanueces estaría allí en lugar de Dirk para protegerla de sus terrores y miedos.

Dirk nunca podría entrar con ella en su dormitorio cerrado, por lo que el cascanueces sería su emisario.

Cogería prestadas las pinturas del ático de Nastaran para darle a la criatura un abrigo de un rojo intenso, botas negras y un borde amarillo en el casco militar y, si no era demasiado tarde para tallarlas, unas charreteras sobre los hombros.

Y quizá una pluma de tordo. Debía hacer un agujerito en la parte delantera del gorro para poner un penacho.

—Ven aquí. La capa es grande, cabemos los dos —susurró Felix.

Dirk no tenía forma de considerar lo que le estaba diciendo Felix. Dejó de respirar por completo durante un instante. Tenía que responderle. Pero no podía hacerlo. Debía fingir que dormía profundamente. Respiró por la nariz con tanta naturalidad como pudo. Su parche estaba encarado a Felix y su ojo bueno lo tenía bien cerrado en el otro lado.

—Estás soñando con ella, claro —murmuró Felix—. Debería haberlo sabido.

Dirk acompasó con cuidado su respiración para que diera a entender de manera convincente que estaba dormido. Bien. Concentró sus pensamientos en el cascanueces. Quizá podía tener una espada.

—Es tan hermosa, con esos pantalones bombachos vaporosos y esos chales...

¿Por qué Felix hablaba de Nastaran en medio de la noche, en el atillo caldeado de un granero que los resguardaba de una tormenta de nieve prematura?

—Sus ojos son tan cálidos...

Sí, pero...

—Y sus pechos. Tan cálidos, tan... llenos.

Para no alterar su respiración, Dirk tuvo que canalizar cualquier trozo de voluntad en su cuerpo. Era demasiado tarde para taparse la cintura con la manta. La camisa de dormir se le pegaba a los muslos y, arrugada por debajo, tiraba con fuerza en la ingle, que respondía a los susurros de seducción.

—Seguro que se desprende del chal en las tardes cálidas de verano y se unge con aceites perfumados de rosas aquí y allá y acá. —La voz de Felix era como el hechizo de un violonchelo; cuanto más tenue se hacía, más se inclinaba hacia la oreja de Dirk—. Debe de ser duro resistirse a ella. Se te habrá puesto dura por ella... La tienes dura.

Y así era. Dirk estaba sonrojándose, si eso era posible en plena noche. Aunque oculto, su pene quedaba oblicuo respecto al suelo, sujeto y articulado por la tela de su camisa metida bajo su cadera. Felix, a juzgar por la localización de sus susurros, debía estar apoyado sobre un codo, mirándolo. Era insoportable. Felix pretendía hablarle para que eyaculara en sueños y presenciarlo todo. ¿Qué les enseñaban en la universidad?

—Imagina que se inclina sobre ti para besarte... para tomarte con su boca oriental...

Dirk alzó un hombro a modo de estiramiento nocturno y se giró a un lado, de espaldas a Felix. Se le había subido un poco la camisa, dejando al descubierto gran parte de su trasero, pero al menos su pene quedaba oculto a la vista. Le dolía como una pistola lista para el duelo, y la cargaba con toda la dignidad que había podido reunir. Temblaba, no de frío, sino de conmoción ante tal impertinencia. Felix estiró la capa de seda roja para cubrirlos a los dos. Sus piernas se tocaron un par de veces; la rodilla de Felix encarada hacia la rodilla de Dirk, intentando abrirse paso entre sus muslos, pero Dirk se alejó de la

forma más natural posible. Soportó esos momentos agotadores hasta que Felix, al fin, pareció dormirse de verdad.

Todo ese tiempo el cascanueces y el cuchillo de Pan se irguieron vigilantes sobre Dirk: uno, protector en su tosca forma y el otro cual un libertino con mirada lasciva. Los gritos prosiguieron durante un rato, de tanto en tanto, hasta que pararon o Dirk se quedó dormido, o las dos cosas.

61

Por la mañana, los jóvenes se vistieron a toda prisa sin hablarse. Las vacas necesitaban desesperadamente que las ordeñaran, aunque parecían espantadas por Dirk y no dejaron que se les acercara. Felix le cogió el cuchillo para cortar un zarcillo de lana a una oveja distraída y se lo guardó.

—Ya verás para qué es —dijo.

Se encontraron con el granjero en el sendero nevado que llevaba a la casa. Traía un trozo de pan untado con mantequilla para cada uno.

Dirk no se atrevía a hablar.

—¿Lo ha conseguido? —masculló Felix con la boca llena.

—Sí —dijo el granjero—. Las dos, madre e hija. Está un poco hecha polvo ahora por la mañana, pero se han quedado dormidas tras el esfuerzo.

—¿Podemos verlas?

—¡Felix! —exclamó Dirk.

—El dormitorio parece un quirófano a los límites de Waterloo, pero si guardáis silencio, adelante —contestó el granjero. No era su primera hija, recordó Dirk.

La partera estaba plegando sábanas y lavando trapos en el agua que hervía sobre la chimenea.

—¡No suba a esos caballeros arriba!

—Su trabajo terminó anoche; el mío comienza por la mañana — replicó el granjero.

Y allá que fueron los tres, procurando hacer el menor ruido posible.

La madre estaba tapada hasta la barbilla por unas sábanas húmedas. Llevaba la mayor parte del cabello recogido en la cabeza bajo un gorro de dormir torcido y con las tiras sueltas. Junto a la cama, en una cesta de mimbre y envuelta en un paño grisáceo, se asomaba un trozo de cara que los miraba. Parecía un ratón hinchado y sin pelo, o un rábano rosa crudo.

—¿A que es bonita? —dijo el granjero.

—¿De dónde ha salido? —preguntó Dirk. Una pregunta que ya había formulado alguna vez en su vida, o eso le pareció.

—Si no lo sabes, tu amigo puede instruirte de vuelta a la ciudad — respondió el hombre, acompañándolos fuera—. El temporal se ha dispersado y la nieve es fina por el viento, así que no tendréis problemas en seguir el camino.

Dirk se giró para volver a echar otro vistazo antes de bajar las escaleras. La madre parecía un ángel derribado del cielo por una flecha. Ya no vislumbraba a la bebé por encima de los costados de la cesta, pero podía sentir su presencia como un acorde resplandeciente, una fragancia de otredad.

62

Pararon a comer en una taberna justo por encima de Meersburg, con vistas del gran lago: azul, marrón, verde y el reflejo de las montañas escarpadas. No habían hablado mucho durante el viaje.

—No he descansado bien esta noche —se había quejado Felix a modo de excusa por su silencio. Dirk no había expresado su opinión.

Aun así, sentados en la mesa de una terraza soleada (pues era uno de esos días con una calidez inusitada que a veces inundaba el mediodía otoñal), cada uno se bebió una cerveza y, entre los dos, se terminaron un queso y medio, cuatro salchichas y una cebolla encurtida. Felix pidió una segunda jarra y Dirk se decantó por unas manzanas troceadas con miel. Luego cogió su talla y se sentó al sol para trabajar en la barbilla.

—Se te da bastante bien —dijo Felix.

—La madera trabaja conmigo —respondió Dirk—. Creo que quiere ser un cascanueces.

—Ya sé, la madera confía en ti. ¿Cómo evitarás que la barbilla se caiga?

—Mira, voy a dejar un alfiler de madera en cada parte de la mandíbula. Cuando alguien use la manija, que parecerá la cola de un pájaro, las plumas que tienen detrás, puede que sea la punta de un abrigo largo, la barbilla subirá y bajará porque esas clavijas girarán.

—¿No se romperá?

—Usaré este punzón que encontré anoche en el establo para quitar lo que pueda; así, la mandíbula y el mango estarán separados del resto de la figura. Dos piezas entrelazadas de madera talladas a partir del mismo bloque. Es complicado, pero la madera es fuerte y el cuchillo tiene talento.

—¿Tus manos no son instrumentos?

Dirk alzó la mirada.

—Solo parteras, creo. —Sonrió—. Si uno de los alfileres se rompe, podré reemplazarlo por un clavo y cumpliría la función de gozne. Pero la mandíbula será más fuerte si mantengo las piezas separadas y entrelazadas.

—Tu amada lo adorará. —Felix hablaba con una voz extrañamente baja—. Lo abrazará en su regazo.

Metió el dedo en el bote de miel y untó el labio inferior de la figura tallada. Sacó a continuación el trozo de lana de su bolsillo y lo sujetó hasta que se adhirió.

—Ya está. La barba ocultará que no tiene corazón.

—¿Es un defecto no tenerlo? —preguntó Dirk con toda la intención.

Un pajarito pequeño se posó en silencio sobre un poste al borde de la terraza.

—Hola, ¿dónde están tus compañeros? —le preguntó Dirk—. ¿No vas hacia África o al Levante con ellos?

—Ella nunca te dará lo que ansías, ¿sabes? —Felix parecía tranquilo, lleno de una seria desesperación—. ¿Bastará con que le hagas un regalo? ¿Así lo verás al fin con claridad?

—¿Ver el qué, Felix? En toda mi vida nunca he sido capaz de imaginar los próximos tres días. No sé más sobre la vida que esa niña en su cesta. Solo hago lo que puedo día tras día. Me aferro a lo que puedo: a asideros, recaladas y a lo que pueda. No hay nada que dé suficiente apoyo, ¿verdad?

Felix se encogió de hombros. Hoy su capa parecía más grande y él se perdía un poco allí arrebuñado.

El tordo, si es que lo era, saltó del poste al borde de la mesa y se afanó en devorar con descaro las migas dispersas. Sus movimientos se asemejaban a alguna clase de danza: brinco, salto, brinco, triple salto. Miró a Dirk, quizá intentando dilucidar si se trataba de una miga de pan, y se marchó en un frenesí de alas y plumas. Una se quedó atrás, sobre la terraza de piedra.

—Toma —dijo Felix, recogiénola—. Aquí tienes tu penacho de plumas para Herr Cascanueces.

Dirk manejó el punzón para perforar la muesca del agujero y ensartó la pluma. Ahora el cascanueces les pertenecía, de alguna forma, a ambos. Dirk terminó el hueco de la mandíbula y comenzó a trabajar con la punta del cuchillo en la parte trasera de la garganta.

—Este es el último paso antes de que la mandíbula cobre vida —dijo. Tenía la palma cerrada alrededor del diablillo de hierro negro, pero la cabeza del cuchillo parecía cálida al tacto—. Con... solo este... trozo final... Ya, ¿está listo?

—¡Listo! —exclamó Felix.

Estiró el brazo para agarrar el mango del cascanueces y levantarlo, antes de que Dirk, con la punta del cuchillo, pudiera terminar de vaciar las últimas virutas en la garganta de la figura. La boca se abrió gracias a los firmes alfileres de la mandíbula.

—¡Alabad a la Nuez Dorada! —declamó Felix simulando una victoria.

Varios viajeros de la terraza se giraron para mirarlos. Felix movió entonces el mango para devolverlo a su sitio y el bulboso labio inferior del cascanueces de madera chocó contra su labio superior con una sonrisa de satisfacción.

—¡Funciona! —gritó Felix cuando la hoja del cuchillo cayó de la boca del cascanueces, desprendida del mango con forma de enano sin vida que la había sujetado durante tanto tiempo.

63

Se separaron en Kirchstraße, en el centro de la ciudad. Felix proseguiría hasta el *gasthof* para reunirse con los Von Koenig y disculparse por haberse perdido el concierto de anoche. Y luego, según dijo, regresaría seguramente a la universidad con sus compañeros estudiantes.

—Menudo cambio respecto ayer —comentó Dirk, intentando parecer interesado pero ansioso por correr hasta la casa.

—Como bien has dicho antes, ¿quién sabe lo que pasará dentro de tres días? —dijo Felix—. Quizás me encuentre de repente con vida suficiente como para tocar el violonchelo con convicción.

—¿Convicción? ¿Es todo lo que hace falta?

—Te burlas de mí. Ya has aprendido a hacerlo. —Una sonrisa irónica se abrió paso entre los labios cerrados de Felix—. Aún hay esperanza para ti, supongo.

—Para cuando cumplas los veinticinco, estarás tocando ante las cabezas coronadas de Austria y Francia —dijo Dirk.

—Estaré casado con Hannelore o Engelbertine o alguna diosa similar —repuso Felix con resentimiento—. Tendremos ocho bebés enjutos como el que hemos visto esta mañana. ¡Y los gritos para que salgan bien! Dirk, dame algo para recordarte. Por favor.

Dirk se había metido las manos en los bolsillos, en busca de algo, así que no pudo resistirse cuando Felix lo agarró por los hombros y lo besó con tanta rapidez y tanta fuerza que sus dientes castañearon en las encías. Se alejó de él.

—Toma —dijo Dirk, abriendo la mano. Felix lo aceptó: era el mango del cuchillo roto, la criaturita tallada muerta, mirando a la nada—. Coge a Pan. Algo del pasado.

Se separaron sin añadir nada más, cada uno por un lado distinto de la calle, mientras la nieve derretida fluía fría y limpia por las alcantarillas y un carro repleto de gallinas chillonas encerradas en cajas subía por la calle entre ellos.

Dirk se encaminó hacia la casa.

Era, como seguramente debería haber supuesto, muy tarde, demasiado tarde. En ausencia de su familia y de cualquier tipo de acompañante con autoridad, Nastaran había intentado liberar la infancia de su interior a través de sus propios pasos, que la llevaron en plena noche hasta el borde del muelle frente a la barrera de los Alpes. Hasta el borde del lago y más allá del borde. Nadie supo nunca si fue un accidente durante su sonambulismo o un suicido lúcido.

Segunda parte

Intermezzo



64

Se quedó en Meersburg otros ocho años, hasta que los niños fueron casi adultos. Bueno, Franz al menos. Puede que de Moritz nunca surgiera nada de capacidad.

Gerwig Pfeiffer no los acompañó al muelle para despedir a Dirk. No sabía si era porque Herr Pfeiffer, en sus tercos silencios, aún hacía responsable a Dirk de la muerte de Nastaran. O, simplemente, el anciano no estaba interesado. Los niños llegaron en carro con la siguiente Frau Pfeiffer. Hacía el papel de esposa campechana, aunque no constituía un pilar de la comunidad, sino más bien un escabel.

—Bueno, pues ya está —dijo la segunda Frau Pfeiffer.

Su nombre cristiano era Cordula. Le entregó a Dirk la comida y luego adoptó su postura habitual: las muñecas agarrando los antebrazos y los codos alejados de la cintura. Dirk siempre pensó que lo hacía para airear la piel de los brazos, ya que en verano solía adquirir un brillo de granjera.

—Lo echaremos de menos, Herr Dirk. Aquí siempre tendrá una casa.

Era todo lo que Nastaran no fue, y nada de lo que Nastaran había sido, excepto en un aspecto: Cordula se guardaba muchas cosas para sí. El destello oblicuo de su mirada mostraba inteligencia y probidad.

Franz había terminado el colegio. (Lo primero que la madrastra hizo fue enviar a los niños a una bulliciosa aula con un profesor anárquico que les enseñó griego, tiro con arco, sumas y los salmos.

Franz había prosperado, Moritz se marchitó). El hermano mayor estaba listo para convertirse en aprendiz del negocio paterno de papel. Franz, sin saber muy bien cómo ejecutar un gesto de autoridad, agarró con las dos manos a Dirk por los antebrazos y apretó de repente una bolsa de dinero contra él, de la misma forma que un matón asesta un golpe. Dirk solo se permitió un gruñido de agradecimiento, para no desconcertar más al niño en el cambio de autoridad que se había producido entre ellos.

Se volvió hacia Moritz, que estaba dando patadas a las ruedas del carro y mirando el resplandor brumoso del lago. La fuerza persa del hermano menor emergía en sus hundidos ojos color ciruela.

—No sé por qué debes irte ahora —dijo.

Su tono sugería una presunción correlativa: «... ya que no tuviste el valor de irte hace ocho años cuando abandonaste tu puesto y perdimos a nuestra madre».

—Habéis crecido —respondió Dirk—. O casi. Comerciar con papel es el negocio de vuestra familia, no el mío.

—¿Cuál será tu nuevo trabajo?

Todos observaron cómo el vapor de ruedas, con las salpicaduras casi silenciosas del promontorio, se arrimaba a la costa y se disponía a atracar.

—No lo sé.

Dirk había decidido que no les contaría a los niños ni a su padre que pretendía llegar hasta Persia, aunque no sabía lo que andaba buscando. Una tierra perdida. Una casa que no apestara a familiaridad. Se percató de que parecía un acertijo imposible de resolver, pero lo intentaría. Él también había crecido.

—Quiero que te quedes esto —le dijo a Moritz.

Había esperado hasta el último momento para decidirse y solo entonces tuvo el valor de rebuscar en su morral. Franz y su madrastra estaban apartados unos pasos; entendían que esa transacción era más importante que las salchichas o los florines. Dirk sacó el cascanueces. Tras terminar la figura con gravilla y arena, había usado las pinturas de Nastaran para colorear la pieza y que tuviera personalidad.

Reemplazaba la pluma de tordo en el penacho cada año, más o menos, y había ungido los goznes de la mandíbula con aceite de linaza y zumo de limón para evitar que se rompiera, se secase o rozara la madera. Había pasado de ser el cascanueces a el Cascanueces y, en las historias que Dirk solía contarles a los niños de pequeños, era «El Cascanueces esto...» o «El Cascanueces aquello...». La criatura había evolucionado: ya no era un objeto, sino un ente.

El Cascanueces poseía un poco de Pan, pero no era Pan. Quizás fuera el hijo bastardo de Pan y Pitia.

—Toma. Para ti.

Moritz no miró ni a Dirk ni al Cascanueces; giró la barbilla y oteó por encima de su hombro, ansioso por terminar de una vez.

—No.

—Quiero que lo tengas tú. De verdad.

—Quieres muchas cosas. Mala suerte.

Franz y Frau Pfeiffer dedicaron gestos de despedida a Dirk. Moritz se encorvó en el carro de espaldas al lago, con el rostro levantado hacia el sol y los ojos cerrados. No era *rigor mortis*, sino *rigor vitus*. Roto como su madre y por una razón parecida.

¿La infancia es lo único que comprendemos en todo el mundo?

¿En qué nos beneficia ostentar brevemente ese privilegio? Y, luego, ¿cuánto nos perjudica al descubrir que las reservas de novedades en experiencias humanas se han agotado?

Dirk no sabía cuánto le costaría llegar a Bregenz, en la frontera oriental del Bodensee. La ciudad, que había sido gobernada hacía tiempo por los bávaros, formaba parte ahora del imperio austríaco. De ahí a Viena, y luego más hacia el este. Ya se las apañaría.

Se recostó en la barandilla de la popa mientras el achaparrado navío emprendía su camino bajo el sol veraniego y viraba hacia la costa para realizar alguna parada esporádica. En algún punto entre los muelles, en un arranque súbito de furia hacia Moritz, y quizá por cierta responsabilidad, Dirk buscó a tientas el Cascanueces en su morral. Si no podía ofrecerle consuelo a Moritz, entonces no le servía para nada.

Algo detuvo su mano, como un temblor o escalofrío del Cascanueces. Un estremecimiento de vida en el cadáver de un trozo ambulante de madera muerta. «¿Estoy menos muerto?», pensó Dirk. «¿O más preparado para vivir?». Sacó la mano vacía y movió los dedos sobre el agua, sin arrojar nada a sus profundidades.

Y allá que fue, a Viena, Bucarest, Constantinopla, Isfahán, y más allá. Y el Cascanueces, siempre en su morral, nunca se quejó.

65

Bagdad, Samarcanda, Catay occidental.

Descubrió que poseía un don para los idiomas, como si sus oídos se hubieran agudizado para compensar el ojo cíclopeo.

Casi se casó con una mujer china a pesar de las objeciones de sus padres, hasta que se percató, justo a tiempo, de que él también albergaba sus propias objeciones, aunque fuera difícil articularlas. No habría sido justo sacrificar la felicidad de Wu Min en el mausoleo a la memoria de Nastaran.

Sin embargo, esa no fue la única razón. En cuanto Wu Min hubo superado su bella timidez y melancolía, Dirk le preguntó sobre su familia. Estuvo hablando unas tres semanas, encadenando historias desconcertantes sobre sus ancestros. Recordaba con una clínica precisión ferviente cada momento de sus vidas, algo que Dirk consideró prácticamente monstruoso. O bien Wu Min era de una especie radicalmente distinta, o bien lo era él. Escapó justo a tiempo.

Rusia central, el norte de Rusia. San Petersburgo. Copenhague. Estocolmo. Londres.

Hizo honor al desdén alemán hacia Francia por miedo a su sanguinario fervor revolucionario, por lo que rodeó la mezquina París.

Regresó a Alemania unos quince años después de marcharse. Había sido un ejercicio divertido.

Su morral se componía ahora de varios baúles. Dirk se hacía mayor y el equipaje pesaba demasiado para estar cargándolo de aquí para allá. Fundó un establecimiento, una tiendecilla, detrás de unos acogedores parteluces que daban a una calle sórdida, al este del centro de Múnich. A pesar de la aislada localización, emprendió un negocio activo para sus figuras talladas. Los padres los llamaban juguetes y los compraban para sus hijos. Drosselmeier nunca los contradijo.

El Cascanueces estaba magullado por los viajes, astillado, con golpes y viejo. Dirk le había hecho una espada a partir de la hoja del viejo cuchillo, que ató con la tira de una honda de cuero alrededor de la cintura. El Cascanueces presidía la juguetería. Vigilaba sus dominios con esos protuberantes ojos suyos. Superior, protector, aunque ligeramente molesto siempre por temas de una dificultad desconocida. La única parte nueva en él era la pluma de tordo, que procuraba renovar todos los años.

Una tarde que nevaba, mientras Dirk se disponía a cerrar la tienda, guardar el punzón y los cuchillos en la cartera y tirar las virutas de madera en la estufa, la campanilla de la puerta principal sonó. Entró un cliente tardío, sacudiéndose la nieve de las solapas. Llevaba una barba pelirroja al estilo prusiano y sus ojos eran cautos y perspicaces.

—Dicen que te has convertido en el mejor juguetero de la ciudad —dijo—. ¿Cómo no te he visto en todos estos años?

—Vaya, vaya —respondió Dirk—. Buenas tardes, Felix.

66

—**U**sí que eres tú —dijo Felix Stahlbaum.

Agarró con las dos manos la cabeza de su bastón, como si fuera a levantarlo y golpear a Dirk con él. Sus manos estaban enojadas, pero su rostro parecía irónico. La sonrisa vacilaba, con un toque de acidez.

Pero ¿qué entendía Dirk Drosselmeier, ahora o nunca, sobre las expresiones de la gente? Sabía que él era una persona ingenua. O puede que no... En cualquier caso, se comunicaba como tal. Era más seguro así.

Hablar con frases cortas.

Evitar lo abstracto.

Tener cuidado con los extremos exacerbados. Ya está bien del pobre miserable Werther, el de Goethe; deja que se suicide por la tonta de Charlotte. Ahórranos la grandilocuencia y los lamentos.

Admirar lo sencillo, lo pequeño, lo que pasa desapercibido ante las miradas moralizantes de los ciudadanos cultos de una nación u otra.

Un día, para distraer a Wu Min del tema de sus ancestros, Dirk había cometido el error de preguntarle sobre sus primeros recuerdos. Un mes después, cuando Wu Min paró para tomar aire, él salió a dar un paseo con la esperanza de arrancarse la cabeza de los hombros. La vida de Wu Min era un mundo repleto de deleites y progresos, ofensas y malentendidos. Era sabia. Normal. Él era un idiota.

Cuando, a su vez, Wu Min le preguntó por los recuerdos de su infancia, Dirk se dedicó a responder algo acerca de una madre ratón y seis bebés. Ella se lo había tomado como una metáfora: creyó que tenía cinco hermanos muertos y lloró por ellos. Sus protestas respecto a que él no hablaba con la teatralidad oriental no sirvieron de nada. Wu Min lo amaba cada vez más por sus supuestas pérdidas y carencias.

Wu Min le había preguntado por los nombres de sus primeros cuidadores. Dirk no pudo facilitárselos. De hecho, lo único que pudo decir, a medida que él mismo fue creciendo, es que se había dado cuenta de que no habían sido tan viejos como creía de niño. La anciana tenía piernas torneadas y la barba del anciano había sido marrón, no gris. Eran meros campesinos que desconocían cómo funcionaba el mundo y, como consecuencia, lo temían.

Cuanto menos podía responder sobre sus padres, más lo abrazaba Wu Min, hasta que al fin consiguió huir.

El silencio en su cabeza no se debía a la soledad, según descubrió. No tenía nada por lo que sentirse solo.

Aun así, allí estaba Felix Stahlbaum, con la barbilla elevada unos centímetros, tal vez para permitir que sus ojos se acostumbraran a la penumbra de la juguetería.

—Hay gente a la que esperas ver de nuevo y a otros nunca vuelves a verlos —dijo Felix.

—Yo no espero nada —replicó Dirk.

Quizá se había vuelto un poco budista en sus viajes... Aunque no se le había ocurrido nunca. Habló de pie, con el banco de trabajo entre los dos.

—¿Vas a cerrar? —preguntó Felix.

—Depende. ¿Has venido a comprar juguetes?

—¿Estás libre para venir a cenar conmigo?

Dirk reflexionó sobre eso. ¿Qué significaba «libre»? En cuanto la pregunta se formuló en la habitación, ¿quedaba alguna libertad al respecto? En realidad, la pregunta podía plantearse de la siguiente forma: ¿era Dirk libre para declinar la invitación? No sabía si gozaba de tanta libertad. ¿En qué debía basarse?

Y, sin embargo, ¿en qué debía basarse para ser libre de aceptar?

—Ven a cenar conmigo —dijo Felix con astucia.

Puede que se diera cuenta de que una orden surtiría más efecto que una petición. Dio unos golpecitos en el banco de trabajo con la cabeza metálica de su bastón.

—Déjame guardar las figuras que he estado arreglando.

Para ganar tiempo y darle la espalda, Dirk recogió el zuavo con turbante y el húsar con su chaqueta verde y dorada y los puso en un estante sobre el horno. Entre las olas del calor, las dos figuras parecieron doblar las rodillas y enderezarse.

—¿Son obra tuya? Tienes un talento considerable —dijo Felix—. Al final tendré que comprarte algo.

—Estoy a tu servicio —respondió Dirk.

Más tarde, en la memoria de Dirk todas las conversaciones se amontonaron. Mediante pequeños ajustes, el mundo se conmociona y se vuelve aburrido de nuevo casi en el mismo instante.

Pero no olvidó la primera vez que se sentaron delante de una copa de *schnapps* dorado, junto a la chimenea, en el saloncito situado detrás de Peterskirche, establecimiento del que, al parecer, Felix era cliente habitual.

Ahora que no se cernía sobre él, Dirk se dedicó a observarlo de cerca. Una fina línea, de la que Dirk no se acordaba, recorría la frente de Felix, puede que por potenciar ciertos músculos faciales, los que se usan para hacer muecas. Le resultaba complicado establecer cómo envejece una cara. Los ojos, quizá, se tornan menos románticos y más capaces de escudriñar. O al menos eso ocurría con los ojos de Felix que, bajo esa luz, eran avellana con un poco de musgo. Sobre la naturaleza de su único ojo, Dirk no sabía nada más allá de su color: azul nuboso. Los espejos solo muestran las máscaras que empleamos, aquellas que necesitamos para examinarnos.

—Cuéntame dónde fuiste —dijo Dirk antes de que Felix pudiera formular una pregunta.

—¿Lo que te ocurrió a ti no resultará más interesante? —respondió el hombre, relajándose un poco.

—No para mí. Llevo demasiado tiempo viviendo mi vida. Tú desapareciste.

—No desaparecí. Regresé a la universidad.

—Nunca viniste a buscarme.

—Bueno, en cuanto me enteré de lo que le pasó a esa mujer, Frau Pfeiffer... No sabía si podrías perdonarme.

—¿Qué debería perdonarte?

—Que te distrajera, quizá, de tu deber.

—Mi deber era asunto mío y yo seré quien asuma las consecuencias, no tú. Tampoco es que me dieras ninguna oportunidad.

—Sí que fui una vez, ¿sabes? —dijo Felix, tomando un sorbo de *schnapps*—. El verano siguiente. Había regresado a Überlingen para quedarme con la familia Von Koenig otra vez. Fueron un día al mercado de Meersburg y yo me detuve en la casa Pfeiffer. Ni tú ni los niños estabais. Solo el marido y otra persona, una mujer de ciertas proporciones.

—Ay. Gerwig y Cordula, la segunda Frau Pfeiffer.

—Les pregunté por ti. ¿Te lo dijeron? —Felix arrugó el entrecejo con una fingida indignidad.

—No. Pero ¿y qué si lo hubieran hecho? Carecía de la condición social necesaria para irrumpir en los salones de los Von Koenig para verte.

—Bueno, quería saber cómo estabas.

—Supongo que te lo contaron.

—Supón que no lo hicieron. Nadie sabe gran cosa sobre ti.

—¡Tú sí que eras conocido! —rio Dirk—. Esa música. Nunca la he olvidado.

—¿No vas a hablar de ti mismo? Como siempre. —Felix jugueteaba con una cuchara—. Bueno. El violonchelo. Disfruta de los recuerdos que poseas al respecto. Ya no toco ningún instrumento.

—Ay, no. No me digas eso. ¿Por qué no?

—Al fin acepté que tengo mejor oído que capacidad en los dedos o... o eso musical... No sé cómo se dice. Destreza. Talento musical, si lo prefieres. Me castigaba a mí mismo al escuchar mis intentos ineptos de transcendencia. ¿Has oído alguna vez cómo hablan las personas prácticamente sordas? Hablan con embrollos. Yo tocaba así, todo embrollos. Al final, no quise ofender a la música ni a sus compositores tratándola tan mal.

—Tenías tanto que ofrecer...

—Poca música has escuchado tú si es lo que piensas.

Comieron de *table d'hôte*: un plato de ternera con limón y zanahorias y una ración de finas patatas peladas en vinagre.

—Voy a pagar por esta comida —dijo Felix—. Así que debes entretenerme.

—Debería haber traído a mi amigo más reciente: un mandarín del antiguo Catay hecho de roble y ataviado con un bigote que le va desde los dos lados de la barbilla hasta unas zapatillas con las puntas retorcidas. Lo habría hecho bailar para ti.

—Hace un tiempo habría preferido que tú te ofrecieras a bailar para mí.

—Ay, Felix —dijo Dirk.

Qué confuso resultaba sentirse relajado y alerta a la vez. Sobre lo que había dicho de poseer talento musical... A Dirk le parecía que Felix sí que había poseído esa capacidad, mientras que él podía sentir en sí mismo una ausencia de talento con casi tanta firmeza como habría imaginado su presencia. Se esforzó por encontrar las palabras adecuadas.

—Solo tenías que pedírmelo.

—*L'esprit de l'escalier*. Intenté pedírtelo.

—Es una buena ración de ternera.

—Estabas demasiado obsesionado con Nastaran. No me escuchabas.

—No me gusta hablar de ella.

—Fui un bruto, lo admito. Jugué contigo la noche que pasamos en el granero de aquel granjero. Durante la tormenta de nieve. ¿Te acuerdas de esa noche? No lo sabías, pero lo averigüé.

Dirk miró el tenedor, colocado como una mano pequeña sobre el escalope de carne: los dedos arqueados, hacia arriba, listos para recibir.

—Te hablé en murmullos mientras dormías...

—Felix, para.

—Te hablé de ella...

—De verdad, no quiero que...

—Intentaba salir de dudas, saber si era Nastaran la que te excitaba.

Dirk negó con la cabeza. No era dado a las lágrimas, nunca lo había sido. Ese era el estado que más se acercaba a llorar.

—Y tú... —carraspeó—. Y tú...

—Bueno, lo descubrí. Cuando te hablé de ella en murmullos en la oscuridad, respondiste como cualquiera habría hecho al pensar en su amada.

—Felix.

—No podías saberlo, estabas dormido, pero averigüé lo que había ido a averiguar.

—Felix.

—¿Sí?

—Creo que respondí ante ti —dijo Dirk.

Le correspondió a Felix bajar su cuchillo. Lo dejó al revés, en una posición cerrada, con los dientes tocando la salsa viscosa y unas pocas migas de pan pegadas en su curva.

—No estaba durmiendo aún —prosiguió Dirk en voz baja—. Te oí. No sabría decirte qué ocurrió... ¿Quién lo sabe? Pero respondía a tu voz. En parte, al menos. A la música de tu voz.

El *maître d'hôtel* se acercó para ofrecerles una botella de vino dulce antes de que pudieran volver a hablar, unos momentos después.

—Ya ves —dijo Dirk al fin—. Estaba listo para bailar.

—Y tú eres el del parche. Qué ciego estaba.

—Ah, bueno. Solo tendrías que haber preguntado.

—Tú también podrías haber preguntado, ¿sabes?

—¿Yo? —bufó Dirk—. No poseo esa clase de lenguaje.

—Si necesitas hablar, lo aprendes.

—*Touché*. Algún día aprenderé.

—Y todo ese tiempo —dijo Felix—, pensé que no te habías puesto en contacto conmigo por Nastaran. Creía que te sentirías culpable por su muerte.

—No había mucho por lo que sentirse culpable. Yo no creé la tormenta de nieve que nos impidió regresar esa noche.

—Siempre me he preguntado, Dirk...

—¿Qué te preguntabas?

—Si, al marcharnos, sabías que ella no estaría cuando volvieras.

—¡Felix!

—No es inverosímil. Sabías que era muy infeliz. Me pregunté si te habría convencido para que te llevaras a los niños y tener así un momento para poner fin a su vida.

—Eso me convertiría en culpable.

—Bueno, en cierta forma, quizá.

—¡Cómo te atreves!

Dirk no podía hablar de ella. Nastaran había dejado una mancha centelleante que a veces se abría paso en sus sueños desde algún cofre que permanecía cerrado durante el día.

—No pretendía ofenderte —dijo Felix encogiéndose de hombros.

—Cualquiera que ayude a alguien a suicidarse está cometiendo asesinato. Me indignas.

—No hace falta que lo veas de esa forma. La muerte puede ser el único camino para algunas personas. O eso podría parecer en un momento dado. La solución de Werther. Me pregunto si estabas hundido en la culpa por tu complicidad.

—¡Complicidad!

—Vaya, tienes la capacidad de inquietarte. No debería estar sorprendido. ¿También me equivoco en este asunto? Pues me equivoco. No es necesario que te alteres tanto. Sin embargo, hasta el alcance de tu arrepentimiento da que pensar. —Se puso a comer de nuevo—. Tienen una tarta *mitschlag* muy buena, nunca me canso de recomendarla.

—He tenido suficiente —dijo Dirk apartando el plato—. No puedo comer más. Vamos.

—¿Dónde propones? —Felix hizo señas a un camarero y sacó un monedero que llevaba colgando del cuello con un cordón—. ¿Vendrías a casa conmigo?

Dirk estaba listo.

—Sí.

—Muy bien. —Felix dejó la moneda sobre la mesa y, de pie, se comió otro bocado de ternera—. Todos estarán encantados de conocerte.

—¿Todos?

—Ethelinda y los niños.

Dirk empujó la mesa para levantarse de la silla. El plato se balanceó, el tenedor cayó al suelo y aterrizó como una herramienta tirada, con las puntas hacia abajo en una grieta entre dos tablones viejos.

68

Felix Stahlbaum condujo a Dirk Drosselmeier hasta un próspero vecindario residencial de Múnich, una avenida que, sin saber cómo, Dirk nunca había pisado. Unos tilos flanqueaban los dos lados de la calzada y formaban asimismo una única fila en el medio, junto a la franja estrecha de un jardín que recorría la calle de un extremo a otro. La nieve producía el sonido de pequeñas zarpas; al caer, unas bolitas quebradizas raspaban las pocas hojas secas que seguían aferradas a los árboles. Felix se detuvo delante de una casa al final de la calle y buscó una llave en su gabán. El edificio era alto y el color del estuco le otorgaba un aire acogedor; se parecía a la pulpa de los pálidos melocotones orientales: blanco teñido de crema y sangre. En la planta baja brillaban unas lámparas tras las ventanas cerradas; las cortinas estaban echadas en los pisos superiores.

—¿Tenéis habitaciones aquí?

—Esta es mi casa. —Felix subió saltando los escalones de piedra, gesticulando. Se dio la vuelta mientras insertaba la llave y le guiñó un ojo—. El matrimonio confiere unos privilegios considerables, como puede que sepas ya. Los niños se llaman Günther y Sebastian.

Dirk no respondió, pero permitió que lo condujeran a un vestíbulo y luego a un atrio interior.

Una especie de mural recorría los dinteles de las amplias puertas creando un margen entre la planta baja y la galería superior. Un friso, pintado en color vainilla y decorado con bajorrelieves de yeso de

figuras grecorromanas que brincaban en un cortejo. Sobre el atrio, del que manaba un aire frío en esa casa acogedora, se elevaban dos niveles más. El piso de la entrada y el superior estaban iluminados, mientras que la oscuridad reinaba en el tejado, donde un dosel de cristal ya nevado se posaba sobre unos puntales de hierro negro.

El ruido del caos familiar borboteaba tras unas puertas cerradas. El aroma puro a jabón de brea y a zanahorias caramelizadas resultaba ligeramente ofensivo. Alguien tocaba el clavicordio con una extraordinaria carencia de aptitud. Un portazo, el grito de un niño, una voz de mujer dando una orden firme, algo cayendo y rompiéndose.

—¡Papá! —gritó un niño .

Una figura (varias, de hecho) corrió por las escaleras de la galería, tras una balaustrada de hierro forjado que formaba florituras, lanzas y gravillas. Los ruidosos *arrivants* bajaron a trompicones la escalinata abovedada de piedra ubicada al fondo del vestíbulo.

Mientras tanto, había aparecido un criado para recoger el abrigo de Felix y quitarle la nieve. Dirk le estaba ofreciendo su sombrero cuando una criatura muy rubia, seguramente un niño, se lanzó a los brazos de Felix. Justo detrás del muchacho brincaba un Cavalier King Charles spaniel con manchas de color mandarina. El perro, de una elegancia considerable, parecía confuso y, en consecuencia, frenético. Derrapó hasta detenerse delante de Felix y Dirk y comenzó a correr en círculos a su alrededor, saltando y mordiendo los talones y las pantorrillas de Dirk.

—¡Otto! ¡Otto von Blotto! —gritó el niño—. ¡Para!

Pero Otto von Blotto estaba molesto y su ladrido contenía la curva de una cimitarra. El sonido retumbaba como el acero contra las narices marmóreas de los desconocidos bustos del siglo XVIII.

—¡Dios bendito, un intruso al fin! —gritó una voz de mujer desde arriba—. Ya veo que nuestro dócil Otto tiene tanto peligro como un caballero, después de todo.

—¿Qué mosca le ha picado? —preguntó Felix entre carcajadas—. Nunca se comporta así. Está claro que se cree que eres otra persona.

—Soy otra persona —dijo Dirk.

—Llévate a Otto y regresa para desearle buenas tardes como es debido a nuestro invitado, Günther *liebchen* —ordenó Felix—. ¡Ah, menuda sorpresa!

El niño, Günther, agarró al inquieto animal y dio media vuelta. El perro se asomó por el hombro del muchacho y fijó una mirada acusatoria en Dirk mientras ladraba con creciente alarma al verse desterrado. Günther, vestido de terciopelo verde, parecía engalanado para alguna ocasión especial. «No tendrá más de siete años», pensó Dirk.

—No esperábamos compañía —dijo una mujer bajando las escaleras.

—Ethelinda, déjame que te presente a un viejo amigo, Herr Drosselmeier. Es posible que lo recuerdes... Dirk, esta es Frau Stahlbaum.

Dirk se fijó en sus medidas. Iba ataviada con un vestido de cintura alta, ceñido por un cinturón estilo imperio que recubría la esbeltez de su vientre y sus caderas. Debajo de sus mangas burdeos se intuían unos hombros robustos que erguía al modo militar. Llevaba un rígido sombrero alto de una austeridad intransigente. Los ojos de Ethelinda eran amables y cautos. Se había empolvado la piel para parecer más pálida y su barbilla se retiraba hacia la mandíbula como la cabeza de una tortuga que se introduce en su caparazón.

—No podría haber tenido el placer —dijo.

Dirk oyó en esa frase una astuta ambigüedad. Era precavida.

—Sí, claro, seguro que sí, o eso creo, ¿no? —respondió Felix, cogiéndola de la mano y acercándola para colocarla en la palma extendida de Dirk—. Un verano en la casa de tu padre, junto al lago. ¿No?

Dirk alzó una ceja. Felix se había casado... Sí. Con una hija Von Koenig. La hermana de su amigo de la universidad, ¿cómo se llamaba? Kurt von Koenig.

Ethelinda Stahlbaum, *née* von Koenig, negó con la cabeza.

—Carece de importancia. Es un gran placer conocerlo, Herr Drosselmeier. Pero, Felix, te has olvidado de nuestro compromiso con los Foerster. He enviado a un mensajero para decirles que no habías llegado y que sirvieran la comida. No obstante, no debemos retrasarnos.

—Perdóname, querida mía. ¿No es demasiado tarde para salir ahora? Está nevando.

—Estamos en Múnich. En diciembre. Siempre nieva —dijo Ethelinda. Su tono afable era despectivo y autoritario—. Creo que podrían encontrar una silla para Herr...

—Drosselmeier —le respondió Dirk—. Señora, es culpa mía. No había visto a mi viejo amigo en muchos años y hemos perdido la noción del tiempo. Debería retirarme. Os pido disculpas por las molestias.

Günther regresó al vestíbulo. El perro seguía gimoteando en algún armario distante.

—Creo que le ha asustado su parche —dijo el niño mientras su hermano pequeño, un duendecillo vestido de satén azul, entraba bamboleándose con el pulgar en la boca—. ¿Por qué lo lleva?

—Eso, ¿por qué? —preguntó el que debía ser Sebastian.

Al ver a esos niños, el horror por la pérdida de Franz y Moritz Pfeiffer inundó a Dirk. Aquellos niños habían sido desgarrados y ordinarios, anomalías persas, nada que ver con esos elegantes sílfides macho. Pero la forma en la que los difusos niños Pfeiffer se habían desvanecido en meras cáscaras de una vida triste y plomiza... Dirk tuvo que darse la vuelta.

—Niños, ¿esa es una pregunta muy personal! —dijo Felix—. Debería daros vergüenza.

—Pues claro que es personal, ¿es una persona! —contestó Günther, cubriéndose el ojo con un parche de dedos.

Dirk dejó el debate más o menos abierto y pidió su abrigo con un gesto. Qué tonto por su parte había sido permitir que lo acorralaran en el peor de los sitios.

—Los Foerster —explicó Ethelinda a su marido— han decorado un árbol en el vestíbulo para la festividad. Será divino. Sebastian, Günther, poneos los abrigos. Usad las capuchas, que está nevando. ¿Nos acompaña, Herr Drosselmeier?

Pero Dirk se despidió con rapidez y escapó a la noche. En la avenida, los copos borboteaban con un siseo pulmonar. Los miembros de la familia esperaron en la puerta de la calle, divertidos y boquiabiertos por la huida de su invitado. En las entrañas de la casa, aquel perro infernal seguía divulgando sus opiniones con fuerza y furia.

69

Poco tiempo después, y tras superar la sensación de ser un intruso en el hogar familiar, Dirk se encontraba en un saloncito amarillo junto a la estufa recubierta de azulejos holandeses que ocupaba una esquina. Felix hurgaba con torpeza el tabaco de una pipa de espuma de mar. Dirk atendía una copa de coñac lionés. Los niños mantenían una trifulca en la alfombra tras el canapé; unas veces fingían darse puñetazos y otras se calmaban para representar escenas con sus nuevos juguetes. Dirk les había traído un abisinio y un sultán. Los niños no sabían lo que significaban, pero como el sultán parecía ser el dominante debido a su turbante azul sembrado de estrellas, Günther lo usaba para atacar con la cabeza, cual toro con los cuernos dispuestos, derribando al abisinio sobre su espalda reiteradas veces. Sebastian se reía y lloraba a partes iguales, incapaz de realizar una finta ganadora con su abisinio. Cuando se hartaban, tiraban los juguetes a un lado para pegarse entre ellos.

—Lo que no entiendo, ni siquiera ahora —decía Felix— es por qué no te has casado, Dirk.

—Por favor, ¿crees que es conveniente...?

—No escuchan a los adultos. ¿Por qué deberían? A su edad, ¿tú escuchabas a tus padres?

Dirk no respondía preguntas acerca de sus padres.

—Supongo que lo que quiero decir —dijo Felix, consiguiendo al fin manejar la pipa— es si tus simpatías abarcan tanto que te dificultan la opción de elegir. No voy a simular que todo el mundo esté feliz con una esposa, pero tú adorabas a tu amada Nastaran. Y te fastidiaba mi amistad. ¿Acaso hay dos energías compitiendo por tu atención y, por tanto, te resulta complicado contentarte?

—Pero ¡qué cosas dices! ¿Por qué no vuelves a tocar un instrumento musical? Canaliza un poco esa curiosidad tuya en cuestiones melódicas. Resultarían menos irritantes.

—Ni lo sueñes. Era un músico bastante irritante. ¿Te he ofendido?

A Dirk le alegraba ser un invitado bienvenido en la casa Stahlbaum, pero se andaba con cuidado.

—La persona que formula preguntas como la tuya es la que acaba estableciendo los términos —dijo, encogiéndose de hombros.

—¿Qué términos elegirías tú si me devolvieras la pregunta?

—Eso es algo que no pienso hacer. ¿Nos va a acompañar Ethelinda?

—¿En el salón de fumar? Se te ha subido el coñac a la cabeza. Ha dicho que iba a sacar a Otto von Blotto a pasear por la calle, pero en realidad quiere presumir de su sombrero parisino. ¿A que es atractiva?

«Ella te ha dado estos maravillosos hijos, esta casa con tantas comodidades», pensó Dirk. «Es serena, firme y casi encantadora. Podrías haber conseguido algo peor».

—O puede que... no tengas ningún tipo de... deseo —insistió Felix.

—Eso es ridículo —dijo Dirk—. Debería arrancarte la cabeza ahora mismo. Esa clase de deseos tengo.

Los niños cesaron sus escaramuzas al oír que Dirk alzaba la voz. Él mismo se había sorprendido e intentó fingir que se trataba de una farsa. Pero Felix, que había captado el tono de su réplica, le puso la mano sobre la rodilla para servirle un poco más de coñac. La conversación derivó hacia las posibilidades que ofrecía la mayor

riqueza comercial en la renovada confederación que la revolución de marzo les había prometido a los estados alemanes. Felix planeaba una estrategia para aprovechar los elementos liberales y reforzar sus inversiones.

—Tengo la esperanza de tomar posesión de una casa para el verano en el norte. La he heredado de mi abuelo porque su esposa murió hace tiempo y mi mezquino padre no quiere encargarse de ella. Un sitio donde podamos retirarnos, ya que Kurt y Ethelinda se enfadaron hace un tiempo y ya no podemos acudir al *schloss* de Bodensee.

—¿Por qué se enfadaron? —preguntó Dirk, contento por el cambio de tema.

Pero era el turno de Felix de advertirle sobre la presencia de los niños, que habían estado acumulando en silencio un contingente de los primeros regalos de Dirk: dos sabios de Catay, una lechera ucraniana y Mamá Jengibre, con sus anchas caderas y los niños que escondía entre sus faldas. Habían alineado todo un mundo de juguetes junto a la alfombra turca mientras escuchaban a los adultos. Las manos de los niños no se estaban quietas.

En ese momento, Ethelinda entró y perdió el control de Otto von Blotto, que salió disparado y, en esa ocasión, se olvidó de hostigar a Dirk para coger con los dientes al nuevo sultán y correr dando vueltas al sofá, gruñendo.

Felix:

—Todos acabamos por crecer.

Felix:

—¿Lo estás... del todo? ¿O nada? ¿Más... o menos?

Felix:

—Sebastian, bájate del regazo de Herr Drosselmeier. Ya eres demasiado mayor para ese tipo de cosas.

Felix:

—No sé dónde va a parar la infancia. A veces recuerdo... algo. Me pregunto si tú también te acuerdas.

Felix:

—Me respondes muy pocas veces. ¿Debería sentirme ofendido?

Felix:

—¿Nadie piensa encerrar a ese maldito perro?

Felix:

—Algún día será demasiado tarde, Dirk.

71

Un día, cuando ya era demasiado tarde, Dirk se encontraba en un salón dorado y azul pálido: asistía a un concierto en honor al difunto Frederik Chopin. Aunque los briosos y exhaustivos estudios llamados *Nocturnos* seguían siendo relativamente recientes para el público general, la sala estaba llena. Un esteta presentó la selección con unos cabellos expresivos, cual vampiro, y acabó interpretando las piezas con una violenta agitación de brazos. A pesar del melodrama en la actuación, la música se elevaba, oh, sí, con una fuerza que conmocionaba.

Para no descuidar a Chopin en beneficio de los simples recuerdos egoístas, Dirk se esforzó por seguir la arquitectura de la pieza. Si Bach fue un músico para la corte y la iglesia, Chopin lo era para la alcoba. O para el bosque iluminado por la luna. Si Bach había sido euclidiano, según afirmó Felix una vez, Chopin se basaba en una retórica distinta. Dirk carecía de referencias para expresarse. ¿Dionisiaca? Un Dionisio báquico.

Una espiral recurrente en la línea melódica, que primero ascendía y luego caía en tirabuzón hasta los registros más bajos, con giros y titubeos tan lánguidos como una gota de lluvia que se precipita de la rama a la hoja hasta unos labios alzados.

Al escuchar música, Dirk intentaba vaciar la mente de ensoñaciones e imágenes. Esa noche, sin embargo, los primeros tres nocturnos trajeron de vuelta a Felix de una forma difícil de desentrañar. Dirk se esforzó por escapar de esos detalles... Cómo Felix lo había mirado a veces, burlón, con una media sonrisa, de la misma forma que un perro gira la cabeza a la espera de que le respondan una pregunta no formulada. Y luego, ¿qué?

Permitió que la música desplegara en su mente cierta aprehensión que tardó un rato en reconocer. «Aquí viene Felix, descendiendo del cielo, cayendo del cesto de un globo aerostático. (¿Es posible que las personas nos lleguen de una forma distinta?). Estoy tendido en el suelo; el impacto me ha dejado sin sentido. Felix está de rodillas, se inclina sobre mí, me da bofetadas para despertarme. ¿Qué intento decir con esto? Me ha ocurrido, de verdad que ha ocurrido. Ridículo como parece... No es más ridículo que el resto de experiencias. Y lo recuerdo aquí, bajo la influencia de Chopin. La vida ha hecho de esta vivencia un recuerdo».

Sin recuerdos, ¿qué significado, o importancia, tiene la experiencia?

Pensó en esos pobres inválidos que habían muerto y luego, sin saber cómo, resucitaron, y cómo a veces se decía que habían sido cercenados de su verdadera naturaleza. Quizá tenían rotos sus recuerdos y por eso no estaban vivos de verdad, no de la misma forma que los demás.

Pero los recuerdos podían matar... Habían matado a Nastaran.

En el apogeo de una curiosidad indignante, Felix le había preguntado una vez sobre su parche.

—¿Tu ojo sigue detrás del círculo negro? Dijiste que lo perdiste... ¿Lo dices de verdad? Si lo perdiste, ¿dónde está?

Dirk no había respondido, claro. Lo cierto es que no lo sabía a ciencia cierta. Quizás el árbol que derribó en el bosque le había pinchado el ojo como una cuchara que extrae una piedra de una cereza madura. A lo mejor el ojo rodaba por alguna parte de la Selva Negra, pensando en sus cosas, viviendo experiencias sin recuerdos.

Oh, lo que esa música ridícula podía liberar de una mente miserable...

Su alteridad... El significado sin palabras.

La melodía del violonchelo embistiéndolo con su belleza en la capilla desmantelada del *schloss* de los Von Koenig. El *dotar* sin tocar en el dormitorio de Nastaran.

La melodía de Chopin, un contrapunto sencillo que descendía en el primer lance, articulándose con repeticiones mediante sutiles adornos. Música recordándose a sí misma. Todo adquiriría un significado distinto, acrecentado, al escuchar esas simples frases que se repetían tan raudas, matizadas por las variaciones cromáticas. Aclaraciones.

No eran redundancias, sino hipótesis sobre cómo funciona la consolidación. Una segunda oportunidad para entenderlo. Una segunda oportunidad en la vida.

En vida de Felix, Dirk visitó la casa conocida como Meritor en una única ocasión. Recordaría su estancia como una especie de regreso al hogar, a pesar de que esa comparación carecía de fundamento en su corazón.

La familia Stahlbaum (y sus invitados, encargados y lacayos) empacaron sus pertenencias en tres carruajes. Se pasaron la mayor parte de una semana en el camino desde Múnich. Pararon en Núremberg. Pasaron una noche en Leipzig, cuyos editores, por lo que

Dirk tenía entendido, seguían comprando el papel a Herr Pfeiffer e Hijos en Meersburg. A continuación se detuvieron varios días en la grandiosa Berlín, donde acudieron a dos conciertos magníficos.

Los niños se aburrían durante las largas horas que pasaban en el carruaje, pero se emocionaban ante la idea de viajar. Ansiaban conocer el mar. Ethelinda compartía su entusiasmo, pues nunca había ido más al norte de Berlín. Solo Felix había visto la propiedad. ¿Les habría prometido demasiado?

Se toparon con ella al final del sexto día. La casa se aposentaba en el nudillo de una franja de tierra elevada en la isla de Rügen. A primera vista, el reducto de tres pisos, cerrado frente al sol y los vientos, parecía haber sido erigido como fortaleza contra los daneses... O quizá, cuando los daneses ocupaban la región, habían construido ellos mismos la fortaleza contra otros.

La proporción de ventanas de cristal y fachada de piedra era desfavorable con la luz. El granito gris estaba tallado en unos bloques demasiado grandes para lo que solía ser necesario en una casa. El sitio tenía un aire a templo, o incluso a entidad bancaria, pero el canal que tenía detrás relucía. Todos estuvieron de acuerdo en que la sobriedad de la casa contrastaba bien con la presteza y la insolencia del mar.

Los salones, con amplias puertas y montones de ventanas diminutas con postigos, daban al oeste, hacia la isla menor de Hiddensjö, en danés, o Hiddensee, como la llamaban los lugareños. Si Sebastian y Günther se subían al escritorio de la esquina del salón y miraban por la alta ventana, podían divisar el pequeño trecho del mar Báltico que separaba Hiddensee de un trozo septentrional de promontorio que formaba un rizo desde Rügen.

Dirk eligió una habitación en la parte superior de la casa que daba al norte. Aunque recelaba de la fuerza del viento que se colaba por las bisagras (recelos que se confirmaron la primera noche fría), concluyó que las vistas de las islas durante el día compensaban los escalofríos. Se enamoró al instante de una brecha, allá donde el agua se juntaba con el cielo sin la intervención de una tierra que perturbara el sentido de uniformidad. Una línea de horizonte entre el hogar y Hiddensee.

Algo así podría esperarse de alguien que nació en las cuevas de los valles alpinos. La claustrofobia se convierte en una peculiaridad de la infancia.

Dirk llegaría a adorar Meritor, nombre que el joven Sebastian inventó a partir de *meer* y *tor* («mar» y «puerta»). Los verdes arbustos se agitaban al viento con alegría y desparpajo. Incluso en los días de tormenta, el campo junto al océano poseía más luz que un día luminoso en Múnich. Solo cuando descendía la niebla, sobre todo en las mañanas de verano, la casa se encorvaba sobre sus rodillas de piedra, con aire de frustración.

Durante esa primera visita, Dirk, Felix, los niños y el desdichado Otto von Blotto, encontraron el sendero que descendía de los acantilados y deambularon por la costa. El perro gruñía a cada hebra de alga que se cruzaba en su camino. Los niños recogían piedras y conchas para tirarlas al mar y construir así, según les contaron, un puente de piedra entre Hiddensee y Rügen.

—Reutilizaron Meritor como hotel. Una especie de *seehotel*, creo —dijo Felix—. Pero fue un fracaso. Siempre permanecerá demasiado alejado del viajero veraniego, a menos que arreglen los caminos.

—Es encantador, pero ¿es sensato enamorarse de un lugar tan alejado de Múnich?

—*Au contraire*, me parece una distancia provechosa respecto a las preocupaciones de Múnich, con todos esos ojos y opiniones. Para el próximo año espero que pasemos aquí todo el verano. La gente comienza a hacer este tipo de cosas, ¿sabes?

—Lamentaré no veros a menudo, a ti y a tu familia, durante un periodo tan largo.

—Vendrás, claro. Esa es la idea.

Dirk rio. Se agarraron del brazo para protegerse del viento.

—Estás loco. Tengo una tiendecita y no puedo permitirme cerrar una temporada entera.

—Puedes traerte las herramientas, las pinturas y las arandelas, tus azuelas y punzones, y trabajar aquí durante todo el verano. Dispondré para ti un banco de trabajo. Los niños prometerán no molestarte.

—Nunca son una molestia. Pero es imposible. Vendré a visitaros de vez en cuando. Espero que eso sea suficiente.

Sebastian había encontrado una piedra con forma de rollito de mantequilla. Con un ruido atroz, Otto von Blotto intentaba resucitar a un pez muerto de un susto. Günther, que no prestaba atención a nadie, se precipitaba hacia las olas burlonas, alejándose antes de que le mojaran los pies. Las gaviotas traían de Suecia todas las noticias escandinavas. La luz parecía rizarse por encima del horizonte por alguna artimaña de la atmósfera.

Se sentaron a admirar las vistas teñidas de un azul cegador. Felix se trasladó a una roca situada detrás de Dirk y le abrazó los hombros con sus rodillas, como si fuera un violonchelo.

—Haré que cambies de parecer —le dijo—. Dame tiempo.

—Tómate todo el tiempo que necesites. Mi mente es una criatura caprichosa y puede que no encuentres lo que esperas.

—Como si no lo supiera ya.

Se quedaron sentados sin hablar. Los niños saludaron y su padre les devolvió el saludo. Dirk tenía las manos apretadas con firmeza, una dentro de la otra.

Cuando se levantaron para regresar, se arrimaron aun más el uno al otro.

—Niños —gritó Felix—. El viento es monstruoso. Alejaos de esas pozas o el Viento del Norte os hará caer en ellas y vuestra madre ordenará que sirvan mi cabeza en bandeja.

—Haces bien en preocuparte —dijo Dirk antes de darse cuenta. Nastaran en el borde del muelle a medianoche. Dejó de pensar en ello—. Qué buenos chicos son. ¿Siempre te hacen caso?

—Casi nunca. En cuanto se acostumbren a la novedad de la situación, empezarán a quebrantar las normas. Así son los niños. Espero que cuides de ellos, Dirk.

—¿Yo...?

—Si me pasara algo, quiero decir.

—¿Algo cómo qué? ¿Que te rapte un monstruo marino? —Dirk le propinó a Felix un empujón repentino con el hombro que le hizo

perder el equilibrio. Se le dobló la rodilla y acabó sentado en los guijarros mojados de la arena—. Sí, el mundo es traicionero, Felix.

—Maldito. Ya te pillaré.

Se persiguieron el uno al otro hasta alcanzar a los niños y alejarse un poco más. Meritor apareció ante ellos al girar un peñasco. Desde allí podían ver el tejado almenado que daba al mar. Quizá la casa, en algún momento, había albergado un cañón.

—Es el lugar ideal para que trabajes —le dijo Felix cuando empezaron a escalar el risco. Llevaba a Otto von Blotto en brazos, pues la cuesta era demasiado empinada para sus cortas patas—. Observa su amplitud. Necesita que... la llenen de inventos, ¿no?

Dirk se detuvo para recuperar el aliento en un giro del camino. Felix tenía razón. Una hilera de finos árboles, demasiado enjutos para aprovecharlos como muebles, creaba una celosía abierta que contrastaba con el brillo reluciente. Por lo demás, la línea de la costa carecía de flora: lo único que el viento incesante retorció en forma de llamas eran unas hierbas altas como agujas y unos arbustos menudos.

—Podrías traer a tu Bosquecillo Perdido. Hay sitio de sobra...

Dirk no respondió. Demasiados deseos y disparates se malgastaban en negociar las circunstancias vitales de las que uno más se arrepentía.

—El mar apagaría el bosque —dijo al fin, con toda la neutralidad que pudo.

Esa noche, después de que la familia se retirara, Dirk se fijó en una puerta que había tras el armario de la ropa y que resultó ser el camino hasta el parapeto. Su gabán colgaba de un gancho; sacó una manga para colocarla en el marco de la puerta y asegurarse de que no se quedaría encerrado por accidente. Tenía la impresión de que estaba subiendo por la oscura manga de su propio abrigo. Se aventuró por una estrecha escalera de piedra, levantó una trampilla y llegó, temblando, hasta la parte llana del tejado.

Una media luna apareció como una llaga que empapa con sangre blanca las sábanas enmarañadas de nubes. Arrojaba tanta luz que Dirk podía vislumbrar el borde de Hiddensee a su izquierda y la costa baja

del norte de Rügen a su derecha. La grieta del mar entre los dos, un borde estrecho de horizonte que no dirigía su ojo hacia tierra alguna... Dirk lo observó, esperando quizá a que un navío rodeara el promontorio de Hiddensee para rescatarlo. Se quedó mirando hasta que no pudo más por el viento. Enamorado, temeroso. El océano, aunque más apacible en el canal que en el extremo más alejado de Hiddensee, seguía agitado y activo. Sonaba como miles de violonchelos ahogándose.

73

¶ Ethelinda se pasó cuatro días peleando para instaurar algún tipo de rutina en la casa. Los empleados de la zona demostraron ser huraños y los de Múnich se posicionaron como superiores. Aquello fue un atolladero desde el principio.

A menos que el cielo escupiera agua, Felix mantenía a los niños fuera de la casa y Dirk los acompañaba casi siempre. Paseaban hacia el norte, donde el cabo del promontorio de Rügen giraba hacia el este. La costa baja de Hiddensee aparecía y desaparecía constantemente de su vista, según la densidad de la niebla y la calidez del abrasador sol. Era demasiado temprano en la temporada para bañarse en el mar, aunque los niños lo intentaron. Su padre se desnudó también y se metió hasta las pantorrillas. Dirk los observó desde la costa, temblando.

—¡Llévanos en barco a Hiddensee! —lloriquearon los niños.

—El mar está demasiado agitado hoy —respondió Felix. Qué encantador se ponía cuando se sentía perezoso.

—Un día os llevaré yo —dijo Dirk, aunque nadie lo escuchó.

Al quinto día en Meritor, la familia Stahlbaum y su comitiva habían concluido, muy a su pesar, que la casa necesitaba acondicionarse más antes de poder disfrutar de ella por completo. Las antiguas paredes de yeso se combaban por humedades ocultas. El

carcomido revestimiento de castaño del salón necesitaba que lo engrasaran, en el mejor de los casos, o incluso que lo reemplazaran. Debían reconstruir el pozo, ya que el agua era tan salobre que su té sabía a mar. El siguiente verano sería mejor.

Los niños estaban decepcionados por el cambio de planes. En la escalera de servicio intentaron expresar su descontento mediante tentativas sustanciales de blasfemar que casi resultaban encantadoras. Ethelinda y Felix fingieron no escucharlos.

—Nunca dijimos que nos quedaríamos las dos semanas enteras, solo que vendríamos a investigar —les dijo su padre—. De vuelta a casa visitaremos el carrusel del zoo de Berlín en Tiergarten, os lo prometo.

—¡Pero si pensábamos ir de todas formas! —gritó Sebastian.

—Volveremos el año que viene. Os llevaré en bote a Hiddensee. Yo mismo remaré.

* * *

Sin embargo, Felix no cumplió su promesa, pues murió de pronto pocos meses después. Ethelinda se lo hizo saber a Dirk mediante una nota garabateada que envió a la tienda de Drosselmeier. Requería su presencia de inmediato. Dirk examinó las figuras sobre los estantes de madera, pero no encontró ninguna que pudiera llevar como garantía de consuelo. Cerró y se apresuró a llegar a la casa Stahlbaum.

Ethelinda se reunió con él en la puerta. Los niños estaban en el piso de arriba, en su habitación, llorando.

—Pero ¿por qué? —preguntó Dirk, cogiéndole las manos a la mujer.

—Esa no es la pregunta adecuada —le dijo entre lágrimas.

Dirk no sabía qué otra pregunta podría servir, pero quizá no era el momento adecuado para preguntar nada.

—Felix te considera... te consideraba su amigo más querido —le explicó—. Los niños te necesitan. Yo te necesito. Acompáñame a la misa, por favor, como si fueras mi hermano.

—Pero tu familia...

—Es demasiado tarde para hacer las paces.

Quería saber cómo había muerto Felix. Tenía el corazón hinchado, según le explicó Ethelinda. Su abuela había muerto joven de una enfermedad similar.

La viuda se engalanó con sedas. Con una impasibilidad admirable, Ethelinda acudió a la misa y a las exiguas comidas hechas para tentar a una mujer con poco apetito. Tras el parche, el ojo vacío de Dirk lloró por primera vez en su ciega vida. Se limpió las lágrimas con el trozo de una bufanda de colores que había cogido del armario de Nastaran tras su muerte. Sentado en la abarrotada iglesia, se sorprendió al mirar al coro vestido con sus túnicas. No cantaban.

—No quería música —murmuró Ethelinda—. El silencio ya es bastante estridente.

Sebastian y Günther se pasaron mucho tiempo sin querer conceder a Dirk saludos, despedidas ni «por favor, tírate por un puente». Era como si hubiera desaparecido por completo de sus vidas, igual que su padre. Resultaba curioso, por tanto, que el mayor cambio de opinión en la casa fuera el de Otto von Blotto. La maldita criatura adúladora se arrimaba a los pies de Dirk cuando este estaba sentado y se mantenía pegada a sus talones cuando se levantaba o caminaba.

74

Ethelinda se recompuso cuando comenzó a habituarse a lo de ser viuda.

—Tú tienes tu propia vida —le insistía a Dirk.

Pero ¿la tenía de verdad? Esa era una pregunta que podía formular, pero nunca daba con la respuesta. Mantuvo las distancias.

Hasta que, pocos meses después, Ethelinda se ablandó y apareció en la Juguetería Drosselmeier. Llevaba a los niños con ella y se

entretuvieron en los estantes de soldados de hojalata que Dirk importaba desde Gran Bretaña y Francia. Los colocaron sobre una mesa para luchar contra los prusianos y lo que parecía una variedad militar de jirafa.

—Necesito que lleves un paquete a Meersburg —le pidió Ethelinda—. No confío en los mensajeros habituales.

—¿Qué hay en Meersburg?

—¿Te has olvidado de la casa de mi familia? Mis padres ya han pasado a mejor vida, pero mi hermano sigue allí. El caserón junto al lago es demasiado grande y frío para pasar todo el año y Múnich no le gusta, pero la casa de Meersburg es perfecta para él.

—¿Por qué no lo llevas tú misma cuando vayas a visitarlo?

—No estamos en contacto. Seguro que Felix te lo comentó.

—Nunca.

Ethelinda se lo explicó. Al parecer, hacía mucho tiempo, Kurt había engendrado un bastardo con una empleada de la casa. El asunto solo salió a la luz años después, cuando la madre apareció con el niño a cuestas. Era un poco memo, el niño, pero su parecido con la línea Von Koenig resultaba inconfundible. La madre había sido pinche de cocina en el *schloss* junto al lago. El escándalo causó un gran revuelo entre la familia.

—Y a ti... —titubeó Dirk—. ¿Cómo te afectó?

—Me puse del lado de Felix, claro. Era su esposa.

—No lo entiendo. ¿Por qué Felix debía tomar parte en ese asunto?

—¿No te acuerdas? Pensé que estabas por allí ese verano. En aquel momento se creyó que fue Felix quien metió a la chica en problemas, porque él mismo lo había admitido. Por eso mis padres no querían que me casara con Felix. Se distanciaron de mí por su supuesto libertinaje, ¿entiendes? Pero yo ya estaba enamorada de Felix. Descubrí demasiado tarde que el bastardo era en realidad el hijo de Kurt y que mi propio hermano, el muy cobarde, había permitido que su amigo Felix mancillara su reputación. Y Kurt se quedó de brazos cruzados mientras mi romance prohibido con Felix causaba una brecha entre mi familia y yo. ¿Lo entiendes ahora? Ay, Kurt nos

traicionó a los dos, a su amigo y a su hermana. Y mis hijos se quedaron sin abuelos. Así que no quiero relacionarme de ninguna manera con Kurt. No deja de ser un bruto egoísta, por muy hermano mío que sea. No es un buen modelo a seguir para sus sobrinos. Tú serás mejor padrino para ellos que su tío Kurt.

Dirk accedió a llevar el fardo de documentos al hogar familiar de Ethelinda. Antes de que los Von Koenig salieran de su tienda, intentó darles a los niños un par de elefantes con ruedas que había tallado en madera de cerezo, pero Ethelinda insistió en comprar algunos soldados. Los niños miraban por encima del hombro a los paquidermos, pues eran juguetes para niñas. Sin embargo, los dos aceptaron una bolsita de dulces (unas chucherías amarillo limón y verde pera). Los niños Stahlbaum no le dieron las gracias exactamente, según observó, pero al menos asintieron al recibir el peso de las bolsas en sus palmas abiertas.

Dirk se marchó al mismo tiempo que ellos. Mientras cerraba, se fijó en que la cara inerte de Ethelinda flotaba en los escaparates oscuros de las tiendas: parecía el rostro invertido de una estatua de mármol reflejado en aguas poco profundas. Su expresión estaba llena de cuerdas, pensó Dirk: se tensaban y aflojaban indistintamente. Cuando sus ojos eran cordiales, cerraba con fuerza la boca. Cuando sus labios se ablandaban y se mordía el inferior, los ojos pasaban a ser mecánicos.

Dirk no albergaba hacia ella sentimientos de ninguna clase, pero una sensación de curiosidad resultaba hasta novedosa. Ethelinda se guardaba la pena para ella, como si se tratara de un regalo privado para disfrutar en su tocador y no para compartir con los amigos. Ni que fuera él su amigo, vaya. No sabía cómo acceder a esa posición. Ni si deseaba hacerlo.

Se sintió raro toda la mañana. Para cuando llegó a la casa de los Stahlbaum a recoger el fardo de documentos, el sol poniente grababa líneas de oro en las alcantarillas mojadas. Dirk se encogió ante los gritos, chillidos y juguetes tirados en el piso de arriba. Al cabo de un rato largo, Ethelinda bajó las escaleras para confiarle los papeles.

—Y llévate esto... mientras estés de viaje —le dijo. El bastón de Felix estaba apoyado en un rincón del vestíbulo—. Siempre he querido que tuvieras algo suyo.

Dirk lo conocía. Nunca se había fijado en que el bulto de metal oscuro de la punta, la empuñadura, era el viejo mango del cuchillo que tenía aquella arrugada criatura folclórica en cuclillas. Felix habría pedido que se lo hicieran a medida.

Tras guardarse los papeles en el chaleco y agarrar el bastón, Dirk huyó de la casa lo más rápido que pudo. Se detuvo al final de los peldaños de piedra para observar la avenida. Las hojas de los árboles medio deshojados recubrían el suelo. Se alzó el cuello para protegerse de las gotas de lluvia. Tras él, la puerta de la casa se abrió y el ruido se intensificó. No se dio la vuelta para ver quién lo estaba buscando; ya había tenido suficiente. Felix no estaba allí. Dirk no estaba muy seguro de por qué había permitido que lo involucraran en sus asuntos.

Aceleró el paso cuando la lluvia amainó un tanto. Ante él, sentía cómo las salpicaduras como manchas caían sobre los adoquines. Parecían estallidos de aniquilación, como si un pintor, tras rechazar un lienzo, embadurnara lo que veía con erupciones de una nada enojada. Las líneas vacías comenzaron a juntarse y Dirk redujo el paso por miedo a perderse. Se estaba quedando ciego de su único ojo. Nunca antes se había sentido así.

Se detuvo en seco para no chocar con un carruaje. Con una mano se tapó la cara y con la otra se apoyó en el bastón para calmar los temblores que le recorrían todo el cuerpo. Era asquerosamente melodramático, pero no pudo evitarlo. Se estremecía por completo, desde los talones hasta las muescas sensibles de las sienes. Quizá se tratara de una dolencia similar al corazón hinchado que había acabado

con Felix: *simpatico*. Dirk se marcharía, se iría al fin, después de llevar demasiado tiempo esperando.

Pero algo volvió a retenerlo en el mundo una vez más. El causante, en esta ocasión, fue un yugo peludo que correteaba a su alrededor y ladraba para alertarlo del peligro.

—Mira que eres tonto por salir a la lluvia —gruñó Dirk a Otto von Blotto.

Lo recogió del suelo para devolverlo a la casa. El resentimiento de ser importunado constituía una ínfima razón para vivir, pero era mejor que nada.

76

Mientras se dirigía a Meersburg por primera vez desde que se marchó de allí, se puso a pensar sobre los dos hermanos, Kurt y Ethelinda von Koenig, y cómo eran por aquel entonces. Durante su verano en la propiedad familiar junto al lago, hacía tantos años, Dirk recordaba ver a Kurt de lejos, pues él y Felix eran como uña y carne. Pero no se acordaba de si Ethelinda, *née* von Koenig, se había alojado en la casa durante aquella radiante temporada de su juventud. Quizás estuvo visitando a unas amigas o a unas primas en alguna otra parte. Dirk no se había percatado de su existencia hasta que la conoció como mujer casada en Múnich.

No albergaba ningún deseo de encontrarse con la ayudante de cocina con quien había fracasado estrepitosamente en el terreno amoroso. Dudaba de que pudiera reconocerla y, de hecho, le llevó un rato recordar su nombre. Hannelore, le vino al fin, junto a la sensación de una bufanda demasiado apretada alrededor de su cuello. Hannelore. Ahora sería madre. Madre de un niño adulto.

El trayecto de Múnich a Meersburg lo llevó por Memmingen y luego por Lindau, ciudades doradas situadas en el ondulado valle de

Alpenvorland. Cuando el paisaje se estiró lánguidamente, a Dirk le pareció que Baviera se comportaba, en cierta forma, con docilidad. Bueno, había recorrido medio mundo desde que era un mocoso tonto. Los fieros bosques de su juventud... puede que ya no existieran. El mundo estaba regulado con demasiada rigidez. La idea de encontrar el camino hasta la *waldhütte* donde se había criado (¿hasta qué punto lo habían «criado» en realidad?) resultaba tan imposible como el sueño de Nastaran de regresar a su infancia perdida en Persia. No iba a suceder.

Pensamientos inútiles para un viaje tedioso. No ganaría nada al examinar su juventud ni aunque pudiera controlarla de algún modo.

Aun así, la idea persistió y tuvo que descartarla reiteradas veces, como las migajas de pan en el cuento, con la esperanza de que llegaran unos tordos para comérselas. A pesar de lo populares que se habían vuelto esas historias fantásticas (incluso los niños de Felix adoraban las interpretaciones edulcoradas de los Grimm que les ofrecía la severa Frau *Gouvernante*), uno a veces vagaba por esos bosques amenazadores porque resultaban más seguros que el hogar.

En el transcurso de esos años, Meersburg había crecido, aunque le brindaba sus perspectivas habituales con ánimo reticente. Parecía más ajetreada de lo que recordaba. Del resplandor de lenguas extranjeras infirió que la economía se había fortalecido. Como es lógico, nunca lo habían invitado a la residencia de los Von Koenig en Meersburg durante el tiempo que había vivido con los Pfeiffer, tanto en vida de Nastaran como a lo largo de los años posteriores. Pero pudo localizarla sin problemas. A través de la puerta de hierro, se quedó observando la explanada vacía de la mansión de Kurt von Koenig. El hermano podía estar en la casa o no, pero, sea como fuera, Dirk esperaba evitar a Hannelore. Seguramente la habrían echado de patitas a la calle con una cantidad de dinero considerable, pero también cabía la posibilidad de que la hubieran acogido con su hijo y que viviera allí como criada.

Dirk cumplía su misión por Ethelinda, aunque en el fondo era por Felix. Calma. Un impulso que llevaba años sin sentir le hizo elevar una plegaria en silencio al tirar del cordón del timbre. El rezo le hizo

acordarse del Pfarrer Johannes. Dirk había abandonado la iglesia del pueblo con un mensaje para el obispo de Meersburg y nunca había regresado... ¡Menudo holgazán, qué mal hijo había sido!

Un portero chapado a la antigua hizo pasar a Dirk a una sala poblada de tiestos de geranios desgreñados que alguien había entrado para evitarles la escarcha matinal. Le ofrecieron un vaso de cerveza; Herr von Koenig estaba en casa, pero ocupado. Sin embargo, el cabeza de familia no tardó en aparecer, robusto como cualquier burgués bávaro y con el cabello ralo del color del mazapán fundido.

—Fui sirviente durante un verano en la propiedad de su familia —dijo Dirk, con la intención de ser honesto pero sin querer extenderse más allá de lo estrictamente necesario—. Como he trabado amistad con su hermana en Múnich, me delegó la tarea de entregarle un fajo de documentos tras el fallecimiento de su marido.

—Mi amigo Felix —dijo Kurt—. Mi viejo amigo. «Viejo» en los dos sentidos, ya que no hay posibilidad de reconciliarse.

—No me pidieron que esperara una respuesta —dijo Dirk, levantándose—. Le confirmaré a Frau Stahlbaum que ha recibido el paquete. Gracias por recibirme.

—Síntese. Espere. Sería apropiado dar una respuesta, se la hayan pedido o no. —Kurt agitó una mano gruesa distraídamente y desplegó los documentos escritos a mano. Pasó algunas páginas, murmurando para sí. Había cartas entre ellas—. Si estaba pensando en casarse con la viuda Stahlbaum, por mi parte no tendrá ni apoyo ni queja alguna. Ya no nos involucramos mucho en la vida del otro.

—Lo entiendo. —Dirk se las apañó para sonar desdeñoso y, a la vez, evitar el tema.

—Cree que fui injusto con Felix de algún modo.

—No pertenezco al círculo íntimo de la familia y, por tanto, no puedo comentar nada al respecto.

—No pretendo importunarle con la historia de mi familia, caballero. Solo quería explicarle las circunstancias. Esta carta es interesante. ¿Le ha echado un vistazo?

—Por supuesto que no. ¿Puedo retirarme ya?

—Ha venido desde Múnich por un asunto familiar. Sería desconsiderado por mi parte no ofrecerle que se quedara a comer.

—Gracias. Sería desconsiderado por mi parte aceptar. Solo soy un mensajero fortuito.

—No, según esta carta, no lo es —dijo con un gesto hacia el papel—. ¿Ha dicho que se llama Herr Drosselmeier?

Dirk intentó no parecer un entrometido.

—Veo que mi cuñado envió algunas de estas cartas a mi hermana cuando estuvo en Londres durante un año. Le explicaba por qué había intervenido para declararse padre de mi hijo. Al parecer creyó que le estaba protegiendo a usted y no supo quién era el padre culpable hasta años después. Hasta que fue demasiado tarde.

Dirk, que carecía de talento para mentir, intentó escabullirse.

—Conozco esa historia y, de verdad, no me concierne ni me genera interés.

—Pero usted era un amigo íntimo de Felix. Lo gracioso es que protegió a un campesino del escándalo. ¿Cómo podría haber mancillado la reputación de alguien como usted? Y todo ese tiempo estuvo resguardando por error mi buen nombre... Al menos hasta que esa desgraciada, me refiero, claro está, a mi «encantadora» esposa, apareció con el «ingenioso» de mi hijo.

—Lo consideraba mi amigo —dijo Dirk. Su único amigo, en realidad.

—¿Y qué tiene usted que ver con mi hermana, de quien siempre estaré distanciado, al parecer?

Dirk se puso en pie de nuevo y se abrochó el abrigo para zanjar la cuestión.

—Soy su vecino y adoro a sus sobrinos, Sebastian y Günther.

—Veo que lo ha nombrado padrino de los niños y, si ella muere, será usted quien los críe.

Dirk no contestó, pues no sabía nada del tema.

—Padrino, así lo llaman ahora. Francamente, me sorprendió que Felix pudiera engendrarlos. Lo creía un completo fracaso con el bello sexo... De hecho, al principio pensé que reclamó al niño de la labriega

para consolidar su inverosímil reputación como donjuán. Me alegré de concederle todo eso. Como amigo... claro. —Kurt von Koenig se levantó también—. No habrá respuesta por escrito para mi hermana. Pero estaré en deuda con usted si le hace llegar mis condolencias por la muerte de su marido.

—No soy digno de tal tarea.

—Yo también lo quería. Espero que lo entienda.

—Enviaré saludos de su parte a sus sobrinos. Los errores de la generación de los progenitores no deberían afectarles.

—¿A quién se parecen más? ¿A Felix o a Ethelinda?

—Nunca he sabido responder a ese tipo de comparaciones imposibles.

—Supongo que no querrá conocer a mi hijo para decirle a Ethelinda a quién se parece, ¿no? Se llama Adolphus Wolfgang.

Dirk no respondió. Alcanzó la puerta antes de volver a girarse.

—¿Podría hacerme un favor? ¿Conoce el paradero de un viejo médico llamado Mesmer?

—Si se refiere al hipnotista, a ese tendencioso ser humano que hablaba de hipnagogía, murió hace años. Desacreditado y convertido en el hazmerreír de todos. Pocos hablan ya de él.

Dirk no se sorprendió al enterarse por la segunda Frau Pfeiffer de que Gerwig Pfeiffer había fallecido.

—Pero el muchacho sigue viviendo aquí y cuida de mí como si lo hubiera parido —dijo Cordula, una anciana gruesa ahora—. No tardará en volver. Entra si quieres o quédate en el jardín si la casa te pone nervioso. Pero aquí fuera hace demasiado frío y no puedo sentarme contigo. Haré que te traigan un vaso de sidra caliente. ¿Seguro que no quieres entrar?

No quería. Le bastaba con el aire exterior.

El fantasma de Nastaran no se había alzado en el jardín tapiado para darle la bienvenida o asustarle. Qué ausencia tan triste y terrible. La casa de los Pfeiffer era una lápida sepulcral en un viejo camino que quería marcharse, pero no podía: concluía en los campos. Detrás se hallaba la estructura gemela, el granero. Dirk se dio cuenta en ese momento que desde la calle era invisible, aunque seguiría siendo enorme. Real.

Colgaban unas sábanas de apariencia para distraer, para ocultar.

Una vez, en ese jardín se engarzaron nueces en los árboles.

Pero el pequeño huerto se venía abajo por mero abandono. Unas ramas enormes yacían en el suelo; aquello parecía un campo de batalla. Florence Nightingale no había ido a recoger los cadáveres. Dirk no sabía a qué le recordaba el panorama.

Se sentía como un gran libro viejo, un libro de contabilidad abierto por la mitad de su vida. Sin embargo, la suma de conocimiento registrada era escasa y las páginas de detrás estaban llenas de garabatos ilegibles y las de delante, vacías.

Alguien le trajo una taza de sidra, aromática y humeante. No era la segunda Frau Pfeiffer, sino una mujer alta y robusta de la edad de Dirk, con buena piel y cabello gris.

—Así que eres tú —dijo—. Pensé que a la vieja se le iba la cabeza.

—¿Frau...? —preguntó Dirk, confuso.

—No me reconoces —dijo sonriendo—. Soy Berthilde. —Dirk aceptó la taza—. Los niños me llamaban Tilda. Tillie.

Él asintió, cariacontecido.

—La lavandera —insistió—. Estaba el año que llegaste y me quedé cuatro o cinco años más, hasta que me casé. Mi marido falleció.

—Mi pésame, claro...

—No te esfuerces. Para qué. Nunca te fijaste en mí. Tenías el ojo puesto en la primera Frau Pfeiffer y cuando murió te quedaste ciego. ¿En serio no sabías que me pasé años esperando a que me miraras?

Dirk dio un sorbo, incapaz de confirmar sus sospechas ni de mentir.

—Ah, bueno —dijo ella, encogiéndose de hombros—. Como si quisiera casarme de nuevo. No te mortifiques tanto.

—Esta sidra está excelente.

Tillie tuvo la delicadeza de reír por encima del hombro en el camino de vuelta a la casa.

Dirk se estaba amodorrando en el frío, pero algo lo sobresaltó y la taza cayó al suelo, sin romperse. Un hombre cruzaba la puerta.

—Solo conozco a una persona que lleve un parche en el ojo, pero es más joven —dijo Franz—. Y no tiene canas en las sienes.

—Ahora sí.

—Hace un frío que pela a estas horas.

—He decidido esperar aquí. No quería entrar.

—Bueno, no pienso sacar la cena al jardín en esta época del año.

—No me voy a quedar. Solo quería verte a ti y a tu hermano y ver cómo estabais.

—Bien. El negocio lleva un buen ritmo. La creciente unidad entre las naciones alemanas es buena para el negocio. Tengo cuatro hombres robustos bajo mi mando, ¿te lo puedes creer? Una vez mi padre y tú lo llevabais todo vosotros solos.

—Yo no hacía prácticamente nada, pero eras demasiado joven para darte cuenta.

—Un mojón del toro de la familia, eso es lo que era yo. Quizá comenzaste siendo un incompetente, pero cuando madre murió, pasaste a ser indispensable. Nos acordamos. Gerwig no podría haber mantenido el negocio sin tu ayuda. Debería haberte dado algún interés de la empresa. —Franz sonrió, una mueca de la infancia—. Pero como él no lo hizo en su día, no pienso romper la tradición familiar. Mira, voy a dejar las mercancías y a orinar y enseguida vuelvo con dos jarras de cerveza. No me entretendré mucho aquí fuera. Nunca he aguantado el viento del lago en esta época. Las pelotas se me encogen tan rápido que chocan con los riñones. Pero me beberé contigo una jarra.

Dirk observó cómo se marchaba Franz. El actual mercader Pfeiffer ya tenía la cintura gruesa. ¿Dónde se marchaba la infancia o la juventud?

Intentó aferrar el hilo invisible que se le escapaba...

Algo sobre parábolas, panes y peces, el espíritu reconfortante de la madre muerta en el fresno...

Pero era como tamizar un arroyo en busca de sus sombras. El tamiz sale mojado y vacío.

Al regresar, Franz traía consigo dos jarras de una cerveza rojiza cuyo aroma ácido recordaba al pan de jengibre. Se recostó en el muro de piedra y Dirk descansó un codo en la puerta de madera. En sus rodillas, las infancias abandonadas del joven Franz y el joven Moritz seguían prosperando. Fantasmas hechos de ramitas caprichosas y plumas de pájaro que representaban la historia del mundo una vez más. A Franz no pareció importarle, o quizá no se fijó.

—¿Vienes por trabajo? —preguntó Franz tras beberse la mitad de su porción.

—El trabajo está hecho. Aunque no se podía considerar como tal. Era irrelevante.

Dirk no estaba seguro de que eso fuera cierto, pero en cualquier caso no era asunto de Franz. A Dirk ya no le suscitaba ningún afecto. Se acercaba más al hijo ya crecido de un amigo muerto hacía mucho tiempo que al de uno íntimo. Dirk no pudo acordarse del porqué de su visita.

Franz era el hijo mayor de Nastaran. Por eso. Dirk intentó mantener esa idea imposible centrada en sus pensamientos. Al igual que una forma borrosa incandescente, seguía aleteando y ardiendo en otra parte. Franz el adulto parecía más teutónico que persa. Puede que Nastaran, al dejar el mundo, se hubiera llevado su mitad de Franz.

—Nuestra madrastra sigue aquí. Querrá verte —dijo—. ¿No quieres entrar para darle una alegría? Su mente es imprecisa, pero reconocerá tus gestos y aceptará un rígido abrazo por los viejos tiempos.

—Ya la he saludado. Su apretón de manos me ha parecido firme.

—Bueno, va y viene. ¿Te has casado, tienes familia?

—¿Y tú?

—Tengo a una moza en mente. Alcanzará la mayoría de edad este año. Si me acepta, nos casaremos en primavera.

Dirk se terminó la cerveza y depositó la jarra sobre el muro de piedra.

—¿Y Moritz?

—Ah, Moritz —dijo Franz—. Bueno, esa no es una historia alegre, la verdad.

—No lo sabía.

—No quiso quedarse aquí, ¿sabes? Era demasiado para él. Al final acabamos llevándolo al asilo que hay en la carretera hacia Lindau. Vamos a visitarlo dos o tres veces al año. Podrías ir si quisieras.

—No, no podría —dijo Dirk. Le tembló la mano al introducirla en el morral de cuero—. Mira, Franz, toma. Llévale esto. Un regalo de mi parte, del pasado.

Había traído al viejo Cascanueces. Franz no quiso tocarlo.

—No necesita volver atrás, Dirk. Los recuerdos no le hacen feliz. Esa cosa no puede salvarlo.

—Pues quédatelo tú. Te lo regalo.

—Pareces afligido —dijo Franz—. Un hombre más débil que yo lo cogería solo para deshacerse de ti, Dirk, y lo tiraría al fuego en cuanto te hubieras ido. Yo no soy así, aunque no voy a aceptarlo. No te culpé de la muerte de nuestra madre en el pasado. Ni te culparé por muchos años que pasen. —Se terminó la cerveza—. Pero tampoco reconoceré que le salvaste la vida.

Pasó la noche en Meersburg en una fría habitación encima de un establo tranquilo. Caviló sobre las infancias perdidas de Franz y Moritz y luego, inevitablemente, sobre la suya propia.

Los pedazos rotos de su memoria apenas conformaban una vida real. Y cuanto más fallaba el andamiaje de su vida adulta, más se fortalecía el pasado remoto. Una vida en las profundidades del bosque, con el anciano y la anciana.

Una historia que solían contar sobre un bosquecillo perdido y sus dos embajadores cascarrabias: una encantadora diosa con un vestido verde y un taimado gnomo jorobado con los dientes largos y afilados. Dirk no se acordaba de cómo continuaba la historia.

Se quedó dormido y casi soñó, una experiencia poco habitual, ya que los sueños para él constituían una extraña abrasión contra la fría realidad. Las ramas de unos árboles inmensos se inclinaban sobre él como si se le cayera encima la ladera de una montaña. Una sensación de urgencia... No por su propia seguridad, sino por la del bosque. El rescate de ese mundo numinoso. No tenía ningún sentido.

La cerveza le hizo eructar y eso lo despertó. Pudo ordenar sus pensamientos con más claridad durante un momento. La payasada de Mesmer sobre un antiguo bosque de Delfos, cercenado de su hogar sagrado por un temblor en la tierra. Un bosque que llevaba dos mil o tres mil años migrando hacia el norte. Mesmer, según le parecía a Dirk, debió de enamorarse de los cuentos que esos hermanos Grimm habían recopilado y publicado, llenos de aventuras que transcurrían en los trémulos bosques bávaros. Qué charlatán, mira que endosarle un cuento fantástico a un joven perdido y delicado como él.

Tener a alguien a quien reprobar lo tranquilizó. Durmió en los profundos pozos de un sueño sin sueños.

Ul día siguiente, antes de marcharse de Meersburg, Dirk Drosselmeier acudió a la puerta de la santa madre Iglesia Católica y echó un vistazo dentro. Un hombre robusto, con un chaleco mal

abrochado y cabello ensortijado sobre las orejas y la papada, cantaba una melodía increíblemente intensa mientras siete músicos movían sus arcos adelante y atrás sobre las cuerdas. En el ojo de Dirk aparecieron lágrimas casi al instante, sin invitación alguna, como las que brotan a causa de las cebollas. No albergaba ningún sentimiento definido, pero, aun así, se las tuvo que limpiar.

Cuando pararon para remitirse a sus partituras por una atonalidad accidental, el primer violinista vio a Dirk.

—*Ave Maria* —dijo el músico—. Así es como te hace sentir, ¿verdad? Pero el ensayo es a puerta cerrada. ¿Qué haces aquí?

—Busco las oficinas episcopales para preguntar sobre una iglesia protestante de la zona. Supongo que Roma estará pendiente de sus renegados y apóstatas.

El violinista le indicó a Dirk el camino mientras el corpulento tenor se limpiaba la frente y soltaba unos improperios sobre que le dolían las rodillas y la espalda.

Dirk se preguntó si la música era hermosa porque estaba llena de misterio. ¿O acaso estaba llena de misterio por su belleza?

Un clérigo con pinta de engréido que ocupaba un escritorio de pie examinó el registro de vicarios.

—Somos menos tendenciosos ahora que nos acercamos a la unificación. Un Reich al final, ¿no? Déjeme mirar. Pues parece que un tal Pfarrer Johannes sigue ocupando su puesto en el pueblo de Achberg. Si se dirige hacia allí, ¿podría llevarle un mensaje de nuestra parte?

—Depende del mensaje —dijo Dirk—. Que yo recuerde, los dos bandos no se hallaban en condiciones de hablar.

—Hoy en día todo es «que Dios te bendiga y te proteja, si sigues vivo» —respondió el joven clérigo—. Al parecer, el Pfarrer Johannes es pobre, pero seguramente al obispo le gustaría honrarle con un saludo. Cuestión de buenos modales. Siéntese, que enseguida vuelvo. ¿O preferiría ir a rezar a la capilla?

—No.

Le entregaron el paquete con un sello eclesiástico de cera. «Acabo de convertirme en adjunto de la Casa de Thurn y Taxis», pensó Dirk. «Lo único que hago con mi vida es llevar mensajes de aquí para allá. Pero mira: después de tanto tiempo, tengo una respuesta del obispo católico. Por fin».

Se pasó una hora intentando averiguar cómo podía comprar un pasaje en un carruaje que fuera hacia el noreste de Meersburg. Un día más tarde, cuando los caminos estaban ya en mejores condiciones, llegó al pueblo que vio por última vez en su infancia.

Había cambiado menos que Meersburg o Múnich. De hecho, se acordó de la primera vez que lo atisbó, cuando se encontró con la joven embarazada junto al pozo a primera hora de la mañana. Pero ese día nadie lo reconoció, ni él reconoció a nadie tampoco. Nunca había tenido buen ojo para los parecidos.

La antigua vicaría, apoyada contra el borde de la capilla, necesitaba una capa de pintura. La chimenea de la cocina parecía haber esparcido ladrillos y piedras por el jardín de las especias. Por lo demás, todo tenía el mismo aspecto. Una pareja de jóvenes salía del pequeño porche, despidiéndose. Prometidos, quizá, que habían ido a arreglar su boda. Dirk se quedó a un lado, con la vista fija en el suelo, mientras se acercaban a la puerta. Había ciertos tipos de felicidad que lo hacían sentir distante, incluso escéptico. Eran demasiado jóvenes para saber cómo funcionaba el amor.

Eran demasiado jóvenes y él, demasiado viejo. O demasiado... lo que fuera.

Un ama de llaves respondió a la puerta.

—Es un poco tarde para que el anciano reciba invitados y desconocidos —dijo con un deje de reprobación, pero cedió en cuanto vio el sello de la cancillería del obispo católico en el sobre—. Le diré al Pfarrer que ha venido. ¿Cómo se llama?

—Me conoce por Drosselmeier.

La mujer lo condujo a una habitación que, según recordaba, había sido una especie de estudio. Junto a la chimenea habían colocado una cama, que flotaba como una isla, alejada de las paredes. El Pfarrer

Johannes se sostenía sobre unas almohadas de plumón de cisne. Tenía las mejillas amarillentas y pálidos los labios, otrora rojizos, pero sus ojos se mantenían abiertos tras los quevedos.

—Nunca eres tú, no podías serlo y, aun así, lo eres, después de todo —dijo el Pfarrer Johannes Albrecht—. Agáchate y dame un beso, querido muchacho. ¿Por qué has tardado tanto?

—Me perdí.

—Ya me parecía a mí. Deja que te mire. Aléjate. No, demasiado lejos. Mis ojos son unos tiranos... Les gusta ese punto en mitad de la alfombra. Sí, perfecto. Dios santo. ¡Dirk! ¿Me estoy muriendo más rápido de lo que creía y por eso has respondido a una de mis últimas plegarias?

—No vengo como respuesta a un deseo. —Acercó un taburete al lado de la cama—. ¿Qué le pasa?

—Tengo ocho mil años, más o menos, y el Señor está cansado de esperarme. San Pedro ha aparcado su *char à bancs* celestial en el patio. ¿No oyes cómo resoplan los caballos y cómo mueven los cascos de impaciencia?

La mente del Pfarrer Johannes estaba llena de fantasías a su avanzada edad.

O quizá sí que podía oír el relincho de los caballos, al fin y al cabo.

—No me queda mucho —dijo el anciano—. No tengo intención de partir hacia el cielo esta noche... No me siento así, al menos. Pero no me duran las fuerzas y verás que me quedaré dormido cuando te dispongas a contarme cómo secuestraste a Napoleón y conquistaste Malta e hiciste el amor con alguna joven esposa de familia pudiente. Muy *von und zu*. Habla rápido. ¿Qué ha sido de tu vida?

¿Cómo responder a esa pregunta?

—Un largo camino hacia un horizonte que retrocedía —dijo, arriesgándose—. Como la de todo el mundo.

—El único horizonte es el cielo.

—Eso será cierto para usted, padre. Pero los demás no sabemos cuál será nuestro itinerario.

—Pues te conviertes en tu propio destino, Dirk. Eso pasa. Siempre y cuando seas una persona de conciencia, de méritos, alguien que intenta... emprender el camino por la geografía de uno mismo. ¡Pero yo quiero el mapa de verdad! Tu mapa con el tiempo indicado, en días y años. ¿Por qué nunca volviste? Mi preocupación rayaba la desesperación.

Dirk blandió los saludos sellados.

—Aquí está su respuesta, en cierto modo. El correo postal es muy lento por esta zona. —Los dos se rieron y Dirk prosiguió—: Me acogieron como sirviente. Durante un tiempo. Una cosa llevó a otra.

—¿Negocio? ¿Matrimonio? ¿Familia? ¿Educación?

—Pues... nada de eso. Aunque viajé. Viajé mucho. Y ahora vivo en Múnich y hago juguetes.

—¡Juguetes! —El Pfarrer Johannes hizo una mueca con los labios—. Pensé que obedecerías los mandatos de San Pablo y alejarías de ti la infancia.

—Eso se hace cuando uno deja de ser niño; me acuerdo del versículo. Quizá sigo siendo un niño.

—O nunca empezaste a serlo —reflexionó el anciano—. Cuando llegaste, eras serio como un magistrado en pequeño. Ninguna sonrisa adornaba tu rostro. No jugabas ni bromeabas como los otros niños.

—Perdóneme por desaparecer. Nunca he tenido un buen sentido de la orientación.

—Estaba preocupado. Por ti. Debería darte unos azotes por preocupar a un anciano —dijo el Pfarrer, pero entonces se calmó—. Aunque no era tan viejo por aquel entonces, ¿verdad? Te busqué, ¿lo sabías?

—Claro que no. ¿Cómo iba a saberlo?

—Contraté a un tipo del distrito para que saliera por el camino de Meersburg para ver si alguien tenía noticias de un niño perdido. Sí que te vieron, pero no sabían qué dirección habías tomado.

—Fue hace mucho tiempo —dijo Dirk sin darle importancia.

—Eras responsabilidad mía. Así lo declaró el Señor. Pero te fallé al enviarte a las trampas del mundo. ¡Cómo me alegro de que no te

zampara ningún oso!

Se echó a llorar y, de repente, se quedó dormido durante unos minutos. Con los párpados cerrados, el brillo se desvaneció en el rostro del anciano. Parecía uno de los juguetes de Dirk, hecho a partir de un trozo viejo de lino rígido por el almidón.

El Pfarrer Johannes acabó despertándose al cabo de un rato y se sorprendió al ver a Dirk allí.

—El niño. Tú. También envié a alguien a que buscara a los tuyos. Al leñador. ¿Eso te lo he contado ya?

—El leñador.

—Exacto. A esa gente que solías llamar «el anciano y la anciana». En el bosque. Pensé que podrías haber regresado allí.

—El anciano y la anciana. Pero no eran mis padres. Soy huérfano.

—No eran viejos para nada, según me contaron. Aunque no es seguro que fueran ellos. El hombre seguía vivo. Cojeaba y se apoyaba en un cayado robusto. Su hermana había muerto.

—¿Su hermana?

—Uno de los pecados del Levítico, me temo. Es posible. «Ningún hombre debe acercarse a una mujer de su propia familia para tener relaciones sexuales con ella. Yo soy el Señor». No suelo predicar ese versículo. Pensé que era evidente. De todas formas, la hermana murió de tisis, al parecer. El leñador le enseñó a mi enviado una tumba con una piedra donde había grabado toscamente su nombre.

—Yo no los conocía por su nombre.

—Si sabía el del hombre, lo he olvidado. Me fascina lo que se escapa de mi memoria y lo que se queda dentro. No sé qué método sigue. Pero recuerdo el nombre de ella. Gretel. Su hermana.

—Puede que no fueran los mismos —dijo Dirk, levantándose.

El anciano sacerdote estaba lo bastante despierto y avisado para captar que el tono de Dirk había cambiado. Dejó de hablar durante un momento y se le cerraron los ojos. Quizás estuviera llorando. Una gota caía por su mejilla.

—Puede que no. Los leñadores se parecen bastante. Pero ya no importa. Has vuelto a casa.

—No estoy en casa. Nunca lo he estado. Y me marchó, Pfarrer Johannes. —Tenía que largarse de allí. Se inclinó y abrazó al anciano con todo el cuidado que pudo—. No me guarde un sitio en el cielo, Pfarrer. No hay espacio para alguien como yo.

—Me reservo el derecho de solicitar la compañía de quien yo quiera. Soy persuasivo. Pregúntaselo a mi rebaño si no. Pero ¿Dirk? Mi bendición. —Alzó un centímetro la mano que tenía posada sobre su pecho, murmuró algo para sí y concluyó—: Mi bendición y también mi consejo. Gasta lo que tienes, regálalo, Dirk. Todo, dalo todo. Solo puedes reponerte si usas lo que te han dado. En algunos círculos lo llaman redención.

Dirk lo aceptó con mucha seriedad y pensó en ofrecerle al viejo clérigo el maltrecho Cascanueces, como recuerdo. Pero el Pfarrer Johannes se había vuelto a dormir y el ama de llaves lo esperaba en la puerta, haciéndole gestos mientras chasqueaba la lengua.

—No se quedará a cenar —murmuró, con toda la intención.

—No.

—Ya. Me lo imaginaba.

Y emprendió el camino de vuelta a Múnich, como una persona de menor importancia, quizá, pero más auténtica.

Tercera parte

La historia del Cascanueces y el Rey de los Ratones



80

Ethelinda sobrevivió a su marido unas dos décadas. Durante esos años, Drosselmeier se convirtió en su apoyo y compañero más cercano. Pasó todos los veranos con ella y los niños en el báltico Meritor. Los pequeños le brindaron todo su cariño hasta que fueron demasiado mayores para que sus juegos les parecieran entretenidos.

En ocasiones se preguntaba si les habría dado la atención organizada que se merecían. Cuando crecieron, reconoció que a menudo confundía a Günther y Sebastian Stahlbaum, unos *bürgerlichs* muy valientes, con Franz y Moritz Pfeiffer, los hijos mestizos de un comerciante de provincias. Los niños no se parecían en nada, si la memoria no le fallaba. Al margen del aburrimiento que conformaba su vida, los consideraba poco más que simples niños que se podían intercambiar entre ellos.

El hada madrina de Cenicienta debió de aprender su oficio en un lugar mejor que Drosselmeier. Había estado ciego en más de un sentido con los niños. En pocas palabras: les había fallado a todos, tanto si era su padrino como si no.

* * *

Para compensar la pérdida de ingresos durante los meses de verano y para mantenerse ocupado durante las largas tardes, aprendió a reparar relojes. Desarrolló cierta maña y, de vuelta en Múnich, empezó a incluir mecanismos de relojería en una serie de juguetes más elaborados, aunque las simples muñecas anónimas y los ejércitos de soldados perfectamente conjuntados constituían la mayor parte de sus ganancias.

En todos esos años que pasó junto a la viuda no hubo ni una pregunta acerca del matrimonio. Durante sus periodos de mayor tristeza, se imaginaba que Ethelinda lo conservaba a su lado para presumir que aún atesoraba una parte de Felix incluso después de su muerte. Pero Drosselmeier aprendió a evitar ese camino sembrado de desolación. Al fin y al cabo, Ethelinda ostentaba ese derecho. Y, aunque estuviera un poco despistado, Drosselmeier no se ausentó del lado de los niños incluso cuando pasaron de ser unos chiquillos brutos que jugaban a sirenas, Poseidón y serpientes marinas en las pozas de marea (¡hechos con trozos de madera flotante!) a ser príncipes elegantes que atraían las miradas de las *fräuleins*. Apoyó al joven Sebastian cuando se casó con una seria *mademoiselle* de Lyon llamada Clothilde. La muchacha tenía una frente alta y la tendencia a sentirse segura de sí misma. Toleraba a Drosselmeier con una neutralidad filosófica.

Con el tiempo, Ethelinda siguió a su marido a la tumba. Ni su hermano, Kurt, ni nadie de su familia se molestó en acudir a la misa. A su hijo, Sebastian, su ausencia le pareció una bendición. El otro hijo Stahlbaum, Günther, no pudo ayudar en las exequias, ya que se había mudado al otro lado del océano, a un lugar conocido como Ohio.

Sebastian llevó a su esposa a Meritor. El terreno austero y azotado por los vientos le recordaba a los veranos que pasó en la costa de Frisia. Clothilde no había disfrutado de esas temporadas y Meritor no causó sensación en ella. Cuando se quedó embarazada de su primer hijo, recurrió a la prerrogativa de cancelar el viaje anual. Quiso bautizar al recién nacido con el nombre de Alphonse, pero Sebastian exigió un nombre más teutónico, así que acabó siendo Fritz. Cuatro

años después, cuando nació una niña, Clothilde creyó que se había impuesto al insistir en que se llamara Marie-Claire. Sí, Marie-Claire en la pila bautismal (Drosselmeier se escabulló de actuar de padrino en ambas ocasiones, no a fuerza de fe, sino por sus orígenes con el Pfarrer Johannes Albrecht), mientras el agua ondeaba sobre la pálida frente rosada de la niña. Pero al crecer, triunfó la costumbre alemana y la niña fue conocida por todos como Klara.

81

Drosselmeier descubrió, a medida que envejecía y se endurecía, que cada vez le interesaban más los temas helénicos. Recordaba las extrañas imaginaciones de su juventud, que acabaron entrelazadas con sus lecturas sobre el festival panatenaico. Había pruebas de ello esculpidas para toda la eternidad en las piedras del Partenón, trasladado hacía tiempo a Londres y exhibido ahora de forma gratuita en el Museo Británico. El escándalo originado por esos mármoles se había intensificado en los últimos cincuenta años. Los alemanes adinerados viajaban a Atenas para verlos por sí mismos.

Drosselmeier leyó a Homero traducido. Recordó lo que Felix dijo una vez sobre que Atenea servía de modelo para el hada madrina que se había convertido, para entonces, en una figura recurrente en los cuentos popularizados por los Grimm y, además, en un personaje que el fabulista danés Hans Christian Andersen había raptado y usado de una forma u otra. La Atenea o madrina poblaba todas las historias. ¿Acaso no era esa su cualidad divina? Siempre disfrazada, como Jesucristo en el vagabundo manchado de orina tras el tenderete. Como Elías en la mesa de la cena, a menudo representado como un extraño que se cubría los ojos siniestros con una capucha.

A ciertas horas de la madrugada, Drosselmeier recordaba con claridad a la mujer del vestido verde con el pelo castaño rojizo

recogido ligeramente por una guirnalda de hojas forjadas en cobre. Por más que lo intentara, no podía relacionarla con ninguna virgen del Renacimiento que hubiera visto, ni con los retratos avispados y avinagrados de mujeres noruegas hechos por Memling, Durero y compañía. La sílfide era más caprichosa, complicada de interpretar. Drosselmeier no tenía ni idea de si era virgen o meretriz. A medida que el resplandor de la madrugada se disipaba tras las cortinas, que caían en volutas como las columnas esculpidas de la arquitectura neoclásica de Múnich, la aparición solía mirarlo con lástima. ¿O era una mirada acusadora? Drosselmeier se alegraba cuando comenzaba a desaparecer. Un café matutino acababa con ella enseguida.

El otro, al que optó por llamar Pan finalmente, el demonio rechoncho sonriente, era en quien más pensaba. Pan parecía brillar a través de los ojos del viejo Cascanueces, juguete que Drosselmeier no pensaba vender ni aunque se lo pidieran. Aunque eso nunca había ocurrido. El Cascanueces se alzaba sobre una repisa detrás del mostrador, en un lugar de honor. A veces parecía que miraba con lascivia o burla; otras, su expresión evocaba sabiduría, incluso compasión.

Drosselmeier quiso regalar el Cascanueces en muchas ocasiones, pero nadie deseaba tenerlo. Bien podría ser su *doppelgänger*, un juguete que llevara colgado alrededor del cuello. Sentía que debía deshacerse de él antes de morir, aunque no conseguía dilucidar el porqué. En un cuento de Andersen, el juguete acabaría en el fuego y el humo de su inmolación adornaría la frente de la diosa verde. Fuera quien fuera. Pero, pese a que Drosselmeier creía en las historias, en su poder, no podía situarse a sí mismo en el centro de ninguna. No se lo merecía.

Decidió al fin que ya había llegado el momento de visitar a Atenas e incluso, quizá, atreverse a viajar por tierra hasta Delfos por... por razones que no podía mentar. Drosselmeier acudió a un establecimiento en la galería comercial donde se podían reservar los viajes. Trenes de Múnich a Viena y de ahí a Trieste. Un pasaje en barco de Trieste por la costa ilírica, o Dalmacia, y alrededor del Peloponeso

hasta el legendario mar Egeo. Desembarque en El Pireo. Mientras esperaba a que el empleado copiara los detalles en el registro, Drosselmeier fantaseaba sobre una luz resinosa y recitaba versos para sí mismo. Para entonces ya podía leer con bastante soltura en inglés y apreciaba a Keats: «Tengo noticias tuyas y también de las Cíclades» y «Pues siempre en las orillas de la tiniebla hay luz / y los abismos muestran selvas inexploradas».

Más tarde, sintiendo una levedad de ser que nunca había imaginado posible, fue a subir el último escalón de la entrada de la tienda y, al bajar el pie, trastabilló. Le contó al médico que un pájaro había volado hacia su cara. ¿Fue un pájaro o la sombra de la duda? Sus alas habían alzado un aire de protesta. Drosselmeier cayó y se rompió un par de huesos y tuvo que cancelar su viaje. Se acostumbró a confiar en el bastón con la cabeza del diablillo para mantener el equilibrio. Viajar a Grecia era imposible. De hecho, regresar a Meritor ese verano (ya que por fin habían obligado a Clothilde a volver) iba a suponer un problema. A la postre, no pudo disfrutar ni del soleado Egeo ni del nublado Báltico.

Durante ese periodo de espera (aunque no sabía qué estaba esperando) el enigma vestido de verde regresó a él. Quizás se estaba volviendo loco como los viejos. Cada Navidad se emocionaba más con la costumbre bávara de engalanar la casa con balsamina, talar un pino y colocarlo en el salón con todo tipo de velas y ornamentos. En una ocasión, cuando la pena por su desperdiciada juventud lo había hecho beber demasiado Riesling en la mesa de la generación actual de Stahlbaum, se acordó del Bosquecillo Perdido. Sebastian no había permitido que Drosselmeier se marchara a pie hasta su casa en esas condiciones y había mandado llamar a un carruaje. Su cabeza funcionaba en completa descoordinación con su espalda y caderas. Intentó sosegar su mente y su estómago observando las farolas de la calle. Parecían perdidas en un mar de hojas. ¿Qué quería la arboleda sagrada? ¿Qué necesitaba? ¿Qué tenía él que ver con todo eso?

Para cuando llegó a casa y hubo dispuesto la cena en el baño, la pregunta candente había desaparecido una vez más. Un único

pensamiento le pasaba por la mente: qué terrible resultaba que las visiones acudieran a él intactas y coherentes en raras ocasiones. Formaba parte de su naturaleza el ser misteriosas. Fragmentadas, contradictorias hasta sacar de quicio a uno. Desentrañar su significado requería, al menos, el trabajo de toda la vida de aquellas pobres almas que se veían afligidas por esas visiones. No era de extrañar que los santos ambrosios y los santos jerónimos del mundo acabaran en cuevas y estelas.

Lo que le faltaba a la arboleda sagrada eran habitantes. No dioses, sino los embajadores de los dioses. Aquellos que, a través de la necesidad, hacían que existieran las deidades. Los ulises regresando al hogar desde Ítaca, las cenicientas en la ceniza. El poeta persa nombrando a lo Divino como su amante. Si Drosselmeier sabía todo esto, solo era en sus sueños más profundos, aquellos cercanos a la muerte. No recordaba nada de esto por las mañanas, ni siquiera durante los momentos oscuros en los que la diosa le imploraba en silencio.

Se pasó la vida haciendo juguetes. Y ya está. Pero ¿acaso importaba?

82

Es cierto que, en un par de ocasiones, cuando vio a la damisela con aspecto de endrina en los recovecos de su mente consciente, se preguntó por qué recurría tan a menudo a él. Una vez sintió interés por las mujeres hacía tiempo, o eso creía, pero acabó evaporándose. Nada de gran consideración lo había reemplazado. Felix había sido... Oh, el ideal de un amigo, quizás. Cuanto más insistía en permanecer muerto, más misterioso se volvía.

Sebastian, Clothilde y sus hijos eran la familia de Drosselmeier. No eran sustitutos, pues no había nadie a quien sustituir. Nastaran

Pfeiffer, tal y como fue una vez... Drosselmeier descubrió que sus pensamientos sobre ella eran más fugaces y menos bienvenidos que los de la dríade evanescente. La Pitia, como a veces la llamaba.

De todas las figuras que talló para la nueva generación de niños Stahlbaum, Fritz y Klara, evitó a los persas. El joven Fritz prestaba poca atención por ese entonces a nada que no fuera militar, esas figuras que ahora se podían comprar en grupos de diez o de doce. Soldados con la misma cara honesta nacidos a partir de métodos industriales, como los moldes metálicos. Las figuras más delicadas y personalizadas de Drosselmeier se reservaban como regalos para Klara: una princesa rusa con un abrigo de madera pintada, una Cleopatra de azul egipcio y una encantadora familia de cerdos de distintas alturas que se alzaban sobre las patas traseras e iban todos ataviados con unos quevedos, excepto el más pequeño, que, con su barriga y su cara de circunstancias, miraba hacia el suelo y se chupaba una pezuña.

—¿Cómo piensan los juguetes? —preguntó Klara.

Drosselmeier esperó a que respondiera a su propia pregunta, como solía hacer si él guardaba silencio.

—Nos escuchan y aprenden para hacer suposiciones —concluyó la niña.

Más tarde, gracias a su habilidad con la relojería, se le ocurrió hacer una nueva Mamá Jengibre. Esa versión poseía una falda de tela auténtica cuyo dobladillo albergaba un aro que, al presionarse un botón con forma de lazo en su espalda, se abría, aunque no de forma indecente, para revelar a los niños que se acurrucaban dentro. Eran gruesos, con aspecto de gnomos. Aunque era lo mejor que había producido, a Drosselmeier le pareció que el efecto disminuía por su incapacidad para tallar niños. Bárbaros, animales, criaturas imaginarias... Todo cobraba vida bajo sus cuchillos con más facilidad que los seres más exóticos: los niños.

Klara, sin embargo, adoraba a Mamá Jengibre y no parecía que le importaran los niños con pinta de trols.

—Es mi favorita —dijo, aupándose al regazo de Drosselmeier para manejar mejor el lazo y abrir la falda. Movía a los niños bulbosos dentro y fuera y hasta arrancó los pétalos de la rosa de un jarrón cercano para que los pequeños tuvieran sábanas con las que cubrirse. Debajo de sus refugios escarlata parecían trozos de remolacha—. ¿Mamá Jengibre se parece a tu madre?

—Yo no tengo madre —respondió Drosselmeier.

—Todo el mundo tiene madre o no estaría vivo. No está permitido.

—Yo nunca cumplo las normas. ¿No te parece que Mamá Jengibre es demasiado mayor para tener tantos niños?

—Tan mayor que hasta podría tener unos cuantos más. Ojalá nuestra Mutter tuviera un niño. Quiero un bebé para acunarlo hasta que se duerma y darle órdenes.

—No tardarás en tener a tu propio bebé.—A Drosselmeier le parecía que el tiempo transcurría con mayor rapidez—. No te apresures.

—¿Sería maleducado si la familia cerdo viviera también en la falda de Mamá Jengibre?

—Los niños tirarían de la cola a los cerdos. Los cerdos chillarían y, entonces, ¿qué haría Mamá Jengibre?

—Abriría la falda y los enviaría a todos a jugar fuera para que gritaran hasta que aprendieran a comportarse. Estaría acostumbrada a eso.

—¿Y qué haría Mamá Jengibre mientras sus niños y los cerdos estuvieran fuera jugando?

—Se quitaría la falda y se tumbaría. Parece cansada y molesta.

—Ay, para, Klara. El vestido no se quita. Está abrochado a la cintura, ¿ves? Lo vas a romper.

—Pero yo no me puedo acostar con mi vestido bueno.

—Mamá Jengibre es una mujer fuerte. No necesita tumbarse. Simplemente da paseos largos y saludables.

—Puede que recoja perros y gatos perdidos en su falda. O la foca que vimos una vez en Meritor, ¿te acuerdas?

—Una foca causaría un destrozo desagradable en la vestidura de Mamá Jengibre. Por no hablar del olor.

Pero los olores no les importaban a los niños y a Klara pareció entusiasmarle la idea, así que cuando Drosselmeier volvió otro día para cenar, le trajo a Fritz un conjunto de infantería con bayonetas, toscamente pintado, y una foca con un abultado bigote para la familia de Mamá Jengibre. La respuesta de Klara fue formal y agradecida, pero Drosselmeier sospechó que, después de todo, la foca no le importaba, ya que se perdió enseguida y nunca volvieron a verla.

84

Cuando Fritz y Klara jugaban juntos, Fritz llevaba la voz cantante y Klara se quedaba callada. Pero si su hermano no estaba en la habitación, Klara hablaba con el padrino Drosselmeier en un idioma que solo parecían entender ellos dos.

Un día, se hallaba tendida sobre la alfombra con un gato de madera en una mano y un perro en la otra y se cansó de hacer que se persiguieran, bailaran o estuvieran el uno encima del otro. Se tumbó de espaldas y los alzó a los dos en el aire, observándolos con los ojos entrecerrados.

—Están cansados —dijo con un bostezo.

—¿Y qué deberían hacer?

—Dormir en la cáscara de un huevo —contestó—. Cuando el huevo salga a tomar el aire.

Drosselmeier esperó.

—Cuando un perro se queda dormido, sueña que es un gato —dijo Klara.

Un leño se movió en la chimenea.

—Cuando un gato se queda dormido —dijo la niña—, sueña que es un zorro. Y lo es.

Una afirmación así, por motivos que Drosselmeier no podía discernir, le puso los pelos de punta y el interior de su parche se humedeció. Supuso que no era por sentirse identificado con la niña ni por ninguna intimidación indecorosa, sino por todo lo contrario. La niña, tumbada a un par de metros, le parecía increíblemente distante, tan alejada en un sentido etéreo que casi le quitaba el aliento. A sus seis años y pico era más ella misma que lo que había sido él a lo largo del mismo número de décadas.

Una vez, cuando Drosselmeier llevaba a sus ahijados de paseo, Klara se sintió de repente cansada y empalideció, así que el anciano decidió dar la vuelta hacia la casa. Fritz se enfadó y le tiró piedras a una ardilla, que miró con odio al niño, como si contemplara la posibilidad de agarrar un delicado pero potente rifle *jäger* para contraatacar.

En casa, Fritz desapareció en el cuarto de los niños y comenzó a tirar y romper juguetes. Klara condujo a su padrino hasta el saloncito amarillo y lo hizo sentarse en el canapé. Procedió entonces a relatarle que había llegado a una cafetería y que ella lo serviría. Era la mejor cafetería de Prusia.

—¿Cómo se llama? —preguntó Drosselmeier.

—Deberías saberlo, acabas de pasar por la puerta —contestó la niña.

—Pero se me ha olvidado. Soy viejo y tengo mala memoria.

La niña caviló un momento sobre la cuestión.

—Creo que se llama Boys and Adders Café.

—¿No es *Kaffeehaus*?

—Soy mitad francesa. Y la propietaria y la cocinera. También recojo el dinero y doy las cucharillas y esas cosas. ¿Qué quieres comer?

—¿Qué me recomiendas?

—Comida, quizá.

—Es un buen comienzo. Me gusta la comida. ¿Hay algo especial que quieras preparar?

Klara se metió detrás del escritorio como si fueran las escaleras traseras de una cocina. Emergió con un trozo de papel que encontraría en un cajón y lo miró.

—Este es el menú.

—¿Me dejas verlo?

—No puedes leerlo. Está escrito en un idioma raro. Yo te lo comento. Tenemos sopa de pollo y aceitunas. También tostadas con pera. Y... qué más... Unas galletas con cobertura de miel.

—Tomaré la sopa.

—No queda. Yo me tomé el último cuenco. Pero estaba muy buena.

—Tráeme lo que tú quieras.

Klara desapareció en la cocina y regresó con un plato invisible.

—Aquí está tu comida.

—¿Qué es?

—No lo sé, pero yo de tú no me la comería. Tiene una pinta asquerosa.

Drosselmeier tomó un bocado imaginario.

—Me parece que es suflé de ardilla.

La niña arrugó la nariz.

—Podría serlo, ¿verdad? Me estaba preguntando por dónde andaba esa ardilla. Se suponía que debía estar pelando patatas.

Drosselmeier tardó un tiempo en preguntarse si, de hecho, había algo extraño en Klara Stahlbaum. Diferente, por así decirlo, respecto a los otros niños que había conocido en su vida. No habían sido muchos. Esos niños que, llenos de codicia, entraban en la tienda no contaban. En cualquier caso, los burgueses alemanes y sus esposas tendían más a entrar para elegir los juguetes sin llevar a sus hijos a cuestas.

De los niños con los que había trabado amistad, en cierto modo, poco se podía precisar. Los niños constituían un conjunto de rompecabezas rotos. Como morcillas torpes o muestras de grabados

descartados que se salían de los márgenes. Y, a lo largo de su vida, ¿a cuántos niños podría poner como ejemplo? No muchos. Para nada. Franz y Moritz Pfeiffer, durante aquellos terribles días tras la crisis y la muerte de Nastaran. Sebastian y Günther Stahlbaum, cuando brillaban como sombras doradas del dorado Felix. Y, en la actualidad, otra generación de Stahlbaum: Fritz y Marie-Claire, o Klara, como todo el mundo la llamaba.

Klara, de entre todos ellos, era la única chica.

Quizás en parte fuera por eso, reflexionó Drosselmeier. Pero, además, Klara poseía esa franqueza luminosa de Felix. Un corazón temerario, dirían algunos. Y, de su madre había heredado la indecisión y el tacto galos.

Cuando aparecía en la casa Stahlbaum (aquel lujoso emplazamiento en Múnich que Felix y Ethelinda habían legado a su hijo mayor), algo le dolía en el pecho, como un músculo que no acabara de sanar debido a que seguía retorciéndolo y forzándolo más de lo que sería conveniente. Klara era un misterio; contenía tanto llama como carbón. Le había gustado jugar con los niños que había conocido, e incluso se sorprendía al descubrir que se divertían con él. Pero no se movían de las cajas portátiles que conformaban sus personalidades, igual que él, que permanecía dentro de la suya y así sería siempre. Klara, por el contrario, parecía estar siempre floreciendo, no del silencio a algo más sociable, sino otra cosa distinta. Desde ella para ella, como si hubiera nacido llevando múltiples velos de Klara y todos fueran legítimos. Genuina.

Solo planteó la cuestión una vez, a Sebastian, y se arrepintió de hacerlo.

—¿La niña está del todo bien? —preguntó.

—¿Klara? —Sebastian removía el contenido de su pipa con fuertes sacudidas. Trozos de tabaco salpicaron la mesa—. ¿A qué diantres se refiere, Drosselmeier? ¿Por qué no iba a estarlo?

—Es solo que... Es especial.

—Es joven, inocente. Cree en los cuentos de hadas y también en los santos de la Iglesia. Dele tiempo, se hará fuerte. Por Dios, hombre,

no sea tan duro con ella.

—Te he ofendido y no sé cómo. No me refería a que es joven. Ya soy lo bastante viejo como para reconocer a los jóvenes por lo que son. Lo que quería decir es que es... voluble. Competente. Caprichosa. Cariñosa.

Sebastian Stahlbaum usó su pipa para dar unas caladas largas, lo que le dio a Drosselmeier tiempo para formular su ofrenda de paz.

—Solo estoy buscando una forma de decirte lo encantadora que es. Apenas parece de este mundo.

Ante eso, Sebastian tiró la pipa a la chimenea, donde se rompió. El hombre estalló en sollozos: ojos llenos de rabia, boca enfadada y aletas de la nariz dilatadas como un caballo asustado. Drosselmeier se levantó y se situó junto a la puerta, con la mano sobre la boca. No sabía cómo actuar ante tal enajenación. No podía detenerla. Sebastian podría haber seguido así durante horas si no hubiera sido porque el joven Fritz llegó corriendo en busca de algo que romper. La aparición despejó la cara del padre con tanta rapidez como un paño mojado limpia una pizarra sucia de tiza. Drosselmeier entendió que Sebastian protegía a su hijo de su angustia. El padrino encontró unas monedas en el bolsillo y se las lanzó al hijo mayor de los Stahlbaum para que se marchara de la sala.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Drosselmeier a Sebastian, que se sonó en la manga.

—Demasiadas cosas. Ha metido el dedo en la llaga, Drosselmeier. Discúlpeme. No ha sido lo más apropiado. Los médicos no saben si llegará a la edad adulta. Su corazón es excitable.

—Estás desquiciado. Klara es normal.

—Me refería al músculo del corazón. Podría ser lo mismo por lo que murió mi padre, Felix. Y su abuela antes que él. De repente. No lo sabemos. No quiero hablar sobre eso. No sé por qué se lo he contado.

Le lanzó una mirada al anciano, derrotado. A Drosselmeier le horrorizaba cada detalle.

—Se equivocan, sean quienes sean esos médicos. Siempre se equivocan. Conocí a un doctor que solo me contó disparates e hizo que

no me centrara en mi vida. No dejes que te hagan lo mismo. Klara tiene más vida en sus manos del color de los tulipanes que tú y yo juntos. No morirá durante la infancia. No lo hará.

—No se lo comente a Clothilde —le avisó Sebastian—. Se preocupa mucho por la niña.

—No morirá durante la infancia —repitió Drosselmeier—. No puede. No se lo permitiré.

—Le daremos unas buenas navidades, a ver si coge fuerzas para la primavera.

—¡Todo esto son disparates! —gritó Drosselmeier—. ¡No pienso aceptarlo!

85

Pero Drosselmeier sí que fue a hablar con Clothilde. A la mañana siguiente, cerró la tienda y se acercó a la casa cuando Sebastian estaba en la lonja. Su esposa era menos delicada de lo que su marido había dado a entender a Drosselmeier, o se le daban mejor las evasivas. Le sirvió al anciano un café (por ese entonces, el café comenzaba a prepararse en las casas) y se sentaron en un saloncito que daba al jardín nevado.

—Puede que sea una infección. No está claro —dijo Clothilde—. Los buenos de los médicos saben muy poco sobre nosotros en el fondo. ¿No le parece?

—Pero ¿cuáles son los síntomas, Frau Stahlbaum?

—Después de todo este tiempo puede llamarme Clothilde.

Drosselmeier se llevó la taza a la boca, pues prefirió quemarse los labios antes que reconsiderar su petición.

Clothilde hizo una pausa. Era una persona firme, bastante robusta, con una figura más parecida a la encina que al álamo. Para

Clothilde, una cigüeña fuerte, dar a luz a una hija tan débil parecía una afrenta cruel.

—Le sube y le baja la fiebre, querido padrino Drosselmeier. Los médicos creen que es por el corazón, pues a veces se le acelera. No podemos hacer nada, excepto aplicarle compresas frías y cambiarle el camisón cuando se le empapa. Siento si Sebastian ha hecho que se preocupara.

Drosselmeier consideró que quizá ella no percibía el mismo nivel de amenaza que Sebastian había indicado. Una madre puede estar muy ciega. La ceguera llega a ser un recurso para sobrevivir.

—¿Han pensado en llevarla a las curas de las fuentes termales en Salzuflen, las cuevas minerales de Berchtesgaden? —preguntó Drosselmeier—. O algo parecido.

—No lo hemos descartado, aunque en este momento no está en condiciones de viajar. Y debemos esperar a que el tiempo sea más cálido. Es posible que para ese entonces haya mejorado.

—¿Qué dice Klara respecto a cómo se siente? —dijo el anciano, pues la niña siempre comentaba cosas curiosas.

Ese fue el único momento en el que Clothilde pareció afligida.

—A menudo nos enteramos de que ha alcanzado el auge de su fiebre cuando comienza a soltar despropósitos. Se suele quejar, por ejemplo, de que las paredes están llenas de ratones. Dice que puede oírlos conversar después de que todos nos hayamos acostado.

—Oh, vaya. —Drosselmeier intentó que ni la alarma ni el alivio aparecieran en su rostro—. ¿Les ha relatado lo que dicen?

—Afirma que son comentarios muy maleducados y que nos alterarían y que creeríamos que se lo está inventado y la castigaríamos por repetir lo que ha oído.

—Eso a mí no me suena a producto de la enfermedad. Parece muy maduro.

—Primero muestra preocupación y ahora se mofa de mí.

—Por favor. —Drosselmeier puso la mano sobre las suyas—. Me refiero a que parece ella misma, así que ¿cómo determinar que es a causa de la fiebre? Es una niña con mucha imaginación.

—Yo nunca fui tan imaginativa.

Aquello sonó como un insulto de establo.

Drosselmeier creía que Clothilde no era una madre muy maternal, pero entonces se percató. ¿En qué basaba esa comparación que suscitaba un concepto tan vergonzoso?

Observó a Clothilde, con sus hombreras brocadas y los granates que rodeaban su marmóreo cuello como el de la diosa Europa. Su mirada era severa y, al remover el café, le temblaron ligeramente las muñecas. Era una francesa intentando ser maternal en un entorno alemán. Qué pretencioso por su parte asumir que un viejo campesino como él, pese a haber viajado mucho, pudiera averiguar el grado de afecto y sensatez de Clothilde respecto a su propia hija.

Él tampoco pensaba abandonar a Klara. Por si acaso.

86

Las necesidades materiales de Drosselmeier eran pocas, ya que vivía con bastante sencillez en un par de habitaciones sobre su tienda. Sin embargo, no se sentía mal por el dinero anual que se ganaba las semanas precedentes a las vacaciones. Necesitaba esas ganancias. Y así se fue acercando la festividad del Niño Jesús con sus sentimientos habituales de pánico, alboroto y codicia.

Sentado en su banco mientras tallaba las figuritas con la luz que había, veía pasar a los carros. Llegaban cargados del campo con abetos atados para venderlos en las plazas y calles de Múnich. Por las tardes, si no estaba de visita en la casa Stahlbaum o, como hacía de vez en cuando, en un recital de un cuarteto de cuerda o de órgano en una fría iglesia, bajaba la lámpara de aceite de su cuerda para que iluminara de cerca el banco de trabajo. Trabajaba con sus pinceles y esmaltes hasta que sonaban las campanadas de medianoche en la iglesia. A veces hasta más tarde.

«¿Dónde están esos elfos que, según dicen, salen a ayudar a los zapateros enfermos? ¿Por qué no se preocupan por los jugueteros? Debería hacerme ayudantes que funcionaran a cuerda», pensó. Pero no le quedaban años suficientes para eso. Klara debería preocuparse por su corazón, si de verdad podía confiar en sus padres, pero Drosselmeier albergaba sus propios pensamientos sobre la mortalidad.

Intentó pensar en qué le daría a Klara como regalo ese año. Sentía la necesidad de que fuera algo correcto... algo instrumental. Sus cuchillos de tallar extraían figuras a partir de trozos retorcidos de abedul o abeto. Pero salían de la madera como amenazas. Siempre con miradas lascivas y una cara de un ligero desprecio.

El mundo no es tan terrible. «Contar mentiras es pecado».

Pero Klara podría estar en peligro. «Ocultar la verdad es otro pecado».

¿De dónde salían esos dos aforismos? Quizá del Pfarrer Johannes Albrecht, que en paz descansa. Sea donde sea.

Pero ¿dónde podía ser eso? Para Albrecht, para el propio Drosselmeier.

Un lugar donde uno se pueda sentir como en casa. El anciano sacerdote. Drosselmeier. Klara. Pero no se trataba solo de los habitantes, sino que se necesitaba un mapa, unas coordenadas. Dante lo había trazado. John Bunyan, Sir John Mandeville, Milton, en sus respectivas épocas. Prester John y Marco Polo. Incluso Homero, al trazar el mundo por mar. El espíritu humano vagabundo requería una carta de navegación de posibilidades para poner un pie detrás de otro y para que a un latido le siga otro.

Era muy entrada la noche cuando salieron los ratones en busca de las migajas que a veces les dejaba sobre los tablones del suelo. Un ratón valiente se acercó justo hasta el borde del banco de Drosselmeier y se sentó con la cola entre sus patas delanteras, como un gesto de sumisión.

—Vaya, en lugar de los elfos que he pedido, ¿venís vosotros a ayudarme? —preguntó Drosselmeier.

La criatura esperó un momento antes de subir corriendo por el mango de la escoba, cuya punta estaba apoyada en la pared de detrás de Drosselmeier. Divertido y pensando que quizás ya fuera hora de acostarse, el anciano se giró en su silla para observar al embajador. El ratón se precipitó sobre un estante y miró por el borde, como si pretendiera pronunciar una perorata a lo Pericles a todos los juguetes de la tienda. No habló, por supuesto... O, si lo hizo, Drosselmeier no pudo ni oírlo ni entenderlo.

Y entonces pensó en la madre ratón encogida a los pies del árbol y los pequeños bebés ciegos correteando debajo de ella. Una imagen ligeramente angustiada.

—Si eres descendiente de esa familia, envíales recuerdos —musitó.

Se puso a remojar los pinceles en aceite de linaza para que se mantuvieran flexibles hasta la mañana. Lazos de rojo sangre se extendieron desde los pelos del pincel por la sustancia viscosa y granulosa.

El ratón salió corriendo y se encogió un momento detrás del viejo y desvencijado Cascanueces, de vuelta a su palacio de posibilidades, en algún lugar entre las paredes.

«Bueno, por qué no», pensó Drosselmeier.

87

Fue de visita la víspera de Nochebuena. Klara yacía en el canapé del salón, debajo de una colcha áspera tejida como un tapiz renano azul y plateado. Drosselmeier pensó que parecía una piel erizada, como la de un capullo.

—Déjame que te la aparte un poco, te está ahogando.

—Tengo frío. No me la quites. Es mi reino.

—¿Tú qué?

—¿Ves? —Sus dedos recorrieron las costuras—. Soy el mundo y estas son mis montañas, y por aquí están mi cascada y allá mi templo.

Una muñeca enorme y desgarbada con un delantal beige estaba bocabajo en un rincón del canapé. Por debajo del encaje de sus enaguas, que casi le tapaban toda la cara, la figura miraba con ojos vidriosos la cornisa de la puerta.

—¿Es algún tipo de diosa derrocada o un hada madrina desdichada? —preguntó Drosselmeier.

—Tú eres un padrino, deberías saberlo. —La voz de Klara sonaba más débil de lo normal—. La odio. No es buena. Está rota, la muy inútil.

Fritz llegó con un puñado de las figuras de Drosselmeier y las dispuso en el borde del sofá. No siempre era un hermano considerado, así que Drosselmeier se enderezó para vigilarlo.

—Creo que deberíamos librar una guerra —dijo Fritz—. Voy a traer a la caballería para alinearla en la alfombra. No los piséis.

Klara agarró la princesa otomana, una de sus favoritas más recientes, pero la zambulló de cabeza en el hueco entre el respaldo del sofá y su cojín. La niña era demasiado mayor para chuparse el dedo, pero a Drosselmeier le pareció que estaba a punto de hacerlo. La cogió de la mano y, sentado en su escabel, se inclinó hacia ella.

—Tu hermano se ha portado bien contigo. ¿No es raro?

—Es Navidad. Sabe que si se porta bien, el Niño Jesús le traerá regalos.

Qué poco realista.

—¿Por qué está tan fea tu muñeca? —le preguntó.

La niña pareció recuperarse un poco ante la noción de fealdad.

—Creo que la ha mordido un ratón y por eso está así.

Y dale con los ratones. ¿No estarían atendiendo la casa como era debido? Tenía que preguntárselo a Sebastian o a Clothilde. ¿Por qué la molestaban tanto? Pero la niña respondió a su pregunta antes de que la formulara.

—Anoche vi a un ratón con siete cabezas en mi habitación. Vino hasta mi almohada y me habló.

—Vaya, qué distinguido. Sería el Rey de los Ratones. ¿Qué te dijo?

—No lo sé. No hablo su idioma.

—¡Lástima! Me has recordado a un ratón que conocí. Estaba de paseo con sus seis hijos y llegó un gato con un chillido y una mirada que decía «Ñam, siete ratones frescos para el té». La madre ratón tenía miedo, pero se plantó delante de sus bebés y con voz firme dijo: «Bow, wow». El gato salió corriendo muerto de miedo y la madre se giró y explicó a sus hijos: «Queridos, que esto sirva de lección sobre el valor de aprender otra lengua».

—Pero yo no tengo tiempo de aprender a hablar ratón. ¿Y si el Rey regresa esta noche? Fue muy cruel.

—Debes preguntarle qué quiere.

—¡Ya te lo he dicho! —gritó la niña, casi llorando—. ¡No puedo hablar con los ratones!

Drosselmeier le tocó la frente. Caliente.

—¿Estás segura de que necesitas que la manta te cubra tanto, querida? Pareces acalorada.

—Tengo frío. Quiero saber por qué están aquí los ratones.

—¿Están en esta habitación ahora?

—Te habrías dado cuenta de su presencia.

Drosselmeier mantuvo los ojos fijos en ella, sin girarse a la izquierda o a la derecha para evitar comprobar o negar sus temores.

—¿Te traigo un vaso de leche?

—¿Has conocido alguna vez a un ratón? ¿Qué quieren?

El anciano se puso a ordenar unas cuantas figuras para que formaran un desfile.

—Conocí a un Cascanueces que era el enemigo acérrimo del rey de los ratones.

—¿Por qué?

—El Cascanueces quería talar un árbol para conseguir una nuez dorada, pero el rey no le dejó.

—¿Por qué no?

—Los ratones ansiaban la nuez para ellos. Estaban esperando a que madurara para romper su cáscara y comerse el fruto. No querían

compartirla. Son bastante avariciosos.

—¿Por qué quería la nuez el Cascanueces?

—Porque contenía un secreto, pero no sé cuál. ¿Lo sabes tú?

Klara cerró los ojos para reflexionar, pero Drosselmeier esperaba que se quedara dormida. Fue de puntillas hasta la puerta e hizo callar a Fritz, que justo volvía con otro cargamento de artilleros y húsares de hojalata.

—Fritz, ¿dónde está tu padre?

—Mutter y Vater están en el salón amarillo con el *tannenbaum*. No nos dejan entrar hasta mañana por la noche, que es Nochebuena, ¿lo sabías?

—Ah, ¿sí? ¿Y el Niño Jesús te va a traer regalos?

—Es posible.

Las evasivas del niño le parecieron desagradables. Se disculpó y llamó a la puerta del salón amarillo.

Sebastian, Clothilde y la doncella del piso de abajo estaban adornando un voluptuoso abeto con lazos, bolas y velas. Ya había unos cuantos regalos envueltos bajo el árbol. Mazapanes y figuras de pan de jengibre colgaban de cuerdecitas, acompañando a juguetitos como tambores, campanas y otros instrumentos musicales. Drosselmeier acunó un pequeño violonchelo en su mano antes de volverlo a soltar. El árbol necesitaba al menos una nuez dorada. Bueno, mañana, dentro de poco.

—¿Nos acompañará mañana por la noche en la gran inauguración? —insistió Clothilde.

—¿Tenéis problemas con los ratones en la casa?

—No más que los otros inviernos —dijo Sebastian.

—Menudo insulto para un árbol, ¿no creéis? —preguntó Drosselmeier—. Imaginad que os cortaran por el tobillo y os arrastraran hasta aquí para burlarse de vosotros.

—Este árbol se pasó una década creciendo para que, en su honrosa muerte, pudiera dar una alegría a los niños. Así es como me gusta a mí pensarlo, al menos —respondió Clothilde—. En Lyon,

cuando era joven, ni se nos ocurriría invitar a los bosques a nuestra casa, pero he llegado a admirar la costumbre bárbara alemana.

—Es tan bonito que me pone enfermo —dijo Drosselmeier.

—¿Se está volviendo sentimental, viejo padrino? —preguntó Sebastian—. Ya tenemos bastante entre los dos, en estas circunstancias. Confiamos en usted para que aporte algo de mal humor a la situación. No es demasiado pronto para una copa de Tokay, si tiene sed.

—Tengo que acabar unos trabajos en la tienda —respondió Drosselmeier, y se marchó de la casa.

Solo en la calle, impregnado por la fría claridad del olor a nieve, pudo identificar los aromas que había dejado atrás: la sabia del abeto, su lenta sangre acre; la lavanda de los jabones y el alcanfor de las sábanas; el pan de jengibre; el olor a moho y polvo de la madera del suelo en invierno; el hedor que desprende una col al ser hervida sin motivo alguno, con alcaravea y, quizás, un toque de semillas de hinojo.

Drosselmeier trabajó con madera y cola, un pincel y un bote de pintura dorada, durante casi toda la noche, sin prestar atención a los ratones. Hacía tiempo que había usado todo el azul cielo (aunque él lo llamaba «azul Nastaran») de aquel tarro que abrió una vez para ella con su cuchillo. Pero el mismo recipiente de cuello ancho había sido un buen hogar para sus pinceles durante todos esos años.

88

Nochebuena. Drosselmeier cerró deprisa el taller y los postigos. Se abotonó el abrigo con unos dedos tiesos de trabajar y cogió sus paquetes. La mayoría eran regalos pequeños, pero había uno grande, así que alquiló un carruaje para ir por las calles enmascaradas de nieve.

Bajó del carruaje y pagó el coste del trayecto. Cuando el viento se detuvo de repente, se sintió apresado en hielo invisible. Se volvió hacia las escaleras despejadas de la mansión Stahlbaum. La luz se filtraba por las cortinas de las ventanas delanteras y, como los focos de un teatro, cubría de dorado la nieve de los alféizares.

Al entrar, se deshizo de su abrigo y entró a hurtadillas con los paquetes por el corredor del servicio. Llegó hasta el salón amarillo, donde Sebastian encendía con candelas las velas del árbol.

—Clothilde está arriba con los niños para mantenerlos tranquilos hasta que suene el reloj. Drosselmeier, se ha superado. Hará que enfermen de abundancia.

—Soy el padrino. Tengo derecho. ¿Cómo está la enfermita?

Sebastian no respondió.

Drosselmeier arregló sus paquetes. El acebo adornaba la repisa de la chimenea, donde un fuego siseaba y crujía.

—¿Fritz se está comportando al menos?

—Está agotado por intentar comportarse con decencia. Demasiado para un niño. Me alegraré cuando terminen las fiestas.

—Solo los niños disfrutan con la rareza llamativa de estos días.

Sebastian guardó silencio una vez más.

Drosselmeier insistió. Quería instigar a Sebastian para que le diera otro tipo de respuesta.

—¿Ha tenido más sueños sobre los ratones?

—Querido padrino, hago lo que puedo para que esté cómoda. Carezco de medios para investigar los disparatados sueños de una niña.

—Ah, bueno, bien.

Drosselmeier escarmentó. El pobre padre estaba cansado.

—¿Estamos listos? —Tras encender la última de las velas, Sebastian bajó la llama de las lámparas de aceite del aparador—. ¿Les digo que entren?

El alboroto de unos niños impacientes se intensificaba en la antesala.

—Esto es lo último.

Drosselmeier terminó de disponer su gran regalo en una mesa baja. Lo había montado en cuatro piezas para transportarlo con mayor facilidad y lo montó de nuevo con presillas, tornillos pequeños y abrazaderas. Consistía en la amplia estructura de un palacio de cuento de hadas, con torreones, un puente levadizo y un patio central. Drosselmeier lo había pintado en tonos crema con sombras azules y tejas rojas, y había escondido una caja de música en el espacio vacío de la capilla. La llave para darle cuerda a la música se colocaba en una ranura de la parte trasera. Creó un escondite para la llave en una nuez que había partido con una sierra de dientes pequeños. Había separado las dos mitades con un punzón y las juntó de nuevo con una pequeña bisagra de latón y tornillos diminutos. Todo estaba recubierto de una capa dorada y equipado con un cordel.

Drosselmeier dio cuerda a la caja de música, que produjo un tintineo indeciso y adoptó de repente una melodía alegre, perfecta para bailar si los soldaditos de hojalata y las figuras de madera lo hicieran. Satisfecho, Drosselmeier introdujo la diminuta llave en la hueca cáscara de la nuez dorada. Colgó el secreto entre las otras maravillas y las bolas de Navidad que adornaban el *tannenbaum*, entre las cuales se hallaba una docena de nueces doradas. Señuelos.

—Creo que se ha superado, Drosselmeier —dijo Sebastian con solo un atisbo de desaprobación.

—Haz que entren mientras suena la música. Se apaga a los pocos minutos.

Para avivar el dramatismo de la situación, Sebastian abrió las puertas. Fritz entró de puntillas, con los ojos abiertos de codicia y adoración. Clothilde iba tras él, con Klara en brazos. A la niña le pesaba demasiado la cabeza como para levantarla del hombro de su madre, así que Clothilde daba vueltas para que Klara pudiera admirar las vistas. La niña sonrió antes de ponerse el pulgar en la boca.

—¡Ah, un castillo! —gritó Fritz cuando por fin dejó que la pista de la música lo distrajera del abeto y la seducción de las velas. Ante esto, Klara se enderezó y su madre la sujetó por la espalda.

—¡Tiene figuritas en las ventanas y se mueven! —gritó la niña.

—Están celebrando su propia Navidad. No saben que estamos aquí ni que los estamos mirando. Menos mal que son muy educados y no podemos avergonzarlos. Se mueven por la música —explicó Drosselmeier.

—¿Luchan? —preguntó Fritz—. Puede que no lo sepas, pero necesitamos refuerzos desesperadamente.

—Dudo mucho que peleen, pero creo que bailan de maravilla —comentó el padrino aunque, a medida que la música disminuía, los bailarines comenzaron a pararse. Fritz intentó sacar a los residentes a través de las ventanas sin acristalar—. No, que los quitarás de su trayectoria y luego será imposible colocarlos de nuevo. Se pasarán la vida tirados en el suelo e incapaces de mirar por las ventanas.

—Qué campesinos más palurdos si lo único que saben hacer es bailar.

—Es una fiesta, no un llamamiento militar a las armas.

—¿Y cómo pueden volver a bailar?

—Ah, hay magia en esta música, pero debéis encontrar la llave. No está lejos. Tened paciencia. No se quedará escondida mucho tiempo. Así es la magia.

Fritz perdió interés enseguida y comenzó a escarbar entre los otros regalos. Clothilde depositó a su hija en el canapé. Le acercaron pequeños regalos envueltos, pero Klara estaba demasiado apática para romper el envoltorio. Su madre la ayudó y dejó que la niña sacara los pequeños tesoros uno a uno.

El primero fue un gato de madera comprado a otro juguetero que no era su padrino.

—Me parece que esa criatura carece de personalidad —observó Drosselmeier con frialdad. A pesar de estar enferma, Klara tuvo el acierto de dejarlo caer al suelo.

Un oso ataviado con la mitra de un obispo.

Una pescadera con una red. Debajo del chal tenía cara de pez.

—¿Una persona de España? —preguntó Klara ante una señora tallada con un pedacito de encaje auténtico a modo de mantilla.

—Solo una. No he tenido tiempo de hacerle una pareja. Espero que no se sienta sola.

—Es bonita. Seguro que les cae bien a los demás.

—Pero ¿una dama española puede hablar con hombres rusos y recolectores de arroz chinos? Nunca sé si pueden hablar entre ellos.

—Claro que pueden, padrino. Hablan el mismo idioma.

—¿No en español, ruso o mandarín?

—No. En el lenguaje de los juguetes.

—Vaya.

—Los niños también lo hablan. Es muy práctico —dijo Klara.

—No te emociones —le aconsejó su madre—. O te cansarás. Fritz, ¿tienes algo para nosotros?

Fritz había hecho unos dibujos para regalárselos a sus padres, hermana y padrino. En el regalo de Drosselmeier se veía a un regimiento de soldados escleróticos con las bayonetas alzadas, listos al parecer para clavar sus lanzas en el cráneo del hombre que tenían en la fila de delante, excepto el líder, que se enfrentaba con valentía a un monstruo de especie indeterminada.

—Se producirá una matanza —dijo Drosselmeier—. Admiro el coraje de la liga de hombres y también el extraño parecido entre ellos. ¿Cuatrillizos idénticos, quizá? Pero dime, querido Fritz, ¿el enemigo es un león con la melena esquilada o un caballo salvaje con un mal día que se ha dejado el parche en casa? Qué ojo tan grande tiene. Fascinante.

—Es un espía del Rey de los Ratones. —Fritz se ofendió, pero no mucho—. ¿No ves la cola de ratón?

—Mis disculpas. Un espécimen magnífico.

—Dibujé uno mejor para Klara—admitió—. Ese me salió un poco mal. Mira, los pies del último soldado están al revés. Se me olvidaron, y cuando llegué a la rodilla ya no cabían hacia delante.

—Es lo mejor para correr de vuelta al campamento y pedir refuerzos —lo tranquilizó su padrino.

—El mío tiene un Rey Ratón muy bueno —exclamó Klara, con una voz llena de vida. Se inclinó hacia delante para enseñárselo a su

padrino.

—De verdad, menudos disparates —les murmuró Clothilde, pero Drosselmeier dispuso el papel a una distancia adecuada para verlo con claridad.

—Sí, todo un triunfo, estoy de acuerdo —dijo Drosselmeier—. ¿Por qué tiene siete cabezas?

—Porque es el Rey —dijo Klara—. Todo el mundo lo sabe.

—Estaba practicando cabezas y me pareció que quedaban bien juntas, ¿no? —le susurró Fritz a Drosselmeier.

—El Rey es así —insistió Klara.

—Y el mío es... una preciosa flor —dijo Clothilde con una falta de sinceridad maternal.

—Explícame el mío —le pidió Sebastian, con el garabato en alto para que lo vieran todos.

—No pude terminarlo —le dijo su hijo.

—Ya veo. Un bonito estudio de procrastinación. Debo atesorarlo como se merece.

—¿Qué va a pasar en la batalla? —preguntó Drosselmeier—. ¿O ya ha tenido lugar?

—Ocurrirá esta noche —dijo Klara.

—¿Por qué luchan?

—Dirk, por favor, es Nochebuena —suplicó Clothilde, pero su hija miraba la habitación intentando desentrañar el sentido de la pregunta.

—Será por el árbol —concluyó.

Dirk sintió que una corriente de aire proveniente del exterior se colaba por las mangas de su abrigo, como si Klara le hubiera contagiado la fiebre.

—Coincido contigo, el árbol es precioso —dijo—, pero los ratones no viven en árboles. ¿Por qué iban a quererlo?

—En el árbol cuelgan nueces —respondió la niña—. Las nueces son buenas para comer... y los ratones pasan hambre durante el invierno. Por la nieve en el suelo. Quieren entrar.

—Ya veo. Y el Rey de los Ratones tiene siete bocas que alimentar, y todas suyas.

—También se necesitan las nueces para plantar otros árboles. Son semillas, ¿verdad? Crecen en los árboles.

—Necesitamos semillas para plantar árboles, es cierto.

—Los juguetes viven en el *tannenbaum* porque durante la Navidad el árbol es mágico. Si los ratones ganan y alcanzan el árbol, si lo invaden... Qué desgracia. El árbol se volvería marrón y moriría. Pero los juguetes lo necesitan, así que lucharán hasta la muerte para salvar su casa. ¡Mira cuántos hay colgados! Es su casa.

—Insisto —dijo Clothilde al fin con una voz imposible de contradecir.

Pero no necesitaba preocuparse en lo que concernía a Drosselmeier, quien se había levantado, sintiéndose frágil de repente, y salió de la habitación arrastrando los pies y chocándose con el marco de la puerta al pasar.

89

Drosselmeier sabía que, en el extremo más alejado del atrio de baldosas negras y blancas, en la parte trasera de la casa Stahlbaum, unos peldaños bajaban hasta un par de puertas que daban a un jardín. A veces, a principios de verano, antes de que la familia partiera hacia Meritor, Clothilde invitaba a algunos amigos y les servía vino blanco y fresas debajo de los tilos. Tenía un aire a jardín francés, por cómo los tilos estaban plantados formando un cuadrado. Recortaban dieciséis troncos finos para que crecieran como pilares y sus ramas se juntaran en lo alto. A Drosselmeier le gustaban esos árboles. Cuando tallaba figurillas, la madera de tilo le resultaba flexible, complaciente. Sabía que el mismísimo Grinling Gibbons había convertido la madera de tilo en todo tipo de exquisiteces, pues imitaba los detalles de la botánica auténtica.

Esa noche, sin embargo, Drosselmeier se fijó más en los abetos situados tras el majestuoso centro del jardín y que crecían junto al muro de piedra en los límites de la propiedad. Sus ramas estaban más enmarañadas que aquellas que se alzaban como brazos de candelabros o menorás. La nieve, que había seguido cayendo desde que Drosselmeier había llegado con sus regalos, combaba los abetos como paja y los convertía en un redil peludo y amontonado de soñolientos animales de madera que dormían sobre sus enormes pies.

Frente al margen derecho del jardín, rodeado de árboles en crecimiento, había un pedestal de piedra. Sobre él corcoveaba un sátiro o una especie de Calibán cuya mirada era más un ceño de preocupación que de erotismo. Frente a él, entre la elegante arboleda del otro lado del jardín, un frontón sostenía a un ser similar a una dríade. A esas horas, la piedra era negra y sus vestiduras transparentes parecían un bulto blanco, pero Drosselmeier sabía que solía estar recubierta por un poco de musgo, pues se orientaba hacia el norte.

Drosselmeier se preguntó por primera vez si el pobre Felix había instalado esas estatuas como un homenaje impreciso a la absurda historia que él apenas podía recordar ya. En cualquier caso, los personajes de piedra llevaban allí desde siempre, vigilando estación tras estación a Sebastian y Günther a medida que crecían y, ahora, a Klara y a Fritz. La eterna lozanía de la juventud, la eterna doncella. Keats, una vez más: «Para siempre anhelante, juvenil para siempre».

Sin abrigo o sombrero sobre su cabeza cada vez más rala y con sus delicados zapatos de baile, Drosselmeier dejó huellas en los bajos peldaños de piedra y descendió para entrar y atravesar la cámara de tilos. Llegó al margen que formaban los abetos de detrás. No cabía duda de que la casa Stahlbaum seguía a sus espaldas, donde la había dejado, hombro con hombro con los hogares vecinos. Pero ya no la sentía. Ante él, los árboles cubrían el mundo, cerrándose tras él como el agua cuando uno se adentra en el mar con paso tembloroso.

Un día acabaría con su trabajo, el de morir, aquel que había comenzado en su infancia.

Se cubrió la cara con las manos, se apoyó en las ramas e intentó atravesarlas como si hubiera algún lugar más allá... Más allá del muro de piedra del jardín. A esa hora de la noche, los árboles revestidos de encaje blanco parecían más negros que ocres y verdes, como si fueran dibujos en tinta. Pero no lo dejaron entrar. Unieron sus ramas contra él. Drosselmeier perdió el equilibrio y se recostó en ellos. No lo dejarían caer al suelo, pero tampoco lo envolverían.

Puede que murmurara «¿Felix?» o puede que solo lo pensara. El padrino Drosselmeier era tan viejo que por fin había aprendido lo que era sentirse solo. No fue Clothilde o Sebastian quien lo hizo volver, sino el pequeño Fritz, que se había mojado los calcetines para poder tirar de la manga de Drosselmeier.

—Te has perdido la mejor sorpresa —dijo afligido—. Klara ha encontrado una caja con un Cascanueces dentro.

90

—**P**ero ¿de dónde viene? —preguntó la niña.

—Antes era un joven muy guapo —dijo Drosselmeier—, pero no encontró el amor a tiempo. Eso nos pasa a algunos.

—¿Puede romper nueces de verdad? —preguntó Fritz.

Revoloteaba por la sala examinando diversos platos de cristal, pero todos estaban llenos con frutas de mazapán blandas.

—¿Por qué es tan feo? —dijo Klara.

Drosselmeier reflexionó sobre esa cuestión.

—Iba a casarse con tu muñeca, Pirlipat, cuando era un joven y apuesto príncipe.

—¿Incluso aunque la Reina Ratón la mordiera y le aflojara la cabeza?

—Vaya, ¿eso es lo que pasó? Ay. Pero incluso los feos merecen ser rescatados. El Cascanueces iba a rescatarla. Era un apuesto príncipe y

buscó por todo el mundo hasta encontrar un árbol del que colgaba una nuez mágica, llamada Krakatuk, que le devolvería la salud y el vigor a su amada. Pero antes de que pudiera dársela, tropezó cuando caminaba hacia atrás y la dejó caer, y por culpa de una maldición se volvió viejo y de madera. Pirlipat no quiso casarse con él y lo envió bien lejos.

—Nunca me ha caído bien esa muñeca. Está arriba, debajo de la cama. Esta noche no puede bajar. ¿El Cascanueces es viejo de verdad o solo lo parece?

—Nadie es viejo de verdad —dijo Drosselmeier.

—¡Ajá! —gritó Fritz—. ¡La encontré! ¡Krakatuk! ¡Estaba entre las otras nueces!

Regresaba del *tannenbaum*, donde sus ojos avispados se habían movido con más rapidez que los de Klara, hosca por la fiebre. La nuez dorada con sus minúsculas bisagras y su mecanismo de cierre descansaba en su mano como un trozo de carbón brillante o una fresa sagrada.

—¡Te has adelantado! —Drosselmeier intentó no parecer enfadado.

Klara empezó a toser al entusiasmarse. Tanto su padrino como sus padres se volvieron hacia ella, preocupados, y Clothilde le acercó un paño a la boca. Mientras su atención estaba fija en otra cosa, Fritz se abalanzó sobre el viejo Cascanueces e introdujo la nuez dorada en su boca. Drosselmeier saltó horrorizado al oír el crujido. La preciosa nuez se había roto y las bisagras rodaban por el suelo. El hilo rojo y la llave secreta colgaban de una astilla desde la mandíbula del Cascanueces, torcida en un ángulo espantoso, como si hubiera recibido un puñetazo. Sobre la alfombra había caído la última pluma de tordo, con el raquis roto.

La tos de Klara se alimentaba ahora de rabia y pánico. No podía parar. Drosselmeier se levantó de súbito y sacó a Fritz de la mano. Venció el impulso de propinarle un rápido manotazo. El sonido de la tos los persiguió y hasta pudieron oírlo tras las puertas cerradas.

Clothilde cargó con Klara hasta arriba para ponerle una compresa de mostaza en el pecho. Mientras tanto, Sebastian condujo a Drosselmeier, a Fritz y a unas pocas vecinas ancianas y socios de negocios hasta el comedor. La familia se había superado en esa ocasión. La comida estaba decorada al estilo francés y algunos de los adornos de la mesa eran comestibles. Las ancianas damas arrullaron a Fritz y bajaron sus impertinentes para examinar a Drosselmeier tras su parche. Mientras lo engatusaban para que conversara, se percató de que para él ya no eran personas mayores, sino sus iguales. Una tenía pelos en la barbilla y otra llevaba un tono rojizo tan horroroso que distrajo a Drosselmeier de su comida.

Sin Klara en la mesa, dedicar tiempo a una comida festiva no tenía sentido.

Le dieron permiso a Fritz para que hiciera desfilan unos soldados por toda la mantelería hasta que apareció Clothilde al fin, pidiendo disculpas, y ocupó su asiento. Rechazó la sopa y empezó con el pescado.

—Pero ¿qué tal se encuentra? —preguntó Drosselmeier cuando, durante un maravilloso momento, el resto de invitadas estaban hablando.

—Se sentirá mejor después de una noche de sueño reparador. Demasiadas emociones, me temo —dijo Clothilde con un leve tono de censura.

—Desearé buenas noches a las invitadas tras el plato principal y renunciaré al pudin para subir al piso de arriba —dijo.

—No puedo permitirlo.

—Soy su padrino. Es mi lugar.

Clothilde no contestó a esta afirmación y se volvió para hablar con la invitada de su derecha.

La nieve caía sobre los tilos, sobre Pan y Pitia, o Baco y Atenea, o el gnomo y la diosa, fueran quienes fueran, del cielo o del infierno. Tras el aritmético jardín, el bosque oscuro se aproximaba como un ejército que se dispusiera a rodear la casa de noche, a la espera de que apagarán las luces. Todo se reducía, sencillamente, a lo siguiente: ¿podía salvar a la niña?

—Volveré por la mañana con un bote de cola y arreglaré la mandíbula del Cascanueces. Mañana a estas horas estará como nuevo —le dijo Drosselmeier a Fritz—. Pero hoy lo ataré con uno de los lazos de Klara para evitar que la madera se separe más. Fue una estupidez por tu parte, lo sabes, ¿no?

—¿Para qué sirve la llave? —le preguntó el niño con una sorprendente falta de remordimiento.

—Hay dos cerraduras en la parte trasera del castillo mágico. La llave encaja en las dos. Si la insertas en la de arriba, darás cuerda a la música. Pero si la pones en la de abajo, la llave abre el propio castillo. Igual que la nuez dorada que estaba escondida, el castillo también tiene bisagras. El edificio alrededor del patio puede abrir sus brazos para formar una gran plaza. Es un reino entero dando un abrazo.

—¡Para que entren los soldados!

—Sí, supongo, y también las figuras que os he hecho a lo largo de todos estos años. Los animales, Mamá Jengibre, los nómadas árabes que hacen cabriolas, los reyes de Sabá, los mercaderes de Catay y los campesinos ucranianos. Todos tienen una casa en el castillo mágico. —Drosselmeier miró a su alrededor—. Es como esta mesa en fiestas. Todo el mundo es bienvenido.

—Incluso las señoras aburridas —murmuró Fritz.

—No se excluye a nadie. ¿Dónde está la llave ahora?

—Papá la ha guardado en la vitrina. Está enfadado porque he roto tu regalo. Esta noche nada sale bien. Klara está enferma y la asustan los ratones. Creo que están planeando un ataque.

—Menos mal que tienes todos esos soldados que ayudarán en la defensa del castillo.

—Pero la llave está escondida y no puedo cogerla. Y no podemos abrir el castillo para que entren los demás y estén protegidos durante la batalla.

—Los juguetes pueden ayudar en la batalla.

—¿Mamá Jengibre? ¡Lo dudo!

—Nunca subestimes el valor de una madre en tiempo de guerra. Tiene mucho por lo que luchar.

Fritz sacó el labio inferior, poco convencido.

—Y tú, ¿por qué vas a luchar?

—No puedo quedarme aquí sentando ni mantener conversaciones absurdas —contestó, y apartó su silla.

La mujer que se sentaba enfrente de Drosselmeier pensó que se refería a ella y le sacó la lengua.

92

Unque sabía que Clothilde se enojaría, Drosselmeier cruzó las baldosas blancas y negras y subió los peldaños de la parte trasera del atrio. Paró para recobrar el aliento en el primer rellano. El ama de llaves, o Clothilde tal vez, había corrido las cortinas de la gran ventana, por lo que si había ejércitos agrupándose en la noche o si algo ocurría en el jardín trasero de abajo, él no podía verlo. Reprimió el impulso de apartar unos centímetros las cortinas.

La puerta del cuarto de los niños estaba ligeramente abierta. Una lámpara con la mecha corta ardía sobre la repisa de la chimenea. Drosselmeier apoyó la mano en el picaporte y se asomó.

—Sabía que vendrías —dijo Klara—. No es justo que esté enferma en Nochebuena.

—No es justo que estés enferma y punto. ¿Puedo pasar?

—Mamá nos reñirá.

Pero le hizo señas para que entrara. Su cabello formaba un abanico sobre la almohada.

—Te he traído un cerdo de mazapán de la mesa. Puedes adoptarlo o comértelo, me da igual.

—Seguramente a él no le dé igual. —Dio un gran bocado y no quedó nada excepto la cara—. Pero se siente. —El hocico y los ojos que descansaban en su palma la miraban satisfechos. Klara los engulló—. Nunca me has contado por qué llevas un parche.

—Nunca me lo has preguntado.

Drosselmeier se sentó en silencio en el taburete que había junto a la cama.

—¿Me vas a obligar a preguntártelo? —dijo Klara con un mohín.

—Para nada.

Pero allí se quedó, sentado sin decir nada.

—Muy bien —accedió la niña, enfadada con él—. ¿Por qué llevas un parche?

—Perdí el ojo cuando era niño.

—Oh.

Klara lamió las migas del cerdo de mazapán que le quedaban en el dedo índice y suspiró. Durante un rato se dedicó a estar tumbada en la penumbra y a cerrar un ojo y luego el otro para experimentar lo que se sentía.

—Creo —concluyó— que es posible que un tiburón se lo encontrara y se lo zampara.

—Fue en el bosque.

—Un tiburón muy raro, entonces. O un lobo.

—Eso ya es más probable. ¿Tienes ganas de oír una historia?

—Pretendes distraerme de los ratones, ¿verdad? —Señaló a Fräulein Pirlipat, cuya cabeza estaba casi cercenada por completo del cuerpo. Mantenía cierta compostura a pesar de su terrible experiencia y se las apañaba para tener un aire apenado y filosófico—. Eso es lo próximo que me harán.

—Dejaré al Cascanueces abajo para que te defienda, querida. Por eso lo he traído. Estás en buenas manos. Es un soldado muy

competente.

—Es un viejo con barba blanca.

—Por dentro es un hombre joven y fuerte.

—Fritz le ha roto la mandíbula. —Klara se echó a llorar—. El Cascanueces podría haber ayudado, pero nada puede hacerlo ahora.

—Tonterías. Solo necesita un refuerzo, una prenda que le recuerde el porqué de su lucha. Por eso he subido. A los soldados y caballeros les gusta tener un recuerdo de su amada cuando van a la batalla. Quiero que me prestes uno de tus lazos, con el que le vendaré la mandíbula, igual que cuando tienes un diente malo. Mañana por la mañana volveré con un bote de cola y haré que mejore. Y tú también te sentirás mejor. Insisto.

Klara no dijo nada durante un largo rato. Drosselmeier pensó que se había vuelto a quedar dormida.

—Se me cayó una cinta rosa de una de mis zapatillas de baile —dijo la niña—. Si crees que eso puede servir, la encontrarás en la cómoda con una bobina de hilo. Nadie ha tenido tiempo de arreglarla.

—Me irá de perlas —respondió Drosselmeier. Era bonita y suave; en la penumbra proporcionada por la tenue potencia de la lámpara, el lazo rosa adquiriría el mismo color que el antebrazo de una niña franco-alemana. Se envolvió la palma con él—. Klara.

La niña no respondió, pero abrió los ojos.

—Espero que Fritz no te toque nunca.

—Pues claro que me toca. Nos peleamos todo el rato.

—Pero nunca más que eso. No le dejes. ¿Me lo prometes?

—¿Qué le está pidiendo que le prometa? —preguntó Clothilde en la puerta—. Ya sabía yo que estaría aquí. No pienso permitirlo. Máchese de inmediato.

Su taller parecía frío y abandonado. Lo atravesó sin girar a un caballero teutónico montado a caballo para que mirara a una damisela diferente, sin cambiar de posición a los músicos de Bremen hechos de madera y yeso. Quizá los juguetes se congelasen si no había un niño como Klara para insuflarles vida.

El edificio estaba más frío de lo habitual porque se había pasado gran parte de la tarde y de la noche fuera y el fuego se había apagado. Se vistió para dormir y apiló más mantas y un viejo abrigo sobre la cama. A veces solía leer por la noche a la luz de una vela; tenía los nuevos cuentos traducidos de Andersen y algo llamado *Un cuento de Navidad*, de ese inglés del que todo el mundo hablaba. Pero lo había apartado con el fantasma de las Navidades pasadas, no por creer que la idea de un fantasma era improbable, sino por las posibilidades de un pasado feliz.

Apagó la vela.

«Klara tiene mi infancia», pensó. «Ella es mi infancia expuesta, la que murió conmigo».

Disfrutó al fin de un pequeño espasmo de algo que no solía sentir: comprensión.

«Por eso me he pasado la vida haciendo juguetes».

Dio vueltas en la cama para mantener el calor. Reflexionó sobre la imaginación inteligente de la niña, lo dispuesta que estaba a recibir un trozo de historia. «Pero no se trata solo de Klara, por supuesto, sino del fino suelo de la infancia que puede recibir la semilla del misterio y reconocer cuándo empieza a florecer».

Las campanas de medianoche anunciaron el día sagrado. En alguna parte, ratones y juguetes estaban enzarzados en una refriega por el suelo de un salón.

Si soñó, el paso del tiempo no estuvo marcado por los sueños. Los sueños puede que fueran algo más, pero en esencia constituían la prueba principal del acto de dormir. En los sueños, como decía la gente continuamente, el mundo cambia. Hay batallas que se disputan

una y otra vez, las condiciones de la vida se anulan y se reinterpretan y las columnas de cifras ofrecen nuevas respuestas.

Klara podría pasear por la costa de Meritor agarrada de la mano de su padrino y de Fritz. Hablaría durante veinte minutos sobre qué había visitado en sueños la noche anterior, hasta que Fritz se aburriera y comenzara a lanzar piedras a las gaviotas y el recital de Klara terminara por apagarse. Los sueños nunca parecían alcanzar una escena final, como en la ópera. Se cortaban, quizá por falta de energía o por la incapacidad de Klara de recordar.

Drosselmeier reconocía que en su vida apenas había soñado algo que, al despertarse, mereciera la pena recordar. Todas sus visiones, si acaso lo eran, habían acudido más a él cuando pisaba un suelo que en los sueños ordinarios. Y, aun así, por ese suelo rodaba una nuez que contenía una visión secreta y sagrada para un niño u otro.

94

El padrino Drosselmeier llegó como invitado a la residencia Stahlbaum poco antes de la comida de Navidad.

—Ay, las cosas fueron de mal en peor en plena noche, pero esta mañana se han normalizado —le explicó Sebastian mientras le servía al anciano una taza de ponche de huevo batido—. Fritz rebosa de codicia y placer y la fiebre de Klara bajó durante la noche, a pesar de sus percances.

—¿Cómo?

Drosselmeier intentó no salir corriendo del salón para subir las escaleras. Aunque, de todas formas, tampoco estaba para correr mucho. Sería más acertado hablar de «avanzar con crujidos y paso inseguro».

Se volvió para examinar a Sebastian y distraerse de la curiosidad que le suscitaba la noche de Klara. Se fijó en que la barbilla y el labio

inferior del hombre parecían estar recién segmentadas; se asemejaban, de hecho, a cómo la mandíbula de madera del Cascanueces se deslizaba por el hueco de las mejillas. Las arrugas recorrían el borde de su nariz hasta los costados de la boca. La preocupación envejecía a Sebastian. «Si él está envejeciendo», pensó Drosselmeier al recordar la primera vez que Felix lo había traído a esa casa y había conocido a ese niño lleno de vida en esa misma habitación, «lo mismo me estará pasando a mí». Anciano, pero no sabio. Un viejo tonto.

Una vergonzosa lágrima se escapó de su ojo, aunque el anciano no sabía si era por el niño perdido que Sebastian había sido o por el niño perdido que Drosselmeier nunca había conseguido ser. Pero de súbito se acordó de Nastaran y de su hambre por el jardín tapiado y prohibido de su infancia.

—Es posible que Klara se esté recuperando, aunque seguramente sea demasiado pronto para estar seguros —dijo Sebastian—. Cada crisis parece ser la última pero, gracias a Dios... ¿La niña le ha contagiado un germen, querido padrino Drosselmeier? Está paliducho. Voy a añadirle un chorrito de ron al ponche de huevo.

—No te molestes, o me tendrás cantando tristes arias y eso sería un terrible error, ya que no puedo entonar. —Drosselmeier depositó su taza en el platillo con decisión—. ¿Qué ha pasado aquí?

Se acababa de fijar en la vitrina.

—Ah, la prueba de los percances de la joven —dijo Sebastian—. Fritz permaneció dormido, pero Clothilde y yo nos despertamos con el estrépito. Ocurrió en plena noche.

—¿Un ladrón?

—Lo hizo alguien de la casa. —Sebastian parpadeó de cansancio—. Puede hablar con esa bellaca en su celda, si quiere.

Tras concederle la libertad, Drosselmeier subió las escaleras. Las cortinas estaban abiertas y el jardín gozaba de un aire familiar. Sus misterios vespertinos, si es que los hubo, se difuminaron bajo la nieve que todo lo cubría.

Mientras giraba para alcanzar el rellano de la primera planta, se puso a pensar. «Ni me he dado cuenta del aspecto que tenían hoy el fauno y la dríade». Quizás no estaban allí... Puede que hubieran bajado de sus pedestales por algún milagro navideño y hubieran salido a cenar juntos a Odeonsplatz. O a examinar *Eros y el pintor*, la última obra de Nikolaus Gysis, o algún otro artista destacado de la Escuela de Múnich. O a un concierto de cantatas sagradas compuestas por Bach.

«Menudo par de ángeles guardianes me han estado siguiendo toda la vida», pensó. «La única forma de librarse de ellos es morir, para que no tengan nada que escoltar».

O morir de nuevo, quizá.

Esa mañana la puerta de la habitación de Klara estaba completamente abierta. Sentada en una mecedora tapizada, Clothilde cosía diligentemente la cinta rosa de la zapatilla de baile de Klara (la que Drosselmeier había usado para hacerle una cataplasma al Cascanueces) alrededor del cuello de Fräulein Pirlipat.

—Me parece que más de un residente de esta habitación necesita cuidados terapéuticos —le dijo a Drosselmeier. Clothilde hizo amago de levantarse, pero el anciano la disuadió y se inclinó para rozarle la mejilla con su bigote—. La muñeca de Klara parece que resbaló peligrosamente cerca de alguna guillotina, pero estoy resuelta a cuidar sus heridas.

Menudo arrebató el de Clothilde que, con toda la tranquilidad, había decidido participar en el espíritu del asunto.

Drosselmeier miró a Klara, que se estaba despertando de nuevo. En su brazo llevaba una especie de cabestrillo.

—Dios santo, ¿qué te ha pasado? —gritó el anciano.

—Padrino Drosselmeier —respondió la niña con una sonrisa torcida—. ¿Te han contado que hemos ganado?

—Veo que estás mejor —observó—. Así que algo habéis ganado. ¿Qué ocurrió?

—Me levanté en plena noche. ¡Ay, estaba preocupada por el pobre Cascanueces! Lo dejamos solo en el salón de abajo. Pensé que le dolería la mandíbula porque se la rompió con esa nuez dorada. Así que

bajé con mi manta por las escaleras y me tumbé en el canapé para mirar el árbol. Aunque ya habían apagado todas las velas, la luz y la nieve tras las ventanas hacían que resplandeciera. Y entonces, a medianoche, cuando suenan todos los relojes... El Rey de los Ratones apareció para arrancarme la cabeza de un mordisco, como la de Pirlipat. A pesar de su mandíbula rota, el Cascanueces exhortó al ejército de Fritz a entrar en batalla. Todos los juguetes del mundo se unieron y lucharon a lo largo y ancho de la alfombra. Pensé que el Cascanueces y su regimiento iban ganando, pero ¿a que no sabes quién se unió al bando enemigo?

—¿Quién?

—¡Esa traidora! —exclamó la niña señalando la muñeca—. ¡Muñeca mala! Debió de envenenarse por el mordisco. Fue una indecencia por su parte. Creo que esta mañana se ha arrepentido, pero anoche era una amazona y su ayuda cambió las tornas contra el Cascanueces. Lo apresaron y se dispusieron a llevarlo bajo tierra. Luego vendrían a por mí. Estaba tan asustada que me arrodillé sobre el sofá y cogí mi zapatilla (ya sabes, la que no tenía la cinta) y se la tiré al Rey de los Ratones. Rompí por accidente el vidrio de la vitrina y cayeron cristales rotos por todas partes. Uno, afilado como un cuchillo, cortó la cola del Rey de los Ratones. Y ya sabes lo que eso significa.

—No lo sé.

—No se puede ser rey sin cola. No si eres un ratón. Así que todos los ratones salieron huyendo de forma caótica y desordenada. Y luego, como ya no había cristal, me estiré para agarrar la llave. Y pusimos la música y abrimos el castillo mágico y todos fuimos a esa tierra.

Drosselmeier le lanzó una mirada furtiva a Clothilde. Pero esta no protestó. Gracias a sus habilidosas manos, Pirlipat estaba casi arreglada. La muñeca rebelde parecía avergonzada y recuperada.

—Esa tierra de la que siempre me hablas —dijo Klara—. Ya sabes. Allí donde ocurre la magia.

—Creo que fue un cristal roto de la puerta de la vitrina lo que te arañó el brazo —observó la madre de Klara.

—No, fue la espada del Rey de los Ratonés. Yo estaba allí también, en la batalla. Por favor, ¿has traído el bote de cola?

—Claro. ¿Quieres comértelo con cuchara?

—¡Padrino Drosselmeier! —bufó la niña.

—Arreglaré al Cascanueces. Y tú arréglate también —le dijo.

—Ya casi estoy bien del todo —respondió—. ¿A que sí, Maman?

—Aún te queda. Pienso dormir aquí contigo esta noche para asegurarme de que no deambules por ahí. —Dejó la aguja a un lado y se estiró para tocarle la frente a Klara. Su propio rostro se había ablandado de una forma que Drosselmeier llevaba años sin ver—. Aún no estás fuera de peligro.

95

Cuando Klara se hubo quedado dormida de nuevo, acunando al Cascanueces en el codo que llevaba el cabestrillo, Clothilde le hizo señas a Drosselmeier. Se quedaron junto a la puerta y hablaron en susurros.

—Tuvimos que ir a buscar a un médico en plena noche, ¿se lo han contado? —le dijo la mujer—. La fiebre la hacía delirar. Por lo que vimos, había lanzado los juguetes por todo el salón. Pero tenía razón respecto a la llave: la sacó de la vitrina y abrió el castillo por completo. Supongo que estaríamos durmiendo profundamente, ya que no oímos el estrépito. De hecho, fue la melodía de la caja de música la que nos despertó poco a poco. Al bajar, la encontramos en la oscuridad, bañada en sudor y quejándose por un sueño.

—Se ha recuperado muy bien. Qué alivio.

—El médico dice que sigue en peligro. Debe descansar y eso le cuesta. Si pudiera ayudarnos estos días...

—¿Cómo?

—¿Me va a obligar a pedirselo? —Pero Clothilde sabía que no hacía falta—. Sus fantasías la mantienen ocupada de una forma que ni su padre ni yo podemos igualar. Debe guardar cama unos días, quizá una semana entera. Puede que ayer fuera la cumbre de su crisis actual, pero no debemos permitir que retroceda. La recuperación será un proceso largo. Nos quedaríamos destrozados si la perdiéramos, Dirk. Muy, muy destrozados.

—Por supuesto, sabes que será todo un honor poder ayudar.

—Y perdóneme si anoche estuve un poco cascarrabias —concluyó.

—Estabas preocupada. Todos lo estábamos.

—Aún debemos seguir preocupados.

* * *

Más tarde, le permitieron a Drosselmeier que subiera al piso de arriba un plato de su cena de Navidad. Klara tenía el suyo sobre la cama.

—Sé que tus padres desean que te recuperes por ciertos motivos egoístas de su parte —le dijo Drosselmeier—. Te quieren y esas cosas.

—¿Por qué parece triste al decirlo?

Drosselmeier obvió la pregunta.

—Vamos al grano. Querida ahijada, tienes que ponerte bien porque te necesito.

—¿Podremos casarnos cuando sea mayor?

—Una idea encantadora, pero me temo que seré demasiado viejo para entonces. Así que tendrás que encontrar a tu propio príncipe en otra parte. O a quien sea. Quizá no sea un príncipe. Es difícil saberlo tan pronto. No, te necesito para algo más que para ser mi esposa.

—¿Qué puedo hacer por ti? —dijo la niña, un poco enfadada—. Eres muy viejo.

—Exactamente. Tengo un problema que nunca he podido solucionar.

—No se me dan bien las sumas.

—No se trata de sumar o restar, sino del Bosquecillo Perdido.

—¿Qué es eso?

—¿No te lo he contado ya?

Se lo volvió a relatar. No mencionó al fauno ni a la dríade, Pan y la Pitia, quienquiera que fueran. Dejó que esas criaturas permanecieran en la piedra, congeladas en un jardín norteño. Lo habían asustado de niño y no pensaba legárselo a Klara.

—Sé de una arboleda sagrada —dijo simplemente— que necesita un hogar. Un sitio donde crecer. Pero no sé dónde.

—¿Es real o es una historia? —preguntó la niña.

—Bueno —respondió—, eso tampoco lo sé. Pero me temo que soy demasiado viejo para averiguarlo. Como aún no he localizado un hogar para el bosque, debo encomendarle el trabajo a otra persona. ¿Te encargarías tú de esa tarea?

—¿Dónde está el bosque sagrado?

—No lo tengo claro —dijo Drosselmeier—. Supongo que podría estar en cualquier parte, disfrazado de jardín. O quizá se esconde en las profundidades de la Selva Negra. Creo que lleva mucho tiempo deambulando en busca de un sitio en el que echar raíces, crecer y crearse una casa para sí mismo. Si tú pudiste ir anoche a la tierra de los cuentos de hadas, quizá puedas encontrar una forma de enviar al bosque allí. A lo mejor quiere crecer y prosperar en un sitio así.

—Padrino —dijo la niña—, tú creaste la tierra de los cuentos de hadas.

—Yo solo la construí —le respondió—. Tú la visitaste. Yo te di la llave. Tú abriste la cerradura.

—Siempre me pareció que le caía mejor Klara que nosotros —dijo Clothilde.

—Se le daban bien los niños. —Sebastian la agarró por el codo—. Un encanto que funcionó conmigo también, hasta que crecí. Sentí que, en parte, fue culpa mía.

—¿Por crecer?

—No, no es eso, pero... Sí que perdí la pista de algo que él quería darme. Ya no supe cómo escucharlo.

—Tonterías. Menuda sensiblería. Siempre fuiste amable con él, no te olvides.

—Es raro, ¿no te parece?, que no haya más... más revuelo por su muerte.

—¿Quién llora a un juguetero? Los juguetes se rompen y sus creadores también.

Sebastian guardó silencio. Se sentaron en la capilla, solos.

—No sé si un entierro protestante es lo correcto —dijo al fin—. Pero nunca vi que profesara ninguna fe, la verdad.

—Lo crío un sacerdote del sur, ¿no? Eso ya basta como prueba. Además, era el padrino de nuestros hijos.

—Sí. Pero para él, ¿qué significado tenía un dios o unos dioses?

Clothilde no pudo responder a esa pregunta.

—Klara se sentirá afligida cuando lo sepa al volver de su luna de miel.

—Me alegro de que no podamos hablar con ella hasta dentro de una semana. Acompañemos nosotros al viejo a su tumba. Es un favor que le podemos hacer a nuestra joven novia.

Cuando el sacerdote entró a officiar la misa, la puerta lateral se abrió y Fritz se coló dentro. Se arrodilló en el suelo de piedra durante un momento, con los hombros temblando en una especie de abandono desdichado. Fue a sentarse junto a su madre. Las paredes de la capilla se cerraban a su alrededor, como un preludio a la inexorabilidad del mausoleo, aunque el cielo eterno que se colaba por los cristales descoloridos parecía tener una opinión distinta. De exaltación, aunque poco convincente.

Coda

Hiddensee



Durante toda su vida, los sueños fueron para Klara un don y una maldición.

Disfrutó de una vida plena, aunque quizá anodina. Sobrevivió a sus propios hijos y perdió a muchos de sus nietos en la Gran Guerra, cuando su memoria diurna ya le fallaba por completo. Solía sentarse a mirar los pocos tilos que quedaban junto al Daimler de tercera mano que pertenecía a los inquilinos de arriba. Estaba demasiado sorda para oír el alboroto esporádico de los camisas pardas en las calles.

Cuando se debilitó más y hubo que trasladarla a un asilo para la tercera edad, los nietos que sobrevivieron limpiaron varias habitaciones de la planta baja de la antigua casa familiar en Múnich, donde había estado confinada.

Había demasiadas copias de sus historias, impresas en diarios alemanes y traducidas también al inglés. Aquellos cuentos de Klara que se habían recopilado y publicado en ediciones especiales a principios de siglo se apartaron para las generaciones más jóvenes de la familia. Eran cosas para los niños. Klara, una vieja *pfeffermusse* rojiza, había tenido su vida, al fin y al cabo, y algún día alguien querría leer esos bonitos volúmenes de lo que quedaba del trabajo de la Großmutter Klara y comprobar si valía la pena recordarlo. El resto serviría como yesca.

Si alguien estuviera mirando desde el rellano de las escaleras, podría ver a los nietos (¡los tataranietos de Felix!) alimentar el fuego con literatura. Las pilas de viejas revistas *St. Nicholask* prendieron que

daba gusto en la hoguera. Esa temporada en Konigsplatz también se llevó a cabo una quema de libros, pero fue una mera coincidencia que nadie comentó.

La noche previa a su muerte, su última noche sobre la faz de la tierra, Klara tuvo un sueño especialmente vívido. Parecía un sueño que ya hubiese tenido, aunque con una forma distinta. Le resultaba familiar. Comenzó en el salón amarillo de su infancia. Ratones, una muñeca enorme, fea y grotesca, y unas figuritas talladas en madera, alguna colección de Ciudadanos del Mundo o algo así. El sueño incluía soldados de juguete y una manada de ratones tan salvajes como lobos. Y un cascanueces. Se libró una batalla, y la ganaron, y Klara visitó una tierra serena, peculiar y digna donde la comida y la bebida, la música y el baile, el amor y las risas estaban hechos con gran tino a partir de una sola pieza.

Esta parte del sueño ya la había vivido Klara, pero la siguiente era nueva.

No habría sabido explicar con palabras lo que entendió, ni contárselo a nadie cuando se despertara. Hacía tiempo que no podía expresarse con palabras. Pero lo que no sabía, de hecho, es que no se despertaría después de ese sueño.

Y, aun así, soñó.

Era pequeña y estaba en la casa junto al mar de su abuelo. Meritor. No había ido allí desde hacía medio siglo, y a saber si seguiría en pie o si se había desmoronado por los acantilados maltrechos. En su sueño, no era lo bastante alta para alcanzar el pomo de la puerta principal. No podía salir. La casa le parecía espeluznante, oscura como una tumba, y necesitaba salir al aire libre, pero no podía.

Entonces se dio cuenta de que tenía al Cascanueces encorvado en su brazo. Lo levantó todo lo que pudo y el muñeco se estiró para manejar el cerrojo y girar el pomo. La puerta se abrió y los dos cruzaron el umbral.

Un viento frío bramaba cerca de la casa. El cielo brillaba sin nubes, pero no era azul: poseía un matiz a madreperla. Klara se quedó

allí y miró a un lado y a otro, a ver si alguien llegaba desde la playa. Nadie.

Divisó el banco de arena de Rügen al norte, en la parte derecha del horizonte. Distinguió la isla de Hiddensee a su izquierda, junto a un trecho de mar abierto. Siempre había querido visitarla, pero nunca había sido posible.

Caminó por el borde del agua. El Cascanueces la miraba con una expresión burlona. Klara sacó una llave y la insertó en un ojal de su elegante abrigo rojo. Se le abrió la coraza en dos partes, igual que cuando una nuez rota se parte por su costura. Estaba vacío, como un cajón al final del verano, después de que Klara empacara todas sus cosas para marcharse de Meritor y regresar al colegio.

Sacó al padrino Drosselmeier del bolsillo de su delantal. «Supongo que aquí es cuando te vas», le dijo. Era muy pequeño, como los juguetes que solía tener de niña; mediría unos nueve o diez centímetros. Klara sabía que era su padrino por el parche. Pero su ojo bueno estaba cerrado.

Lo introdujo en el pecho del Cascanueces y cerró las dos mitades del abrigo rojo. No corrió el cerrojo por si quería salir alguna vez.

Las olas arremetían contra la orilla con extensos movimientos oscilantes... Golpes suaves contra el mundo.

Colocó al Cascanueces de espaldas para que flotara en la espuma. Klara llevaba una zapatilla rosa de baile en uno de sus pies, mientras que el otro estaba descalzo. Con ese empujó al Cascanueces, alejándolo de la costa, como si se tratara de uno de los barquitos con los que Fritz solía jugar en las pozas de mar.

Fritz no tardaría en llegar. Lo había echado de menos y tenía ganas de verlo, aunque, como no quería que lo destrozara todo como siempre, empujó con más ahínco al Cascanueces, para que flotara más allá del alcance de la mano.

Le pareció que Fritz la llamaba a gritos. Sí, lo oyó. Se giró para verlo. Debía estar detrás del acantilado. La llamaba, llegaría pronto, por aquel montón de rocas varadas, pero aún no podía verlo. Se dio la vuelta para observar cómo el Cascanueces se alejaba flotando.

Había salido de la animada espuma, como si se marchara a otra campaña militar, aunque en esta ocasión era naval. ¿Sería igual de inteligente en el mar?

Pues claro que lo sería.

Klara esperaba perderlo de vista a medida que más y más filas de olas formaban blancas líneas paralelas de izquierda a derecha entre el Cascanueces en el mar y Klara en la costa. Pero su abrigo rojo permaneció visible: era un punto en el negro azulado de las olas y en el verde cristalino de las olas y en los labios blancos de las olas.

Y entonces sobrepasó el bombardeo de la marea y se alejó, aunque Klara aún distinguía entre la espuma a ese viejo Cascanueces, tumbado de espaldas. Su cabeza apuntaba hacia una dirección y sus pies, hacia otra, tan largo y bajo como el banco de arena de Rügen, como Hiddensee.

El corazón de Klara saltó de alegría en su pecho cuando se percató de que el Cascanueces no se ahogaba ni se hundía. Ni siquiera se reducía. Quebrantaba las leyes de la perspectiva, pues conservaba su forma y tamaño por mucho que se adentrara en el mar.

El Cascanueces permanecía en el horizonte: era una franja ancha de rojo, como el amanecer, aunque tan grande como Hiddensee. Constituía un puente entre la isla de Rügen y la de Hiddensee. Él mismo constituía una isla, un territorio en sí mismo, todo un lugar entero. El Cascanueces era ese otro lugar: él, él mismo, formaba un reino construido a partir de sí mismo.

Klara se frotó los ojos para quitarse la arena del viento y las manchas de la atmósfera, ya que las brumas que siempre se juntaban sobre el horizonte marino difuminaban ahora los bordes del Cascanueces. La niña volvió a mirar. El juguete se había separado de Rügen y flotaba a la deriva detrás de Hiddensee. Puede que no lo volviera a ver jamás. Se frotó los ojos una y otra vez, y le pareció que el rojo de su abrigo, el negro de su sombrero y la aulaga blanca de su barba se habían convertido en verde y negro erizados, como una nación arbolada, un refugio solitario sobre la plenamar.

Por encima del estruendo de las olas y a pesar de la distancia, se elevaron unos sonidos que iluminaron el corazón anhelante de Klara, que se elevó en consonancia. Oyó algo de música, gaitas quizá, un instrumento de cuerda, un tambor y unos niños jugando, pero no eran los chillidos del caos en un patio de colegio, sino el murmullo más calmado de niños jugando, trabajando, leyendo, pensando y riendo en grupos reducidos. Con esa sobriedad, tan olvidada, que poseen los niños. Los árboles los ocultaban a la vista; quizá había juguetes, incluso ratones. En cualquier caso, por encima del murmullo a ras del suelo que producían los niños en la arboleada sagrada, Klara pudo escuchar las notas hilvanadas del canto de un tordo. Quizá sonara más dulce tras la prolongada espera.

Das ende

Agradecimientos



- A Marc Platt de Universal Studios, por preguntar por el Cascanueces.
- A Betty Levin, por su inspiración y amistad durante estos cuarenta años, y subiendo.
- A Barbara Harrison y al equipo de *The Examined Life: Greek Studies in the Schools* y su organización hermana, *Children's Literature New England*, por darme la bienvenida de vuelta a Grecia, sobre todo en Olimpia, donde germinó esta novela.
- A Bob Piller y a Beatrice von Mach, por su apreciadísima amistad y su ayuda y compañía en el viaje de Zúrich a Meersburg y más allá.
- A Jill Paton Wlash, cuya helenofilia ha sido constante y contagiosa.
- A Vivien Rameau, de München, por su asesoramiento sobre Baviera y el idioma alemán (cualquier error es mío, por no hacer las preguntas adecuadas).
- A Christine Johner, posgraduada, de Abteilungsleitung, Kultur und Museum, Stadt Meersburg am Bodensee, por responder

preguntas sobre el Meersburg del siglo XIX y, en especial, sobre Mesmer.

- A Moses Cardona, de John Hawkins and Associates, agentes literarios.
- A Cassie Jones, Liate Stehlik y el resto del fabuloso equipo de William Morrow y HarperCollins US.
- A Scott McKowen, por la llamativa portada de la edición estadounidense.
- A Ann Fitch, Rafique Keshavjee y Andy Newman, por sus comentarios sobre el manuscrito, leído en partes o entero.
- A Nikos Trivoulidis y a Christos Lygas, en cuya casa de Atenas (una casa en Plaka que perteneció a Irene Papas) se leyeron por primera vez en voz alta fragmentos de *Hiddensee*. En una azotea, justo debajo de la Acrópolis y un templo llamado Erecteion, durante una tarde de abril. Paradisiáco.
- A Mara Kanari, embajadora y diosa de Grecia para estudiantes y socios de *The Examined Life: Greek Studies in the Schools*, por encarnar los ideales de Grecia, que aún perduran en generaciones actuales.
- A Eva Varellas Kanellis y Panos Kanellis de la American Farm School en Tesalónica (el Centro de Escritura de GM), por su constante amistad.
- A los incondicionales de IBBY, en Grecia, que nominaron a GM para el *Astrid Lindgren Memorial Prize*: Vagelis Iliopolous, Eva Kaliskami y Vassiliki Nika. Y los empleados del I.M. Panagiotopoulos School en Pallini, Atenas, por su acogida.

- A Zacharias y Ana Tarpagos, flautistas de Rafina, Atenas, por realizar las lecturas de *Hiddensee* con melodías griegas y de Chaikovski.
- A la familia Gregory de Albany, Nueva York, y la extensa familia Yiannapolous, sobre todo los primos de Kato Toumba, Tesalónica, por mantener encendida la llama del sentimiento familiar.
- A la familia Prabhaker de Northampton, sobre todo a L.L.P., por servirme en el Boys and Adders Café. Siempre se puede regresar al hogar.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Gregory Maguire, 2017

© De la traducción: Carla Bataller Estruch, 2018

© La Esfera de los Libros, S.L., 2018

Avenida de San Luis, 25

28033 Madrid

Tel.: 91 296 02 00

www.esferalibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2018

ISBN: 978-84-9164-289-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.